

# HARLAN COBEN

## Atrapados



Lectulandia

Haley McWaid es la hija adolescente de la que cualquier padre se sentiría orgulloso: una chica responsable, una estudiante aplicada y buena deportista. Por eso, cuando una mañana su madre descubre con sorpresa que no ha dormido en casa, la primera reacción es de extrañeza y la segunda de pánico. El paso del tiempo provoca que la familia se tema lo peor.

Casos como el de Haley llaman la atención de la periodista Wendy Tynes, que trabaja en un programa de televisión centrado en localizar por internet a pedófilos, engañarlos y atraparlos con las manos en la masa. El próximo objetivo de Wendy es Dan Mercer, un trabajador social que ayuda a adolescentes con problemas. La rápida emisión del programa que acusa a Dan de pedófilo arruina su vida, a pesar de que él proclama desde un principio su inocencia. Pero tal vez en esta ocasión Wendy se haya precipitado a la hora de actuar, porque los indicios que apuntan a la culpabilidad de Dan son realmente débiles.

**Lectulandia**

Harlan Coben

# **Atrapados**

**ePub r1.3**

**Titivillus 25.01.15**

Título original: *Caught*  
Harlan Coben, 2010  
Traducción: Ramón de España

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

PARA ANNE,  
DEL TÍO MÁS AFORTUNADO DE ESTE MUNDO

## PROLOGO

Sabía que abrir esa puerta roja destruiría mi vida.

Sí, suena melodramático y tremendista, cosas que intento evitar, y la verdad es que no había nada especialmente amenazante en esa puerta roja. De hecho, la puerta en cuestión era de lo más normal, de madera y con una estructura de cuatro paneles, como las que encuentras en tres de cada cuatro casas de las afueras, con la pintura gastada, un picaporte a la altura del pecho, que nadie ha utilizado jamás, y una cerradura metálica.

Pero mientras caminaba hacia ella, bajo la escasa luz de una farola distante que apenas me iluminaba el trayecto, el oscuro sendero parecía dispuesto a tragarse entero, y no se me quitaba de encima una sensación de desgracia inminente. Cada paso que daba me costaba un gran esfuerzo, como si no recorriera una acera agrietada, sino un cemento aún fresco. Mi cuerpo exhibía los síntomas clásicos de una amenaza latente. ¿Se me helaba el espinazo? Pues sí. ¿Se me estaban erizando los vellos? También. ¿Picores en la base del cuello? Ahí estaban. ¿Cosquilleo en el cráneo? Por supuesto.

La casa estaba totalmente a oscuras, sin una sola luz. Chynna ya me había prevenido. Pero ese domicilio se me antojaba demasiado mono, a la par que excesivamente anónimo. Por algún motivo, eso me molestaba. Y además, la casa estaba aislada al final de un callejón sin salida, agazapada en la oscuridad como si así mantuviese a distancia a los intrusos.

No me gustaba.

No me gustaba lo más mínimo, pero eso es a lo que me dedico. Cuando Chynna me llamó, yo había acabado de entrenar al equipo de baloncesto de cuarto grado de Newark. Mi equipo, compuesto por chavales que, al igual que yo, procedían de familias de acogida (nos llamamos los Sin-Pas, diminutivo de sin padres, pues se nos da muy bien el sarcasmo), se las había apañado para cargarse su ventaja de seis puntos a dos minutos del final. En la cancha, como en la vida, los Sin-Pas no resisten muy bien la presión.

Chynna llamó mientras yo reunía a mis jóvenes saltarines para soltarles el rollo habitual tras el partido, que solía consistir en aportaciones tan trascendentales para sus vidas como: «Os lo habéis currado», «La próxima vez nos los cargamos» o «No olvidéis que tenéis un partido el jueves»; y acabando siempre con el grito de «¡A arrasar!», algo que no solemos conseguir jamás.

—¿Dan?

—¿Quién eres?

—Soy Chynna. Ven, por favor.

Le temblaba la voz, así que me despedí del equipo y subí al coche. Y ahora estaba aquí. Ni siquiera había tenido tiempo de ducharme, y el olor a gimnasio se mezclaba con el sudor del miedo. Bajé el ritmo. ¿Qué me estaba pasando?

Para empezar, debería haberme duchado. No sirvo para nada sin una buena ducha. Nunca lo he logrado. Pero Chynna se había mostrado muy insistente. Me había suplicado que estuviera allí antes de que nadie llegara a la casa. Por consiguiente, ahí estaba yo, con la camiseta gris empapada en sudor y enganchada al pecho, dirigiéndome hacia esa puerta.

Como muchos de los jóvenes con los que trabajo, Chynna tenía serios problemas, y puede que fuera eso lo que había disparado las alarmas. No me había gustado la voz que tenía al teléfono, pero tampoco me había contagiado el menor interés por todo el asunto. Respiré hondo y eché un vistazo atrás. En la distancia, podía discernir algunas señales de vida en esa noche de las afueras —luces domésticas, el fulgor de un televisor o de una pantalla de ordenador o la puerta abierta de un garaje—, pero en ese callejón sin salida no había nada, ni un sonido, ni un movimiento, solo algún susurro en la oscuridad.

Me vibró el móvil y me pegó un susto de muerte. Supuse que sería Chynna, pero no, se trataba de Jenna, mi exmujer. Le di al botón de responder y dije:

—Hola.

—¿Puedo pedirte un favor? —preguntó ella.

—Ahora ando algo ocupado.

—Solo necesito que me hagas de canguro mañana por la noche. Puedes traerte a Shelly, si quieres.

—Verás, Shelly y yo no estamos en nuestro mejor momento —le dije.

—¿Otra vez? Pero si es estupenda para ti.

—No llevo muy bien eso de conservar a las mujeres estupendas.

—A mí me lo vas a decir...

Jenna, mi adorable ex, se volvió a casar hace ocho años. Su nuevo marido es un reputado cirujano que se llama Noel Wheeler. Noel trabaja para mí como voluntario en el centro de adolescentes. Me cae bien y yo le caigo bien a él. Tiene una hija de un matrimonio anterior y, a medias con Jenna, una niña de seis años llamada Kari. Yo soy el padrino de Kari, y las dos chicas me llaman tío Dan. Soy el canguro habitual de la familia.

Ya sé que todo esto parece de lo más civilizado, y supongo que así es. Pero en mi caso podría tratarse únicamente de una cuestión de necesidad. No dispongo de nadie más —ni padres ni hermanos—, así que lo más parecido que tengo a una familia es mi exmujer. Los chavales con los que trabajo, a los que intento reivindicar, ayudar y defender, son mi vida, pero la verdad es que no estoy muy convencido de estar haciendo las cosas especialmente bien.

—Tierra llamando a Dan... —dijo Jenna.

—Ahí estaré —le dije.

—A las seis y media. Eres el mejor.

Jenna me envió un beso por teléfono y colgó. Me quedé un instante mirando el móvil y recordé el día de nuestra boda. Cometí un error casándome. Para mí, siempre

es un error acercarme demasiado a la gente, pero no puedo evitarlo. Necesito poco para explayarme filosofando sobre que es mejor haber amado y perdido que no haber amado jamás. Aunque, en realidad, no creo que eso se ajuste a mí. Me temo que forma parte del ADN humano lo de repetir los mismos errores, incluso cuando deberíamos verlos venir. Así pues, aquí estoy yo, el pobre huérfano que consiguió llegar a lo más alto de su clase en una escuela pija, pero que nunca acabó de descubrir quién era. Suena cursi, pero yo quiero tener a alguien en mi vida. Lamentablemente, no parece ser ese mi destino. Soy un solitario que no desea serlo.

«Somos la basura de la evolución, Dan...».

Eso decía mi «padre» adoptivo favorito. Era un profesor universitario al que le encantaban los debates filosóficos.

«Piénsalo, Dan. A lo largo de la humanidad, ¿qué han hecho los más fuertes y los más listos? Ir a la guerra. Así fueron las cosas hasta el siglo pasado. Antes de eso, enviábamos a nuestros mejores representantes a pelear en el frente. Así pues, ¿quién se quedaba en casa y se reproducía mientras lo mejor de nuestra juventud moría en lejanos campos de batalla? Los cojos, los enfermos, los débiles, los corruptos, los cobardes... En definitiva, lo peor de cada casa. Y de ahí venimos genéticamente nosotros, Dan, tras milenios sacrificando a los que valen para mantener vivos a los inútiles. Por eso, todos somos basura, puros zurullos procedentes de siglos de malas gestaciones».

Pasé de la aldaba y golpeé suavemente la puerta con los nudillos. Cedió y se abrió una rendija. No me había dado cuenta de que estaba abierta.

Eso tampoco me gustó. Ahí había muchas cosas que no me gustaban.

De pequeño vi un montón de películas de terror, cosa extraña, pues la verdad es que las odiaba. Odiaba que me tirasen cosas encima. Y no podía soportar tanta sangre. Pero seguía viendo esas películas y se me hacía la boca agua ante la actitud previsiblemente imbécil de sus heroínas, y ahora volvía a ver mentalmente esas secuencias, aquellas en las que la susodicha heroína imbécil llama a una puerta, la puerta se abre y tú le gritas: «¡Corre, tía buena en bragas!», pero ella no se mueve, y tú no lo entiendes, y al cabo de dos minutos aparece el asesino y se la carga.

Debería largarme ahora mismo.

De hecho, estaba a punto de hacerlo, pero entonces recordé la llamada de Chynna, las palabras que había pronunciado, su voz temblorosa. Suspiré, me acerqué a la rendija y eché un vistazo al recibidor.

Oscuridad.

Bueno, basta ya de tonterías.

—¿Chynna?

Escuché el eco de mi voz. Yo esperaba un silencio absoluto. Eso sería lo siguiente, ¿no? Ninguna respuesta. Abrí la puerta un poco más, di un pasito hacia adelante...

—¿Dan? Estoy en la parte de atrás. Ven.



Era una voz apagada y distante. Eso tampoco me gustaba nada, pero ya no había manera de echarse atrás. Echarme atrás ya me había salido muy caro a lo largo de mi vida. Me deshice de las dudas. Sabía lo que me tocaba hacer ahora.

Abrí la puerta, entré y la cerré a mis espaldas.

En mi situación, otros se habrían traído una pistola o algún tipo de arma. A mí también se me había ocurrido, pero es algo que no va conmigo. Y ahora ya no era el momento de preocuparse por ello. No había nadie en casa. Eso me había dicho Chynna. Y si había alguien, pues ya me enfrentaría a esa evidencia en su momento.

—¿Chynna?

—Ve al salón, estaré ahí en un segundo.

La voz sonaba... extraña. Vi una luz al final del pasillo y me dirigí hacia ella. Oí un ruido. Me detuve y me puse a escuchar. Parecía agua corriente. Puede que una ducha.

—¿Chynna?

—Me estoy cambiando. Enseguida salgo.

Me colé en un salón en penumbra. Vi uno de esos interruptores que controlan la intensidad de la luz y pensé en darle hacia arriba, pero al final opté por dejarlo como estaba. Mis ojos se ajustaban rápidamente. La habitación tenía unas paredes de madera cutre que parecía tener más relación con el plástico que con ningún tipo de árbol. Había dos retratos de sendos payasos tristes con enormes flores en la solapa, de esos que se encuentran en tiendas donde rige el peor gusto posible. En el mueble bar había una enorme botella de vodka, abierta y de marca desconocida. Me pareció oír susurrar a alguien.

—¿Chynna? —dije en voz alta.

No hubo respuesta. Me quedé a la espera de más susurros. Nada. Eché a andar hacia la parte de atrás, hacia donde había oído el ruido de la ducha.

—Enseguida salgo —le oí decir a la voz.

Seguí adelante y me dio un escalofrío, pues cada vez estaba más cerca de esa voz. Podía oírla mejor. Y había en ella algo que se me antojó de lo más extraño: no se parecía en nada a la de Chynna. Me asaltaron tres sensaciones. Una, pánico. No era Chynna. Lárgate ahora mismo. Dos, curiosidad. Si no era Chynna, ¿quién coño era y qué estaba pasando? Tres, más pánico. La que me llamó por teléfono había sido Chynna, así pues... ¿qué le había pasado?

Ahora no podía salir pitando.

Di un paso más y fue entonces cuando todo ocurrió. Me dio un foco en toda la cara y me cegó. Trastabillé hacia atrás mientras me cubría el rostro con la mano.

—¿Dan Mercer?

Parpadeé. Voz femenina. Profesional. Tono grave. Y me resultaba extrañamente familiar.

—¿Quién está ahí?

De repente, había más gente en la habitación. Un tipo con una cámara. Otro con

lo que parecía un micrófono de percha. Y la mujer de la voz familiar, una hembra impresionante vestida de ejecutiva y con el pelo castaño.

—Wendy Tynes, NTC News. ¿Qué haces aquí, Dan?

Abrí la boca, pero no me salía nada. Reconocí a esa mujer de un programa de televisión.

—¿Por qué has estado chateando de manera sexual con una niña de trece años, Dan? Tenemos tus comunicaciones con ella.

Era la que tendía trampas a los pedófilos y los grababa para que se enterara todo el mundo.

—¿Has venido para tener sexo con una niña de trece años?

Y entonces vi lo que estaba pasando allí y se me congelaron los huesos. Apareció más gente en la habitación. Productores, tal vez. Otro tío con una cámara. Dos polis. Las cámaras se acercaron. La luz se hizo más brillante. El sudor empezó a recorrerme la frente. Me puse a tartamudear, me lancé a negarlo todo.

Pero no había nada que hacer. Emitieron el programa dos días después. Lo vio todo el mundo. Y la vida de Dan Mercer, como ya había previsto yo cuando me acercaba a esa puerta, se fue a la ruina.

Cuando Marcia McWaid vio por primera vez la cama vacía de su hija no se sintió atacada por el pánico. Eso vendría después. Se había despertado a las seis de la mañana, demasiado pronto para un sábado, pero se sentía maravillosamente. Ted, su marido desde hacía veinte años, dormía apaciblemente a su lado. Boca abajo y con un brazo en torno a su cintura. A Ted le gustaba dormir con camiseta y sin calzoncillos. Desnudo de cintura para abajo. «Hay que dejar que se aireen mis amiguitos», solía decir con una mueca irónica. Y Marcia, imitando la costumbre adolescente de sus hijas, le respondía: «D-I» (Demasiada Información).

Marcia se deshizo de su abrazo y echó a andar hacia la cocina. Se preparó una taza de café con la nueva máquina Keurig. A Ted le encantaban esos chismes —los críos y sus juguetes—, pero tenía que reconocer que este era de cierta utilidad. Cogías la cápsula, la metías en la máquina y, zas, ya tenías un café. Marcia pasaba de las pantallas de vídeo, de los sistemas táctiles y de la conectividad sin cables, pero ese trasto le encantaba.

Habían acabado recientemente una ampliación doméstica: un dormitorio más, otro baño y una tronera de vidrio para la cocina. Ahora entraba el sol desde primera hora de la mañana, convirtiendo ese rincón de la casa en el favorito de Marcia. Se hizo con el café y el periódico y se sentó junto a la ventana, sobre sus propios pies.

Un leve atisbo del paraíso.

Se dedicó a leer el periódico y a disfrutar de su café. Poco después, debería revisar el horario. Ryan, que cursaba tercer grado, tenía un partido de baloncesto a las ocho en punto. Ted era el entrenador. Su equipo llevaba dos temporadas seguidas sin

ganar nada.

—¿Por qué nunca ganan tus equipos? —le había preguntado Marcia.

—Porque selecciono a los chavales siguiendo un criterio muy estricto.

—¿Consistente?

—En lo simpático que sea el padre y lo buena que esté la madre.

Le había dado una colleja amistosa, pues cualquier preocupación que pudiera haberle suscitado ese comentario se desvaneció al ver a las madres que rondaban por allí y darse cuenta de que el hombre bromeaba. La verdad es que Ted era un gran entrenador, no en términos estratégicos, sino a la hora de tratar a los muchachos. Todos le querían y disfrutaban de su falta de competitividad, pues hasta los jugadores más carentes de talento, los que solían desanimarse a la largo de la temporada y acabar abandonando, aparecían cada semana. Ted consiguió incluso darle la vuelta a su favor a una conocida canción de Bon Jovi: «Conviertes la derrota en algo digno». Los chavales se reían y celebraban cada encesto: así es como deben ser las cosas cuando estás en tercer grado.

Su hija de catorce años, Patricia, tenía un ensayo para la función teatral, una versión resumida del musical *Los miserables*. Interpretaba varios papeles pequeños que le daban bastante trabajo. Y la hija mayor, Haley, la que iba al instituto, hacía unas «prácticas de capitana» para el equipo femenino de *lacrosse*. Dichas prácticas no tenían ningún tono oficial. Solo eran una manera de asomarse a la realidad del juego siguiendo las reglas marcadas por el instituto. No había entrenador, y la cosa era más bien una reunión juvenil para pasar el rato.

Como muchos padres de las afueras, Marcia mantenía con el deporte una relación de amor-odio. Sabía lo irrelevantes que eran a la larga las actividades deportivas, pero no podía evitar involucrarse en ellas.

Media hora de paz al inicio de la jornada. Eso era todo lo que necesitaba. Se terminó la primera taza de café, se hizo una segunda y pilló la sección de «Estilos de Vida» del diario. La casa seguía en silencio. Subió las escaleras para supervisar la situación. Ryan dormía de lado, con el rostro convenientemente enfocado hacia la puerta para que su madre pudiese reparar en cómo se parecía a su padre. El cuarto siguiente era el de Patricia, que también seguía durmiendo.

—¿Cariño?

Patricia se movió e hizo un ruidito. En su habitación, como en la de Ryan, daba la impresión de que alguien había colocado estratégicamente unos cartuchos de dinamita en los cajones, haciendo saltar su contenido por los aires. Había ropa tirada en el suelo, ropa a medio colocar en su sitio y algunas prendas colgando del armario cual caídos en una barricada de la Revolución Francesa.

—¿Patricia? Tienes ensayo en una hora.

—Ya voy —gruñó la chica con una voz que indicaba exactamente lo contrario.

Marcia se preguntaba a qué hora habría vuelto su hija a casa. Haley no estaba sometida a ningún tipo de toque de queda porque nunca había sido necesario

imponérselo. Era mayor y responsable y nunca se aprovechaba de la situación. Marcia, cansada, se había ido a dormir a las diez. Ted, aunque estaba tan «cachondo» como de costumbre, no tardó mucho en seguirla. Estaba a punto de seguir adelante y pasar del asunto cuando algo, no supo exactamente qué, la empujó a poner una lavadora. Se encaminó hacia el baño de Haley. Sus hermanos menores, Ryan y Patricia, creían que «cesta» era un eufemismo de «suelo», o de «cualquier sitio menos la cesta», pero Haley, claro está, depositaba cada noche religiosamente en la cesta la ropa que había llevado ese día. Fue entonces cuando Marcia empezó a sentir un peso en el estómago.

La cesta estaba vacía.

El peso del estómago se incrementó cuando revisó el cepillo de dientes de su hija, y luego el lavabo y la ducha.

Todo estaba seco.

El peso seguía en aumento cuando Marcia le gritó a Ted, tratando de que no se le notara el pánico en la voz. Y así siguió cuando ambos se fueron en coche a las prácticas de capitana y se enteraron de que Haley no había aparecido. Continuó creciendo cuando llamó a las amigas de Haley, mientras Ted envió un mail generalizado y nadie supo decirle dónde estaba su hija. El peso siguió creciendo cuando llamaron a la policía local y esta, pese a las protestas de Marcia y Ted, sostuvo que Haley se había ido de casa y no era más que una cría dispuesta a quemar un poco de energía. Cuarenta y ocho horas después, cuando entró en liza el FBI, el peso del estómago era casi insoportable. Lo fue del todo al cabo de una semana, cuando seguía sin haber ninguna noticia de Haley.

Era como si se la hubiese tragado la tierra.

Pasó un mes. Nada. Pasaron dos. Sin novedad al respecto. Y entonces, finalmente, durante el tercer mes, hubo noticias... Y la piedra que le había crecido a Marcia en el pecho, la que no le dejaba respirar ni dormir por las noches, dejó de crecer.

# PRIMERA PARTE

*Tres meses después...*

—¿Promete decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, con la ayuda de Dios?

Wendy dijo que sí, subió al banquillo y miró a su alrededor. Se sentía como si estuviese en un escenario, algo a lo que, por otra parte, estaba acostumbrada al ser una reportera de televisión, pero esta vez la cosa no le hacía ninguna gracia. Echó un vistazo y vio a los padres de las víctimas de Dan Mercer. Cuatro parejas. Estaban ahí cada día. Al principio, traían fotografías de sus hijos, de esas víctimas inocentes, y las sostenían en alto, pero el juez se lo acabó prohibiendo. Ahora se mantenían sentados en silencio, mirando; y curiosamente, eso resultaba aún más inquietante.

El asiento era incómodo. Wendy ajustó la posición, cruzó las piernas, las descruzó y se quedó a la espera. Flair Hickory, el defensor de los famosos, se puso de pie. Wendy, no por primera vez, se preguntaba de dónde habría sacado Dan Mercer el dinero para permitirse un abogado así. Flair llevaba su habitual traje gris a rayas rosas, camisa rosa y corbata rosa. Cruzó la sala de una manera que podría describirse discretamente como «teatral», pero que se parecía más a los movimientos de un Liberace que hubiese perdido la vergüenza por completo.

—Señora Tynes —empezó, con una sonrisa de bienvenida. Eso formaba parte de su estilo. Sí, era gay, pero lo enfatizaba ante el tribunal como si fuese un imitador de Liza Minnelli—. Me llamo Flair Hickory y le deseo unos buenos días.

—Buenos días —dijo ella.

—Usted trabaja para un programa de televisión amarillista titulado *Atrapado in fraganti*, ¿no es cierto?

El letrado de la acusación, un hombre llamado Lee Portnoi, dijo:

—Protesto. Es un programa de televisión a secas. No hay base alguna para sostener la alegación de que se trate de un programa populachero o amarillista.

Flair sonrió.

—¿Quiere que aporte pruebas al respecto, señor Portnoi?

—No será necesario —intervino la juez Lori Howard en un tono de voz que ya indicaba cierta preocupación. Se volvió hacia Wendy—. Por favor, responda a la pregunta.

—Ya no trabajo para ese programa —declaró Wendy.

Flair aparentó sorpresa ante la noticia.

—¿No? Pero ¿sí había trabajado en él?

—Sí.

—¿Y qué ocurrió?

—El programa fue retirado de antena.

—¿Por falta de audiencia?

—No.

—¿De verdad? ¿Por qué, entonces?

—Señoría, todos sabemos por qué —dijo Portnoi.

Lori Howard asintió.

—Avance un poco, señor Hickory.

—¿Conoce usted a mi cliente, Dan Mercer?

—Sí.

—Y se coló en su domicilio, ¿no es así?

Wendy intentó sostenerle la mirada, tratando de no parecer culpable, sin saber muy bien cómo se hacía eso.

—No me parece una descripción muy ajustada.

—¿No lo es? Pues nada, señora mía, pretendo ajustarme lo máximo posible a la realidad, así que volvamos a empezar.

Recorrió la sala como si estuviera en una pasarela de Milán. Hasta tuvo la audacia de sonreírles a las familias de las víctimas. La mayoría se puso a mirar ostensiblemente hacia otro lado, pero uno de los padres, Ed Grayson, le lanzó una mirada asesina. Flair se quedó tan ancho.

—¿Cómo conoció usted a mi cliente?

—Apareció en un chat.

Flair enarcó las cejas de manera espectacular.

—¿De verdad? —dijo como si lo que acababa de oír fuese de lo más fascinante

—. ¿Qué tipo de chat?

—Un chat para niños.

—¿Y usted estaba ahí en medio?

—Sí.

—Usted no es una niña, señora Tynes. Vamos a ver, puede que no sea mi tipo, pero hasta yo me doy cuenta de que es usted una adulta de sexo femenino y de muy buen ver.

—¡Protesto!

La juez Howard suspiró.

—¿Señor Hickory?

Flair sonrió e hizo una reverencia en señal de disculpa. Se trataba de ese tipo de cosas de las que solo él podía salir bien librado.

—Bueno, señora Tynes, cuando usted estaba en ese chat, se hacía pasar por una menor de edad, ¿correcto?

—Sí.

—Y luego se lanzaba a unas conversaciones destinadas a atraer a hombres interesados en mantener relaciones sexuales con usted. ¿Estoy también en lo cierto?

—No.

—¿Cómo que no?

—Siempre les dejo dar el primer paso.

Flair meneó la cabeza e hizo unos ruiditos de reprobación.

—Si me dieran un dólar cada vez que digo eso...

La sala en pleno se echó a reír.

—Tenemos las transcripciones, señor Hickory. Podemos leerlas y llegar a nuestras propias conclusiones —dijo la juez.

—Excelente precisión, señoría, muchas gracias.

Wendy se preguntaba por la ausencia de Dan Mercer, pero entendía por qué no estaba allí. Se trataba de una sesión dedicada a aportar pruebas y, por consiguiente, Mercer no sería interrogado. Flair Hickory confiaba en convencer a la jueza para que prescindiera del material espantoso, enfermizo y vomitivo que la policía había encontrado en el ordenador de Mercer y oculto por toda la casa. Si lo lograba —aunque todo el mundo pensaba que lo tenía muy difícil—, lo más probable era que el caso contra Dan Mercer se derrumbara y las calles recuperasen a un depredador chiflado.

—Por cierto —Flair se dirigió de nuevo a Wendy—, ¿cómo supo usted que era mi cliente el que estaba al otro lado de esa conversación en la red?

—Al principio no lo sabía.

—Ah, ¿no? ¿Y con quién creía estar hablando?

—No sabía su nombre. Es parte del asunto. En esos momentos, solo sabía que era un tío que andaba en busca de sexo con menores.

—¿Y cómo lo sabía?

—¿Perdón?

Flair trazó unas comillas en el aire.

—«Un tío que andaba en busca de sexo con menores», como usted dice. ¿Cómo supo que la persona en cuestión se dedicaba a eso?

—Como ha dicho la juez, señor Hickory, lea las transcripciones.

—Oh, ya lo he hecho. ¿Y sabe a qué conclusión he llegado?

Eso puso de pie a Lee Portnoi.

—Protesto. No nos interesan las conclusiones del señor Hickory. Que yo sepa, no es un testigo.

—Admitido.

Flair se retiró a su escritorio y empezó a hojear sus notas. Wendy echó un vistazo a la sala. Le ayudaba a concentrarse. Esa gente había sufrido mucho, y ella les ayudaba a buscar justicia. Por mucho que aparentase estar quemada o que dijera que lo suyo no era más que un trabajo, lo cierto era que todo aquello significaba mucho para ella: había hecho cosas buenas. Pero cuando su mirada se cruzó con la de Ed Grayson, vio algo ahí que no le gustó. Era una mirada airada, incluso retadora. Flair dejó a un lado los papeles.

—En fin, señora Tynes, permítame que se lo diga de esta manera: si una persona razonable leyera esas transcripciones, llegaría sin duda alguna a la conclusión de que uno de los participantes era una reportera de treinta y seis años y de muy buen ver...



—¡Protesto!

—... ¿o cree usted que alguien pensaría que aquello lo escribía una niña de trece años?

Wendy abrió la boca, la cerró y se quedó a la espera. La juez Howard le dijo:

—Puede contestar.

—Me hacía pasar por una cría de trece años.

—Ajá —dijo Flair Hickory—. ¿Quién no lo ha hecho alguna vez?

—Señor Hickory... —le advirtió la juez.

—Lo siento, señoría, no lo he podido evitar. En fin, señora Tynes, si yo me limitara a leer esos mensajes, no podría saber que usted estaba mintiendo, ¿verdad? Pensaría que usted era realmente una niña de trece años.

Lee Portnoi empezaba a perder la paciencia.

—¿Y la pregunta?

—Ahora voy, cariño, así que presta atención: ¿fueron escritos esos mensajes por una niña de trece años?

—Preguntado y respondido, señoría —dijo Flair.

—Solo se trata de un sí o un no. ¿Era la autora de tales mensajes una niña de trece años?

La juez Howard asintió en dirección a la testigo.

—No —dijo Wendy.

—De hecho, como usted misma ha reconocido, se estaba haciendo pasar por una niña de trece años, ¿no es cierto?

—Así es.

—Y hasta donde usted sabe, la persona al otro lado de la comunicación también podía estar haciéndose pasar por un adulto en busca de sexo con menores. Ya puestos, igual podía estar usted hablando con una monja albina con herpes, ¿verdad?

—Protesto.

Wendy miró a Flair a los ojos.

—No fue una monja albina con herpes la que se presentó en casa de la niña buscando sexo.

Pero Flair no se arredró.

—¿De qué casa se trataba, señorita Tynes? ¿De la casa donde usted colocó sus cámaras? Dígame, ¿acaso vivía allí una menor?

Wendy no dijo nada.

—Haga el favor de responder a la pregunta —le indicó la juez.

—No.

—Pero usted estaba allí, ¿verdad? Puede que quien estaba en el otro extremo de la conversación, y la verdad es que seguimos sin saber quién era a estas alturas, hubiese visto su programa de noticias —pronunció la palabra «noticias» como si le dejara un mal sabor de boca— y decidido seguirle la corriente para poder conocer a una estrella de la televisión de treinta y seis años y de muy buen ver. ¿Acaso no cabe esa

posibilidad?

Portnoi se puso de pie.

—Protesto, señoría. Ese es un tema para el jurado.

—Muy cierto —dijo Flair—. Y podríamos aducir, un caso evidente de manipulación. —Se volvió a Wendy—. Sigamos en la noche del 17 de enero, ¿le parece? ¿Qué ocurrió después de que usted se enfrentara a mi cliente en su casa trampa?

Wendy esperó a que el fiscal se opusiera al término «trampa», pero lo más probable era que este pensara que ya había hecho suficiente.

—Su cliente salió corriendo.

—Después de que usted se le echara encima con sus cámaras, sus focos y sus micrófonos, ¿verdad?

Volvió a esperar una protesta antes de responder.

—Sí.

—Dígame, señora Tynes. ¿Es así como reacciona la mayoría de los hombres a los que usted atrae a su casa trampa?

—No. En general, se quedan a dar explicaciones.

—¿Aunque la mayoría de ellos sean culpables?

—Sí.

—Pero mi cliente se comportó de un modo distinto. Interesante.

Portnoi se había vuelto a levantar.

—Puede que al señor Hickory le parezca interesante. Pero a los demás, sus triquiñuelas...

—Vale, vale, lo retiro —dijo Flair como si solo aspirase a que lo dejaran en paz—. Relájese, letrado, que el jurado no está. ¿No confía en que la juez detecte mis «triquiñuelas» sin su ayuda? —Se puso bien uno de los gemelos—. Bueno, señora Tynes, el caso es que usted encendió las cámaras y los focos y se echó encima de Dan Mercer blandiendo un micrófono, momento en el que mi cliente salió corriendo. ¿Es ese su testimonio?

—Lo es.

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Les dije a mis productores que lo siguieran.

Flair volvió a aparentar sorpresa.

—¿Sus productores son agentes de policía, señora Tynes?

—No.

—¿A usted le parece normal que ciudadanos particulares se dediquen a la persecución de sospechosos sin la ayuda de agentes de la ley?

—Había un agente de policía con nosotros.

—Oh, por favor. —Hickory se puso escéptico—. Su programa es puro sensacionalismo. Periodismo amarillo de la peor especie...

Wendy le interrumpió.

—Ya nos habíamos visto antes, señor Hickory.

Eso le cogió por sorpresa.

—¿De verdad?

—Cuando yo era una asistente de producción en *Cosas que pasan*. Me puse en contacto con usted como experto en el juicio contra Robert Blake por asesinato.

Flair se volvió hacia los espectadores e hizo una espectacular reverencia.

—Ya lo ven, señoras y señores, ha quedado bien claro que me muero por chupar cámara. Me han pillado. —Otro ataque de risa generalizado—. Aun así, señora Tynes, ¿intenta usted decirle a la corte que el cuerpo de policía estaba tan a favor de sus tendencias periodísticas que le ofrecía su colaboración?

—Protesto.

—Denegado.

—Pero, señoría...

—Olvídese, señor Portnoi, y siéntese.

—Teníamos una relación con la policía y con la oficina del fiscal del distrito. Para nosotros era de suma importancia mantenernos en el lado correcto de la ley.

—Ya veo. Trabajaban a medias con el Departamento de Policía, ¿no?

—La verdad es que no del todo.

—Bueno, señora Tynes, ¿en qué quedamos? ¿Montaba la trampa usted solita, sin el conocimiento y la colaboración del cuerpo de policía?

—No.

—Vale, estupendo. ¿Se puso usted en contacto con la policía y con la oficina del fiscal antes de la noche del 17 de enero para hablarles de mi cliente?

—Hablamos con la fiscalía, sí.

—Magnífico, muchas gracias. Pero me acaba de decir que puso a sus productores a perseguir a mi cliente, ¿no es así?

—Ella no lo ha verbalizado de esa manera —intervino Portnoi—. Ha dicho «seguir», no «perseguir».

Flair contempló a Portnoi como si nunca hubiese visto a un pelmazo más inaguantable.

—Vale, vale, lo que usted diga... Perseguir, seguir, ya analizaremos la diferencia en otro momento. Señora Tynes, cuando mi cliente echó a correr, ¿usted adónde fue?

—A su domicilio.

—¿Por qué?

—Supuse que, en algún momento, Dan Mercer aparecería por allí.

—¿Se quedó fuera de la residencia mientras esperaba?

Wendy hizo una mueca. Estaban llegando a ese momento. Echó un vistazo a los rostros que tenía delante y clavó sus ojos en los de Ed Grayson, cuyo hijo de nueve años había sido una de las primeras víctimas de Mercer. Podía sentir el peso de su mirada cuando dijo:

—Vi una luz encendida.

—¿En casa de Dan Mercer?

—Sí.

—Qué raro —dijo Flair en tono sarcástico—. Nunca he oído hablar de nadie que deje una luz encendida cuando no está en casa.

—¡Protesto!

La juez Howard suspiró de nuevo.

—Señor Hickory...

Flair mantenía la vista clavada en Wendy.

—¿Y qué hizo entonces, señora Tynes?

—Llamé a la puerta.

—¿Y apareció mi cliente?

—No.

—¿Apareció alguien?

—No.

—¿Y qué hizo usted a continuación, señora Tynes?

Wendy intentó mantenerse muy quieta cuando dijo lo siguiente:

—Me pareció ver cierto movimiento en la ventana.

—Le pareció ver cierto movimiento —repitió Flair—. Vaya, vaya, ¿no podría ser un poquito más imprecisa?

—¡Protesto!

—Lo retiro. ¿Qué hizo usted entonces?

—Probé el pomo de la puerta y vi que no estaba cerrada con llave, así que la abrí.

—¿De verdad? ¿Y por qué hizo algo así?

—Estaba preocupada.

—¿Preocupada por qué?

—Ha habido casos de pedófilos que se han autolesionado al ser descubiertos.

—¿Es eso cierto? En ese caso, ¿le preocupaba la posibilidad de que su trampa condujera a mi cliente al suicidio?

—Algo así, sí.

Flair se llevó la mano al pecho.

—Me ha conmovido.

—¡Señoría! —gritó Portnoi.

Flair se lo volvió a quitar de encima con un displicente manotazo al aire.

—O sea, que usted quería salvar a mi cliente, ¿no?

—Si ese era el caso, sí, quería detenerlo.

—En antena, usted ha utilizado palabras como «pervertido», «chiflado», «depravado», «monstruoso» o «escoria» para referirse a aquellos a los que tiende trampas, ¿no es cierto?

—Sí.

—Pero en su testimonio de hoy ¿afirma que estaba dispuesta a colarse en casa de mi cliente, o sea, a quebrantar la ley, para salvarle la vida?

—Supongo que se podría describir así.

La voz de Flair ya no solo desprendía sarcasmo, sino que parecía llevar días marinándose en él.

—Cuánta nobleza.

—¡Protesto!

—No era cuestión de nobleza —dijo Wendy—. Prefiero ver a esa gente ante la justicia y dar a las familias la posibilidad de cerrar su duelo. El suicidio es una salida muy sencilla.

—Ya veo. ¿Y qué ocurrió cuando se coló en casa de mi cliente?

—Protesto —dijo Portnoi—. La señora Tynes ha dicho que la puerta no estaba cerrada...

—Bueno, vale, entró, se coló, lo que mejor le parezca a este buen señor —dijo Flair con las manos en las caderas—. Pero deje de interrumpir. Señora Tynes, ¿qué ocurrió después de que usted *entrara* —hizo especial hincapié en esa palabra— en casa de mi cliente?

—Nada.

—¿Mi cliente no intentaba causarse daño a sí mismo?

—No.

—¿Y qué estaba haciendo?

—No estaba allí.

—¿Había alguien ahí dentro?

—No.

—¿Y ese «movimiento» que usted creyó detectar?

—No lo sé.

Flair asintió y dio un paseíto.

—Usted ha testificado que se fue en coche a casa de mi cliente casi inmediatamente después de que este saliera corriendo con su productor detrás. ¿De verdad creyó que tendría tiempo de volver a casa y suicidarse?

—Conocía el camino más rápido y llevaba cierta ventaja. Sí, pensé que tendría tiempo suficiente.

—Ya veo. Pero se equivocaba, ¿no?

—¿Respecto a qué?

—Mi cliente no se fue directo a casa, ¿verdad?

—Cierto, no fue así.

—Pero usted entró en casa del señor Mercer... antes de que llegaran él o la policía, ¿estoy en lo cierto?

—Solo fue cosa de un momento.

—¿Cuánto dura un momento?

—No se lo podría decir.

—Bueno, tendría que revisar cada habitación, ¿no? Para cerciorarse de que no se había colgado de una viga con su propio cinturón, o algo parecido, ¿verdad?

—Solo revisé la habitación que tenía la luz encendida. La cocina.

—Lo cual significa que, por lo menos, tuvo usted que atravesar el salón. Dígame, señora Tynes, ¿qué hizo tras descubrir que mi cliente no estaba en casa?

—Salí fuera y me puse a esperar.

—¿A esperar qué?

—A que llegara la policía.

—¿Y llegó?

—Sí.

—Con una orden para registrar el domicilio de mi cliente, ¿no es así?

—Sí.

—Mire, soy consciente de su buena intención al introducirse en casa de mi cliente, pero... ¿no había una pequeña parte de usted que se preocupaba por la trampa que le había tendido?

—No.

—Desde ese programa del 17 de enero, usted ha llevado a cabo una investigación exhaustiva sobre el pasado de mi cliente. Aparte de lo que la policía encontró esa noche en su domicilio, ¿ha hallado alguna otra prueba sólida de actividades ilegales?

—Todavía no.

—O sea, no —dijo Flair—. En pocas palabras, sin las pruebas que se encontraron durante el registro policial, usted no tendría nada que vinculase a mi cliente con ninguna actividad ilegal, ¿verdad?

—Apareció por la casa esa noche.

—Por la casa trampa en la que no vivía ninguna menor de edad. O sea, señora Tynes, que el caso, así como su, digamos, reputación, se basa en los materiales hallados en el domicilio de mi cliente. Sin eso, no tiene usted nada. Resumiendo: usted disponía de los medios y los motivos necesarios para plantar esas pruebas, ¿no?

Lee Portnoi saltó al oír eso.

—Señoría, esto es ridículo. Ese asunto lo debe abordar el jurado.

—La señora Tynes ha reconocido haber entrado en la casa de manera ilegal, sin una orden judicial —dijo Flair.

—De acuerdo —contraatacó Portnoi—, pues acúsela de allanamiento de morada, si es que cree poder probarlo. Y si el señor Hickory insiste en aportar teorías absurdas sobre monjas albinas o pruebas colocadas, está en su derecho, pero que lo haga durante el juicio. Ante un jurado y en un juzgado. Así yo podré presentar pruebas que demuestren lo absurdo de sus teorías. Para eso tenemos juzgados y juicios. La señora Tynes es una ciudadana particular, y a un ciudadano particular no se le aplica el mismo tratamiento que a un oficial del juzgado. No se puede prescindir del ordenador y de las imágenes, señoría. Se hallaron durante un registro legal después de que un juez firmara la orden que lo autorizaba. Algunas de esas fotos tan desagradables estaban escondidas en el garaje y detrás de una estantería... Y es imposible que la señora Tynes las hubiese colocado ahí durante los breves instantes, o minutos, que

pasó dentro del domicilio.

Flair negó con la cabeza.

—Wendy Tynes se coló en la casa obedeciendo, en el mejor de los casos, a motivos muy discutibles. ¿Una luz encendida? ¿Un cierto movimiento? Por el amor de Dios... Contaba con un motivo urgente para plantar pruebas y con la manera de hacerlo, y sabía que la casa de Dan Mercer sería registrada en breve. Esto es peor que la fruta de un árbol venenoso. Cualquier prueba encontrada en la casa debe ser rechazada.

—Wendy Tynes es una particular.

—Pero eso no le da carta blanca en el caso que nos ocupa. Podría haber dejado fácilmente allí el portátil y las fotografías.

—Eso ya se lo contará usted al jurado.

—Señoría, el material encontrado puede generar prejuicios absurdos. Según se deduce de su testimonio, resulta evidente que la señora Tynes es algo más que una particular en este caso. Le he preguntado varias veces sobre su relación con la fiscalía, y ha admitido ser agente suya.

A Lee Portnoi le subieron los colores a la cara.

—Eso es ridículo, señoría. ¿Se considera ahora agente de la ley a todo reportero que investiga un delito?

—Como ella misma ha reconocido, Wendy Tynes trabajó con, y muy cerca de, su oficina, señor Portnoi. Si quiere, puedo pedirle a la estenógrafa que vuelva a leer la parte en la que se habla de un agente de policía sobre el terreno y de los contactos con la fiscalía.

—Pero eso no la convierte a ella en policía.

—Es una mera cuestión semántica, y el señor Portnoi es consciente de ello. Su oficina no tendría nada contra mi cliente de no ser por Wendy Tynes. Todo el caso, todos esos delitos de los que se acusa a mi cliente, se basa en el intento de la señora Tynes de tenderle una trampa al señor Mercer. Sin su participación, no se habría cursado ninguna orden.

Portnoi atravesó la sala.

—Señoría, puede que la señora Tynes se dirigiera a nosotros en primer lugar, pero si partimos de ahí, cualquier testigo o parte afectada que nos viene a ver acabaría siendo considerado un agente...

—Ya he oído bastante —dijo la juez Howard. Dio un martillazo y se puso de pie—. Les comunicaré mi decisión mañana por la mañana.

—Bueno —le dijo Wendy a Portnoi por el pasillo—, menuda mierda.

—La juez no va a descartar esas pruebas.

Wendy no estaba tan segura.

—En cierta manera, eso está muy bien.

—¿A qué te refieres?

—El caso es demasiado espectacular para que se rechacen pruebas —dijo Portnoi, señalando hacia su adversario—. Lo único que ha hecho Flair es mostrar su estrategia judicial.

Por delante de ellos, Jenna Wheeler, la exmujer de Dan Mercer, estaba respondiendo a las preguntas de una reportera de una tele rival. Aunque las pruebas contra Dan parecían irrefutables, Jenna seguía apoyando con firmeza a su exmarido, insistiendo en que se le acusaba falsamente. Esa postura, que para Wendy resultaba tan admirable como ingenua, había convertido a Jenna en una especie de paria en su propia ciudad.

Un poco más adelante, Flair Hickory sentaba cátedra ante un buen número de periodistas. Todos le querían, claro está, incluso Wendy en los tiempos en que cubría sus juicios. Flair llevaba la desfachatez hasta las últimas consecuencias. Pero ahora que estaba al otro lado del micro, Wendy se daba cuenta de que esa tendencia al espectáculo podía ir de la mano con la falta de escrúpulos. Frunció el ceño.

—No me parece que Flair Hickory sea ningún memo.

Flair cosechó unas risas entre los representantes de la prensa, palmeó unos cuantos lomos y echó a andar por su propia cuenta. Cuando por fin estuvo solo, a Wendy le sorprendió ver que se le acercaba Ed Grayson.

—Ay, ay, ay —dijo.

—¿Qué pasa?

Wendy señaló con la barbilla. Portnoi miró hacia donde le indicaban. Grayson, un tipo grandullón con el cabello gris y muy corto, estaba junto a Flair Hickory. Ambos se contemplaban con desagrado. Grayson no paraba de acercarse a su interlocutor, invadiendo su espacio personal. Pero Flair se mantenía en su sitio. Portnoi se acercó a ellos.

—¿Señor Grayson?

Las caras de ambos estaban a escasos centímetros de distancia. Grayson torció la suya en dirección a la voz y se quedó mirando fijamente a Portnoi.

—¿Todo bien? —preguntó este.

—Muy bien —repuso Grayson.

—¿Señor Hickory?

—Todo va viento en popa, letrado. Solo es una conversación amistosa.

Grayson clavó los ojos en Wendy una vez más, y a ella tampoco le gustó lo que vio.



—Bueno, señor Grayson, si no tiene nada más que añadir... —dijo Hickory.

Grayson no dijo nada. Hickory dio media vuelta y se marchó. Grayson se acercó a Portnoi y Wendy.

—¿Puedo hacer algo por usted? —le preguntó Portnoi.

—No.

—¿Puedo preguntarle de qué hablaba con el señor Hickory?

—Sí, puede. —Grayson miró a Wendy—. ¿Usted cree que la juez se ha tragado su cuento, señora Tynes?

—No era ningún cuento —repuso ella.

—Pero tampoco era exactamente la verdad, ¿no?

Ed Grayson se dio la vuelta y se alejó de allí.

—¿A qué coño ha venido eso? —dijo Wendy.

—Ni idea —dijo Portnoi—. Pero no te preocupes por él. Ni por Flair. Es bueno, pero esta partida no la va a ganar. Vete a casa y tómate una copa, que no pasa nada.

Pero Wendy no se fue a casa, sino que se dirigió a los estudios de su cadena en Secaucus, Nueva Jersey, con vistas al complejo deportivo Meadowlands. Unas vistas no especialmente agradables. Aquello era una ciénaga, una charca pantanosa que gruñía bajo el peso de una edificación constante. Revisó su correo electrónico y vio un mensaje del jefe, el productor ejecutivo Vic Garrett. El mensaje en cuestión, puede que el más largo que Vic hubiese enviado en su vida, decía: «Ven a verme ya».

Eran las tres y media de la tarde. El hijo de Wendy, Charlie, que estudiaba en el instituto de Kasselton, ya debería estar en casa. Le llamó al móvil porque nunca descolgaba el fijo. Charlie respondió a la cuarta llamada y en su estilo habitual: «¿Qué?».

—¿Estás en casa? —le preguntó.

—Sí.

—¿Y qué estás haciendo?

—Nada.

—¿No tienes deberes?

—No muchos.

—¿Los has hecho?

—Ya los haré.

—¿Y por qué no te pones ya?

—Son poca cosa. No me llevarán más de diez minutos.

—A eso voy. Si son tan poca cosa, hazlos y quítatelos de encima.

—Ya los haré luego.

—Pero ahora ¿qué estás haciendo?

—Nada.

—Entonces ¿para qué esperar? ¿Por qué no haces los deberes ya?

Un nuevo día, pero la misma conversación de siempre. Finalmente, Charlie dijo que se pondría en un minuto, lo cual significaba: «Si te digo que me pongo en un minuto, igual dejas de darme la tabarra».

—Seguramente llegaré a casa a eso de las siete —dijo Wendy—. ¿Quieres que traiga comida china?

—De la Casa de Bambú —precisó Charlie.

—De acuerdo. Dale de comer a Jersey a las cuatro.

Jersey era el perro de la familia.

—Vale.

—No te olvides.

—Para nada.

—Y haz los deberes, ¿vale?

—Adiós.

Clic.

Respiró hondo. Charlie ya tenía diecisiete años, pero seguía siendo un coñazo. Habían acabado con la búsqueda de universidad, típica actividad de los padres de las afueras a la que estos se entregan con una ferocidad que haría ruborizarse a cualquier déspota del Tercer Mundo, al ser admitido Charlie en Franklin & Marshall, de Lancaster, Pensilvania. Como todo adolescente, Charlie estaba nervioso y asustado ante un cambio tan grande en su vida, pero no tanto como su madre. Charlie, su hermoso, lunático y molesto hijo, era todo lo que tenía. Llevaban los dos solos los últimos doce años, la madre y su hijo único deambulando por las enormes y blancas afueras. Wendy no quería que Charlie se fuese. Le contemplaba cada noche y veía la pura perfección; así pues, como le sucedía desde que el crío tenía cuatro años, clamaba en silencio: «Por favor, Señor, déjame que lo congele aquí mismo, a esta edad, ni un día más joven o más viejo, déjame congelar a mi precioso hijo aquí y ahora para que me lo pueda quedar unos días más».

Porque no tardaría mucho en quedarse sola.

Apareció otro mail en la pantalla de su ordenador. También era de su jefe, Vic Garrett: «¿Qué parte de “ven a verme ya” he dejado abierta a la interpretación?».

Pulsó la tecla de respuesta y escribió: «Voy para allá».

Como el despacho de Vic estaba al otro lado del pasillo, toda esta comunicación resultaba tan absurda como irritante, pero así es el mundo en que vivimos. Charlie y ella se escribían a menudo dentro de casa. Demasiado cansada para gritar, Wendy solía enviarle mensajes: «Hora de irse a dormir», «Saca a Jersey» o el siempre popular «Basta de ordenador, lee un libro».

Wendy era una estudiante de diecinueve años en la Universidad de Tufts cuando se quedó embarazada. Había ido a una fiesta en el campus y, tras beber en exceso, se enrolló con John Morrow, un cantamañanas que jugaba al rugby y que, según el diccionario personal de Wendy Tynes, atendía por «no es mi tipo». Wendy se consideraba una estudiante liberal, una periodista alternativa que siempre iba de

negro riguroso, escuchaba exclusivamente rock independiente y frecuentaba lecturas improvisadas de poesía en exposiciones de Cindy Sherman. Pero el corazón nada entiende de rock independiente, poesía improvisada y exposiciones. O sea, que a Wendy le acabó cayendo bien el apuesto cantamañanas. Era de prever. Al principio, no se lo tomaba muy en serio. Se habían enrollado y empezaban a dejarse ver por ahí en pareja, pero no salían juntos, en realidad no salían juntos. La cosa se mantuvo en ese plan durante un mes, hasta que Wendy descubrió que estaba embarazada.

Siendo, como era, una mujer moderna, Wendy era consciente de que la evolución de la situación actual, como se le había dicho durante toda su vida, dependía exclusivamente de ella y de nadie más. Con dos cursos y medio de universidad por delante y una carrera periodística en el horizonte, el embarazo no había podido llegar en peor momento, pero eso la llevó a acelerar su decisión al respecto. Llamó por teléfono a John y le dijo: «Tenemos que hablar». El hombre se presentó en su caótica habitación y ella le pidió que tomara asiento. John ocupó el puf, adoptando un aire ridículo: no se podían definir de otra manera los intentos de ese semental de metro noventa de adoptar una postura, ya que no cómoda, por lo menos equilibrada. Deduciendo por el tono de voz de Wendy que la cosa iba en serio, John intentó poner cara de solemnidad mientras pugnaba por no caerse, lo cual le hacía parecer un crío dándose las de adulto.

—Estoy embarazada —le dijo Wendy, iniciando el discurso que llevaba ensayando mentalmente durante los últimos dos días—. Lo que suceda a partir de ahora, será cosa mía, y espero que no te opongas.

Wendy siguió en ese plan, deambulando por el cuartito, sin mirar a John y manteniendo la voz en el tono más sereno posible. Hasta concluyó su muy preparada declaración dándole las gracias por venir y deseándole lo mejor. Finalmente, se arriesgó a echarle un vistazo. John Morrow la miró con lágrimas en esos ojos tan azules que Dios le había dado y dijo:

—Pero yo te quiero, Wendy.

A ella le entraron ganas de reír, pero en vez de eso, se echó a llorar. John se deslizó del puf hasta quedarse de rodillas y le propuso matrimonio allí mismo, mientras ella reía y lloraba a la vez. Pese a las reticencias de casi todo el mundo, se casaron. Nadie esperaba nada bueno del enlace, pero los siguientes nueve años fueron una delicia. John Morrow era un tío dulce, cariñoso, guapo, divertido, listo y atento. Era su alma gemela, con todo lo que eso implicaba. Charlie nació mientras sus padres seguían en la universidad. Dos años después, John y Wendy reunieron el dinero suficiente para pagar la entrada de una casita en una calle muy concurrida de Kasselton. Wendy consiguió un empleo en una cadena de televisión local. John preparaba su doctorado en psicología. Iban muy bien encaminados.

Y entonces, en un santiamén, John murió. Y ahora la casita solo acogía a Wendy, Charlie y un gran agujero equiparable al que ella tenía en el corazón.

Llamó a la puerta de Vic y asomó la cabeza por el hueco.

—¿Querías verme?

—Creo que te han zurrado la badana en el juzgado —dijo su jefe.

—Apoyo —ironizó Wendy—. Por eso trabajo aquí. Por el apoyo que recibo.

—Si quieres apoyo, cómprate un sujetador —dijo Vic.

Wendy frunció el ceño.

—Eso no tiene ninguna gracia.

—Sí, ya lo sé. Tengo un informe tuyo, tú y tus repetitivos informes, en el que te quejas de los trabajos que te caen.

—¿Qué trabajos? Durante las últimas dos semanas, lo único que me has dado es la inauguración de una herboristería y un desfile de moda centrado en la bufanda masculina. ¿Por qué no me das algo que tenga cierta relación con la realidad?

—Espera. —Vic se llevó una mano a la oreja, como si se esforzara por oír.

Era un tipo pequeñito con una enorme barriga. Decían que tenía cara de hurón, aunque era difícil encontrar un hurón tan feo.

—¿Qué? —inquirió ella.

—¿Ahora es cuando clamas ante la injusticia de ser una tía buena en una profesión dominada por los hombres y cuando me acusas de tratarte como a un florero?

—¿Conseguiré así mejores encargos?

—No —dijo el jefe—. Pero ¿sabes cómo podrías lograrlo?

—¿Salir en directo más escotada?

—No vas mal encaminada, pero no, hoy no. Hoy la respuesta es la condena de Dan Mercer. Tienes que acabar siendo la heroína que atrapó a un pedófilo asqueroso y no la reportera metepatas que contribuyó a su puesta en libertad.

—¿Que yo contribuyo a su libertad?

Vic se encogió de hombros.

—La policía no sabría nada de Dan Mercer de no ser por mí.

Vic se llevó al hombro un violín imaginario, cerró los ojos y empezó a tocar.

—No seas capullo —le dijo Wendy.

—¿Quieres que llame a unos cuantos colegas para que te abracen en grupo? ¿Y si nos cogemos todos de la mano y cantamos el «Kumbayá»?

—Primero quiero ver cómo os la meneáis en corro.

—Grosera.

—¿Alguien sabe dónde se oculta Dan Mercer? —preguntó Wendy.

—No. Lleva dos semanas sin ser visto.

Wendy no sabía muy bien cómo tomárselo. Era consciente de que Dan había abandonado la localidad tras recibir amenazas de muerte, pero le parecía impropio de él no haberse presentado hoy en el juzgado. Estaba a punto de pedirle a Vic que lo buscaran cuando a este le sonó el intercomunicador. La recepcionista hablaba muy bajito.

—Marcia McWaid ha venido a verle.

Eso les cerró la boca a los dos. Marcia McWaid vivía en el mismo pueblo que Wendy, a menos de dos kilómetros de ella. Tres meses atrás, Haley, su hija adolescente —compañera de clase de Charlie—, se había descolgado, al parecer, por la ventana de su dormitorio para no volver.

—¿Alguna novedad en el caso de la hija? —preguntó Wendy.

Vic negó con la cabeza. «Más bien lo contrario», dijo, y eso era mucho peor, claro está. Durante dos, puede que tres semanas, la desaparición de Haley McWaid había sido un notición: ¿secuestrada?, ¿fugitiva? Había boletines constantes, sus textos corredizos en la parte inferior de la pantalla del televisor y sus sesudos «expertos» que reconstruían lo que podía haberle sucedido. Pero no hay historia, por sensacional que sea, que sobreviva sin novedades. Dios es testigo de que las cadenas lo intentaron. Siguieron cualquier rumor, de la trata de blancas a las sectas satánicas, pero lo cierto es que en este negocio la «falta de noticias» equivale a «malas noticias». Resulta muy patético lo poco que nos dura la atención, y aunque siempre le puedes echar la culpa de todo a los medios, la verdad es que es la audiencia la que dicta qué historias siguen viviendo y cuáles no. Si la gente se engancha a una historia, esa historia sobrevive. Si no es así, las cadenas se lanzan en pos del siguiente juguetito que capte la atención del público.

—¿Quieres que hable con ella? —se ofreció Wendy.

—No, yo me encargo. Para eso cobro más.

Vic le hizo un gesto con el brazo para que se marchara. Wendy echó a andar hacia el final del pasillo. Se dio la vuelta a tiempo para ver a Marcia McWaid ante la puerta del despacho de Vic. Wendy no conocía a Marcia, pero la había visto algunas veces por el pueblo, en el Starbucks local, o esperando en coche a su hija a la salida del colegio, o en el videoclub. Sería un tópico decir que esa animosa mamá había envejecido diez años de golpe. Y tampoco era el caso de Marcia. Seguía siendo una joven bastante atractiva, nada avejentada, pero era como si todos sus movimientos se hubiesen ralentizado, como si hasta los músculos que controlaban la expresión facial estuvieran bañados en melaza. Marcia McWaid se volvió y vio a Wendy. Esta la saludó con un movimiento de cabeza e intentó dedicarle una media sonrisa. Marcia apartó la vista y entró en el despacho de Vic.

Wendy regresó a su escritorio y descolgó el teléfono. Pensaba en Marcia McWaid, esa madre ideal con un marido encantador y una familia preciosa, y en cómo había perdido a su hija, con tanta rapidez y facilidad, la misma con la que cualquiera podía ser secuestrado. Marcó el número de Charlie.

—¿Qué?

El habitual tono impaciente la tranquilizó.

—¿Ya has hecho los deberes?

—En un minuto.

—Vale —dijo su madre—. ¿Sigues queriendo cena de la Casa de Bambú?

—¿No habíamos hablado ya de eso?

Colgaron. Wendy se echó atrás en la silla y puso los pies sobre la mesa. Estiró el cuello y se enfrentó a la espantosa vista que le ofrecía la ventana. Le sonó el teléfono de nuevo.

—¿Sí?

—¿Wendy Tynes?

Se le cayeron los pies al suelo al oír esa voz.

—Yo misma.

—Soy Dan Mercer. Tenemos que vernos.

Wendy se mantuvo callada unos instantes.

—Tenemos que vernos —insistió Dan Mercer.

—¿No soy demasiado mayor para ti, Dan? Vamos a ver, resulta que ya tengo pechos y que me viene la regla.

Le pareció escuchar un suspiro.

—Eres muy cínica, Wendy.

—¿Qué quieres?

—Hay ciertas cosas que te convendría saber —dijo él.

—¿Como cuáles?

—Como que aquí nada es lo que parece.

—Lo que parece es que eres un pervertido majareta, retorcido y depravado cuyo abogado es un genio. Eso es lo que parece.

Pero incluso mientras pronunciaba estas palabras, Wendy delataba en su tono de voz una leve duda. ¿Se la podría considerar una duda razonable? No le creía. Las pruebas no mienten. Eso era algo que había aprendido muy bien, personal y profesionalmente. La verdad era que su supuesta intuición femenina solía ser un asco.

—¿Wendy?

No respondió.

—Me montaron una encerrona.

—Caramba, Dan, eso sí que es nuevo. Déjame que lo apunte y que pille a mi productor, para que lo ponga en esos textos que corren por debajo de la pantalla: «Noticia bomba: el psicópata dice que cayó en una encerrona».

Silencio. Por un momento, Wendy creyó perderle. Había colgado. Había sido muy tonta al dejarse llevar por las emociones. Mantén la calma. Habla con él. Hazte amiga suya. Sé amable. Sácale información. Ya puestos, tiéndele una trampa.

—¿Dan?

—Esto ha sido un error.

—Te estoy escuchando. ¿Dijiste algo de una encerrona?

—Más vale que cuelgue.

Wendy quería impedirlo, tomarla consigo misma por haberse excedido con los sarcasmos, pero eso sonaría a la típica manipulación. Ya le había seguido la corriente muchas veces, desde la primera vez que intentó entrevistarle el año anterior para un artículo sobre su trabajo en el refugio, casi un año antes de que le pillaran *in fraganti*. No quería ceder ante él, pero tampoco quería que se largara.

—Tú eres el que ha llamado —le dijo.

—Ya lo sé.

—Pues aquí estoy, te escucho.

—Veámonos. A solas.

—Esa idea no me acaba de convencer.

—Pues olvídate.

—Muy bien, Dan, allá tú. Nos veremos en el juzgado.

Silencio.

—¿Dan?

Su voz era un susurro que a ella le puso la carne de gallina.

—No tienes ni idea, ¿verdad, Wendy?

—¿Ni idea de qué?

Oyó un ruido que podría haber sido un sollozo, o tal vez una risa. No era fácil distinguirlo al teléfono. Se apretó con más fuerza el auricular y esperó.

—Si quieres verme —dijo él—, te enviaré las señas por mail. Mañana a las dos de la tarde. Ven sola. Y si prefieres no aparecer... Pues nada, habrá sido un placer conocerte.

Dicho lo cual, colgó.

La puerta del despacho de Vic estaba abierta. Wendy echó un vistazo rápido al interior y le vio al teléfono. Vic levantó un dedo para que le diera un segundo, se despidió con un gruñido de quien estuviera al otro lado del hilo y colgó.

—Acabo de recibir noticias de Dan Mercer —dijo Wendy.

—¿Te ha llamado?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Vic se arrellanó en el asiento y cruzó las manos sobre la tripa.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que le tendieron una trampa y que quiere que nos veamos. —Se fijó en la expresión de su rostro—. ¿Qué pasa? ¿Ocurre algo?

Vic suspiró.

—Toma asiento.

—Ay, ay, ay —dijo Wendy.

—Exacto: ay, ay, ay.

Wendy se sentó.

—La juez acaba de tomar una decisión. Prescinde de todas las pruebas encontradas en casa de Dan Mercer. Y a causa de los prejuicios de la prensa escrita y de la televisión, desestima todas las acusaciones.

A Wendy se le cayó el alma a los pies.

—Por favor, dime que es una broma.

Pero Vic no dijo nada. Wendy cerró los ojos y sintió que se hundía en un pozo muy profundo. Ahora entendía por qué Dan sabía que acabaría acudiendo a la cita.

—¿Y ahora qué? —le preguntó a su jefe.

Pero Vic se limitó a quedársela mirando.



—¿Estoy despedida?

—Pues sí.

—¿Así de fácil?

—Más o menos, sí. Hay crisis económica. Total, los ejecutivos de arriba ya están echando a gente. —Se encogió de hombros—. ¿Quién mejor que tú para cortarle el cuello?

—Se me ocurren unos cuantos.

—A mí también, pero no han metido tanto la pata. Lo siento, chata, pero así son las cosas. Se te indemnizará. Pero recoge tus cosas hoy mismo. No quieren volverte a ver en este edificio.

Wendy estaba atónita. Se puso de pie con mucho cuidado.

—¿Saliste en mi defensa, por lo menos?

—Yo solo doy la cara cuando tengo alguna oportunidad de ganar. Si no es así, ¿para qué?

Wendy esperó. Vic bajó la vista y aparentó estar muy ocupado. Sin levantar los ojos, le dijo:

—¿Esperas un momento de ternura?

—No —dijo Wendy. Y luego añadió—: Tal vez.

—¿Piensas ver a Mercer? —le preguntó Vic.

Wendy se volvió hacia él.

—Sí.

—¿Tomarás precauciones?

Se obligó a sonreír.

—Tío, eso me lo decía mi madre cuando empecé la universidad.

—Deduzco que no le hiciste el menor caso.

—Exacto.

—De manera oficial, claro está, no trabajas aquí y no ocupas ningún cargo en la empresa. Así que debería aconsejarte que te mantuvieses a una distancia prudencial de Dan Mercer.

—¿Y desde un punto de vista extraoficial?

—Si encontraras una manera de trincarlo, en fin... Los héroes siempre son más fáciles de recontractar que los chivos expiatorios.

La casa estaba en silencio cuando Wendy regresó, pero eso no quería decir nada. De joven, sus padres sabían que estaba en casa porque la música atronaba desde el aparato que tenía en su cuarto. Pero los chicos de ahora utilizaban auriculares, o como los llamaran, las veinticuatro horas del día. Así se imaginaba ahora Wendy a su hijo, ante el ordenador y con los auriculares bien calados. Si la casa ardiera, el chaval ni se enteraría.

A pesar de eso, Wendy gritó a pleno pulmón:

—¡Charlie!

No hubo respuesta. Hacía cosa de tres años que no la había. Wendy se sirvió un trago —vodka a la granada con un chorrito de lima— y se desmoronó sobre un gastado sillón. Había sido el sillón favorito de John, y sí, puede que le diera cierta grima eso de conservarlo y desplomarse encima con una copa al final de la jornada, pero ella lo encontraba reconfortante. Wendy llevaba cierto tiempo pensando en cómo cojones iba a pagar la matrícula de Charlie con el sueldo que tenía, pero eso ya no constituía una preocupación, sino una imposibilidad. Bebió otro sorbo, echó un vistazo por la ventana y se preguntó qué hacer a partir de ahora. Nadie contrataba a nadie, y como tan delicadamente lo había expresado Vic, ella había metido mucho la pata. Pensó en algún otro tipo de trabajo que realizar, pero se dio cuenta enseguida de que carecía de ninguna habilidad especializada. Era descuidada, desorganizada e incapaz de trabajar en equipo. Si le dieran un tarjetón de evaluación escolar, pondría: «No se relaciona bien con los demás». Esa manera de ser solo era útil para un reportero detrás de una historia. No funcionaba en casi ningún otro sitio.

Revisó el correo, vio la tercera carta de Ariana Nasbro y notó un agudo pinchazo en las entrañas. Le empezaron a temblar las manos. No hacía falta abrirla. Dos meses atrás, había leído la primera y a punto estuvo de vomitar. Con tan solo dos dedos, sostuvo el sobre como si apestara, lo cual no andaba muy lejos de la realidad, se trasladó a la cocina y lo introdujo en lo más profundo del cubo de la basura. Menos mal que Charlie nunca controlaba el correo. Evidentemente, sabía quién era Ariana Nasbro: doce años atrás, Ariana Nasbro había asesinado a su padre.

Wendy enfiló las escaleras y llamó a la puerta de su hijo. No hubo ningún tipo de respuesta, naturalmente, así que la abrió. Charlie levantó la vista, molesto, y se quitó los auriculares.

—¿Qué?

—¿Has hecho los deberes?

—Ahora iba a ponerme.

Charlie se dio cuenta de que su madre se iba a cabrear de un momento a otro, así que le dedicó su mejor sonrisa, tan parecida a la de su padre que a Wendy le sentaba como una puñalada. Iba a echarle una bronca por no haber hecho todavía los deberes, pero lo cierto era que... ¿qué más daba? Era absurdo perderse en esas minucias cuando le quedaba tan poco tiempo para estar con él, un tiempo que pasaba cada vez más rápido.

—¿Le has echado de comer a Jersey?

—Eh...

Wendy adoptó una expresión fatalista.

—Olvídalo. Ya lo haré yo.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿Has pillado comida en la Casa de Bambú?

La cena. Lo había olvidado. Charlie imitó el gesto fatalista de su madre.

—No te hagas el listillo. —Wendy había tomado la decisión de no darle aún las malas noticias, de esperar el momento adecuado, pero acabó confesando—. Hoy me han despedido.

Charlie se limitó a mirarla.

—¿Me has oído?

—Sí —repuso—. Vaya mierda.

—Pues sí.

—¿Quieres que vaya yo a por la cena?

—Te lo agradezco.

—Pero sigues pagando tú, ¿no?

—De momento, sí. Creo que hasta ahí aún llego.

Marcia y Ted McWaid llegaron al auditorio del instituto a las seis de la tarde. Haciendo honor a ese viejo tópico según el cual «la vida continúa», pese a la evidencia de que Haley llevaba noventa y tres días desaparecida. Esa noche tenía lugar el estreno de la versión que el Instituto Kasselton había hecho de *Los miserables*, en la que aparecía su otra hija, Patricia, en los papeles de Observadora 4, Estudiante 6 y el siempre codiciado Prostituta 2. Cuando Ted se enteró de esto, durante la vida que llevaban antes de que Haley desapareciera, no había dejado de hacer chistes al respecto, de lo orgulloso que se mostraba ante sus amigos de que su hija de catorce años se convirtiese en la Prostituta 2. Pero esos tiempos habían quedado muy atrás y su mundo ya no era el mismo.

Hubo susurros en el auditorio cuando entraron. Nadie sabía cómo comportarse ante ellos. Marcia se dio cuenta, pero ya le daba lo mismo.

—Necesito un poco de agua —dijo.

Ted asintió.

—Yo pillo los asientos.

Marcia echó a andar por el pasillo, se detuvo brevemente junto a la fuente y luego siguió adelante. En la siguiente esquina, torció a la izquierda. Al final del pasillo, un celador pasaba la fregona. Llevaba auriculares y movía suavemente la cabeza al ritmo de una canción que solo él podía oír; si reparó en su presencia, nada en su expresión lo reveló. Marcia subió las escaleras hasta la segunda planta. A ese nivel, la luz era más leve. Sus pasos resultaban ruidosos y resonaban en la quietud de un edificio que durante el día estaba lleno de vida y de energía. No hay un lugar más irreal, hueco y vacío que el pasillo de un colegio por la noche. Marcia miró hacia atrás, pero estaba sola. Apretó el paso porque tenía muy claro su destino.

El instituto de Kasselton era grande y contaba con casi dos mil alumnos repartidos en cuatro grados. El edificio tenía cuatro plantas y, como muchos institutos de esas localidades cuya población no deja de crecer, acababa siendo, más que una estructura coherente, un amasijo de añadidos. Las últimas novedades de ese edificio de ladrillo, en tiempos adorable, evidenciaban que los administradores priorizaban la sustancia sobre el estilo. La configuración era un caos y recordaba a una construcción infantil mezcla de bloques de madera, piezas de Lego y ladrillos de plástico.

La noche anterior, en el silencio aterrador del hogar de los McWaid, su estupendo marido, Ted, se había reído a conciencia por primera vez en noventa y tres días. Y qué obscena había sonado esa risa. Ted la interrumpió casi de inmediato, la eliminó de raíz con un sonido brusco que acabó convirtiéndose en un sollozo. Marcia quiso acercársele, hacer algo para consolar a ese hombre atormentado al que tanto quería. Pero, simplemente, fue incapaz.

Sus otros dos hijos, Patricia y Ryan, aparentaban llevar bastante bien la desaparición de su hermana, pero ya se sabe que los críos se adaptan a todo con más

facilidad que los adultos. Marcia trató de concentrarse en ellos, dedicándoles toda su dulzura y atención, pero tampoco fue capaz de hacerlo. Cualquiera llegaría a la conclusión de que le resultaba muy doloroso. Y así era, en parte, pero había algo más. Descuidaba a Patricia y a Ryan porque, ahora mismo, lo único que le preocupaba, su único punto de atención, era Haley: traérsela de vuelta a casa. Más adelante ya encontraría la manera de compensar a sus otros hijos.

La propia hermana de Marcia, Merilee, que era la sabelotodo oficial de Great Neck, tuvo el descaro de decirle: «Tienes que concentrarte en tu marido y tus hijos y dejar de refocilarte en la desgracia», y cuando pronunció esa palabra, ¡«refocilarte»!, a punto estuvo de darle un puñetazo en la cara y decirle que se preocupara de su puta familia, pues su hijo Greg tomaba drogas y su marido, Hal, seguro que tenía un lío con alguien, así que más le valía callarse la puta boca. Patricia y Ryan saldrían de esta, Merilee, ¿y sabes qué? Su mejor manera de estar bien no se basaría en tener una madre que revisara los bolsillos del uniforme de *lacrosse* de Ryan o que se cerciorase de que el disfraz de Patricia fuese del tono gris más adecuado. No, lo que les ayudaría a tirar adelante, lo único, sería recuperar a su hermana mayor. Cuando eso sucediera, y solo entonces, los demás tendrían una oportunidad de sobrevivir.

Pero la triste verdad era que Marcia no se pasaba el día buscando a Haley. Lo intentaba, pero un horrible agotamiento se iba adueñando de ella. Por las mañanas deseaba quedarse en la cama. Las piernas le pesaban. Incluso ahora, esta extraña peregrinación pasillo abajo le resultaba dificultosa.

Noventa y tres días.

Marcia ya empezaba a atisbar la taquilla de Haley. Unos días después de su desaparición, algunos amigos suyos se lanzaron a decorar la metálica parte frontal como si se tratase de uno de esos altares de cuneta que se ven cuando alguien muere en un accidente de carretera. Había fotos y flores marchitas, cruces y notas. «¡Vuelve a casa, Haley», «¡Te echamos de menos!», «Te esperamos», «¡Te queremos!».

Marcia se quedó mirando la taquilla. Extendió la mano y tocó el candado, pensando en todas las veces que Haley habría hecho lo mismo para sacar los libros, meter la mochila y colgar el chaquetón mientras hablaba con alguna amiga, ya fuese del *lacrosse* o de algún chico que le gustara.

Se oyó un ruido en el pasillo. Marcia se dio la vuelta y vio que la puerta del despacho del director estaba abierta. Pete Zecher, el responsable del instituto, salía con unos padres, o eso supuso ella, pues no conocía a ninguno de los dos. Nadie decía nada. Pete Zecher extendió la mano, pero nadie se la estrechó. Ambos dieron media vuelta y se alejaron rápidamente hacia las escaleras. Pete Zecher les vio desaparecer, meneó la cabeza y se volvió hacia la taquilla. Entonces la vio.

—¿Marcia?

—Hola, Pete.

Pete Zecher era un buen director, siempre accesible y dispuesto a saltarse las reglas o a cabrear a un profesor si eso era lo mejor para el alumno. Pete había crecido

aquí, en Kasselton, había estudiado en ese mismo instituto, y su sueño de toda la vida se había hecho realidad cuando le nombraron director. Se acercó a Marcia.

—¿Molesto?

—En absoluto —Marcia improvisó una sonrisa forzada—. Solo quería alejarme un rato de las miradas.

—He visto el ensayo —dijo Pete—. Patricia está estupenda.

—Me alegra oírlo.

Pete asintió. Ambos contemplaban la taquilla. Marcia vio una calcomanía con las palabras «Kasselton Lacrosse» y dos palos cruzados. Llevaba una igual en el parabrisas de atrás.

—¿Qué pasaba con esos padres? —preguntó.

Pete esbozó una sonrisita.

—Es confidencial.

—Ah.

—Pero te lo podría contar de manera hipotética.

Marcia se quedó a la espera.

—Cuando ibas al instituto, ¿llegaste a beber alcohol? —le preguntó Pete.

—Yo era muy buena chica —dijo Marcia, y a punto estuvo de añadir: «como Haley»—, pero la verdad es que pillábamos alguna que otra cerveza.

—¿Cómo las conseguíais?

—¿Las cervezas? Mi vecina tenía un tío que tenía una licorería. ¿Y tú?

—Yo tenía un amigo llamado Michael Wind que parecía mayor —repuso Pete—. Ya sabes, de los que ya se afeitan en sexto grado. Era él quién compraba la priva. Ahora ya no funcionaría. Le piden el carné a todo el mundo.

—¿Y todo esto qué tiene que ver con la pareja hipotética?

—La gente cree que ahora los chavales beben con carnés falsos. No diré que no existan, pero en el tiempo que llevo aquí solo he confiscado tres o cuatro. Pero hoy día la bebida es un problema más grave que nunca.

—¿Y cómo la consiguen los chicos?

Pete miró hacia donde estaba la pareja.

—De los padres.

—¿Se la roban del mueble bar?

—¡Ojalá! La pareja con la que estaba hablando, hipotéticamente, eran los Milner. Buena gente. Él vende seguros en la ciudad. Ella regenta una boutique en Glen Rock. Tienen cuatro hijos, dos de ellos en el instituto. El mayor juega en el equipo de béisbol.

—¿Y?

—Pues que la noche del viernes, esos dos progenitores tan majos y entregados compraron un barril de cerveza y le dieron una fiesta al equipo de béisbol en el sótano de su casa. Dos de los chicos se emborracharon de tal manera que acabaron vomitando. Y otro se coció tanto que casi hubo que hacerle un lavado de estómago.

—Espera. ¿Dices que los padres compraron el barril?

Pete asintió.

—¿Y de eso iba la reunión?

—Sí.

—¿Y qué dijeron en su defensa?

—Lo de costumbre: mira, tú, si los chavales van a acabar bebiendo de todos modos, más vale que lo hagan en un entorno seguro. Los Milner no quieren que los chicos se vayan a Nueva York o a algún otro sitio peligroso, donde igual les da después por conducir o lo que sea. Así pues, almacenan a todo el equipo en el sótano, donde es difícil que se metan en algún lío.

—No deja de tener su lógica.

—¿Tú lo harías? —le preguntó Pete.

Marcia se lo pensó unos instantes.

—No. Pero el año pasado nos llevamos a Haley y a una amiga suya a la Toscana. Y las dejamos beber vino en unos viñedos. ¿Hicimos mal?

—En Italia es legal.

—Ese no es un gran argumento, Pete.

—O sea, ¿no crees que esos padres se equivocaron?

—Creo que por completo —repuso Marcia—. Y su excusa también canta un poco. ¿Comprarles la bebida a los chicos? Eso va más allá de preocuparse por su seguridad. Más bien consiste en ir de enrollados, de padres guay. De querer ser amigo de tu hijo en vez de hacer de padre.

—Estoy de acuerdo.

—Pero... —dijo Marcia volviendo a mirar la taquilla—. ¿Quién soy yo para dar consejos paternos?

Silencio.

—¿Pete?

—¿Sí?

—¿De qué va el cotilleo?

—No sé muy bien a qué te refieres.

—Lo sabes perfectamente. Cuando habláis del asunto, los profesores, los estudiantes, quién sea, ¿creéis que Haley fue secuestrada o que se dio a la fuga?

Más silencio. Marcia se daba cuenta de que Pete estaba pensando.

—Sin eufemismos, Pete. Y haz el favor de no seguirme la corriente.

—No pienso hacerlo.

—¿Y bien?

—No es más que una intuición.

—Adelante.

Ahora había carteles en los pasillos. No faltaba mucho para la fiesta de fin de curso. Ni para la de graduación. Los ojos de Pete Zecher se posaron sobre la taquilla de Haley. Marcia le siguió la mirada y vio una fotografía que la obligó a prestarle

atención. Estaba toda su familia menos ella —Ted, Haley, Patricia y Ryan—, de pie junto a Mickey Mouse en Disneylandia.

Marcia había tomado la foto con el iPhone de Haley, que iba metido en un estuche de color rosa con una calcomanía de una flor púrpura. Esas vacaciones habían tenido lugar tres semanas antes de que Haley se esfumara. La policía había estudiado superficialmente ese viaje, preguntándose si la cría podría haber conocido a alguien que la hubiese seguido hasta su hogar, pero esa pista no había llevado a ningún sitio. Marcia recordaba lo feliz que había sido Haley allí, sin presiones de ningún tipo, pues en aquel lugar todo el mundo se convertía en un crío feliz durante unos días. La foto había surgido de manera espontánea. La cola para saludar a Mickey solía durar una media hora, y los niños más pequeños se ponían en fila con sus libros de «autógrafos» para que el famoso ratón se los firmara, pero Haley se percató de que en el Centro Epcot había un Mickey en concreto ante el que nadie hacía cola. Se le dibujó una gran sonrisa en la cara, agarró a sus hermanos y dijo: «¡Venga! ¡Vamos a hacernos una foto rápida!». Marcia insistió en sacarla ella, y ahora recordaba el ataque de emoción que experimentó mientras toda su familia, todo su mundo, se congregaba en torno a Mickey en perfecta armonía.

Observó la foto, recordó ese momento tan pequeño y tan perfecto y se quedó mirando esa sonrisa de Haley que le partía el corazón.

—Crees conocer a un crío —dijo Pete Zecher—, pero todos tienen secretos.

—¿Incluso Haley?

Pete abrió los brazos en señal de estupor.

—Mira esa hilera de taquillas. Ya sé que te parecerá una perogrullada, pero cada una de ellas pertenece a un chaval con sueños y esperanzas que atraviesa una época dura y chiflada. La adolescencia es una guerra y está llena de presiones, tanto reales como imaginarias. Presiones sociales, académicas, deportivas... Y mientras tanto, tú vas cambiando y se te disparan las hormonas. Todas esas taquillas, todos esos seres atormentados que se sienten atrapados en este lugar siete horas al día... Estudié ciencias y cada vez que estoy aquí, pienso en esas partículas de laboratorio sometidas a un calor intensivo. Y en cómo necesitan huir.

—O sea —le dijo Marcia—, ¿crees que Haley se escapó?

Pete Zecher mantuvo la vista clavada en la fotografía de Disneylandia. También él parecía centrado en esa sonrisa que rompía el corazón. Cuando apartó la mirada de ella, vio lágrimas en los ojos de su interlocutora.

—No, Marcia, no creo que se escapara. Creo que le pasó algo. Algo malo.



Wendy se despertó por la mañana y puso en marcha el aparato de hacer *panini*, que no era más que una manera pija de describir la típica «tostadora de bocadillos», también conocida como la «parrilla George Foreman». Se había convertido, a gran velocidad, en la máquina más importante de la casa, pues tanto ella como Charlie vivían gracias a los *panini*. Colocó unas lonchas de panceta y queso entre sendas rebanadas de pan y bajó la tapa ya caliente.

Como hacía cada mañana, Charlie bajó la escalera al trote, como si fuera un caballo de carreras con exceso de peso y calzado con herraduras. Más que sentarse, se desplomó ante la mesa de la cocina y se puso a olisquear el bocadillo.

—¿Cuándo te vas a trabajar?

—Me quedé sin trabajo ayer mismo.

—Es verdad. Se me había olvidado.

El egoísmo típico de los adolescentes. A veces, como en ese preciso instante, puede resultar enternecedor.

—¿Me puedes llevar en coche al cole?

—Por supuesto.

El tráfico escolar matutino hacia el instituto estaba especialmente congestionado. Había días en los que eso la volvía loca, pero también había otros en los que ese trayecto cotidiano era el único momento en que su hijo y ella podían hablar; y a veces, Charlie le contaba lo que le pasaba por la cabeza, y aunque no se explayaba precisamente, siempre podía sacarle algo si prestaba atención. Pero hoy Charlie iba con la cabeza baja y se dedicaba a enviar mensajes de móvil. No abrió la boca en todo el trayecto mientras sus dedos bailaban sobre el minúsculo teclado. Cuando su madre paró, Charlie bajó del coche sin dejar de escribir. Wendy le gritó:

—¡Gracias, mamá!

—Ah, sí, perdona.

Mientras Wendy enfilaba su propio sendero de entrada, vio el coche que estaba aparcado delante de su casa. Aminoró la marcha, aparcó y se quedó con el móvil a mano. No esperaba que hubiese problemas, pero nunca se sabe. Marcó el número de la policía, mantuvo el dedo cerca de la tecla de enviar y salió del coche.

El hombre estaba acuclillado ante la parte trasera del vehículo.

—Esa rueda está muy baja —le dijo.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor Grayson?

Ed Grayson, padre de una de las víctimas, se incorporó, se frotó las manos para quitarse el polvo y entrecerró los ojos para mirar hacia el sol.

—Hoy he ido a su cadena de televisión. Alguien me ha dicho que la han despedido.

Wendy no dijo nada.

—Supongo que se debe a la decisión de la juez.

—¿Puedo hacer algo por usted, señor Grayson?

—Quiero disculparme por lo que le dije el otro día en el juzgado.

—Se lo agradezco —dijo ella.

—Y si tiene un minuto... —continuó Ed Grayson—. Creo que tenemos que hablar, de verdad.

Después de entrar en la casa y de que Ed Grayson declinara tomar nada, Wendy se sentó a la mesa de la cocina y se quedó a la espera. Grayson deambuló por allí un poco más y, de repente, se sentó en la silla que estaba justo al lado de la de su anfitriona, quedándose a menos de un metro de ella.

—En primer lugar —dijo—, quiero disculparme de nuevo.

—No hace falta. Sé cómo se siente.

—¿Lo sabe?

Wendy no dijo nada.

—Mi hijo se llama E. J. Ed Junior, claro está. Era un chaval muy alegre. Le encantaban los deportes. Su favorito era el hockey. Yo no tengo ni idea de hockey. A mí lo que me iba era el baloncesto. Pero mi mujer, Maggie, nació en Quebec. Toda su familia juega al hockey. Lo llevan en la sangre. Así que aprendí a valorarlo. Lo hice por mi chaval. Pero ahora... Pues bueno, ahora a E. J. ya no le interesa ese deporte. Si me lo llevo a ver un partido, se pone fatal. Lo único que quiere es quedarse en casa.

Se interrumpió y apartó la vista.

—Lo siento —le dijo Wendy.

Silencio. Wendy trató de cambiar de tema.

—¿De qué estaba hablando con Flair Hickory?

—Su cliente no ha sido visto en dos semanas —dijo él.

—¿Y?

—Pues que intentaba saber dónde podía estar. Pero el señor Hickory no me dijo nada.

—¿Y eso le sorprende?

—La verdad es que no.

Más silencio.

—Bueno, señor Grayson, ¿qué puedo hacer por usted?

Grayson empezó a jugar con el reloj, un Timex de correa flexible. El padre de Wendy había tenido uno igual tiempo atrás. Siempre le dejaba una marca roja en la muñeca cuando se lo quitaba. Después de tantos años de su muerte, era curioso recordar algo así.

—Su programa de televisión —dijo Grayson—. Se pasó usted un año cazando pedófilos. ¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué pedófilos?

—¿Y qué importa eso ahora?

Grayson intentó sonreír, pero no lo acabó de conseguir.

—Deme ese gusto —dijo.

—Buenos índices de audiencia, supongo.

—Eso es evidente. Pero hay más, ¿verdad?

—Señor Grayson...

—Ed —dijo él.

—Dejémoslo en señor Grayson. ¿Por qué no va al grano?

—Sé lo que le pasó a su marido.

A bocajarro. Wendy encajó el golpe y no dijo nada.

—Ha salido, ¿sabe? Ariana Nasbro.

Escuchar ese nombre en voz alta le dio escalofríos.

—Ya lo sé.

—¿Cree que está curada?

Wendy pensó en las cartas, en cómo le revolvían el estómago.

—Puede que lo esté —se respondió Grayson—. He conocido casos de gente que lo ha acabado logrando. Pero eso qué más le da a usted ahora, ¿verdad, Wendy?

—No es asunto suyo.

—Cierto. Pero Dan Mercer sí. Usted tiene un hijo, ¿no?

—Tampoco es asunto suyo.

—Los tíos como Dan... —continuó Grayson—. Lo único que sabemos con certeza de ellos es que no se curan. —Se acercó un poco más a ella, moviendo la cabeza—. ¿Eso no forma parte, Wendy?

—¿Parte de qué?

—De lo suyo, de perseguir pedófilos. Los alcohólicos, a fin de cuentas, se pueden curar. Pero los pedófilos son más simples: no existe para ellos ni la redención ni el perdón.

—Hágame un favor, señor Grayson: no me psicoanalice. Usted no sabe nada de mí.

Grayson dijo que sí con la cabeza.

—Tiene usted razón.

—Pues vaya al grano.

—Es muy sencillo. Si no le paramos los pies a Dan Mercer, le hará daño a otro crío. Eso es lo que hay y ambos lo sabemos.

—Eso debería decírselo a la juez, probablemente.

—Esa mujer no puede hacer nada por mí en estos momentos.

—¿Y yo sí?

—Usted es periodista. Y de las buenas.

—Me han despedido.

—Razón de más para hacer esto.

—¿Hacer qué?

Ed Grayson se inclinó hacia delante.

—Ayúdeme a encontrarlo, Wendy.

—¿Para que usted se lo pueda cargar?

—No se detendrá.

—Ya me lo ha dicho.

—¿Pero?

—Pero no quiero formar parte de sus planes de venganza.

—¿Usted cree que se trata de eso?

Wendy se encogió de hombros.

—No es cuestión de vengarse —dijo Grayson en voz baja—. De hecho, es todo lo contrario.

—Me temo que no le sigo.

—Se trata de una decisión calculada. Es práctica. Consiste en no correr riesgos. Quiero cerciorarme de que Dan Mercer no vuelve a hacerle daño a nadie.

—¿Matándole?

—¿Conoce usted alguna otra manera? Esto no va de derramar sangre o de practicar la violencia porque sí. Todos somos seres humanos, pero si haces algo como lo que él ha hecho, si tu genética o tu patética existencia te conducen a hacerle daño a un crío, pues yo creo que lo más humanitario que se puede hacer por alguien así es sacrificarlo.

—No sé qué pensarían un juez y un jurado.

Ed Grayson puso cara de que esa perspectiva hasta le parecía entretenida.

—¿Acaso tomó la juez Howard la decisión correcta?

—No.

—En ese caso, ¿quién mejor que nosotros, que sabemos de qué va?

Wendy le dio un par de vueltas al razonamiento.

—Ayer, después de la vista, ¿por qué me acusó de haber mentido?

—Porque así fue. Usted no estaba preocupada por la posibilidad de que Mercer se suicidara. Usted entró en su casa porque temía que él destruyera las pruebas.

Silencio. Ed Grayson se levantó, atravesó la cocina y se detuvo junto a la pila.

—¿Le importa si bebo un poco de agua?

—Sírvase usted mismo. Los vasos están a la izquierda.

Cogió uno de la alacena y abrió el grifo.

—Tengo un amigo —empezó Ed Grayson mientras miraba como se llenaba el vaso—. Un buen tío, trabaja como abogado y le va muy bien. Hace unos años, me contó que estaba totalmente a favor de la guerra de Irak. Me dio un montón de motivos y me aseguró que los iraquíes merecían ser libres. Yo le dije: «Tú tienes un hijo, ¿verdad?». Y él me dice que sí, y que va a Wake Forest. Yo le digo: «Sé sincero conmigo, ¿tú sacrificarías la vida de tu hijo por esta guerra?». Le dije que se tomara en serio la pregunta. Que se imaginara que aparecía Dios y le decía: «Bueno, la cosa

es la siguiente. Estados Unidos gana la guerra de Irak, signifique eso lo que sea, pero, a cambio, tu hijo recibe un balazo en la cabeza y se muere. Solo él. Nadie más. El resto vuelve a casa tan tranquilo, pero tu hijo fallece». Y le pregunto a mi amigo: ¿tú harías un trato así?

Ed Grayson se dio la vuelta y bebió un gran trago de agua.

—¿Y él qué dijo? —le preguntó Wendy.

—¿Qué habría dicho usted?

—Yo no soy su amigo el abogado, el que estaba a favor de la guerra.

—Vaya respuesta más sosa —sonrió Grayson—. La verdad, reconozcámoslo, es que nadie haría un trato semejante, ¿no le parece? Ninguno de nosotros sacrificaría a su propio hijo.

—La gente envía a sus hijos a la guerra constantemente.

—Vale, de acuerdo, puede que usted esté dispuesta a que vayan a la guerra, pero no a la muerte. Hay una diferencia, aunque esa diferencia implique cierta capacidad de autoengaño. Puede que usted esté dispuesta a lanzar los dados y ver qué sale, pues no se le pasa por la cabeza que su hijo vaya a morir. Pero esto es distinto. Como le estoy diciendo, esto no es una decisión.

Se la quedó mirando.

—¿Espera que le aplauda? —le preguntó ella.

—¿No está de acuerdo conmigo?

—Su hipótesis empequeñece el sacrificio —dijo Wendy—. Y es absurda.

—Bueno, sí, puede que sea injusta, se lo reconozco. Pero para nosotros, Wendy, en estos mismos momentos, cuenta con un elemento de lo más real. Dan no volverá a hacerle daño a mi hijo, y el suyo es demasiado mayor para él. ¿Piensa dejarlo correr porque su hijo está a salvo? ¿Nos permite eso el derecho a lavarnos las manos? ¿Solo porque no se trata de nuestros hijos?

Wendy no abrió la boca.

—No puede ignorar esto, Wendy —le dijo Ed Grayson.

—No quiero tomarme la justicia por mi mano, señor Grayson.

—No se trata de eso.

—A mí me parece que sí.

—Piénselo. —Grayson se la quedó mirando fijamente, asegurándose de que le miraba y le dedicaba toda su atención—. Si pudiera viajar en el tiempo y encontrar a Ariana Nasbro...

—Basta —dijo Wendy.

—Si pudiera usted volver a la primera detención de esa mujer por conducir bebida, o a la segunda, o puede incluso que a la tercera...

—Cállese de una puta vez.

Ed Grayson asintió, satisfecho, al parecer, de haber dado en el clavo.

—Creo que ya va siendo hora de que me vaya. —Salió de la cocina en dirección a la puerta de entrada—. Piénselo, ¿vale? Es todo lo que le pido. Usted y yo, Wendy,

estamos en el mismo bando. Supongo que ya lo sabe.

Ariana Nasbro.

Cuando Grayson se fue, Wendy seguía intentando olvidarse de esa maldita carta que había tirado a la basura.

Se enganchó al iPod un ratito, cerró los ojos, confió en que la música la calmase. Eligió las canciones más lentivas de las que disponía, como *Angels on the Moon*, de Thriving Ivory, *Please Forgive Me*, de William Fitzsimmons y *High Heels and All*, de David Berkeley. Pero no funcionó, pues esas canciones sobre el perdón no le eran de gran ayuda. Cambió de estilo en busca de algo más contundente: *Shout*, de Tears for Fears, *First Night*, de The Hold Steady, o *Lose Yourself*, de Eminem. Tampoco funcionaba. No se podía quitar de la cabeza las palabras de Ed Grayson... «Si pudiera viajar en el tiempo y encontrar a Ariana Nasbro...»

Lo haría. Sin duda alguna. Wendy viajaría en el tiempo, perseguiría a esa zorra, le cortaría la cabeza y bailarían junto a su cuerpo, que aún no habría dejado de moverse.

Menudos pensamientos. Pero eso es lo que hay.

Revisó el mail. Fiel a su palabra, Dan Mercer le había enviado el punto de reunión para las dos de la tarde: una dirección en Wykertown, Nueva Jersey, de la que nunca había oído hablar. Tuvo que recurrir a Google para saber cómo llegar. Tardaría cosa de una hora. Bien. Tenía casi cuatro por delante.

Se duchó y se vistió. La carta. La maldita carta. Corrió escaleras abajo, rebuscó en la basura y encontró ese sobre blanco de lo más normal. Estudió la letra, como si eso pudiese aportarle alguna pista. No fue así. Utilizó como abrecartas un cuchillo de cocina. Extrajo del sobre dos hojas de papel rayado de color blanco, del mismo tipo que ella utilizaba cuando iba al colegio de pequeña.

Sin tomar asiento, Wendy leyó la carta de Ariana Nasbro allí mismo —una espantosa palabra detrás de otra—, frente al fregadero. No había la menor sorpresa, ninguna aportación psicológica, solo esa mierda megalómana que se nos administra desde que nacemos. Todos los tópicos, toda la sensiblería, todas las excusas de estar por casa... No faltaba nada. Cada palabra era como una navaja que le cortaba la piel. Ariana Nasbro hablaba de «las semillas de mi propia autoimagen», de «hacer las paces», de «la búsqueda de significado» y de «tocar fondo». Patético. Hasta tenía la cara dura de hablar de «los abusos que he sufrido en mi vida y cómo he aprendido a perdonar», o de «ese maravilloso sentimiento: el perdón», o de cómo hacer extensiva esa «maravilla a otros, como Charlie y tú».

Ver como esa mujer se permitía escribir el nombre de su hijo llenó a Wendy de una ira indescriptible.

«Yo siempre seré una alcohólica», decía Ariana Nasbro hacia el final de su diatriba. Otro yo. Yo seré. Yo soy. Yo quiero. La carta estaba llena de ellos.

Yo, yo, yo.

«Ahora sé que soy un ser imperfecto que merece el perdón».

A Wendy le estaban entrando ganas de vomitar. Ahí estaba la última línea de la misiva: «Esta es la tercera carta que te envío. Por favor, dame noticias tuyas para que pueda iniciarse mi curación. Dios te bendiga».

Mira, tía, pensó Wendy, vas a tener noticias mías. Y ahora mismo. Agarró las llaves del coche y salió pitando de allí. Metió la dirección del remitente en el GPS y condujo hacia la casa de acogida en la que ahora residía Ariana Nasbro.

Estaba en New Brunswick, a una hora de distancia en circunstancias normales, pero sin levantar el pie del acelerador, Wendy se plantó allí en menos de cuarenta y cinco minutos. Aparcó de cualquier manera y entró en tromba por la puerta principal. Le dio su nombre a la mujer de la recepción y dijo que quería ver a Ariana Nasbro. Le pidieron que tomara asiento. Wendy dijo que muchas gracias, pero que se quedaría de pie.

Al cabo de unos instantes, apareció Ariana Nasbro. Wendy no la había visto en siete años, desde que la juzgaron por homicidio involuntario. En aquellos tiempos, a Ariana se la veía atemorizada y digna de compasión, con los hombros hundidos, el pelo despeinado y los ojos parpadeando, como si temiera que alguien le arrease un sopapo.

La mujer de ahora, la Ariana Nasbro que había pasado por la cárcel, era diferente. Tenía el pelo blanco y corto. Se mantenía erguida y miraba a su visitante a los ojos. Extendió una mano y dijo:

—Gracias por venir, Wendy.

Pero esta la dejó con la mano colgando en el aire.

—No he venido por ti.

Ariana trató de sonreír.

—¿Te gustaría dar un paseo?

—No, Ariana, no quiero dar un paseo. En tus cartas (ignoré las dos primeras, pero ya veo que no pillas las indirectas), me preguntabas cómo podías hacer las paces.

—Sí.

—Pues he venido a decírtelo: deja de enviarme esas chorradas en plan Alcohólicos Anónimos en las que solo hablas de ti misma. No me interesan. No quiero perdonarte para que te cures o te recuperes o como coño lo llames. No tengo el menor interés en que mejores. No es la primera vez que te apuntas a AA, ¿verdad?

—No —dijo Ariana Nasbro, sin bajar la cabeza—. No lo es.

—Lo intentaste dos veces antes de matar a mi marido, ¿no es cierto?

—Así es —repuso con una voz demasiado tranquila.

—¿Habías llegado antes al Paso Número Ocho?

—Sí. Pero esta vez es distinto porque...

Wendy levantó una mano para hacerla callar.

—Me da igual. Que las cosas puedan ser diferentes ahora me tiene sin cuidado. No me importas tú ni tu recuperación ni el Paso Número Ocho, pero si de verdad

quieres hacer las paces contigo misma, te sugiero que salgas afuera, te esperes un ratito en la acera y te arrojes bajo el primer autobús que pase. Sé que suena algo crudo, pero si lo hubieses hecho la última vez que llegaste al Paso Número Ocho... Si la persona a la que jorobaste y le enviaste esa misma mierda modelo yo, yo, yo y después yo, te hubiera aconsejado eso en vez de perdonarte... Tal vez, solo tal vez, le habrías hecho caso; y tú estarías muerta y mi John, vivo. Yo tendría un marido y Charlie un padre. Eso es lo que importa. No tú. No tu fiesta en AA para celebrar tus seis meses sobria. No tu viaje espiritual hacia la sobriedad. Así pues, si realmente quieres hacer las paces, Ariana, deja de pensar exclusivamente en ti misma. ¿Estás curada, totalmente curada? ¿Estás segura al cien por cien de que nunca volverás a beber?

—Nunca te curas del todo —dijo Ariana.

—Vale, unas cuantas memeces más de AA. No sabemos nada del mañana, ¿verdad? Por eso deberías hacer las paces. Deja de escribir cartas, deja de hablar de ti en grupo, deja de tomarte la vida de jornada en jornada. En vez de eso, haz lo único que te garantizará que jamás volverás a matar a otro padre de familia: tú espera ese autobús y tírate delante de él. Y si no lo haces, por lo menos déjanos en paz a mi hijo y a mí de una puta vez. Nunca te perdonaremos. Jamás. Y hay que ser tan monstruosa y egoísta como tú eres para creerte que, precisamente tú, te vas a curar.

Dicho lo cual, Wendy dio media vuelta, volvió al coche y lo puso en marcha. Había acabado con Ariana Nasbro. Ahora le tocaba ver a Dan Mercer.



## 6

Marcia McWaid estaba sentada en el sofá junto a Ted. Enfrente de ellos se encontraba Frank Tremont, un investigador del condado de Essex que había ido a darles la información semanal sobre el caso de su hija desaparecida. Marcia ya sabía lo que iba a decir.

Frank Tremont llevaba un traje de color marrón ardilla y una corbata raída que parecía haber pasado los cuatro últimos meses hecha una bola. Tenía más de sesenta años, se acercaba a la jubilación y mostraba ese aspecto de estar de vuelta de todo tan típico del que lleva demasiado tiempo desempeñando el mismo trabajo. Cuando Marcia había empezado a hacer preguntas sobre él, oyó rumores de que Frank estaba en las últimas y de que asistía rutinariamente a los últimos meses de su vida laboral. Pero Marcia nunca tuvo esa impresión, y por lo menos, Tremont seguía allí, visitándoles, manteniéndose en contacto. Solía haber más gente con él: agentes federales, expertos en personas desaparecidas y todo tipo de miembros de las fuerzas del orden. Pero el personal había ido menguando a lo largo de los últimos noventa y cuatro días, y ahora ya solo quedaba ese poli solitario y mayor con un traje espantoso.

Durante los primeros días, Marcia había intentado mantenerse ocupada ofreciendo, a los diferentes agentes de la ley, café y galletas. Pero ya no se tomaba esa molestia. Frank Tremont se sentaba frente a ellos, esos padres de las afueras que tan mal lo estaban pasando, y se preguntaba, Marcia estaba segura de ello, cómo decirles una vez más que no había novedad alguna sobre su hija desaparecida.

—Lo lamento —dijo Frank Tremont.

Era de prever. Siempre lo mismo.

Marcia vio a Ted arrellanarse en el asiento, echar la cabeza atrás y contener las lágrimas. Sabía que Ted era un buen hombre, un tipo estupendo, gran marido, padre y proveedor. Pero había descubierto que no era especialmente fuerte.

Marcia miró fijamente a Tremont.

—¿Y ahora qué? —le preguntó.

—Seguimos buscando —dijo este.

—¿Cómo? —inquirió Marcia—. Quiero decir, ¿qué más se puede hacer?

Tremont abrió la boca, se interrumpió y la volvió a cerrar.

—No lo sé, Marcia.

Ted McWaid dejó que le corrieran las lágrimas.

—No lo entiendo —dijo, como tantas veces había hecho—. ¿Cómo es que no tenéis nada?

Tremont se mantuvo a la espera.

—Con toda esa tecnología, todos esos avances, Internet...

La voz de Ted se fue apagando. Meneó la cabeza. No lo entendía. Era incapaz. Pero Marcia sí. Las cosas no funcionaban así. Antes de lo de Haley, eran la típica familia americana ingenua cuyo conocimiento de la actividad policial se basaba en

toda una vida viendo series de televisión en las que todos los casos se resolvían. Esos actores tan acicalados encuentran un pelo, una huella de zapato o un pellejo, lo colocan bajo el microscopio e, *ipso facto*, se hace la luz antes de que acabe el metraje previsto. Pero la realidad no era así. La realidad, como ahora sabía Marcia, se encontraba en las noticias. Por ejemplo, esos polis de Colorado que seguían sin encontrar al asesino de una reina de la belleza infantil, Jon Benet Ramsey. Marcia recordaba los titulares de cuando Elizabeth Smart, una preciosa cría de catorce años, fue secuestrada en su habitación a altas horas de la noche. Los medios se habían obsesionado con aquel secuestro, todo el mundo estaba en vilo, todos supervisaban la labor de la policía, el FBI y los «expertos» de la escena del crimen que peinaban la casa de Elizabeth en Salt Lake City en busca de la verdad... Pero durante más de nueve meses, a nadie se le ocurrió investigar a un sin techo desquiciado que se creía Dios y que había trabajado en la casa, ¿y todo ello a pesar de que la hermana de Elizabeth lo había visto esa noche? Si ponías eso en *CSI* o en *Ley y orden*, el espectador le arrojaría el mando a distancia a la pantalla, quejándose de que aquello resultaba «inverosímil». Pero por mucho que lo adornes, esas cosas suceden constantemente.

La realidad, ahora se daba cuenta Marcia, era que hasta los idiotas se van de rositas tras los crímenes más abyectos.

La realidad era que ninguno de nosotros está a salvo.

—¿Tenéis algo nuevo que decirme? —amagó Tremont—. Cualquier cosa.

—Ya te lo hemos contado todo —dijo Ted.

Tremont asintió: hoy tenía más cara de derrotado que nunca.

—Hemos visto casos similares, en los que la adolescente desaparecida aparece de repente. Solo quería desfogarse, o igual tenía un novio secreto.

Ya había intentado vender esa moto, previamente. Frank Tremont, como todo el mundo, incluyendo a Ted y Marcia, quería que se tratara de una fuga.

—Hubo otra adolescente en Connecticut —siguió Tremont—. Se lió con quien no debía y se escapó. Al cabo de tres meses, ya estaba de vuelta.

Ted asintió y se volvió hacia Marcia para ver si esta alimentaba sus esperanzas. Marcia intentó poner buena cara, pero no había manera. Ted apartó la vista de su mujer, como si esta le acabara de dar un chasco, y abandonó el salón.

Era muy raro, pensaba Marcia, que fuese precisamente ella quien veía las cosas más claras. Evidentemente, ningún progenitor quiere creer que ha estado tan en la inopia como para no percatarse de las señales que emite una adolescente lo bastante desdichada o desequilibrada para desaparecer durante tres meses. La policía había magnificado cada decepción en la joven vida de la hija de los McWaid: no, Haley no había sido admitida en la Universidad de Virginia, su primera opción. No, no había ganado el concurso de redacción de la clase ni conseguido unas notas muy brillantes. Y sí, puede que hubiera roto recientemente con un novio. ¿Y qué? A toda adolescente le pasaban esas cosas.

Marcia sabía la verdad, la había sabido desde el primer día. Parafraseando al director Zecher, algo le había sucedido a su hija. Algo malo.

Tremont seguía ahí sentado, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Frank? —le dijo Marcia.

Y él la miró.

—Quiero enseñarte algo.

Marcia sacó la fotografía de Mickey Mouse que había encontrado en la taquilla de su hija y se la pasó. Tremont se tomó su tiempo. Sostuvo la imagen en la mano. Nada se movía en la habitación. Marcia podía oír respirar al policía.

—Esta foto fue tomada tres semanas antes de la desaparición.

Tremont estudiaba la fotografía como si pudiese contener alguna pista sobre la desaparición de Haley.

—Me acuerdo. Vuestro viaje familiar a Disneylandia.

—Mírale la cara, Frank.

Obedeció y plantó los ojos en ella.

—¿Tú crees que a esa chica, con semejante sonrisa, le dio por escaparse sin decirle nada a nadie? ¿De verdad crees que esa chica se fugó por decisión propia y fue tan precavida que no utilizó nunca el iPhone, las tarjetas de crédito o los cajeros automáticos?

—No —repuso Frank Tremont—. No lo creo.

—Sigue buscando, Frank, por favor.

—Así lo haré, Marcia. Te lo prometo.

Cuando la gente piensa en las autopistas de Nueva Jersey piensa en el Garden State Parkway, con su mezcla de almacenes desperdigados, cementerios descuidados y adosados hechos polvo, o en el New Jersey Turnpike, con sus fábricas, sus humaredas y sus inmensos complejos industriales que tanto recuerdan al futuro de pesadilla de la saga *Terminator*. Pero nunca piensan en la carretera 15 del condado de Sussex, con sus tierras de labranza, sus viejas comunidades lacustres, sus venerables graneros, sus prados adorables y su antiguo estadio de béisbol de la liga menor.

Siguiendo las instrucciones de Dan Mercer, Wendy tomó la carretera 15 hasta que se convirtió en la 206, torció a la derecha por un camino de grava, dejó atrás el guardamuebles de la zona y llegó al parque de caravanas de Wykertown. Era un lugar silencioso y pequeño, y lucía ese aspecto fantasmal en el que solo falta un columpio infantil vacío y mecido por el viento. Las parcelas estaban divididas en forma de red. La Fila D, Columna 7 estaba en la esquina más alejada, muy cerca de la verja.

Wendy bajó del coche y se sorprendió ante tanta tranquilidad. No había ni un sonido. Las plantas rodadoras no corrían por el polvo, pero puede que debieran haberlo hecho. Todo el parque parecía uno de esos pueblos postapocalípticos cuya población se evaporó al caer la bomba. Había tendederos para la ropa, pero nada

colgaba de ellos. Tiradas por el suelo, había un montón de sillas plegables con el asiento roto. Las barbacoas y los juguetes playeros parecían haber sido abandonados en plena actividad.

Wendy revisó el móvil. Ni una barra. Estupendo. Ascendió los dos peldaños de ladrillo y se quedó parada ante la puerta de la caravana. Una parte de ella —la parte racional, consciente de que era una madre, no un superhéroe— le decía que debería largarse y no hacer el idiota. Puede que le hubiese dado algunas vueltas más a esa posibilidad, pero la puerta se abrió y ahí estaba Dan Mercer.

Cuando vio su rostro, dio un paso atrás.

—Pero ¿qué te ha pasado?

—Entra —farfulló Dan Mercer a través de su hinchada mandíbula.

Tenía la nariz aplastada y el rostro cubierto de moretones, pero no era eso lo peor. Lo peor eran las quemaduras en el brazo y en la cara. Una de ellas parecía haberle atravesado la mejilla. Wendy señaló una de las quemaduras.

—¿Te las han hecho con un cigarrillo?

Dan consiguió encogerse de hombros.

—Les dije que mi caravana era una zona de no fumadores. No se lo tomaron bien.

—¿Quiénes?

—Era una broma. Lo de la zona de no fumadores.

—Ya lo he pillado. ¿Quién te asaltó?

Dan Mercer hizo un gesto con la mano para que lo dejara estar.

—¿Por qué no entras?

—¿Por qué no sales tú?

—Caramba, Wendy, ¿no te sientes segura conmigo? Como tú misma dijiste con excesiva crudeza, no eres mi tipo.

—De todos modos... —dijo ella.

—En estos momentos, no me apetece mucho salir —dijo Dan.

—Insisto.

—Pues adiós. Lamento haberte hecho venir hasta aquí para nada.

Dan dejó que la puerta se cerrara mientras desaparecía en el interior. Wendy esperó un segundo, pensando que fanfarroneaba. Pero no era así. Desoyendo las advertencias previas —tampoco parecía que Dan pudiese causarle mucho daño en su actual situación—, abrió la puerta y entró en la caravana. Dan estaba en el otro extremo.

—Tu pelo —le dijo.

—¿Qué le pasa?

El cabello de Dan, que en tiempos era castaño, ahora era de un espantoso color amarillo que solo alguien muy tolerante podría considerar rubio.

—¿Te lo tiñes tú mismo?

—No, acudí a Dionne, mi peluquera favorita de la ciudad.

A Wendy casi se le escapó una sonrisa.

—Ideal para pasar desapercibido.

—Ya lo sé. Parezco recién salido de un videoclip de una banda de *glam rock* de los años setenta.

Dan se alejó aún más de la puerta, hacia la esquina trasera de la caravana, casi como si quisiera ocultar sus heridas. Wendy soltó la puerta, que se cerró de golpe. Había muy poca luz. Algunos rayos de sol se colaban por la habitación. El suelo era de linóleo muy castigado, a excepción de una esterilla de color naranja que cubría una cuarta parte de la sala y que hasta a la tribu de los Brady se le habría antojado de mal gusto.

A Dan se le veía pequeño en esa esquina, hundido y machacado. Lo más extraño, lo que a Wendy más le indignaba, era que había intentado hacer un reportaje sobre Dan Mercer y sus «buenas obras» un año antes de que la trampa que le tendió dejara al descubierto sus genuinas tendencias. Antes de eso, Dan parecía la más rara de las bestias: un ciudadano bondadoso, un hombre que realmente quería contribuir a que las cosas cambiaran y, lo más sorprendente de todo, alguien que no confundía ese deseo con el autobombo.

Tenía que reconocer que se lo había creído. Dan era un hombre bien parecido, con ese pelo castaño alborotado y esos profundos ojos azules, y tenía la habilidad de mirarte como si fueras la única persona en el mundo. Mostraba sensatez y encanto, así como un gran sentido del humor respecto a sí mismo, y Wendy entendía a la perfección que esos pobres chavales le adorasen.

Pero ¿cómo había sido posible que ella, periodista de un escepticismo patológico, no le hubiese visto el plumero?

Le molestaba reconocerlo, pero había llegado a confiar en que él la invitara a salir. Se había producido una gran atracción cuando la miró por primera vez, una especie de chispazo, y estaba segura de que él también se había dado cuenta.

Recordar todo eso le ponía los pelos de punta.

Desde su rincón, Dan trataba de observarla atentamente, pero ya no se producían chispazos. Wendy ya no le miraba con los mismos ojos. Solo sentía compasión hacia él, pero incluso ahora, con todo lo que ya sabía, su instinto le decía que ese hombre no podía ser el monstruo que sin duda alguna era.

Pero eso era una chorrada. Había sido engañada por un timador: así de fácil. Su modestia había sido una manera de ocultar su auténtica naturaleza. Llámale instinto, intuición femenina o corazonada... Pero el caso era que Wendy se había equivocado.

—Yo no lo hice, Wendy.

Otro yo. Menudo día le estaban dando.

—Sí, ya me lo dijiste por teléfono —dijo—. ¿Podrías extenderte?

Dan parecía perdido, sin saber cómo continuar.

—Desde que me detuvieron, me has estado investigando, ¿no?

—¿Y?

—Hablaste con los chicos con los que trabajaba en el centro comunitario, ¿no?

¿Con cuántos?

—¿Y eso qué más da?

—¿Cuántos, Wendy?

Empezaba a entender adonde quería ir a parar Dan.

—Cuarenta y siete —le dijo.

—¿Y cuántos dijeron que había abusado de ellos?

—Ninguno. En público. Pero hubo algunas insinuaciones anónimas.

—Insinuaciones anónimas —repitió Dan—. Supongo que te refieres a esos blogs anónimos escritos por cualquiera, incluyéndote a ti.

—O a algún chaval asustado.

—Ni tú te los creías, pues nunca les citaste.

—Eso no prueba que seas inocente, Dan.

—Curioso.

—¿El qué?

—Creí que era al revés. Inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Wendy intentó no burlarse de él. No quería ir en esa dirección. Había llegado el momento de darle la vuelta a la tortilla.

—¿Sabes qué más descubrí mientras te investigaba?

Dan Mercer dio unos pasos atrás, hasta llegar casi al rincón.

—¿Qué?

—Nada. Ni amigos, ni familia, ni auténticas relaciones. Aparte de tu exmujer, Jenna Wheeler, y del centro comunitario, tu vida parece la de un fantasma.

—Mis padres murieron cuando yo era pequeño.

—Ya lo sé. Creciste en un orfanato de Oregón.

—¿Y qué?

—Pues que tu historial está lleno de agujeros.

—Me han tendido una trampa, Wendy.

—De acuerdo. Pero apareciste por aquella casa a la hora señalada, ¿verdad?

—Creí que iba a ver a una cría con problemas.

—Eres mi héroe. ¿Y entraste tal cual?

—Chynna me llamó.

—Se llamaba Deborah, no Chynna. Es una becada del canal de televisión. Menuda coincidencia que tenga la misma voz que tu chica misteriosa.

—Estaba a cierta distancia —se defendió Dan—. Esa era tu trampa, ¿no? ¿Que pareciese que salía de la ducha?

—Ya veo. Pensabas que era una tal Chynna, de tu centro comunitario, ¿verdad?

—Sí.

—Evidentemente, Dan, busqué a esa tal Chynna. Tu chica misteriosa. Solo para poner los puntos sobre las íes. Pusimos a tu disposición a nuestro dibujante.

—Ya lo sé.

—Y también sabes que le mostré ese dibujo a todo el mundo en esa zona, por no

hablar de cada empleado y cada residente de tu centro comunitario. Nadie la conoce, nadie la ha visto, nada.

—Ya te lo dije. Me pidió discreción.

—Muy conveniente. ¿Y quién fue el que se coló en tu ordenador para enviar esos mensajes atroces?

Dan no abrió la boca.

—Échame una mano con esto, Dan. ¿Quién descargó las fotos en tu ordenador? Ah, ¿y quién (igual era yo, si hemos de prestar atención a tu abogado) escondió en tu garaje esas fotos asquerosas de críos?

Dan Mercer cerró los ojos, derrotado.

—¿Sabes lo que deberías hacer, Dan? Ahora que eres libre, ahora que la ley no puede alcanzarte, deberías pedir ayuda. Ver a un psiquiatra.

Dan negó con la cabeza y esbozó una sonrisa.

—¿Cómo?

Se la quedó mirando.

—Llevas dos años cazando pedófilos, Wendy. ¿Aún no lo sabes?

—¿Saber qué?

La voz del rincón era un susurro.

—Los pedófilos no se curan.

Wendy sintió un escalofrío. Y fue entonces cuando la puerta de la caravana se abrió de golpe. Pegó un salto hacia atrás y la pantalla de rejilla de la entrada casi la golpeó. Se coló un hombre con el rostro cubierto por un pasamontañas. Llevaba una pistola en la mano derecha.

Dan levantó las manos y dio otro paso atrás.

—No...

El tipo del pasamontañas le apuntó con su arma. Wendy trastabilló hacia atrás, alejándose de la línea de fuego, y entonces, sin más, el intruso disparó. Sin avisar, sin decirle a Dan que se moviera o que alzara los brazos, sin nada de nada. Solo un disparo, conciso y susurrante. Dan cayó de bruces al suelo. Wendy se echó a gritar. Se escondió tras el viejo sofá, como si pudiera ofrecerle la más mínima protección. Desde ahí abajo podía ver a Dan tirado en el suelo. No se movía. En torno a su cabeza se había formado un charco de sangre que estaba empapando la alfombra. El ejecutor atravesó el cuarto. Sin prisas. Tan tranquilo. Como quien da un paseo por el parque. Se detuvo al lado de Dan. Le apuntó a la cabeza con su pistola. Y entonces fue cuando Wendy se fijó en su reloj. Era un Timex con correa flexible. Como el que llevaba su padre. Durante unos segundos, lo vio todo a cámara lenta. La altura, observó Wendy, era la misma. Y el peso también. Solo faltaba el reloj.

Se trataba de Ed Grayson.

Disparó dos veces a Dan en la cabeza, haciendo unos ruidos secos. El cuerpo de la víctima se movió con cada impacto. Wendy estaba aterrorizada. Pero intentaba dominar el pánico. No le quedaba más remedio.

Tenía dos opciones.

Una, hablar con Grayson. Convencerle de que ella estaba de su parte. Dos, salir pitando. Llegar a la puerta, correr hacia el coche, huir.

Pero ambas opciones eran problemáticas. La uno, sin ir más lejos: ¿la creería Grayson? Se lo había quitado de encima unas pocas horas atrás y, de hecho, le había mentido, pues ahí estaba ella, reuniéndose en secreto con Dan Mercer, ese tipo al que acababa de ver cómo le disparaban a sangre fría... La opción uno no parecía gran cosa, con lo cual solo le quedaba...

Corrió hacia la puerta.

—¡Quieta!

Agachada, se arrastraba en dirección a la salida.

—¡Espera!

Ni hablar, pensó. Salió a la luz del sol. No te pares, se dijo. No dejes de correr.

—¡Socorro! —gritó.

No hubo respuesta. El parque seguía abandonado.

Ed Grayson salió tras ella. Con la pistola en la mano. Wendy siguió corriendo. Las demás caravanas estaban demasiado lejos.

—¡Socorro!

Disparos.

El único escondrijo posible estaba detrás de su coche. Wendy corrió hacia allá. Más disparos. Se parapetó tras el vehículo, como si fuese un escudo. No había cerrado la puerta con llave. ¿Había que arriesgarse? ¿Y qué otra cosa podía hacer? ¿Quedarse donde estaba para que él la encontrara y se la cargase?

Sacó del bolsillo el mando a distancia del coche. Abrió la puerta. Cuando Charlie se sacó el carné de conducir, insistió en hacerse con uno de ellos porque así, durante las frías mañanas de invierno, podían calentar el coche desde la cocina. Wendy, claro está, se había quejado de tanta comodonería, de que ese niño mimado fuese incapaz de aguantar el frío unos minutos. Pero ahora le daba las gracias por ello.

El coche se puso en marcha.

Abrió la puerta del conductor y subió al vehículo con la cabeza baja. Miró por la ventanilla. La pistola apuntaba directamente al coche. Se agachó.

Más disparos.

Wendy esperaba que el cristal se hiciera añicos. Pero no pasó nada. Y no había tiempo para darle más vueltas al asunto. Medio tumbada, metió una marcha y el coche empezó a moverse. Recurriendo a la mano izquierda, apretó el acelerador y condujo a ciegas. Confiaba en no estrellarse con nada.

Pasaron diez segundos. ¿Se habría alejado mucho?

Lo suficiente, esperaba.

Se incorporó y se deslizó en el asiento. El enmascarado Grayson aparecía en el retrovisor, corriendo hacia ella, blandiendo el arma.

Apretó el acelerador, sin dejar de mirar hacia atrás, y condujo hasta que ya no



hubo nadie en el retrovisor. Agarró el móvil. Seguía sin haber barras. De todos modos, marcó el número de la policía y le dio a enviar: lo único que consiguió fue un pitido y la frase «conexión fallida» en la pantallita. Continuó un par de kilómetros más. Seguían sin aparecer las barras. Dio la vuelta, hacia la carretera 206, y lo volvió a intentar. Nada. Lo logró al cabo de cinco kilómetros.

—¿Tipo de emergencia? —repuso una voz.

—Quiero informar de un tiroteo.

Para cuando Wendy dio media vuelta y regresó al parque de caravanas, ya habían llegado tres coches policiales del condado de Sussex y había un agente estableciendo un perímetro.

—¿Es usted la señora que llamó? —preguntó este.

—Sí.

—¿Se encuentra bien?

—Estupendamente.

—¿Necesita algún tipo de asistencia médica?

—No, estoy bien.

—¿Dijo por teléfono que el asaltante iba armado?

—Así es.

—¿Iba solo?

—Sí.

—Haga el favor de acompañarme.

La guio hasta un vehículo policial y le abrió la puerta de atrás. Wendy se mostró dubitativa.

—Es por su seguridad, señora. No está usted detenida ni nada por el estilo.

Entró en el vehículo. El agente cerró la puerta y ocupó el asiento del conductor. No puso el coche en marcha y siguió atosigándola con sus preguntas. De vez en cuando, levantaba la mano para que Wendy se callara y comunicaba por radio algunas cosas que le había dicho, suponía que a otro agente. Ella le contó todo lo que sabía, y que sospechaba que el asaltante era Ed Grayson.

Pasó más de media hora hasta que otro agente se acercó al vehículo. Era enorme, afroamericano, y pesaría sus buenos ciento veinte kilos. Llevaba una camisa hawaiana por fuera de los pantalones con la que Wendy podría haberse hecho un vestido largo. Abrió la portezuela trasera.

—Señora Tynes, soy el sheriff Mickey Walker, del Departamento de Policía del condado de Sussex. ¿Le importaría salir del vehículo?

—¿Lo han atrapado?

Walker no abrió la boca. Echó a andar hacia la entrada del parque de caravanas. Wendy corrió tras él. Vio a otro agente que interrogaba a un tío en calzoncillos y camiseta imperio.

—¿Sheriff Walker?

El hombre siguió a su ritmo.

—¿Decía usted que el hombre del pasamontañas se llamaba Ed Grayson?

—Sí.

—¿Y que llegó después de usted?

—Sí.

—¿Sabe qué tipo de coche llevaba?

Lo pensó un momento.

—No llegué a verlo.

Walker asintió como si esa fuera la respuesta que esperaba. Llegaron a la caravana. Walker empujó la pantalla y se agachó para poder entrar. Wendy le siguió. Ya había dos agentes uniformados ahí dentro. Wendy buscó el lugar donde Dan había caído.

Nada.

Se dirigió a Walker.

—¿Ya se han llevado el cuerpo?

Pero ya sabía lo que iba a oír. Mientras venía hacia aquí, no se había cruzado ni con ambulancias, ni con furgonetas de la escena del crimen ni con coches fúnebres.

—No había cuerpo —dijo Walker.

—No lo entiendo.

—Ni Ed Grayson ni nadie. La caravana está exactamente igual que cuando entramos.

Wendy señaló el rincón más alejado.

—Estaba tirado allí. Dan Mercer. No me lo estoy inventando.

Se quedó mirando hacia donde estaba el cuerpo, pensando: «Oh, no, no es posible». Recordó esa secuencia televisiva tantas veces vista, la del muerto que ha desaparecido y la mujer que suplica: «¡Tienen ustedes que creerme!», pero nadie lo hace. Los ojos de Wendy regresaron al poli grandullón para ver cómo reaccionaba. Esperaba una muestra de escepticismo, pero Walker la sorprendió.

—Ya sé que no se lo está inventando —dijo.

Ella se había preparado para una larga discusión, pero ya no hacía falta, así que se quedó a la espera de nuevos acontecimientos.

—Respire hondo —le dijo Walker—. ¿Huele algo?

Así era.

—¿Pólvora?

—Exactamente. Y yo diría que muy reciente. Y aún hay más: un agujero de bala en esa pared de ahí. Lo hemos revisado todo, encontramos el casquillo en el exterior. Parece de un treinta y ocho, pero ya lo sabremos con seguridad más adelante. Ahora quiero que le eche un buen vistazo a la habitación y me diga si ve algo distinto a cuando huyó. —Hizo una pausa y unos gestos extraños—. Dejando aparte que no hay muerto, claro está.

Wendy se dio cuenta enseguida.

—Ha desaparecido la alfombra.

Walker asintió de nuevo, como si ya lo hubiera visto venir.

—¿Qué tipo de alfombra era?

—De color naranja. Es donde cayó Mercer cuando le dispararon.

—¿Y esa alfombra estaba en el rincón? ¿Donde me ha señalado antes?

—Sí.

—Déjeme que le enseñe algo.

Walker ocupaba mucho espacio en esa caravana tan pequeña. La atravesaron y el policía apuntó a la pared con un dedo muy rollizo. Wendy podía ver el agujero de bala, limpio y pequeño. Walker resopló mientras se inclinaba sobre el lugar que había ocupado el cuerpo.

—¿Ve usted esto?

Pequeños ricitos de color naranja, con aspecto de ganchitos al queso, perlaban el suelo. Eso era estupendo —pues probaba que había dicho la verdad—, pero no era lo que Walker pretendía enseñarle. Wendy siguió la dirección de su dedazo.

Sangre. No mucha. Desde luego, no toda la que habría manado cuando le dispararon a Dan Mercer. Pero sí la suficiente. Había más restos anaranjados atrapados en el líquido pringoso.

—La sangre ha debido atravesar la alfombra —dijo Wendy.

Y Walker asintió.

—Tenemos ahí fuera a un testigo que vio a un hombre metiendo una alfombra enrollada en el maletero del coche, un Acura MDX negro, con matrícula de Nueva Jersey. Ya hemos llamado a los de movilidad para preguntarles por Edward Grayson, de Fair Lawn, Nueva Jersey. Resulta que tiene un Acura MDX negro.

Sonó el tema principal. Unos acordes muy dramáticos. Ba-da-dum... Luciendo una toga negra, Hester Crimstein abrió la puerta y echó a andar como una leona hacia la butaca del juez. Se imponía un crescendo en el redoble a medida que se acercaba. La famosa voz en off que se oía en todos los tráileres cinematográficos antes de que su propietario pasara a mejor vida declamó: «Todos en pie, preside la sala la juez Hester Crimstein».

Crédito principal: «En la corte de Crimstein».

Hester ocupó su asiento.

—He alcanzado un veredicto.

El coro femenino, ese que siempre te informa de en qué emisora estás, «Uno, cero, dos, punto siete... Nueva Yooooork», cantaba: «¡Es la hora del veredicto!».

Hester intentaba no suspirar. Llevaba ya tres meses grabando su nuevo programa de televisión, tras abandonar los confines de la televisión por cable de *Los crímenes de Crimstein*, ese espacio que abordaba «casos reales»... Esos casos reales eran meros eufemismos para referirse a meteduras de pata de los famosos, adolescentes blancas desaparecidas y políticos adúlteros.

Su «alguacil» se llamaba Waco. Era un humorista jubilado. De verdad. Eso era un plató, no un juzgado, aunque se le pareciese mucho. Y aunque no se trataba exactamente de un juicio, Hester sí que presidía una especie de procedimiento legal. Las dos partes firmaban un contrato de arbitrio. Los productores pagaban el acuerdo, y tanto el acusador como el acusado cobraban cien dólares diarios. Nadie se quedaba

sin su parte.

Los programas de tele-realidad tienen una mala fama muy merecida, pero aquello que demuestran con mayor habilidad, en especial los que implican juicios y juzgados, es que el mundo sigue siendo propiedad de los hombres. Veamos al acusado, Reginald Pepe. Por favor. Big Reg, como le gusta que le llamen, le había pedido prestados dos de los grandes, al parecer, a la querellante, Miley Badonis, cuando esta era su novia. Big Reg aseguraba que se trataba de un regalo, y le decía a la corte: «Si a las tías les da por hacerme regalitos, ¿qué quieren que les diga?». Big Reg tenía cincuenta años, pesaba sus buenos cien kilos y llevaba una camiseta de rejilla por cuyos agujeros se le colaban los pelos del pecho. No llevaba sujetador, pero debería. El cabello, gracias a un uso generoso de algún gel, lo tenía de punta, lo cual le daba el aspecto de un villano de dibujos animados japoneses, y lucía en torno al cuello varias cadenas de oro, docenas de ellas. El ancho rostro de Big Reg, acentuado por la triste realidad de que ahora el programa de Hester se grababa en alta definición, contenía los cráteres suficientes como para plantarle en la mejilla derecha un vehículo lunar.

Miley Badonis, la querellante, era un par de décadas más joven, por lo menos, y aunque nadie se la recomendaría a la agencia de modelos Elite nada más verla, lo cierto es que estaba de bastante buen ver. Pero se había mostrado tan ansiosa de hacerse con un hombre, con cualquier hombre, que le dio dinero a Big Reg sin dudar.

Big Reg acarreaba dos divorcios a la espalda, estaba separado de su tercera mujer y hoy le acompañaban otras dos. Ambas lucían tops que dejaban el ombligo al aire y ninguna tenía el cuerpo adecuado para ello. Las prendas les apretaban de tal manera que empujaban la carne para abajo y les colgaban las chichas que daba gusto verlas.

—Usted. —Hester señaló a la rolliza de la derecha.

—¿Yo?

Pese a responder con un monosílabo, la mujer se las había apañado, nadie sabía cómo, para hacer explotar un globo de chicle a media palabra.

—Sí. Dé un paso al frente. ¿Qué está haciendo aquí?

—¿Eh?

—¿Por qué está usted aquí con el señor Pepe?

—¿Eh?

Waco, el alguacil de broma, se puso a cantar: «Ojalá tuviera un cerebro...», de *El mago de Oz*. Hester le lanzó una mirada asesina.

—Referencia innecesaria, Waco.

Y Waco se calló.

La rolliza de la izquierda dio un paso adelante.

—Si la audiencia no tiene nada que objetar, señoría, estamos aquí como amigas de Big Reg.

Hester le echó un vistazo al interesado.

—¿Amigas?

Big Reg enarcó una ceja en plan: «Sí, claro, amigas».

Hester se inclinó hacia adelante.

—Señoras, les voy a dar un consejo a ambas. Si el sujeto aquí presente trabaja duro y mejora su educación, es posible que algún día alcance el nivel de fracasado total.

—¡Oiga, juez! —saltó el aludido.

—A callar, señor Pepe. —Hester mantenía la mirada fija en las dos chicas—. No sé de qué van, señoras, pero les voy a decir una cosa: esta no es manera de vengarse de papaíto. ¿Saben ustedes qué es una cenutria?

Las chicas pusieron cara de que no.

—Permítanme que las ayude —dijo Hester—. Es lo que son ustedes.

—¡Dígaselo, juez! —clamó Miley Badonis.

Hester volvió su mirada airada hacia la voz.

—Señorita Badonis, ¿ha oído hablar del lanzamiento de piedras y de las casas de cristal?

—Eh, no.

—Pues a callar y a escuchar. —Hester se volvió hacia las rollizas—. ¿Se saben la definición de cenutria?

—Es como una furcia —dijo la rolliza de la izquierda.

—Sí. Y no. Una furcia es una chica promiscua. Una cenutria, que en mi opinión es mucho peor, es cualquier muchacha capaz de tocar a alguien como Reginald Pepe. Resumiendo, la señorita Badonis lleva muy buen camino para no ser una cenutria. Y a ustedes dos se les ofrece la misma oportunidad. Les ruego que la acepten.

No lo harían. Hester ya lo había visto todo con anterioridad. Se volvió al acusado.

—¿Señor Pepe?

—Usted dirá, juez.

—Le diría lo que solía decirme mi propia abuela: no se pueden montar dos caballos con un solo trasero...

—Se puede si lo haces bien, juez, je, je, je...

—Ay, Señor. Se lo *diría* —prosiguió Hester—. Si usted fuese capaz de entenderlo. Le llamaría piltrafa del arroyo, pero eso sería injusto con las piltrafas, que no hacen daño a nadie. Pero usted, como no es más que un impresentable, no dejará en su camino más que una vida consagrada al desperdicio y la destrucción. Ah, y cenutrias.

—Oiga —dijo Big Reg extendiendo las manos y sonriendo—. Me está usted ofendiendo.

Pues sí, pensó Hester, un mundo de hombres. Y se dirigió a la querellante.

—Lamentablemente, señorita Badonis, ser un impresentable no es ningún delito. Usted le dio el dinero y no hay ninguna prueba de que se tratara de un préstamo. Si hubiese un intercambio de papeles (si usted fuera un tío más feo que Picio que le había dado dinero a una mujer joven y más o menos atractiva, aunque algo ingenua),

esto ni siquiera sería un caso. Resumiendo, encuentro al acusado inocente, a la par que repugnante. Se levanta la sesión.

Big Reg daba grititos de alegría.

—Eh, juez, si no está usted muy ocupada...

Sonó nuevamente el tema central del programa, pero Hester no le prestaba atención. Le había sonado el móvil. Cuando vio el número desde el que la llamaban, salió corriendo del plato y se puso al aparato.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Estoy aparcando en casa —dijo Ed Grayson—. Y todo parece indicar que me van a detener.

—¿Fuiste a donde te sugerí?

—Sí.

—Vale, muy bien. Recurre a tu derecho a asistencia legal y no abras la boca. Voy para allá.

Wendy se llevó una sorpresa al ver la Harley Davidson de Pops en la rampa de entrada. Agotada tras un largo interrogatorio —por no hablar del encuentro con la asesina de su marido ni de haber visto como mataban a un hombre—, pasó junto a la vieja burra de Pops, cubierta de calcomanías medio borradas: la bandera estadounidense, el logotipo de la Asociación Nacional del Rifle y demás señas de identidad. Esbozó una sonrisita.

Abrió la puerta principal.

—¿Pops?

El hombre se asomó, salía de la cocina.

—No hay cerveza en el frigo —dijo.

—Aquí nadie bebe cerveza.

—Ya, pero pensé que igual para las visitas...

Wendy le sonrió... ¿Cómo le llamas al padre de tu difunto marido, a tu exsuegro?

—Tienes más razón que un santo —le dijo.

Pops cruzó la habitación para darle un abrazo. A Wendy la envolvieron los efluvios del cuero, la carretera, los cigarrillos y, claro está, la cerveza. Su suegro —a la mierda lo de ex— tenía ese aspecto típico, hirsuto y osuno de un veterano de Vietnam. Era un tío grandote, de unos noventa kilos de peso, que resoplaba al respirar y lucía un mostacho canoso que el tabaco había vuelto amarillento.

—Me he enterado de que te has quedado sin trabajo —dijo.

—¿Cómo?

Pops se encogió de hombros. Wendy le dio un par de vueltas al asunto. Solo había una respuesta: Charlie.

—¿Por eso has venido? —preguntó.

—Pasaba por aquí y necesitaba un sitio donde dormir. ¿Dónde está mi nieto?

—En casa de un amigo. Llegará en cualquier momento.

Pops la observó meticulosamente.

—Pareces el quinto círculo del infierno.

—Tú sí que sabes tratar a las chicas.

—¿Me lo cuentas?

Así lo hizo. Pops preparó un par de cócteles. Se sentaron en el sofá, y Wendy se dio cuenta, mientras hablaba del tiroteo, de que, por mucho que lamentara reconocerlo, echaba de menos la presencia de un hombre.

—Han matado a un violador de niños, ¿no? —dijo Pops—. Caramba, me voy a tirar varias semanas de luto.

—Eso suena un poco despectivo, ¿no te parece?

Pops se encogió de hombros.

—Cuando cruzas según qué líneas, no hay vuelta atrás. Por cierto, ¿sales con alguien?



—Bonito cambio de tema.

—No eludas la pregunta.

—No, no salgo con nadie.

Pops meneó la cabeza, como si no se lo pudiera creer.

—¿Qué pasa? —le preguntó Wendy.

—Los humanos necesitan sexo.

—Recuérdame que lo apunte.

—Hablo en serio. Pero si aún estás que da gusto verte, chica. Sal por ahí y diviértete.

—Creía que los fachas de la ANR estabais en contra del sexo antes del matrimonio.

—No, qué va, solo lo decimos para que nos queden más tías a nosotros.

Wendy sonrió.

—Muy ingenioso.

Pops se la quedó mirando.

—¿Qué más hay que no funciona?

Wendy había pensado no decirle nada al respecto, pero las palabras le acabaron saliendo de todos modos.

—He recibido un par de cartas de Ariana Nasbro —le dijo.

Silencio.

John había sido hijo único. Por duro que le resultase a Wendy perder un marido, ningún progenitor quiere ni imaginarse lo que sería perder un hijo. El dolor en el rostro de Pops tenía vida propia. Y nunca le abandonaría.

—¿Y qué quería la buena de Ariana? —preguntó.

—Está con lo de los Doce Pasos.

—Ah. ¿Y tú eres uno de ellos?

Wendy asintió.

—El ocho o el nueve, ya no me acuerdo.

Se abrió la puerta de golpe, interrumpiendo la conversación. Oyeron como Charlie entraba corriendo en casa: era evidente que había reparado en la Harley.

—¿Ha venido Pops?

—Estamos en el salón, chaval.

Charlie apareció a toda velocidad, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Pops!

Pops era su único abuelo vivo. Los padres de Wendy habían fallecido antes de que él naciera, y la madre de John, Rose, murió hacía dos años a causa de un cáncer. Esos dos hombres —sí, vale, Charlie aún era un crío, pero ya era más alto que su abuelo— se abrazaban con todo su entusiasmo. Hasta que se les cerraban los ojos por la presión. Así eran siempre los abrazos de Pops. No se cortaba un pelo. Wendy les miró y volvió a lamentar la ausencia de un hombre en su vida. Cuando se separaron, Wendy volvió a la normalidad.

—¿Cómo ha ido el cole?

—Chungo.

Pops agarró a su nieto por el cogote.

—¿Te importa si Charlie y yo vamos a dar una vuelta?

Wendy amagaba con protestar, pero el rostro expectante de Charlie le hizo cambiar de opinión. Ya no era el adolescente sobrado: volvía a ser un crío.

—¿Tienes otro casco? —le preguntó a su suegro.

—Siempre. —Pops enarcó una ceja en dirección a Charlie—. Nunca sabes cuándo te vas a topar con una tía preocupada por la seguridad.

—No volváis tarde —dijo Wendy—. Ah, y antes de irnos, una advertencia.

—¿Una advertencia?

—Cuidado con las señoras —dijo Wendy—. Se os pueden quedar de lo buenos que estáis.

Pops y Charlie se dieron un golpe de nudillos.

—Oh, sí.

Hombres.

Les acompañó a la puerta, les abrazó un poco más y se dio cuenta de que una parte de lo que echaba de menos era, simplemente, la presencia física de un hombre, con sus besos, abrazos y demás muestras de ánimo. Les vio salir rugiendo en la burra de Pops, y mientras se daba la vuelta para entrar en casa, apareció un coche y aparcó ahí delante.

El vehículo no le resultaba familiar. Esperó a ver qué pasaba. Se abrió la portezuela del conductor y salió una mujer a toda prisa. Tenía los ojos rojos y las mejillas húmedas de llanto. Wendy la reconoció de inmediato: Jenna Wheeler, la exmujer de Dan Mercer.

La había conocido al día siguiente de la emisión del programa sobre Dan. Se presentó en casa de los Wheeler y tomó asiento en el reluciente sofá amarillo de Jenna, con sus no menos relucientes flores azules, y la escuchó defender a su ex —en público y en voz alta—, y no le resultó fácil. La gente de ese pueblo —Jenna vivía a menos de cuatro kilómetros de Wendy, y su hija iba incluso al mismo instituto que Charlie— estaba lógicamente sorprendida. Dan Mercer había pasado cierto tiempo en casa de los Wheeler. Hasta hacía de canguro con los críos del segundo matrimonio de Jenna. Y los vecinos se preguntaban cómo podía haberse comportado así una buena madre. ¿Cómo era posible que hubiese traído a semejante monstruo a esa comunidad? ¿Y cómo podía defenderle, ahora que la verdad había salido a la luz?

—Te has enterado —le dijo Wendy.

Jenna asintió.

—Consto como la familiar más directa.

Las dos mujeres se mantenían de pie en el porche.

—No sé qué decir, Jenna.

—¿Estabas ahí?

—Sí.

—¿Le tendiste una trampa a Dan?

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—No, Jenna, no le tendí ninguna trampa.

—¿Y entonces qué hacías allí?

—Dan me llamó. Dijo que quería verme.

Jenna adoptó una expresión escéptica.

—¿A ti?

—Dijo que tenía nuevas pruebas de su inocencia.

—Pero la juez ya había desestimado el caso.

—Ya lo sé.

—Entonces ¿por qué...? —Jenna se interrumpió—. ¿De qué iban las pruebas nuevas?

Wendy se encogió de hombros, como si eso lo dijera todo, igual era así. Se había puesto el sol. Hacía una noche cálida, pero empezaba a soplar la brisa.

—Tengo más preguntas —dijo Jenna.

—En ese caso, ¿por qué no entras?

Los motivos de Wendy para invitar a pasar a Jenna no eran del todo altruistas. Ahora que el estupor de haber presenciado una violencia tan extrema había pasado, la periodista que llevaba dentro salía al exterior.

—¿Te apetece un té o alguna otra cosa?

Jenna le dijo que no con un movimiento de cabeza.

—Sigo sin entender lo que ha ocurrido.

Wendy se lo explicó. Empezó con la llamada telefónica de Dan y terminó con su regreso a la caravana junto al sheriff Walker. No citó la visita de Ed Grayson del día anterior. A Walker sí se la había contado, pero consideraba que ahora no venía a cuento.

Jenna la escuchó con los ojos húmedos. Cuando Wendy acabó, le dijo:

—¿Y le disparó a Dan? ¿Tal cual?

—Sí.

—¿No dijo nada antes?

—No, nada.

—Simplemente... —Jenna recorrió la habitación con la mirada, como en busca de ayuda—. ¿Cómo puede una persona hacerle algo así a otra?

Wendy sabía la respuesta, pero no dijo nada.

—Lo viste, ¿no? A Ed Grayson. ¿Puedes identificarlo sin duda ante la policía?

—Llevaba un pasamontañas. Pero sí, creo que era Grayson.

—¿Crees?

—Iba enmascarado, Jenna.

—¿No llegaste a verle la cara?

—No se la vi, no.

—Entonces ¿cómo sabes que era él?

—Por el reloj. Por la estatura y la complexión. Por la manera como se movía. Jenna frunció el ceño.

—¿Y tú crees que eso se aguantará ante un tribunal?

—No lo sé.

—La policía le tiene detenido. Supongo que ya lo sabes.

No era así, pero siguió con la boca cerrada. Jenna se echó a llorar de nuevo. Wendy ya no sabía qué hacer. Intentar consolarla resultaría, en el mejor de los casos, superfluo. Así que no hizo nada.

—¿Y lo de Dan? —preguntó Jenna—. ¿Viste cómo tenía la cara?

—¿Perdón?

—Cuando llegaste allí, ¿viste lo que le habían hecho?

—¿Te refieres a los golpes? Sí, claro que los vi.

—Le dieron una buena paliza.

—¿Quién?

—Dan intentaba escapar por todos los medios posibles. Pero allá donde iba, los vecinos le encontraban y la emprendían con él. Hubo llamadas telefónicas, amenazas y pintadas. Y, sí, también palizas. Iba cambiando de sitio, pero siempre le encontraban.

—¿Quién le golpeó esta vez? —preguntó Wendy.

Jenna levantó la vista.

—Su vida era un infierno.

—¿Estás intentando echarme la culpa?

—¿Te crees que no tienes ninguna?

—Nunca quise que le pegaran.

—No, solo querías meterle en la cárcel.

—¿Y esperas que me disculpe por ello?

—Eres periodista, Wendy. Eso no te convierte ni en juez ni en jurado. Pero en cuanto hiciste pública la historia, pues bueno, ¿acaso crees que sirvió de algo que la juez desestimara los cargos? ¿Pensabas que Dan volvería tan tranquilo a su antigua vida... o a cualquier tipo de vida?

—Yo solo informé de lo que había ocurrido.

—Eso es mentira y tú lo sabes. Tú creaste esa historia. Tú le tendiste una trampa.

—Dan Mercer estaba coqueteando con una menor... —Wendy se interrumpió. No merecía la pena seguir. Ya lo habían hablado antes. Esa mujer, por ingenua que fuese, estaba de luto. Más valía dejarla en paz.

—¿Hemos terminado? —preguntó Wendy.

—Él no lo hizo.

Wendy no se molestó en responder.

—Viví con él cuatro años. Estuve casada con ese hombre.

—Pero te divorciaste de él.

—¿Y?

Wendy se encogió de hombros.

—¿Por qué?

—La mitad de los matrimonios de este país acaban en divorcio.

—¿A qué se debió el tuyo?

Jenna meneó la cabeza.

—¿Cómo? ¿Te crees que fue porque descubrí que era un pedófilo?

—¿Fue por eso?

—Es el padrino de mi hija. Les hace de canguro a mis críos. Le llaman tío Dan.

—Me parece todo estupendo. Pero ¿por qué os divorciasteis?

—Fue de mutuo acuerdo.

—Ajá. ¿Dejaste de quererle?

Jenna se tomó su tiempo para responder a esa pregunta.

—La verdad es que no.

—¿Entonces? Mira, ya sé que no lo vas a reconocer, pero es probable que detectarás algo raro en él.

—Nada de ese estilo.

—Entonces ¿qué?

—Había una parte de Dan a la que yo no podía acceder. Y antes de que sueltes alguna obviedad, no, no es que fuese un perverso sexual. Dan tuvo una infancia muy dura. Era huérfano y fue saltando de casa de acogida en casa de acogida...

La voz de Jenna se iba desvaneciendo. Wendy volvió a saltarse lo obvio. Huérfano. Casas de acogida. Igual abusaron de él. Investiga el pasado de un pedófilo y siempre encontrarás algo así. Esperó.

—Sé lo que estás pensando. Y te equivocas.

—¿Por qué? ¿Porque tú lo conocías muy bien?

—Sí. Pero no solo por eso.

—¿Qué más hay?

—Siempre era como si... No sé cómo explicártelo. Le pasó algo en la universidad. Sabes que fue a Princeton, ¿verdad?

—Sí.

—Huérfano pobre que trabaja duro y consigue colarse en una importante facultad de la Ivy League...

—Ya. ¿Y qué?

Jenna se interrumpió y se la quedó mirando.

—¿Qué? —insistió Wendy.

—Se lo debes.

Wendy no dijo nada.

—Pienses lo que pienses —le dijo Jenna—, sea o no sea la verdad, una cosa es segura.

—¿A saber?

—Tú conseguiste que le mataran.

Silencio.

—Puede que hicieses aún más. Su abogado te puso en evidencia en el tribunal. Dan iba a salir libre. Seguro que eso te molestó.

—No sigas por ahí, Jenna.

—¿Por qué no? Estabas enfadada. Creías que la justicia se equivocaba. Quedas con Dan y, de repente, obedeciendo a una coincidencia de lo más sorprendente, aparece Ed Grayson. Tienes que estar involucrada... Como cómplice, por lo menos. O igual te han tendido una trampa.

Calló. Wendy se mantenía a la espera. Hasta que dijo:

—No vas a añadir: «Igual que a Dan», ¿verdad?

Jenna se encogió de hombros.

—Una coincidencia de narices.

—Creo que es hora de que te vayas, Jenna.

—Creo que es muy probable que tengas razón.

Ambas mujeres echaron a andar hacia la puerta.

—Tengo una última pregunta.

—Adelante.

—Dan te dijo dónde estaba, ¿no? Quiero decir, ¿fue así como llegaste al parque de caravanas?

—Exactamente.

—¿Se lo habías dicho a Ed Grayson?

—No.

—Entonces ¿cómo es que acabó ahí... exactamente a la misma hora?

Wendy dudó antes de responder.

—No lo sé. Supongo que me siguió.

—¿Y para qué tendría que hacerlo?

Wendy no se sabía esa respuesta. Recordaba haber mirado varias veces por el retrovisor mientras recorría esos caminos solitarios. No había ningún otro coche. ¿Cómo habría encontrado Ed Grayson a Dan Mercer?

—¿Lo ves? La explicación más lógica es que tú le ayudaste.

—No lo hice.

—Vale —dijo Jenna—. Qué pena que nadie te crea.

Se dio la vuelta y salió de la casa. Su pregunta flotaba en el aire. Wendy la vio alejarse en su coche. Empezaba a dar media vuelta para entrar en la casa cuando algo le vino a la cabeza.

El neumático de su coche. Le faltaba aire. ¿No era eso lo que había dicho Ed Grayson?

Corrió hacia el sendero de entrada. El neumático estaba bien. Se agachó y tocó el guardabarros de atrás. Huellas dactilares, se dijo. Se había olvidado de ellas con las

prisas. Apartó la mano, se acuclilló y echó un vistazo.

Nada.

No le quedaba más remedio: se tumbó de espaldas como cualquier mecánico. Había instalado en la rampa unas luces con sensor de movimiento que aportaban una iluminación más que suficiente. Rascó la superficie de alquitrán que se había formado bajo el vehículo. No mucho. Solo un poco. Y entonces lo vio. Era pequeño, no mucho mayor que una caja de cerillas. Estaba pegado con un imán, de esos que se utilizan para mantener ocultas unas llaves extra. Pero eso no tenía nada que ver. Y explicaba muchas cosas.

Ed Grayson no se había inclinado para echarle un vistazo a la rueda de atrás. Se había agachado para colocarle un GPS magnético debajo del parachoques.

—¿Desea su representado hacer una declaración?

Sentada en la sala de interrogatorios del cuartel general de la policía del condado de Sussex junto a Ed Grayson, un sheriff descomunal llamado Mickey Walker y un poli joven que atendía por Tom Stanton, la letrada Hester Crimstein repuso:

—No te lo tomes mal, tío, pero esto es un chiste.

—Me alegra que lo encuentres divertido.

—Así es. De verdad. Esta detención es de risa.

—Tú cliente no está bajo arresto —dijo Walker—. Solo queremos hablar.

—¿Una especie de reunión social? Mira qué bien. Pero habéis conseguido órdenes de registro para su casa y su coche, ¿no?

—Exactamente.

Hester asintió.

—Muy bien. Magnífico. Una cosilla antes de empezar. —Puso sobre la mesa una hoja de papel y un bolígrafo.

—¿De qué vas? —preguntó Walker.

—Me gustaría que apuntaras aquí nombres, rangos, direcciones profesionales, direcciones personales, números de teléfono, todo tipo de contactos y cualquier otra cosa que le resulte de utilidad a mi mensajero para localizaros a la hora de entregaros la citación cuando os demandemos por detención improcedente.

—Te lo acabo de decir. Nadie está detenido.

—Y yo también te lo acabo de decir, guapetón: has recurrido a las órdenes de registro.

—Pensé que a tu cliente le gustaría hacer una declaración.

—¿De verdad?

—Tenemos un testigo que le vio ejecutando a un hombre —afirmó Walker.

Ed Grayson abrió la boca, pero Hester Crimstein le agarró del brazo para silenciarlo.

—No me digas.

—Una testigo fiable.

—¿Y tu testigo fiable vio a mi cliente ejecutar (por cierto, qué palabra tan pomposa: ni matar ni asesinar, sino ejecutar) a un hombre?

—Correcto.

Hester esbozó una sonrisa falsamente amigable.

—Sheriff, ¿te importa si vamos paso a paso?

—Paso a paso.

—Pues sí. Primero, ¿quién es el hombre en cuestión? ¿Quién es la víctima de esa ejecución?

—Dan Mercer.

—¿El pedófilo?



—Da igual lo que fuese. Y esa acusación en concreto fue desestimada.

—Bueno, eso es cierto. Tus compadres jodieron el caso. Pero da igual. Paso a paso. Primer paso: dices que Dan Mercer fue ejecutado.

—Correcto.

—Siguiente paso: enseñanos el cadáver.

Silencio.

—¿Eres duro de oído, grandullón? El cadáver. Me gustaría que mi examinador médico le echara un vistazo.

—No te pases de lista, Hester. Sabes perfectamente que aún no ha sido localizado.

—¿No ha sido localizado? —ahora Hester fingía indignación—. Vaya, hombre, ¿podrías decirme qué prueba tienes de que el tal Dan Mercer esté realmente muerto? Espera, déjalo correr, tengo un poco de prisa. No hay cuerpo, ¿verdad?

—Aún no.

—Vale, muy bien. Siguiente paso. ¿Sostienes, pese a la ausencia de cadáver, que Dan Mercer fue ejecutado?

—Sí.

—Supongo que se utilizó algún tipo de arma, ¿no? ¿Podríamos examinarla, por favor?

Más silencio.

Hester se puso una mano detrás de la oreja.

—¿Sigues ahí?

—Aún no la hemos localizado —dijo Walker.

—¿No hay arma?

—No hay arma.

—No hay cuerpo y no hay arma. —Hester abrió los brazos y sonrió—. ¿Ves ahora a qué me refería con lo de, «tío, esto es un chiste»?

—Esperábamos que tu cliente quisiera hacer una declaración.

—¿Sobre qué? ¿La energía solar y su papel en el siglo veintiuno? Espera, que aún no he acabado. Ya hemos hablado del cadáver y del arma... ¿Qué nos queda? Ah, sí. La testigo.

Silencio.

—Tu testigo vio a mi cliente ejecutar a Dan Mercer, ¿no es así?

—Correcto.

—¿Le vio la cara?

Otra pausa.

Hester volvió a hacer el numerito de la mano tras la oreja.

—Adelante, machote. Dilo.

—Llevaba un pasamontañas.

—¿Cómo dices?

—Que llevaba un pasamontañas.

—O sea, ¿una máscara que le cubría la cara?

—Eso es lo que ella testificó, sí.

—¿Y cómo consiguió identificar a mi cliente?

—Por el reloj.

—¿El reloj?

Walker se aclaró la garganta.

—Y por la estatura y la complexión.

—Uno ochenta, setenta kilos. Ah, y ese Timex tan inusual. Sheriff Walker, ¿sabes por qué ya no sonrío?

—Estoy seguro de que nos informarás al respecto.

—Ya no sonrío porque todo esto es demasiado fácil. ¿Sabes lo que cobro por hora? Por ese dinero, me merezco un desafío. Esto es simplemente insultante. Tu caso, por llamarlo de alguna manera, es una chapuza de lo más espectacular. No quiero que me sigas hablando de lo que no tienes. Quiero que me hables de qué haces.

Se quedó a la espera. Hasta el momento, Walker solo la había informado de lo que ella ya sabía. Ese era el único motivo de que aún siguiera allí. Quería saber qué era lo que tenían.

—Confiamos en que tu cliente haga una declaración —repitió Walker.

—Si eso es todo lo que tenéis, ni hablar.

—No lo es.

Pausa.

—¿Quieres un redoble de tambor? —ironizó Hester.

—Tenemos pruebas físicas que relacionan a tu cliente con Dan Mercer y con la escena del crimen.

—Ay, Señor. A ver, cuéntame.

—Debes entender que todos los análisis realizados son preliminares. Tendremos más detalles a lo largo de las próximas semanas. Pero ya nos hemos hecho una idea bastante aproximada de lo que mostrarán las pruebas físicas. Por eso tenemos aquí a tu cliente. Para que nos explique qué pinta en todo esto. Te lo decimos con tiempo.

—Cuánta amabilidad.

—Encontramos sangre en la caravana. También hallamos manchas de sangre en el Acura MDX del señor Grayson. Aunque un análisis completo de ADN llevará su tiempo, los resultados preliminares nos indican que la sangre coincide. Es decir, que la sangre hallada donde nuestra testigo dice que el señor Mercer fue abatido es la misma que se encontró en el vehículo de tu cliente. También la hemos clasificado. O negativo, como la del señor Mercer. Contamos asimismo con fibras de la alfombra. Sin entrar en detalles, esas mismas fibras fueron encontradas en la caravana alquilada por el señor Mercer y en el Acura MDX de tu cliente. También han aparecido en el fondo de sus bambas. Finalmente, hemos hecho una prueba en busca de residuos de arma de fuego. Había marcas de pólvora en las manos de tu representado. Señal de que acababa de disparar un arma.

Hester se quedó en su sitio, mirándole fijamente. Walker le sostuvo la mirada.

—¿Señora Crimstein?

—Estoy esperando a que termines. Porque eso no puede ser todo lo que tienes.

Walker no dijo nada.

Hester se volvió a Ed Grayson.

—Venga. Nos vamos.

—¿No hay ningún tipo de respuesta? —preguntó Walker.

—¿Respuesta a qué? Mi representado es un agente federal retirado y condecorado. El señor Grayson es un padre de familia, un pilar de la comunidad, un hombre sin antecedentes delictivos de ningún tipo... Pero a ti te ha dado por hacerle perder el tiempo con bobadas. En el mejor de los casos, si es que los análisis salen como tú esperas y no me cargo todas tus supuestas pruebas físicas con mis expertos, mis propios análisis y mis acusaciones de mangoneo e incompetencia... si todo te sale a la perfección, cosa que dudo mucho, puede, solo puede, que consigas establecer algún tipo de nexo sin importancia entre mi cliente y Dan Mercer. Punto final. Y eso es de risa. No hay cadáver, no hay arma, no hay un testigo que pueda identificar definitivamente a mi representado. Ni siquiera tienes pruebas de que se haya cometido un crimen, ni mucho menos de que mi cliente se haya visto involucrado en él.

Walker se echó hacia atrás y la silla crujió ante el ataque repentino.

—¿Me puedes explicar las fibras y la sangre?

—No necesito hacerlo, ¿verdad?

—Lo decía porque igual te daba por ayudarnos. Para acabar con los problemas de tu cliente de una sola vez.

—Te diré lo que voy a hacer. —Hester apuntó un número de teléfono y se lo pasó al policía.

—¿Y esto qué es?

—Un número de teléfono.

—De eso ya me he dado cuenta. ¿De dónde?

—Del campo de tiro Disparama.

Walker se limitó a mirarla. Su rostro empezó a perder color.

—Llámales —dijo Hester—. Mi cliente ha estado ahí esta misma tarde, una hora antes de que lo pillarais. Practicando un poco de tiro. —Hester se despidió meneando los dedos de la mano—. Adiós muy buenas, análisis de residuos.

A Walker se le cayó el alma a los pies. Miró a Stanton y trató de recuperar la compostura.

—De lo más conveniente.

—En absoluto. El señor Grayson es un agente federal retirado y condecorado, ¿recuerdas? Va a disparar con frecuencia. ¿Hemos terminado?

—¿No hay declaración?

—Ahí va: si la nieve está amarilla, no te la comas. Vámonos, Ed.

Hester y Grayson se pusieron de pie.

—Seguiremos investigando, señora Crimstein. Más vale que lo sepáis. Tenemos una sucesión temporal y revisaremos los pasos del señor Grayson. Encontraremos el cuerpo y el arma. Entiendo por qué hizo lo que hizo, pero por aquí no nos van las ejecuciones. Así que no os confundáis, pues pienso armar este caso.

—¿Puedo hablarte con franqueza, sheriff Walker?

—Por supuesto.

Hester miró hacia la cámara que tenía por encima.

—Apágala.

Walker miró la cámara y asintió: la luz roja se apagó.

Hester apoyó los puños sobre la mesa y se inclinó, pero no mucho: incluso sentado, Walker era casi de su estatura.

—Puedes conseguir el cadáver y el cuerpo y, joder, hasta unas imágenes de mi cliente cargándose a ese violador de niños en el estadio de los Giants delante de ochenta mil testigos... Aun así, conseguiré que lo suelten en diez minutos.

Dio media vuelta. Ed Grayson ya había abierto la puerta.

—Que tengas un buen día —se despidió Hester.

A las diez de la noche, Charlie le envió un mensaje a Wendy: «Pops pregunta por el bar de tetas más cercano».

Sonrió. Era su manera de decirle que estaba bien. Charlie se lo hacía muy bien a la hora de mantenerse en contacto.

Le respondió: «No lo sé. Y nadie los llama así. Ahora son clubs para caballeros». Charlie: «Pops dice que detesta esa mierda políticamente correcta».

Wendy sonrió de nuevo mientras sonaba el teléfono de casa. Era el sheriff Walker, devolviéndole la llamada.

—He encontrado algo en el coche —dijo ella.

—¿De qué se trata?

—De un GPS. Creo que Ed Grayson lo puso ahí.

—Estoy a la vuelta de la esquina —dijo Walker—. Ya sé que es tarde, pero ¿le importa si me acerco a echarle un vistazo?

—En absoluto.

—Deme cinco minutos.

Wendy le recibió en la entrada de la casa, junto al coche. Walker se inclinó mientras ella le recordaba la visita de Ed Grayson, añadiendo en esta ocasión el detalle, carente de importancia, en apariencia, de que le dio por revisar la rueda de atrás. Walker observó el GPS y asintió. Necesitó cierto tiempo para incorporarse.

—Le enviaré a alguien para que lo saque de ahí y le haga unas fotos.

—Me he enterado de que ha detenido a Ed Grayson.

—¿Quién se lo ha dicho?

—La exmujer de Mercer, Jenna Wheeler.

—Está equivocada. Lo llevamos a comisaría para interrogarle. Nunca fue detenido.

—¿Todavía lo tienen?

—No, lo dejamos ir.

—¿Y ahora qué?

Walker se aclaró la garganta.

—Pues ahora seguimos investigando.

—Caramba, qué oficial suena eso.

—Usted es periodista.

—Ya no, pero de acuerdo, mantengamos esta conversación *off the record*.

—¿*Off the record*? Pues no hay caso. No tenemos el cadáver. No tenemos el arma. Solo contamos con una testigo, o sea, usted, que no llegó a verle la cara al asesino y que, por consiguiente, no puede identificarle con total certeza.

—Eso son chorradas.

—Ah, ¿sí?

—Si Dan Mercer fuese un ciudadano prominente en vez de un supuesto pedófilo...

—Y si yo pesara cuarenta kilos menos y fuese blanco y guapo, puede que alguien me confundiera con Hugh Jackman. Pero la realidad es que si no encontramos el cuerpo o el arma, no tenemos nada a lo que agarrarnos.

—Da la impresión de que se rinde.

—No es así. Pero los mandos no tienen el menor interés en seguir investigando. Tanto mi jefe como la abogada defensora se han encargado de recordarme, hoy mismo, que mis posibilidades más gloriosas consisten en acusar a un federal jubilado cuyo hijo sufrió abusos sexuales por parte de la víctima.

—Y eso sería muy malo a la hora de hacer carrera política.

—Ese es el punto de vista cínico —adujo Walker.

—¿Hay algún otro?

—El punto de vista realista. Contamos con unos recursos muy limitados. Un colega mío, el carcamal de Frank Tremont, sigue buscando a esa chica que desapareció, Haley McWaid, pero al cabo de tanto tiempo... En fin, todo consiste en el presupuesto del que dispongas, ¿no? Es decir, ¿quién estaría dispuesto a derivar recursos de ese caso, sin ir más lejos, para, uno, hacer justicia a un saco de mierda que no se la merece y, dos, montar un caso que no podemos ganar porque ningún jurado condenaría al acusado?

—Se lo vuelvo a repetir: da la impresión de que se rinde.

—Pues no. Pienso reconstruir los pasos de Mercer y averiguar dónde había estado viviendo.

—¿Aparte de la caravana?

—Exacto. Hablé con su abogado y con su exmujer. Mercer cambiaba mucho de

sitio: intuía que no le resultaba sencillo instalarse en ningún lugar. En cualquier caso, la caravana la había alquilado esa misma mañana. Y ahí no hay nada suyo, ni siquiera algo de ropa de recambio.

Wendy puso una mueca rara.

—¿Y qué espera descubrir cuando encuentre su alojamiento?

—Que me aspen si lo sé.

—¿Qué más?

—Intentaré revisar el GPS de su coche, pero me temo que no nos llevará a ninguna parte. Aunque tengamos muchísima suerte y demos que pertenece a Grayson... En fin, ¿acaso prueba eso que la estaba siguiendo? Aún tendríamos mucho camino por delante.

—Necesita encontrar el cadáver —dijo Wendy.

—Exacto, esa es la principal prioridad. Tengo que reconstruir el trayecto por carretera de Grayson... Y creo que puedo llegar a hacerme una idea bastante aproximada. Sabemos que dos horas después de salir de esa caravana, Grayson se detuvo en un campo de tiro.

—Está usted de broma.

—Eso mismo pensé yo. Pero la verdad es que resultaba de lo más ingenioso. Los testigos le vieron disparando a unos blancos, con lo que nuestros análisis de los residuos de la pistola se fueron al garete. Revisamos el arma que se llevó al campo y, como era de esperar, los casquillos no coincidían con los que encontramos en el parque de caravanas.

—Pues vaya. O sea, que Grayson se fue a un campo de tiro para joderle a usted los análisis, ¿no?

—Fue agente federal. Sabe lo que se hace. Piénselo. Llevaba un pasamontañas, se deshizo del cadáver, se deshizo del arma, se cargó nuestro análisis de residuos... Y contrató a Hester Crimstein. ¿Se da cuenta de a qué me enfrento?

—Con claridad.

—Sabemos que Grayson tiró el cuerpo por el camino, en alguna parte, pero hay un montón de horas en las que no sabemos qué hizo, y esa zona está llena de terreno vacío.

—Y usted no cuenta con los efectivos necesarios para peinarlo, ¿verdad?

—Como ya le he dicho, no se trata de una chica desaparecida, sino del cadáver de un pedófilo. Y si Grayson lo ha planeado todo lo suficientemente bien, y así parece ser, de momento, puede que cavara un hoyo antes de cargarse a Mercer. Y que nunca encontremos el cuerpo.

Wendy apartó la vista y meneó la cabeza.

—¿Le pasa algo? —preguntó el sheriff.

—Me convirtió en su cebo. Grayson intentó que me pusiera de su lado. Como no lo consiguió, se limitó a seguirme... Y yo le llevé directo hasta Mercer.

—No es culpa suya.

—Da igual si lo es o no. No me guste que me manipulen.

Walker no dijo nada.

—Vaya mierda de final.

—Hay quien lo encontraría muy adecuado.

—¿A qué se refiere?

—El pedófilo le da esquinazo a nuestro sistema legal, pero no a la justicia. Si te paras a pensarlo, es de lo más bíblico.

Wendy dijo que no con la cabeza.

—No me parece bien.

—¿Qué parte en concreto?

Se guardó su opinión. Pero la respuesta era que todo en general. Igual la ex de Mercer no andaba del todo desencaminada. Igual había algo en este asunto que apestaba desde el principio. Igual debería haber prestado más atención a su intuición femenina desde el comienzo, o a sus tripas, o como quieras llamarlo.

De repente, se sentía como si hubiese contribuido a matar a un inocente.

—Usted encuéntrelo —dijo Wendy—. Fuese lo que fuera, se lo debe.

—Lo intentaré. Pero tenga bien claro que este caso nunca será prioritario.

Pero Walker se equivocó trágicamente al respecto.

Wendy no se enteraría del horrible descubrimiento hasta el día siguiente, cuando todos los medios de comunicación «abrieran» con ese tema. Mientras Pops y Charlie aún dormían y todavía le bailaba en la cabeza el comentario de Jenna sobre Princeton, Wendy decidió poner en marcha su propia investigación. Primera parada: Phil Turnball, el compañero de cuarto de Dan Mercer en la universidad. Ya era hora, se decía, de indagar con seriedad en el pasado de Dan. Y no parecía haber un mejor lugar por donde empezar.

Pero al mismo tiempo que Wendy entraba en un Starbucks de Englewood, Nueva Jersey, dos agentes de policía, el sheriff Walker del condado de Sussex y su ayudante novato, Tom Stanton, se encontraban a cincuenta kilómetros de distancia, en Newark, registrando la habitación número 204 de las redundantes Suites Lujosas De Luxe de Freddy. Teniendo en cuenta que se trataba de auténticos nidos de pulgas, todo parecía indicar que Freddy era un hombre con sentido del humor, pensaba Walker, por no hablar de que su establecimiento no cumplía ninguna de sus tres promesas: ahí no había ni lujo ni de luxe ni suites.

Walker había actuado con diligencia al tratar de reconstruir las últimas dos semanas de la vida de Dan Mercer. Las pistas escaseaban. Recurriendo a su móvil, Dan Mercer solo había llamado a tres personas: su abogado, Flair Hickory; su exmujer, Jenna Wheeler; y ayer, a la reportera Wendy Tynes. Flair nunca le había preguntado a su cliente dónde se encontraba: cuanto menos supiera al respecto, mucho mejor. Jenna no lo sabía. Y Wendy no habló con él hasta ayer mismo.

De todos modos, la pista no era difícil de seguir. Dan Mercer se había estado escondiendo, sí, pero según su abogado y su ex, se ocultaba de las amenazas de ciudadanos «concienciados» rayanos en el matonismo, no de las fuerzas del orden. Nadie quería tener a un depredador en su barrio. Así pues, Dan se fue mudando de hotel en hotel, pagando generalmente con dinero en efectivo que sacaba del cajero automático más cercano. Como estaba pendiente de juicio, no podía salir del estado.

Dieciséis días atrás, se registró en un Motel 6 de Wildwood. Desde ahí, se trasladó durante tres días a la Court Manor Inn de Fort Lee, pasando a continuación al Fair Motel de Ramsey para acabar, ayer mismo, en las Suites Lujosas de Luxe de Freddy —concretamente, en la 204—, situadas en el centro de Newark.

La ventana daba a un refugio conocido como La Última Oportunidad en el que había trabajado Dan Mercer. Curioso lugar para acabar. El encargado no había visto a Mercer en dos días, pero también era verdad, como explicó, que los clientes no pasaban por ahí para hacerse notar.

—Vamos a ver qué encontramos —dijo Walker.

Y Stanton asintió.

—Vale.



—¿Te importa si te hago una pregunta? —dijo Walker.

—Qué va.

—Ningún otro poli se ha prestado a trabajar conmigo en este asunto. Se alegran de haberse librado de ese saco de mierda.

Stanton asintió.

—Pero yo me he presentado voluntario.

—Exacto.

—Y usted quiere saber por qué.

—Exacto.

Stanton cerró el cajón de arriba y abrió el siguiente.

—Puede que porque soy nuevo, puede que para bregarme. Pero la ley dejó en paz a ese tío. Punto y final. Y si no te gusta, cambia las leyes. Nosotros, los policías, debemos ejercer de árbitros imparciales. Si el límite de velocidad es de cien por hora, te cae una multa por ir a ciento uno. Si piensas que no vale la pena multar a nadie hasta que alcance los ciento treinta, pues cambia la ley y pon el límite en los ciento treinta. Y la cosa funciona en ambas direcciones. La juez soltó a Dan Mercer porque siguió las normas. Si no te gusta, cámbialas. No te las saltes. Cámbialas legalmente.

Walker sonrió.

—Eres nuevo.

Stanton se encogió de hombros mientras seguía registrando la ropa.

—Yo diría que hay algo más que eso.

—Me lo suponía. Adelante, te escucho.

—Tengo un hermano mayor que se llama Pete. Un tío estupendo, un gran atleta. Estuvo dos años practicando con los Buffalo Bills nada más salir de la escuela. Extremo centro.

—Vale.

—El caso es que Pete está en el campo al inicio de la tercera temporada. Este es su año, cree él. Ha estado levantando pesas y haciendo gimnasia como un loco, y tiene una buena oportunidad de quedarse en la plantilla. Tiene veintiséis años y vive en Buffalo. Una noche, sale y conoce a una chica en un Bennigan's. ¿Le suena? Es una cadena de restaurantes.

—La conozco.

—Vale, pues Pete pide alitas de pollo, y la tía esa, que va de provocativa, se le acerca y le pregunta si puede comerse una. Él le dice que claro. Y ella monta un espectáculo al comérsela. Ya sabe a qué me refiero, ¿no? Usando mucho la lengua y tal. Y además lleva un top muy escotado que está pidiendo a gritos que lo miren a fondo. O sea, que es una calentorra. Empiezan a flirtear. Ella se sienta. Una cosa lleva a otra y... Pues Pete se la lleva a casa y le da lo suyo.

Stanton hizo un gesto chusco, moviendo los brazos adelante y atrás, por si no había quedado claro a qué se refería con lo de «lo suyo».

—Luego resulta que la chica tiene quince años y va al instituto. Pero no lo parece,

no, señor. Ya sabe cómo se visten ahora las colegialas, como si sirvieran copas en los bares, o atendieran las necesidades de los clientes, no sé si me explico.

Stanton miró a Walker y se mantuvo a la espera. Para hacer avanzar la conversación, Walker le dijo:

—Te explicas perfectamente.

—Vale, pues resulta que el padre se entera. Se le va la olla y dice que Pete sedujo a su hijita, aunque lo más probable es que la niña se cepillara a mi hermano para jorobar a su señor padre. El caso es que a Pete lo acusan de violación y el sistema la toma con él. Ese sistema que yo adoro. Ya lo entiendo, así es la ley. Y a mi hermano le cae el sambenito de agresor sexual, de pedófilo y de lo que haga falta. Y eso es una broma de muy mal gusto. Mi hermano es un ciudadano ejemplar, un buen tío, pero ya no hay equipo que se le acerque. Es posible que ese tío, el tal Dan Mercer, también cayera en una trampa, ¿no? Igual se merece el beneficio de la duda. Igual es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Walker se dio la vuelta porque no quería reconocer que igual a Stanton no le faltaba razón. En la vida tomas muchas decisiones que no te apetece tomar, y encima quieres que te resulten fáciles. Quieres agrupar a la gente por categorías, convertirles en monstruos o en ángeles, pero las cosas no suelen funcionar así. Abunda más el gris que el blanco o el negro. Y francamente, eso es un latazo. Los extremos resultan mucho más sencillos.

Mientras Tom Stanton se agachaba para mirar debajo de la cama, Walker intentó concentrarse de nuevo. En esos momentos, tal vez era mejor mantenerse en el blanco y el negro y a una prudente distancia del relativismo moral. Un hombre había desaparecido y, probablemente, estaba muerto. Había que encontrarlo, eso era todo. Daba lo mismo quién era y qué había hecho. Lo importante era dar con él.

Walker se trasladó al cuarto de baño y le echó un vistazo al armarito. Pasta dentífrica, cepillo de dientes, cuchilla, espuma de afeitar, desodorante. Un material fascinante.

Desde el otro cuarto, Stanton dijo:

—Bingo.

—¿Qué?

—Debajo de la cama. He encontrado su móvil.

Walker estaba a punto de gritar: «¡Estupendo!», pero no lo hizo. Como ya se sabía el número del móvil de Mercer, Walker había recurrido a la habitual triangulación y descubierto que la última llamada efectuada desde ese teléfono había tenido lugar en algún punto de la carretera 15 no mucho antes del crimen, a unos cinco kilómetros del parque de caravanas y a cosa de una hora en coche de esta habitación. Así pues, ¿qué hacía ese móvil en el cuarto? No tenía mucho tiempo para darle vueltas al tema. Desde la habitación contigua, la voz de Stanton fue bajando de tono hasta convertirse prácticamente en un susurro de dolor.

—Oh, no...

A Walker le produjo un escalofrío en el espinazo.

—¿Qué pasa?

—Oh, Dios mío...

Walker entró apresuradamente en el dormitorio.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te pasa?

Stanton sostenía el teléfono en la mano. Se había quedado blanco. Observaba fijamente la imagen en la pantalla. Walker podía ver que el móvil tenía una funda de color rosa brillante.

Era un iPhone. Él tenía el mismo modelo.

—¿Qué estás viendo?

La pantalla del iPhone se oscureció. Stanton no dijo nada. Alzó el teléfono y pulsó una tecla. La pantalla se iluminó. Walker dio un paso adelante y le echó un vistazo.

Se le cayó el alma a los pies.

La pantalla iluminada del iPhone mostraba una fotografía familiar. El típico plano de un grupo en vacaciones. Cuatro personas —tres niños, un adulto—. Sonriendo y riéndose. En el centro de la imagen estaba Mickey Mouse. Y a la derecha de Mickey, luciendo una sonrisa mucho más grande que los demás, se veía a una chica desaparecida llamada Haley McWaid.

Wendy llamó a casa del compañero de cuarto de Mercer, Phil Turnball. Tras licenciarse en Princeton, Turnball había salido disparado hacia Wall Street y las altas finanzas. Vivía en la parte más elegante de Englewood.

Cuando emitieron el programa de *Atrapado in fraganti* dedicado a Dan, Wendy intentó ponerse en contacto con Turnball, pero este se negó a hacer comentarios al respecto. Y ella lo dejó correr. Puede que ahora que Mercer había muerto, Phil Turnball se mostrase más dispuesto a colaborar.

La señora Turnball —Wendy no pilló su nombre de pila— fue quien se puso al teléfono. Wendy le explicó quién era.

—Sé que su marido me ha estado dando esquinazo, pero créame si le digo que ahora me querrá oír.

—No está en estos momentos.

—¿Hay alguna manera de localizarle?

La mujer dudó.

—Es importante, señora Turnball.

—Está en una reunión.

—¿En su oficina de Manhattan? Creo que tengo la dirección por algún lado...

—Starbucks —le cortó su interlocutora.

—¿Perdón?

—La reunión. No es lo que usted cree. Es en un Starbucks.

Wendy aparcó delante del Baumgart's, un restaurante al que acudía con frecuencia, y caminó unos metros hacia el Starbucks. La señora Turnball le había explicado que Phil había sido despedido durante el bache económico. Con lo que su reunión era más bien un encuentro para tomar café de antiguos amos del universo, un grupo fundado por Phil llamado Club de los Padres. La señora Turnball le había dicho que el club era una manera de que esos hombres, repentinamente cesados, pudieran «soportar en buena camaradería unos tiempos tan duros», pero Wendy no pudo evitar notar cierto tono de sarcasmo en la voz de la mujer. O igual es que Wendy pensaba en sus propias miserias y no sentía compasión alguna por una pandilla de yuppies chupópteros que cobraban demasiado y se creían muy importantes, hasta que esa economía, que ellos habían contribuido a hundir con su actitud parasitaria, les llevó a acabar tomando cafés de cinco dólares mientras se quejaban de su triste situación.

Pobrecitos, qué pena le daban.

Entró en el Starbucks y vio a Phil Turnball en el rincón de la derecha. Llevaba un traje de ejecutivo recién planchado y estaba, levemente inclinado sobre una mesa, en compañía de otros tres hombres. Uno de ellos iba vestido de jugador de tenis y blandía una raqueta como si estuviera esperando el servicio de Federer. Otro llevaba

una mochilita de bebé... con un bebé dentro. Movía al crío de arriba abajo, sin duda para mantenerlo callado y tranquilo. El que quedaba, y al que los demás escuchaban con gran concentración, lucía una enorme gorra de béisbol con la visera levantada precariamente y torcida a la derecha.

—¿No os gusta? —preguntó el Gorrilla.

Ahora que estaba más cerca, Wendy se percataba de que el Gorrilla se parecería un poco a Jay Z... si este hubiera envejecido diez años de manera repentina, nunca hubiese ido al gimnasio y fuera un blanco fofo que intenta parecerse a Jay Z.

—No, no, Fly, no me malinterpretes —dijo el tenista—. Es contundente y tal. De lo más contundente.

Wendy frunció el ceño. ¿Contundente?

—Pero... Y solo se trata de una sugerencia... Me temo que la cosa no acaba de funcionar. Lo de los cachorritos bailando y eso.

—Mmm. ¿Demasiado gráfico?

—Tal vez.

—Porque tengo que ser yo mismo, ¿me entiendes? Esta noche, en el Blend. A micro abierto. Tengo que ser auténtico. No me puedo vender.

—Te entiendo, Fly, claro que sí. Y tranquilo, que esta noche partes la pana. Pero lo del collar de perlas... —El tenista abrió los brazos—. Es que no acaba de encajar en tu rollo. Necesitas otra referencia perruna. Los chuchos no llevan collares de perlas, que yo sepa.

Se oyeron murmullos de aprobación en torno a la mesa.

El aspirante imposible a Jay Z —¿Fly?— se dio cuenta de que Wendy andaba huroneando por ahí. Bajó la cabeza.

—Atención, chavales. Chati a las cinco.

Todos se volvieron hacia ella. Wendy no había previsto algo así. La señora Turnball debería haberla puesto al corriente de cómo se las gastaba esa pandilla de examos del universo.

—Un momento —dijo el tenista—. Yo a ti te conozco. NTC News. Wendy Nosequé, ¿no?

—Wendy Tynes.

Todos sonrieron, a excepción de Phil Turnball.

—¿Vas a hacer algo sobre la actuación de Fly de esta noche?

La verdad es que una historia sobre la cuadrilla al completo podría tener su gracia, se dijo Wendy.

—Puede que más adelante —declaró—. De momento, he venido a ver a Phil.

—No tengo nada que decirte.

—No tienes por qué abrir la boca. Ven, tenemos que hablar en privado.

Mientras salían del Starbucks y echaban a andar por la acera, Wendy dijo:

—¿De qué va eso del Club de los Padres?

—¿Quién te lo ha contado?

—Tu mujer.

Silencio.

—Bueno... —continuó Wendy—. ¿Qué pretende tu amigo el rapero?

—Norm... Bueno, la verdad es que prefiere que le llamemos Fly.

—¿Fly?

—Diminutivo de Ten-A-Fly. Su apodo musical.

Wendy trató de no suspirar. Tenaflly era un pueblo de Nueva Jersey que estaba ahí mismo.

—Norm... Fly... era un tío de marketing muy brillante. Trabajaba en la ciudad, en Benevisti Vance. Lleva cosa de dos años sin trabajo, pero cree que ha descubierto un talento nuevo en él.

—¿Y en qué consiste?

—En rapear.

—Por favor, dime que es una broma.

—Así es la desesperación —dijo Phil—. Todo el mundo la afronta a su manera. Fly cree que ha encontrado un nuevo mercado.

Llegaron al coche de Wendy y esta les quitó el pestillo a las puertas.

—¿Rapeando?

Phil asintió.

—Es el único rapero blanco de mediana edad que hay en Nueva Jersey. Por lo menos, eso dice él.

Ambos ocuparon los asientos delanteros.

—Bueno —preguntó Phil—. ¿Qué quieres de mí?

No había un modo suave de decirlo, así que Wendy fue al grano.

—Dan Mercer fue asesinado ayer.

Phil Turnball escuchó sin decir palabra. Se quedó mirando fijamente el parabrisas, con el rostro cerúleo y los ojos llorosos, lucía un afeitado perfecto, observó Wendy. Su cabello también era perfecto, incluyendo ese ricitito que le caía sobre la frente y que le permitía imaginar su aspecto de joven.

Wendy se mantuvo a la espera de que absorbiese lo que le acababa de comunicar.

—¿Quieres que te traiga algo? —le preguntó.

Phil Turnball negó con la cabeza.

—Recuerdo que conocí a Dan en el primer curso, durante las jornadas de orientación. Era un tío muy divertido. Los demás íbamos de estirados, con ganas de impresionar. Pero él estaba tan a gusto, y tenía una actitud muy peculiar.

—¿Cómo de peculiar?

—Como si ya supiese de qué iba todo y no mereciera la pena agobiarse. Dan también quería marcar diferencias. Vale, ya sé que suena mal, pero nunca perdía los papeles. Se corría unas juergas tremendas, como todo el mundo, pero siempre hablaba de hacer el bien. Teníamos planes, supongo. Todos nosotros. Y ahora...

Su voz se fue desvaneciendo.

—Lo siento —le dijo Wendy.

—Supongo que no has venido hasta aquí solo para darme la mala noticia.

—No.

—¿Entonces?

—Estoy investigando a Dan y...

—Creo que eso ya lo has hecho. —Phil se volvió hacia ella—. Como no te dediques a magrear al fiambre...

—No es esa mi intención.

—¿Y cuál es, entonces?

—Ya te había llamado antes. Cuando emitimos el programa sobre Dan.

Phil no dijo nada.

—¿Por qué no me devolviste las llamadas?

—¿Para decir qué?

—Lo que fuese.

—Tengo mujer y dos hijos. No me pareció que defender en público a un pedófilo (aunque la acusación fuera falsa) le fuese a hacer ningún favor a nadie.

—¿Crees que a Dan lo acusaron falsamente?

Phil se frotó los ojos cerrados. Wendy pensó en ponerle la mano en el brazo, pero le pareció que no era lo más adecuado. Decidió cambiar de marcha.

—¿Por qué vas con traje al Starbucks? —le preguntó.

Y Phil casi sonrió.

—Siempre me dieron asco los viernes desenfadados.

Wendy se quedó mirando a ese hombre atractivo, pero derrotado. Parecía que lo hubiesen drenado, extraído toda la sangre, y como si solo le mantuvieran en pie el traje elegante y el betún de los zapatos. Estudiando su rostro, le vino a la mente el repentino recuerdo de otra cara: la de su amado padre, a los cincuenta y seis años, sentado a la mesa de la cocina, con la camisa de franela arremangada e introduciendo en un sobre un currículum profesional no muy estimulante. Tenía cincuenta y seis años y, de repente y por primera vez en toda su vida adulta, estaba sin trabajo. El padre de Wendy había sido un líder sindical y, a lo largo de veintiocho años, había dirigido la imprenta de uno de los principales diarios de Nueva York. Había negociado buenos acuerdos para sus hombres, recurriendo a la huelga en tan solo una ocasión, en 1989, y todos los que trabajaban a sus órdenes le querían. Entonces se produjo una fusión, uno de esos tratos tan comunes a principios de los noventa, el tipo de asunto que les encantaba a los lechuguinos de Wall Street como Phil Turnball porque hacían subir las acciones sin que ellos se tomaran la molestia de pensar en las consecuencias. De repente, su padre se convirtió en un ser superfluo y fue despedido. Sin más. Y por primera vez en su vida, se quedó sin empleo. Al día siguiente, se sentó a la mesa de la cocina y empezó con lo de los currículos. Y ese día en cuestión, su expresión era muy parecida a la de Phil Turnball en esos momentos.

—¿No estás enfadado? —le había preguntado Wendy a su padre.

—Enfadarse es una pérdida de tiempo. —Su padre llenó otro sobre y levantó la vista hacia ella—. ¿Quieres un consejo, o ya eres demasiado mayor para eso?

—Nunca se es demasiado mayor —repuso Wendy.

—Trabaja para ti misma. Ese es el único jefe en quien se puede confiar.

Su padre nunca tuvo la oportunidad de trabajar para sí mismo. Nunca encontró otro trabajo. Dos años después, a los cincuenta y ocho, murió de un ataque al corazón ante la mesa de la cocina, mientras seguía revisando las ofertas de empleo y llenando sobres.

—¿No quieres ayudar? —le preguntó Wendy a Phil.

—¿Cómo? Dan está muerto.

Phil Turnball agarró la manilla.

Wendy le puso una mano en el brazo.

—Una pregunta antes de que te vayas. ¿Por qué crees que a Dan lo acusaron falsamente?

Se lo pensó antes de responder.

—Supongo que cuando te ha pasado a ti, lo sabes reconocer.

—No te sigo.

—No te preocupes. No tiene importancia.

—¿Te pasó algo a ti, Phil? ¿Qué es lo que no pillo?

Phil soltó una risita, aunque totalmente desprovista de humor.

—Sin comentarios, Wendy.

Y abrió la portezuela del coche.

—Pero...

—Ahora no —dijo Phil, empujando la puerta—. Ahora voy a dar una vuelta y a pensar en mi viejo amigo un ratito. Es lo menos que se merece el pobre Dan.

Phil Turnball salió del coche, se ajustó la chaqueta del traje y echó a andar en dirección norte, alejándose de ella y de sus amigos del Starbucks.



Otra puta muerta.

Frank Tremont, investigador del condado de Essex, apoyó las manos en el cinturón, se quedó mirando a la chica y suspiró. Lo mismo de siempre. Newark, zona sur, no muy lejos del hospital Beth Israel, pero a una vida de distancia. Frank podía oler la podredumbre en el aire, pero no provenía exclusivamente del cadáver. Siempre era así. Aquí nadie limpiaba. Ni lo intentaban. Todos se limitaban a hozar perezosamente en la roña.

Conclusión: otra puta muerta.

Ya habían detenido a su macarra. La furcia lo había «provocado» o lo que fuese, y él, para demostrarle lo machote que era, le había rajado el cuello. Aún llevaba la navaja encima cuando lo detuvieron. Un tío listo, un auténtico genio. Frank necesitó casi seis segundos para sacarle una confesión. Al parecer, la chica le había dicho: «Tú no tienes pelotas para hacerle daño a una mujer». Y eso había bastado para que supermacarra la pusiera en su sitio.

Se quedó mirando a la muerta, que tanto podía tener quince años como treinta, pues no era fácil saberlo al verla tirada entre la basura callejera, latas de refresco, envoltorios de McDonald's, envases vacíos de cerveza... Frank recordó su última investigación sobre una puta muerta. Ese caso le había estallado en la cara. La había cagado a fondo. Lo había entendido todo al revés y no había dado pie con bola. Podría haber habido más muertes, pero no valía la pena atormentarse al respecto. Había arruinado el caso, quedándose sin trabajo por su culpa. Presionado por el fiscal del condado y por el investigador jefe, había optado por la jubilación.

Pero entonces se sintió atraído por la desaparición de Haley McWaid.

Fue a ver a sus jefes y solicitó quedarse, pero solo hasta que el caso se resolviera. Sus jefes se mostraron comprensivos. Pero eso había sucedido tres meses atrás. Frank trabajaba duro en busca de esa chica de instituto. Había involucrado a otros: federales, polis duchos en el manejo de Internet a la hora de realizar seguimientos y perfiles, todos aquellos que pudieran echarle una mano. No buscaba la gloria, solo quería encontrar a esa chica.

Pero el caso no avanzaba.

Volvió a mirar a la prostituta muerta. De eso había mucho en su trabajo. Te enfrentas a cantidad de yonquis y putas echando su vida a los cerdos, viendo como se colocan a mansalva, para que luego les den una paliza o las dejen preñadas de un montón de críos de un montón de padres distintos y todo sea una puta mierda. La mayoría va tirando adelante, arrastrando una existencia patética, sin dejar apenas huella en el tejido social, y si la dejan es por algún mal motivo. Pero la mayoría sobrevive. Hechas un asco, pero Dios les permite sobrevivir, a veces hasta una edad avanzada.

Y de repente, como Dios es un cachondo de la hostia, pues se lleva a la hija de

Frank.

Se había reunido una muchedumbre al otro lado de la cinta amarilla, pero tampoco se demoraban en exceso. Echaban un vistazo y seguían su camino.

—¿Has acabado, Frank?

Era el examinador médico. Frank asintió.

—Toda tuya.

Su niña, Kasey. Diecisiete años. Tan dulce, lista y cariñosa. Con una de esas sonrisas capaces de iluminar toda una habitación. Un rayo de luz que podía atravesar cualquier oscuridad. Nunca le causó el menor problema ni le hizo ningún daño a nadie. Ni una sola vez a lo largo de su vida. Kasey nunca tomó drogas, ni se emputeció ni le zurraron la badana. Mientras esas yonquis y esas putas seguían riendo como animales salvajes, Kasey estaba muerta.

«Injusticia» es un término demasiado suave.

Kasey tenía dieciséis años cuando le diagnosticaron el sarcoma de Ewing. Cáncer de huesos. Los tumores le empezaron en la pelvis y se extendieron por todo el cuerpo. Su pequeña murió entre grandes dolores. Y Frank lo presenció todo. Se quedó ahí, junto a su cama, con los ojos secos, dándole la mano a su hija mientras se volvía loco. Vio las cicatrices de una cirugía invasiva y los ojos hundidos de los que mueren lentamente. Notó como se le calentaba el cuerpo cuando le subía la fiebre. Recordó que Kasey tenía muchas pesadillas de pequeña, y que a menudo se desplazaba hasta la cama de sus padres temblando y se deslizaba entre María y él, hablando en sueños y moviéndose sin parar, pero todo eso acabó cuando le diagnosticaron la enfermedad. Puede que sus terrores nocturnos se desvanecieran ante los diurnos. En cualquier caso, Kasey empezó a dormir tranquila, como si estuviera ensayando para la muerte.

Frank había rezado, pero no le sirvió para nada. Así era como se sentía. Nadie entiende los designios del Señor. Se supone que tiene un plan, ¿no? Si de verdad quieres creer que Dios es sabio y omnipotente, ¿acaso piensas que tú y tus patéticas súplicas van a alterar ese gran plan? Tremont sabía que las cosas no funcionaban así. En el hospital, conoció a otra familia que rezaba por su hijo. La misma enfermedad. También murió. Acto seguido, su otro hijo se fue a Irak y allí encontró la muerte. Frank no entendía cómo alguien podía enterarse de algo así y seguir creyendo que la plegaria servía para algo.

Y mientras tanto, las calles de por aquí siguen plagadas de inútiles. Ellos viven y Kasey muere. Y claro, las chicas de familias decentes, las chicas como Haley McWaid y Kasey Tremont, las chicas con gente que las quería y vidas por delante, vidas de verdad, vidas que no serían desperdiciadas, eran más importantes. La verdad era esa, aunque nadie quería reconocerlo. Esos calzonazos bonistas te dirían que la puta muerta que están metiendo en una bolsa de cadáveres merece exactamente la misma consideración que Haley McWaid o Kasey Tremont. Pero todos sabemos que eso es una chorrada. Hacemos como que nos la tragamos, pero todos sabemos cuál es la verdad. Mentimos a sabiendas.

Así pues, basta de componendas. La puta muerta igual consigue dos párrafos en la página doce de *The Star-Ledger*, y su único objetivo es provocar el murmullo de desaprobación de los lectores. Haley McWaid ocupó horas de televisión nacional. Y todos sabemos por qué, ¿no es cierto? ¿Por qué no lo decimos claramente?

Las Haley McWaid de este mundo nos importan más.

Y no hay nada malo en ello. Es lo que hay, ¿no? Y eso no quiere decir que la furcia muerta carezca de importancia. Simplemente, Haley tiene más. Y tampoco era una cuestión de raza, ni de ninguno de esos sambenitos que solían colgarle a Frank. Acusar a alguien de racista es la mejor manera de liquidar un asunto. Pero es una memez. Blancos, negros, asiáticos, latinos, lo que sea... La importancia no tiene una base racial. Todo el mundo es consciente de ello, aunque tengan miedo de reconocerlo.

La mente de Frank se desplazó, como solía sucederle esos días, hacia la madre de Haley McWaid, Marcia, y su destrozado progenitor, Ted. La puta ya había desaparecido. Puede que alguien se preocupara por ella, pero en nueve de cada diez ocasiones, no es así. Sus padres, si es que sabían dónde estaba, se habían desentendido de ella mucho tiempo atrás. Marcia y Ted seguían esperando, temerosos y esperanzados a la vez. Y sí, eso era importante. Puede que esa fuera la diferencia entre las putas muertas y las Haley McWaid. Ni el color de la piel, ni la situación económica, ni el entorno burgués, sino la gente a la que le importabas, la familia que se había quedado hecha polvo, los padres y madres que nunca se recuperarían.

Por consiguiente, Frank no abandonaría hasta averiguar qué había sido de Haley McWaid.

Volvió a pensar en Kasey y trató de conjurar la imagen de la niña feliz a la que le gustaban los acuarios más que los zoos y el color azul más que el rosa. Pero esas imágenes se habían desvanecido y cada vez eran más difíciles de evocar, por mucho que le molestara; así que, en vez de eso, Frank recordó el modo en que Kasey se iba haciendo pequeña en su cama de hospital, el modo en que se pasaba la mano por el pelo y este se le caía a mechones, el modo en que contemplaba el cabello que se le había quedado en la mano y se echaba a llorar mientras su padre, sentado a su lado, era incapaz de hacer nada para evitarlo.

El examinador médico acabó con la prostituta muerta. Dos hombres levantaron el cadáver y lo colocaron sobre una camilla, como si se tratara de un saco de patatas.

—Cuidado —dijo Frank.

Uno de los camilleros se volvió hacia él.

—No creo que se queje.

—Tú ve con cuidado.

Mientras se llevaban el cuerpo, Frank Tremont notó que su móvil vibraba. Parpadeó para secarse los húmedos ojos y le dio a la tecla de respuesta.

—Tremont al habla.

—¿Frank?

Era Mickey Walker, el sheriff del cercano condado de Sussex. Un negro grandullón que había trabajado en Newark con él. Un tipo fiable, un investigador de los buenos. Uno de los favoritos de Frank. La oficina de Walker se había hecho cargo del caso del asesinato del violador de niños: aparentemente, un progenitor había optado por hacer justicia con su propia arma. A Frank le parecía que el mundo no había perdido gran cosa, pero sabía que Walker se tomaría el tema muy en serio.

—Sí, Mickey, estoy aquí.

—¿Conoces las Suites Lujosas De Luxe de Freddy?

—¿La casa de citas de la calle Williams?

—Exacto. Te necesito allí ahora mismo.

A Tremont le dio un subidón. Se cambió el teléfono de mano.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—He encontrado algo en el cuarto de Mercer —dijo Walker con una voz más fría que una lápida—. Y creo que pertenece a Haley McWaid.

Pops estaba en la cocina, haciendo unos huevos revueltos, cuando Wendy llegó a casa.

—¿Dónde está Charlie?

—Sigue en la cama.

—Es la una de la tarde.

Pops miró el reloj.

—Pues sí. ¿Tienes hambre?

—No. ¿Adónde fuisteis anoche?

Pops, que le daba a la sartén como un profesional, arqueó una ceja.

—¿Juraste guardar el secreto?

—Algo así —dijo Pops—. ¿Y tú de dónde vienes?

—De pasar un ratito con el Club de los Padres.

—¿Te importa extenderte un poco al respecto?

Wendy lo hizo.

—Triste —concluyó Pops.

—Y puede que un tanto autoindulgente.

Pops se encogió de hombros.

—Cuando un hombre no puede mantener a su familia... más vale que le corten los cojones. Siente que ya no es un hombre. Y eso es muy triste. Ya veo que perder el empleo es un terremoto tanto para el currante medio como para los yuppies de mierda. La sociedad les ha enseñado a definirse a través de su trabajo.

—¿Y ya no saben quiénes son?

—Algo así.

—Puede que la respuesta no sea otro trabajo —sugirió Wendy—. Igual la solución está en encontrar nuevas maneras de definir la hombría.

Pops asintió.

—Profunda reflexión.

—Y también algo mojigata, ¿no?

—Probablemente —dijo Pops mientras echaba queso rallado en la sartén—. Pero si no te puedes poner mojigata conmigo, ¿quién te queda?

Wendy sonrió.

—Nadie, Pops.

El hombre apagó el gas.

—¿Seguro que no quieres unos huevos a la Pops? Son mi especialidad. Y he hecho suficiente para dos.

—Bueno, vale.

Se sentaron a comer. Wendy le explicó más cosas sobre Phil Turnball y el Club de los Padres, y sobre su sensación de que Phil le ocultaba algo. Mientras acababan, apareció un somnoliento Charlie con unos calzoncillos a rayas, una enorme camiseta

blanca y una cara de cama considerable. Wendy estaba pensando en que estaba ya hecho un hombre cuando Charlie empezó a sacarse las legañas de los ojos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Se me han pegado las sábanas —le explicó Charlie.

Wendy puso cara de grima y subió las escaleras en dirección al ordenador. Buscó a Phil Turnball en Google. No encontró gran cosa. Una donación política. Había una imagen de grupo en la que se veía a Phil con su mujer, Sherry, una rubia guapa y menuda, en una cata de vinos con fines caritativos de dos años atrás. Phil Turnball aparecía como trabajador de una empresa de seguros llamada Barry Brothers Trust. Confiando en que aún no le hubiesen retirado la contraseña, Wendy recurrió a la base de datos que utilizaba su canal de televisión. Sí, se suponía que ahora todo estaba a tu alcance en la red, pero no era así. Aún había que pagar por lo que merecía la pena.

Revisó los medios de comunicación en busca de la presencia de Turnball. Nada. Pero Barry Brothers apareció varias veces en unos cuantos artículos nada halagüeños. Para empezar, la compañía abandonaba su sede de siempre en Park Avenue con la calle Cuarenta y seis. Wendy reconoció esa dirección. El edificio Lock-Horne. Sonrió y sacó el móvil. Se aseguró de que la puerta estuviese cerrada y apretó la tecla de llamada.

Al otro lado del hilo, descolgaron a la primera.

—Proceda.

El tono era arrogante, superior y, puestos a resumirlo en una sola palabra, severo.

—Hola, Win, soy Wendy Tynes.

—Eso dice mi identificador de llamadas.

Silencio.

Casi podía ver a Win, su rostro exageradamente atractivo, el cabello rubio, las manos bien cinceladas, los taladrantes ojos azules que parecían albergar un alma más bien escasa.

—Necesito un favor —le dijo—. Cierta información.

Silencio.

Win —diminutivo de Windsor Horne Lockwood III— no le iba a poner las cosas fáciles.

—¿Sabes algo del Barry Brothers Trust? —le preguntó Wendy.

—Pues la verdad es que sí. ¿Es esa la información que necesitas?

—Mira que eres listo, Win.

—Quiéreme a pesar de mis defectos.

—Creo que lo hice una vez —dijo ella.

—Oh, vaya.

Silencio.

—Los hermanos Barry despidieron a un empleado llamado Phil Turnball. Me preguntó por qué. ¿Podrías averiguarlo?

—Ya te llamaré.

Clic.

Win. En las páginas de sociedad le describían con frecuencia como un «playboy internacional», cosa que a Wendy le parecía asaz adecuada. Era de sangre azul y a su familia hacía tiempo que le sobraba el dinero, pues eran de ese tipo de ricachones que, nada más desembarcar del Mayflower, se hicieron con los servicios de un cadí y se pusieron a jugar al golf. Wendy le había conocido hacía un par de años, en un evento de alto copete. Win había sido de una sinceridad apabullante. Quería acostarse con ella. Sin alharacas y sin obligaciones de ningún tipo. Solo una noche. Al principio, Wendy se había echado atrás, pero luego se dijo, ¿y por qué no? Nunca había sido mujer de romances de una noche, pero ahora tenía delante a un tipo simpático y guapísimo que le ofrecía la oportunidad de estrenarse. Solo se vive una vez, ¿no? Era una mujer soltera y moderna, y como le había dicho Pops hacía muy poco, los humanos necesitan sexo. Así pues, se fue con él a su apartamento del edificio Dakota, en Central Park Oeste. Win acabó siendo un tipo amable, atento, divertido y formidable; y cuando regresó a casa a la mañana siguiente, Wendy se tiró dos horas llorando.

Le sonó el teléfono. Consultó el reloj y meneó la cabeza, sorprendida. Win no había necesitado ni un minuto.

—¿Dime?

—A Phil Turnbull le despidieron por sustraer dos millones de dólares. Que tengas un buen día.

Clic.

Wendy recordó algo. Blend, ¿no? Así se llamaba el sitio. Había ido una vez a ver un concierto. Estaba en Ridgewood. Entró en su web y clicó en el calendario de acontecimientos. Y sí, esa noche había micrófono abierto. Hasta decía: «Aparición especial de la nueva estrella del rap Ten-A-Fly».

Llamaron a la puerta. «Adelante», dijo ella, y Pops asomó la cabeza por el hueco.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Pues claro. ¿Te gusta el rap?

Pops puso mala cara.

—¿Te refieres al pescado? Te recuerdo que acaba en e.

—No, me refiero a la música rap.

—Preferiría escuchar a un gato estrangulado soltando esputos.

—Ven conmigo esta noche. Ya va siendo hora de que expandas tus horizontes.

Ted McWaid observaba a su hijo, Ryan, en el campo de *lacrosse* de Kasselton. Ya era de noche, pero el campo, que estaba hecho de algún tipo nuevo de hierba artificial, contaba con focos dignos de un estadio. Ted había acudido a un partido del equipo de su hijo de nueve años porque... ¿Qué otra cosa podía hacer, aparte de quedarse en casa llorando? Sus antiguos amigos —puede que lo de «antiguos» fuera injusto, pero

Ted no estaba de humor para mostrarse caritativo— le saludaban amablemente con la cabeza, se abstenían de establecer contacto visual con él y, por regla general, le evitaban, como si tener una hija desaparecida fuese algo contagioso.

Ryan estaba en el equipo del tercer grado de Kasselton. Su habilidad con el palo era, por decirlo de manera amable, algo a medio camino entre «en desarrollo» e «inexistente». La pelota se pasaba casi todo el rato en el suelo porque no había ni un chaval que supiera mantenerla en movimiento con el palo, y la cosa empezaba a parecerse a un partido de hockey jugado en un campo de rugby. Los chicos llevaban unos cascos que les quedaban grandes, como la media cáscara de Calimero, y era casi imposible distinguir a uno de otro. Ted se había tirado un partido entero animando a Ryan, sorprendido ante sus progresos, hasta que el chaval se quitó el casco al final del encuentro y Ted se dio cuenta de que no era su hijo.

Algo alejado de los demás padres, pensando en ese día, Ted casi sonrió. Pero se impuso la realidad y le dejó sin aliento. Así eran siempre las cosas. A veces podías volver a la normalidad, pero si lo hacías, pagabas un precio.

Pensó en Haley en ese mismo campo —el día que se inauguró—, y en las horas que la niña dedicó a trabajarse la izquierda. Había un cazatalentos en la esquina más alejada del campo, y Haley insistía en mejorar su izquierda porque lo necesitaba, porque ese hombre estaría atento a su izquierda, que era su pesadilla, y los buenos equipos nunca la reclutarían si no dominaba su izquierda. Por consiguiente, la trabajaba sin parar, no solo ahí, sino también mientras deambulaba por la casa. Empezó a utilizar la mano izquierda para otras cosas, como lavarse los dientes, redactar los apuntes del colegio y lo que fuese. Todos los padres de esa ciudad empujaban a sus hijos a mejorar, insistiendo a diario en que sacaran buenas notas y despuntaran en los deportes, todo ello con la esperanza de que pudiesen acceder a los mejores centros de enseñanza universitaria. Haley no lo logró. ¿Iba demasiado a la suya? Tal vez. El caso es que no la quisieron en su universidad favorita. Su izquierda mejoró muchísimo, y haría un buen papel en cualquier equipo. Pero no la quisieron. Se quedó destrozada, inconsolable. ¿Por qué? ¿A quién le importaba? ¿Qué ventajas habría supuesto a largo plazo?

La echaba muchísimo de menos.

No tanto por lo de los partidos de *lacrosse*. Echaba de menos ver la tele con ella, y el modo en que le pedía que le «consiguiera» su música, los vídeos de YouTube que encontraba tan graciosos y que siempre quería compartir con él. Echaba de menos las chorradas, como darle al *moonwalk* en la cocina mientras Haley se burlaba de él. O ponerse a besuquear exageradamente a Marcia hasta que la mortificada criatura les gritaba: «¡Eh, chavales, que hay niños delante!».

Ted y Marcia llevaban tres meses sin tocarse. Por mutuo, aunque nunca mencionado, acuerdo. Les parecía inoportuno. La falta de contacto físico no causaba tensiones, pero a Ted le parecía, a veces, que ensanchaba la grieta que se había abierto entre ellos. Pero no parecía algo a lo que hubiese que conceder una excesiva



importancia, por lo menos de momento.

El no saber te acaba afectando. Solo quieres una respuesta, cualquier respuesta, y eso te hace sentir cada vez más culpable y más horrible. La culpa le estaba devorando y le mantenía despierto noche tras noche. Le aceleraba el ritmo del corazón. El año anterior, una bronca con el vecino a causa de los límites del terreno le había robado dos semanas de sueño. Se las pasó en blanco, dándole vueltas al tema, discutiendo consigo mismo.

Era culpa suya.

Regla masculina número uno: tu hija está a salvo en tu hogar. Tú te encargas de tu familia. Se mirara como se mirase este espanto, esta era la triste realidad: Ted no había hecho bien su trabajo. Si alguien se hubiese colado en casa para secuestrar a Haley, la culpa sería suya, ¿no? Un padre está para proteger. Es su principal misión. ¿Y si Haley se hubiese escapado de casa esa noche? También sería culpa suya. Por no haber sido esa clase de padre al que su hija podría recurrir para explicarle lo que le preocupaba o lo que le pasaba en la vida.

La autoflagelación nunca se interrumpía. Quería volver atrás, cambiar las cosas, alterar la estructura temporal del universo o algo así. Haley siempre había sido una cría fuerte, independiente, competente. Ted se había pasmado ante sus recursos, que heredaba sin duda alguna de su madre. ¿Habría influido eso? ¿Habría pensado Ted que Haley no necesitaba tanta protección y tanta supervisión como Patricia y Ryan?

Autoflagelación constante e inútil.

Ted no era depresivo, ni hablar, pero había días, oscuros y siniestros, en los que recordaba con exactitud dónde guardaba su padre la pistola. Ahora veía toda la escena... Cerciorándose de que no había nadie en casa; entraba en el hogar de su infancia, donde aún vivían sus padres; se hacía con la pistola que había dentro de una caja de zapatos colocada en la parte superior del armario; bajaba al sótano en el que se lo había montado por primera vez con Amy Stein, cuando ambos cursaban el séptimo grado; se colaba en el cuarto de la lavadora-secadora porque ahí el suelo era de cemento y carecía de alfombras, siempre tan difíciles de lavar. Se sentaba en el suelo, apoyado en la vieja lavadora, y se metía la pistola en la boca... Adiós al dolor.

Pero nunca haría algo así. Nunca le haría eso a su familia: causarle más sufrimiento del que ya sobrellevaba. Un padre no hacía esas cosas. Se autoconvencía de ello. Pero en sus momentos más sinceros y aterradores, se preguntaba por qué sonaba tan bien ese final, esa liberación.

Ryan estaba jugando. Ted intentaba concentrarse en ello, en el rostro de su hijo tras la máscara protectora, en su boca distorsionada por el morrión, tratando de hallar cierto solaz en ese momento de pureza infantil. Seguía sin entender las reglas del *lacrosse* para chicos —que parecía totalmente distinto del de las chicas—, pero sabía que su hijo estaba atacando. Y esa era la mejor posición para marcar un gol.

Ted se puso las manos en torno a la boca, formando una especie de megáfono de carne.

—¡Adelante, Ryan!

Escuchó el triste eco de su propia voz. Durante la última hora, claro está, otros padres habían estado gritando hasta desgañitarse, pero la voz de Ted sonaba muy extraña, muy fuera de lugar. Le dio grima su propia voz. Por eso intentó aplaudir, pero también le sonó raro, como si sus manos no fuesen del tamaño adecuado. Apartó la vista un segundo, y fue entonces cuando lo vio.

Frank Tremont se acercó a él como si atravesara una masa de nieve. Un negro grandote, que sin duda era otro poli, caminaba junto a él. Por un momento, la esperanza asomó sus alas y emprendió el vuelo. Ted sintió que algo en su interior se elevaba. Pero solo duró un instante.

Frank llevaba la cabeza gacha. Mientras se acercaba, Ted se dio cuenta de que su lenguaje corporal no presagiaba nada bueno. Notó que el terremoto empezaba en sus propias rodillas. Se le dobló una, pero se mantuvo en pie. Echó a andar hacia él para verle cuanto antes.

Cuando estaban lo suficientemente cerca uno de otro, Frank dijo:

—¿Dónde está Marcia?

—Visitando a su madre.

—Tenemos que encontrarla —dijo Frank—. Ahora mismo.

Una enorme sonrisa se dibujó en el rostro de Pops cuando, entraron en el bar Blend.

—¿Qué pasa? —le preguntó Wendy.

—En esos taburetes hay más panteras que en el Discovery Channel.

El bar tenía una luz tenue y unos espejos ahumados, y todo el mundo iba vestido de negro. El viejo había acertado con la clientela. Más o menos.

—Si no me equivoco —dijo Wendy—, una pantera es una mujer mayor que frecuenta los clubs para cepillarse a jovencitos.

Pops frunció el ceño.

—Pero algunas aún buscan a su papaíto, ¿no?

—A tu edad, deberías rezar para que buscaran a su abuelito.

Pops la contempló con gesto decepcionado, como si hubiese esperado de ella algo más amable. Wendy le sonrió en señal de disculpa.

—¿Te importa si me voy a alternar? —preguntó Pops.

—¿Te da vergüenza que te vean conmigo?

—Teniendo en cuenta que eres la pantera más deseable de por aquí, la verdad es que sí. Aunque hay tías a las que eso les mola. Les gusta arrebatarse el hombre a otra.

—Ni se te ocurra llevarte a ninguna a casa. Te recuerdo que mi hijo está en una edad muy impresionable.

—Siempre me voy a su casa —dijo Pops—. No me gusta que sepan dónde encontrarme. Y además, así les ahorro la retirada vergonzosa de la mañana siguiente.

—Todo un caballero.

El Blend tenía una barra en la parte delantera, un restaurante en el medio y un club atrás. Lo del micrófono abierto era en el club. Wendy pagó la entrada —los hombres, cinco pavos, con copa incluida; las mujeres, también con copa, uno— y se coló en el interior. Podía oír a Norm, alias Ten-A-Fly, rapeando.

*Escuchad, calentorras,  
tal vez no estéis en Tenaflly  
pero pronto Ten-A-Fly estará en vosotras...*

Ay, Señor, se dijo Wendy. Había unas cuarenta o cincuenta personas congregadas en torno al escenario, dando ánimos. Ten-A-Fly llevaba encima tal cantidad de baratijas doradas que hasta Mister T sentiría envidia de él, más una gorra de camionero de visera plana torcida en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Se aguantaba los pantalones flojos con una mano —igual se le caían porque eran demasiado grandes, o porque el tío carecía por completo de culo—, mientras con la otra agarraba el micrófono.

Cuando Norm acabó con sus románticas efusiones raperas, el público —media de edad: cuarenta y algo— le dedicó una sentida ovación. Una pseudogroupie vestida de rojo, que estaba en primera fila, arrojó algo al escenario. Wendy, con una sensación cercana al horror, vio que se trataba de unas bragas.

Ten-A-Fly las recogió y las olisqueó a conciencia.

—Vaya, vaya, cómo les pica a las damas. ¡Ten-A-Fly y el CP os dan las gracias!

La pseudogroupie alzó los brazos. Llevaba una camiseta, Dios la bendiga, en la que ponía: «¡Soy la zorra de Ten-A-Fly!».

Apareció Pops. Con cara de profundo dolor.

—Madre del amor hermoso...

Wendy echó un vistazo a la sala. Vio al resto del Club de los Padres —¿CP?— cerca del escenario, incluyendo a Phil, aplaudiendo fervorosamente a su ídolo. Wendy miró hacia la parte de atrás y detectó a una rubia bajita sentada sola. Tenía la vista clavada en su copa.

Sherry Turnball, la mujer de Phil.

Wendy se deslizó entre la muchedumbre hasta llegar junto a ella.

—¿Señora Turnball?

Sherry Turnball levantó la mirada del vaso con gran lentitud.

—Soy Wendy Tynes. Hablamos por teléfono.

—La periodista.

—Sí.

—No caí en que era usted quien había hecho el reportaje sobre Dan Mercer.

—¿Le conocía?

—Le vi una vez.

—¿Dónde?

—Phil y él compartían habitación en Princeton. Le conocí en un acto político para recaudar dinero que le montamos a Farley el año pasado.

—¿Farley?

—Otro compañero de clase. —Le dio un sorbo a su bebida.

En el escenario, Ten-A-Fly pedía silencio: «Dejadme que os cuente algo sobre lo que viene a continuación». Se oyeron susurros y siseos. Ten-A-Fly se quitó las gafas de sol como si se hubiera cabreado con ellas. Adoptó un gesto que pretendía ser intimidatorio, pero que en realidad le hacía parecer estreñado.

—El caso es que un buen día estoy sentado en Starbucks con mis colegas del CP...

El Club de los Padres berreó al unísono.

—... Estoy ahí, con mi capuchino o lo que sea, y aparece una tía de toma pan y moja, de las que saben que están buenas, no sé si me explico.

Las risas decían: «Te explicas como un libro abierto».

—Yo siempre estoy a la caza de inspiración, para letras, melodías y tal, y entonces veo a esa buenorra con la camiseta apretada y me viene la frase: «Menea

esos melones». Tal que así. Veo a esa tía con la cabeza alta, segura de sí misma, y me digo: «Sí, nena, menea esos melones».

Ten-A-Fly hizo una pausa para que calara su hondo mensaje.

Silencio. Y, de repente, alguien gritó:

—¡Genial!

—Gracias, hermano, muchas gracias. —Señaló hacia el «fan» de una manera muy complicada, como si sus dedos fueran el cañón de una pistola apuntando de lado—. El caso es que mis colegas del CP me ayudaron a coger ese rap y llevarlo al siguiente nivel. O sea, que esto es para vosotros, chavales. Y, claro está, para todas las buenorras que andan por aquí. Sois la inspiración de Ten-A-Fly.

Aplauso.

—Supongo que todo esto le parecerá de lo más patético, ¿no? —dijo Sherry Turnbull.

—No soy quién para juzgar.

Ten-A-Fly empezó a escenificar lo que algunos podrían considerar un «baile», pero que los expertos en medicina definirían probablemente como «ataque al corazón» o «infarto demoledor».

*Vamos, nena, mueve los melones.*

*Eres mi zorra favorita.*

*Mueve los melones,*

*muévelos a gusto,*

*mueve los melones.*

*si quieres que te dé un hueso*

*mueve los melones,*

*pues el hueso tiene eso...*

Wendy se frotó los ojos, parpadeó y los abrió de nuevo.

A estas alturas, los otros miembros del Club de los Padres ya estaban bailando y sumándose al estribillo de *Mueve los melones*, dejando que Ten-A-Fly se encargara de las inspiraciones:

«Mueve los melones».

Ten-A-Fly: «No me cortes los cojones».

«Mueve los melones».

Ten-A-Fly: «Si los mueves bien, lo pasaremos chipén...».

Wendy ya no sabía dónde meterse. Todo el mundo estaba de pie. El tío que iba vestido de tenista se había puesto un polo de color verde fosforito. Phil llevaba pantalones de loneta y camisa azul. Aplaudía puesto en pie y parecía haberse perdido en el mundo del rap. Sherry Turnbull le dedicó una mirada ausente.

—¿Estás bien? —le preguntó Wendy.

—Me gusta ver sonreír a Phil.

El rap se alargó unos versos más. Wendy detectó a Pops en un rincón, hablando con dos señoras. El estilo motorista no era nada común en las afueras... Y siempre había alguna cachonda de club con ganas de llevarse a casa a un chico malo.

—¿Ves a esa mujer que está ahí delante? —dijo Sherry.

—¿La que ha tirado las bragas al escenario?

Asintió.

—Es la mujer de Norm... Quiero decir, de Ten-A-Fly. Tienen tres hijos y están a punto de vender la casa y trasladarse a la de los padres de ella. Pero le apoya al cien por cien.

—Bello gesto —dijo Wendy, pero cuando se fijó un poco más en la situación, se dio cuenta de que los ánimos eran algo forzados, más cerca de la sobrecompensación que del genuino entusiasmo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Sherry Turnbull.

—Intento descubrir la verdad sobre Dan Mercer.

—Ya es un poco tarde, ¿no te parece?

—Probablemente. Pero hoy Phil me dijo algo extraño. Me dijo que entendía muy bien lo que era ser acusado injustamente.

Sherry Turnbull se puso a jugar con el vaso.

—¿Sherry?

Levantó la vista y se quedó mirando a Wendy.

—No quiero hacerle más daño.

—Tampoco es esa mi intención.

—Phil se levanta cada mañana a las seis y se pone el traje y la corbata. Como si se fuera a trabajar. Luego compra los periódicos locales y se va en coche al Suburban Diner de la carretera 17. Se sienta ahí, a solas con su café, y revisa las ofertas de empleo. Con su traje y su corbata. Más solo que la una. Cada mañana. Cada día igual.

A Wendy le vino a la memoria la imagen de su padre sentado a la mesa de la cocina, metiendo currículos en los sobres.

—Yo intento decirle que las cosas no están tan mal —dijo Sherry—. Pero si le insinúo que nos mudemos a una casa más pequeña, se lo toma como un fracaso personal. Así son los hombres, ¿no?

—Sherry, ¿qué le ocurrió?

—A Phil le encantaba su trabajo. Era asesor financiero. Un consejero económico. Ahora eso suena fatal, pero Phil solía decir: «La gente confía en mí para gestionar sus ahorros». Míralo de esa manera. Es alguien que cuida del dinero de la gente. La gente confía en él para sus gastos, para la universidad de sus hijos, para la jubilación. Phil decía: «Imagínate qué responsabilidad... y qué honor». Para él, todo era cuestión de confianza. De honradez y de honor.

Se interrumpió. Wendy esperó a que prosiguiera. Como no lo hizo, le dijo:

—He hecho algunas investigaciones.

—Voy a volver a trabajar. Phil no quiere, pero lo voy a hacer.

—Escúchame, Sherry. Sé que lo acusaron de desfalco.

Sherry se calló como si acabara de encajar una bofetada.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Eso no tiene importancia. ¿Se refería a eso Phil con lo de la falsa acusación?

—Las alegaciones en su contra no se sostienen. Fue una excusa para deshacerse de uno de sus empleados mejor pagados. Si era culpable, ¿por qué no lo han llevado a juicio?

—Me gustaría hablarlo con Phil.

—¿Por qué?

Wendy abrió la boca, no dijo nada y la volvió a cerrar.

—No tiene nada que ver con Dan.

—Puede que sí.

—¿De qué manera?

Buena pregunta.

—¿Hablarás con él por mí? —preguntó Wendy.

—¿Y qué le digo?

—Que quiero ayudarle.

Pero a Wendy le vino algo a la cabeza, algo que había dicho Jenna, algo que también habían dicho Phil y Sherry, algo sobre el pasado, sobre Princeton. Un nombre: Farley. Tenía que volver a casa, pillar el ordenador y husmear un poco.

—Tú habla con él, ¿vale?

Ten-A-Fly dio inicio a otra canción, una oda a una tal Carisma, plagiándose a sí mismo con un chiste acerca de que él no tenía carisma pero se moría de ganas de estar dentro de Carisma. Wendy salió pitando hacia Pops.

—Vámonos —le dijo.

Pops señaló a una mujer algo piripi de acogedora sonrisa y aún más acogedor escote.

—Estoy trabajando.

—Pídele el número de teléfono y dile que ya la llamarás para que mueva los melones. Tenemos que salir de aquí.

Objetivo principal del investigador Frank Tremont y del sheriff Mickey Walker: encontrar una conexión entre el pedófilo Dan Mercer y Haley McWaid, la chica desaparecida.

Hasta ahora, el teléfono de Haley no había aportado gran cosa —no había mensajes nuevos, ni llamadas ni mails—, pero Tom Stanton, un joven agente del condado de Sussex con ciertos conocimientos tecnológicos, seguía revisándolo. En cualquier caso, y con la ayuda de un lloroso Ted y una gélida Marcia, no pasó mucho tiempo hasta que apareció una relación entre Haley y Dan Mercer. Haley McWaid había sido alumna del Instituto Kasselton. Una de sus compañeras de clase, Amanda Wheeler, era la hijastra de Jenna Wheeler, la exmujer de Dan. Dan Mercer estaba en buenas relaciones con su exesposa y solía pasar bastante tiempo en su casa.

La conexión.

Jenna y Noel Wheeler estaban sentados en un sofá de su hogar, justo enfrente de Frank. Jenna tenía los ojos hinchados a causa de unas lágrimas recientes. Era una mujer pequeñita y de cuerpo ágil, como si hiciera mucho ejercicio. Probablemente, resultaba impresionante cuando no tenía el rostro deformado por el llanto. El marido, Noel, era, según había averiguado Tremont, el jefe del departamento de cirugía cardíaca del Valley Medical Center. Tenía el pelo negro, despeinado y algo más largo de la cuenta, ofreciendo cierto aspecto de pianista de conciertos.

Otro mullido sofá, se dijo Frank, de otro adorable hogar de las afueras. Igual que con los McWaid. Ambos sofás eran bonitos y, probablemente, caros. Este era de color amarillo brillante, con un estampado de flores azules. Primavera. Frank se imaginó a esos dos, Noel y Jenna Wheeler (o Ted y Marcia McWaid), yendo a alguna tienda de muebles de la autopista, probablemente en la carretera 4, probando una serie de sofás, intentando discernir cuál de ellos quedaría mejor en su adorable morada, cuál se ajustaría con mayor eficacia a su entorno y su estilo de vida, cuál combinaría a la perfección la comodidad y la resistencia, cuál pegaría más con el papel de la pared, la alfombra oriental y los cachivaches adquiridos en aquel viaje a Europa. Se lo entregaron a domicilio y lo fueron desplazando de un sitio a otro hasta dar con el lugar preciso, momento en el que se desmoronaron sobre él, llamaron a los críos para que lo probaran y, tal vez, hasta llegaron a visitarlo alguna noche para echar un polvo.

El sheriff Mickey Walker del condado de Sussex acechaba a su espalda como un eclipse solar. Ahora que los dos casos se solapaban, habría una colaboración completa, pues no hay jurisdicción que valga cuando se trata de encontrar a una muchacha desaparecida. Se habían puesto de acuerdo en que Frank llevara la voz cantante en el interrogatorio.

Frank Tremont se llevó el puño a la boca y soltó una tosecilla.

—Gracias por prestarse a hablar con nosotros.

—¿Han encontrado algo nuevo sobre Dan? —preguntó Jenna.



—Quería preguntarles a ambos por su relación con Dan Mercer.

Jenna puso cara de sorpresa. Noel Wheeler no movió ni un músculo. Se inclinó ligeramente hacia delante, apoyó los brazos en los muslos y cruzó los dedos entre las rodillas.

—¿Qué pasa con nuestra relación? —preguntó Jenna.

—¿Estaban unidos?

—Sí.

Frank miró a Noel.

—¿Usted también? Quiero decir, se trata del exmarido de su mujer...

De nuevo fue Jenna quien respondió.

—Nos llevábamos muy bien los tres. Dan es... Era el padrino de nuestra hija Kari.

—¿Y qué edad tiene Kari?

—¿Eso qué tiene que ver con nada?

Frank endureció un tanto su tono de voz.

—Le agradeceré que responda a la pregunta, señora Wheeler.

—Tiene seis años.

—¿Pasaba tiempo a solas con Dan Mercer?

—Si está usted insinuando...

—Solo le estoy haciendo una pregunta —la interrumpió Frank—. ¿Pasaba su hija de seis años tiempo a solas con Dan Mercer?

—Pues sí —dijo Jenna, arrogante—. Y le quería con locura. Le llamaba tío Dan.

—Tienen ustedes otro hijo, ¿no?

Esta vez habló Noel.

—Sí, yo tengo una hija de un matrimonio anterior. Se llama Amanda.

—¿Está en casa ahora?

Frank ya lo había comprobado y se sabía la respuesta.

—Sí, está arriba.

Jenna observó al silencioso Walker.

—No entiendo qué tiene que ver todo esto con que Ed Grayson se cargara a Dan.

Walker le devolvió la mirada y se quedó de brazos cruzados.

—¿Con qué frecuencia venía Dan a esta casa? —dijo Frank.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—Señora Wheeler, ¿tiene usted algo que ocultar?

A Jenna se le abrió la boca de par en par.

—¿Cómo dice?

—¿Por qué se empeña en complicarme las cosas?

—Yo no le complico nada. Solo quiero saber...

—¿Por qué? ¿Qué más da por qué lo pregunto?

Noel Wheeler le puso una mano en la rodilla a su mujer, para tranquilizarla.

—Nos visitaba a menudo. Puede que una vez a la semana, por lo menos antes...

—Aquí hizo una pausa—. Antes de que emitieran ese programa sobre él.

—¿Y a partir de entonces?

—Muy poco. Puede que una o dos veces.

Frank se concentró en Noel.

—¿Por qué venía menos? ¿Se creyó usted las acusaciones?

Noel Wheeler se tomó su tiempo para responder. Jenna le miraba fijamente, con el cuerpo repentinamente tenso. Finalmente, dijo:

—No, nunca me creí las acusaciones.

—¿Pero?

Noel Wheeler se mantuvo en silencio. Y sin mirar a su esposa.

—Pero más vale prevenir que curar, ¿no?

—Dan pensó que era mejor no dejarse caer por aquí. Para que los vecinos no chismorrearan —dijo Jenna.

Noel seguía con los ojos clavados en la alfombra.

—De todos modos —siguió Jenna—, sigo queriendo saber qué tiene que ver todo esto con nada.

—Nos gustaría hablar con su hija Amanda —dijo Frank.

Entonces sí que le hicieron caso. Jenna fue la primera en saltar, pero algo la hizo detenerse. Miró a Noel. Tremont se preguntó por qué. El síndrome de la madrastra, supuso. Al fin y al cabo, aquí el auténtico progenitor era Noel Wheeler.

—Detective... Tremont, ¿verdad? —dijo Noel.

Frank asintió, pero no se tomó la molestia de corregirle la terminología: era un investigador, no un detective, pero también era cierto que él mismo confundía ambas funciones a menudo.

—Nos hemos mostrado dispuestos a colaborar —dijo Noel—. Le responderé todas las preguntas que me haga. Pero ahora está usted involucrando a mi hija. ¿Usted tiene hijos, detective?

Con su visión periférica, Frank Tremont pudo ver como Mickey Walker, incómodo, meneaba los pies. Walker lo sabía, aunque Tremont nunca se lo había explicado. Tremont nunca hablaba de Kasey.

—No, no tengo.

—Si quiere hablar con Amanda, necesito saber qué está ocurriendo.

—Me parece justo. —Tremont se tomó su tiempo, dejando que el silencio inquietara un tanto a sus interlocutores. Cuando consideró que había llegado el momento adecuado, dijo—: ¿Sabe quién es Haley McWaid?

—Sí, por supuesto —dijo Jenna.

—Creemos que su exmarido le hizo algo.

Silencio.

—Cuando dice que «le hizo algo...» —dijo Jenna.

—Secuestrarla, acosarla, encerrarla, asesinarla —saltó Frank—. ¿Le parece lo suficientemente preciso, señora Wheeler?

—Yo solo quiero saber...

—Y a mí me importa un rábano lo que usted quiera saber. Y me la suda Dan Mercer, su reputación y hasta quién le mató. Lo único que me importa es lo que guarda relación con Haley McWaid.

—Dan era incapaz de hacer daño a nadie.

Frank sintió que se le disparaba la vena de la frente.

—Hombre, ¿y por qué no me lo ha dicho antes? Así puedo dar su palabra por buena y marcharme a casa, ¿verdad? Señor y señora McWaid, olvídense de esa montaña de pruebas que apuntan a que Dan Mercer se llevó a su hija... Su exmujer dice que era incapaz de hacer daño a nadie.

—No hay por qué ponerse sarcástico —intervino Noel con esa voz que, seguramente, reservaba para sus pacientes.

—Doctor Wheeler, la verdad es que me sobran los motivos para ponerme sarcástico. Como me acaba de indicar con tanta claridad, usted es padre, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Bien. Pues imagine que su Amanda lleva tres meses desaparecida. Tres meses sin quitarme de encima a los McWaid. ¿Cómo reaccionaría usted?

—Solo intentamos entender... —intervino Jenna.

Pero su marido hizo que se callara de nuevo apoyándole una mano en la rodilla. Negó con la cabeza en su dirección y gritó: «¡Amanda!».

Jenna Wheeler se echó hacia atrás mientras una vocecita de adolescente respondía: «¡Ya voy!».

Esperaron. Jenna miraba a Noel. Noel miraba la alfombra.

—Una pregunta para los dos —dijo Frank Tremont—. Que ustedes sepan, ¿conocía Dan a Haley McWaid?

—No —respondió Jenna.

—¿Doctor Wheeler?

Negó con la cabeza, agitando la pelambreira, mientras aparecía su hija. Amanda era alta y flacucha; el cuerpo y la cabeza eran alargados, como si unas manos gigantes de alfarero hubiesen tirado del barro desde ambos extremos. Aunque resultara algo cruel, la palabra más adecuada para describirla era «desgarbada». Estaba ahí de pie, con sus enormes manos delante, como si estuviese desnuda, siendo inspeccionada y quisiera taparse. Sus ojos miraban a cualquier parte menos a alguna persona en concreto.

Su padre se levantó y atravesó la sala. La rodeó con un brazo protector y se la llevó al sofá. Situó a su hija entre Jenna y él mismo. Jenna también le pasó un brazo por encima a su hijastra. Frank esperó unos momentos, permitiendo que la niña recibiera comentarios animosos.

—Amanda, soy el investigador Tremont. Este es el sheriff Walker. Tenemos que hacerte unas preguntas. No tienes nada que temer, así que haz el favor de relajarte. Solo necesitamos que respondas de la manera más sincera y directa que sepas, ¿de

acuerdo?

Amanda dijo que sí con un rápido movimiento de cabeza. Sus ojos iban de un lado a otro, cual pájaros en busca de una rama segura. Sus padres se apretaron un poco más contra ella, como si quisieran pararle los golpes.

—¿Conoces a Haley McWaid? —le preguntó Frank.

Y la adolescente pareció menguar ante sus ojos.

—Sí.

—¿De qué?

—Del cole.

—¿Dirías que sois amigas?

Amanda realizó el típico encogimiento de hombros juvenil.

—Éramos compañeras de laboratorio en química.

—¿Este curso?

—Sí.

—¿Y cómo fue eso?

Amanda pareció no entender la pregunta.

—¿Os escogisteis mutuamente?

—No. Eso es cosa de la señora Walsh.

—Ya veo. ¿Y congeniasteis?

—Sí, claro. Haley es estupenda.

—¿Ha estado alguna vez en tu casa?

Amanda dudó un instante.

—Sí.

—¿Muchas veces?

—No, solo una.

Frank Tremont se echó hacia atrás y le dio un segundo.

—¿Podrías decirme cuándo?

La chica miró a su padre. Este asintió.

—No pasa nada.

Amanda se volvió hacia Tremont.

—El día de Acción de Gracias.

Frank observó a Jenna Wheeler. Ella se mantuvo impasible, pero era evidente que le costaba un esfuerzo.

—¿Por qué estaba Haley aquí?

Otro encogimiento de hombros adolescente.

—Para pasar el rato —dijo Amanda.

—¿El día de Acción de Gracias? ¿No lo pasaba con su familia?

Jenna Wheeler dio las explicaciones.

—Fue después. Todas las chicas celebraron la cena de Acción de Gracias con sus familias y luego vinieron aquí. Al día siguiente no había clases.

Ahora la voz de Jenna parecía venir de muy lejos. Plana, sin vida. Frank mantuvo

la mirada fija en Amanda.

—¿Qué hora sería?

Amanda se lo pensó.

—Pues no sé. Ella llegó a eso de las diez.

—¿Cuántas chicas había?

—Cuatro. Bree y Jody también estaban. Nos fuimos al sótano.

—¿Después de la cena de Acción de Gracias?

—Sí.

Frank se quedó a la espera. Como nadie abrió la boca, hizo la pregunta lógica.

—¿Estuvo aquí el tío Dan el día de Acción de Gracias?

Amanda no dijo nada. Jenna estaba más tiesa que nunca.

—¿Estuvo aquí? —preguntó Tremont de nuevo.

Noel Wheeler se inclinó hacia delante y se llevó las manos a la cara.

—Sí —dijo—. Dan estuvo aquí el día de Acción de Gracias.

Pops se pasó todo el camino a casa refunfuñando.

—A esa piba la tenía en el bote.

—Lo siento —le dijo Wendy, quien añadió enseguida—. ¿Piba?

—Me gusta estar al día al referirme a las tías.

—Renovarse o morir.

—Aplicáte el cuento.

—Te agradeceré que no sigas por ahí.

—Vale, no lo haré —dijo Pops—. ¿Tan importante es la cosa?

—Pues sí. Lamento que te hayas quedado sin la piba.

—Hay más tías que peces en el mar —declaró Pops, encogiéndose de hombros—.

Lo sabe todo el mundo.

—Yo también.

Wendy se apresuró a la hora de entrar en casa. Charlie estaba zapeando con dos amigos suyos, Clark y James. Se habían desmadejado por el mobiliario del salón como solo saben hacerlo los adolescentes: igual que si se hubieran deshecho del esqueleto y, tras colgarlo en algún armario aledaño, se hubiesen desparramado sobre el mueble más cercano.

—Hola —dijo Charlie sin mover nada más que los labios—. Habéis vuelto pronto.

—No te levantes por nosotros.

Charlie esbozó una sonrisa. Clark y James farfullaron: «Hola, señora Tynes». No llegaron a mover el cuerpo, pero por lo menos torcieron el cuello para echarle un vistazo. Charlie se plantó en el canal donde había trabajado su madre. Emitían el noticiario de la NTC. Michele Feisler, la presentadora nueva, jovencísima y cargante a la que deberían haber echado en vez de a Wendy, añadía nuevos datos a una historia de dos días atrás sobre un tal Arthur Lemaine, al que le habían disparado en ambas rodillas cuando abandonaba la South Mountain Arena, en la parte oeste del condado de Orange.

—¡Uy! —dijo Clark.

—Como si no bastara con una rodilla.

Arthur Lemaine, resumía Michele en ese tono de presentadora pseudoseria que Wendy siempre había evitado, había sido agredido tras unas prácticas a última hora de la noche. Ahora la cámara recorría la South Mountain Arena, mostrando incluso la señal que decía que los New Jersey Devils se habían entrenado ahí (como si eso añadiera algo importante a la historia).

La cámara volvió a una Michele Feisler convenientemente severa, sentada ante su mesita.

—La odio —dijo James.

—Poco cuerpo para semejante cabezón —añadió Clark.

Feisler siguió hablando con su arrulladora voz.

—Arthur Lemaine sigue sin hablar del incidente con las autoridades.

Vaya sorpresa, se dijo Wendy. Si alguien te vuela las rodillas, lo mejor es no ver nada, no oír nada y no decir nada. Hasta James puso cara de agresión mañosa. Charlie volvió al zapeo.

James se dio la vuelta y dijo:

—La tía esa no le llega a la suela del zapato, señora T.

—Cierto —añadió Clark—. Le da usted sopas con onda.

Era evidente que Charlie les había puesto al día de su pérdida de empleo, pero Wendy agradecía los halagos.

—Gracias, chicos.

—De verdad —remachó Clark—. Esa cabeza parece un globo.

Charlie no añadió nada. En cierta ocasión, le había explicado a su madre que sus amigos la consideraban una tía buena. Lo dijo sin vergüenza ni horror, y a Wendy no le quedó claro si eso era bueno o no.

Subió a la planta de arriba a por el ordenador. Farley era un nombre muy poco habitual. Sherry Turnball había dicho algo acerca de una reunión política destinada a recaudar fondos para él. A Wendy le sonaba el nombre y recordaba haber oído algo sobre un escándalo sexual.

La rapidez y la utilidad de Internet ya no deberían sorprenderla, pero a veces aún lo conseguían. Tras un par de clics, Wendy encontró lo que buscaba.

Hacía seis meses, Farley Parks se presentaba al Congreso por Pensilvania cuando fue apartado de la carrera política por un escándalo relacionado con la prostitución. La cosa no había ocupado mucho espacio en la prensa —los escándalos político-sexuales ya no eran ninguna novedad—, pero había obligado a Farley a abandonar la liza. Wendy recurrió a algunas webs para saber más del asunto.

Aparentemente, una «bailarina erótica» (léase stripper) llamada Deseo (puede que no fuese su auténtico nombre) le había contado la historia a un periódico de la localidad, historia que se extendió luego por todo el país. Deseo tenía un blog en el que describía sus escaramuzas sexuales con Farley Parks de forma especialmente detallada. Wendy se consideraba una mujer de mundo, pero tanta concreción la hizo sonrojarse. Madre de Dios. Hasta había un vídeo. Clicó con los ojos medio cerrados. Afortunadamente, no salía nadie desnudo. Deseo estaba sentada y silueteada. Y ofrecía detalles muy gráficos con una voz susurrante y alterada por ordenador. Al cabo de treinta segundos, Wendy la dejó con la palabra en la boca.

Suficiente. Ya lo había pillado. Y la cosa no pintaba nada bien.

Bueno, aminora. A los periodistas se les enseña a buscar patrones, pero este carecía de la menor sutileza. De todos modos, necesitaba investigar. La primera página de informaciones sobre Farley Parks se centraba exclusivamente en el escándalo. Clicó en la segunda y encontró una biografía del interesado. Pues sí, ahí estaba: Farley Parks se había licenciado en Princeton veinte años atrás. El mismo año

que Phil Turnball y Dan Mercer.

¿Una coincidencia?

Tres hombres en el mismo curso de la misma universidad elitista se habían hundido el mismo año a causa de sendos escándalos. Los ricos y poderosos tienen cierta habilidad para atraer esas desgracias, con lo que igual solo se trataba de eso, de una coincidencia.

Pero había que tener presente que esos tres hombres habían sido algo más que meros compañeros de clase.

«Compañeros de suite». Ese era el término que había usado Phil Turnball. Phil y Dan estaban en la misma suite. Una suite de universidad solía acoger a más de dos personas. Si solo se trataba de Phil y Dan, lo normal sería definirles como compañeros de cuarto. ¿Compañeros de suite? Eso daba, por lo menos, para tres personas. Puede que más.

Por consiguiente, ¿cómo averiguar si Farley Parks vivía con ellos?

Wendy solo disponía del número de teléfono fijo de los Turnball. Lo más probable es que aún siguieran en el Blend. ¿Quién más podría saber algo sobre el tema de los compañeros de cuarto?

Tal vez la exmujer de Dan, Jenna Wheeler.

Se estaba haciendo tarde, pero ya no merecía la pena preocuparse por las normas de urbanidad. Wendy llamó a casa de los Wheeler. Un hombre —probablemente su marido, Noel— respondió al tercer tono.

—¿Dígame?

—Soy Wendy Tynes. ¿Podría hablar con Jenna?

—No está en casa.

Clic.

Se quedó mirando el auricular. Vaya. Qué actitud tan desconsiderada. Se encogió de hombros y colgó el teléfono. Mientras volvía al ordenador, le vino una palabra a la cabeza: Facebook. Impresionada tontamente por sus colegas, Wendy había abierto una cuenta en Facebook el año pasado, aceptando y solicitando nuevas amistades. Eso era, básicamente, todo lo que había hecho. Igual era una cuestión de edad, aunque ahí dentro había gente mucho mayor que ella, pero cuando Wendy era jovencita —y no quería parecer una cacatúa—, si un hombre te «pinchaba» quería decir algo, digamos, diferente de lo que significaba en Facebook. Personas inteligentes a las que respetaba le enviaban sin parar cuestionarios idiotas, propuestas absurdas, invitaciones a juegos on-line y todo tipo de cosas que la hacían sentir como a Tom Hanks en la película *Big*, cuando el hombre levanta el dedo y dice: «No lo pillo».

Pero ahora recordaba que su clase del último curso en Tufts tenía su propia página, con fotografías antiguas y modernas e información sobre exalumnos. ¿Tendrían una página los que se licenciaron en Princeton veinte años atrás?

Entró en Facebook y empezó a buscar.



Éxito.

Noventa y ocho miembros de ese curso de Princeton se habían apuntado. La página de entrada mostraba fotos de ocho de ellos. Había tabloneros de discusión y links. Wendy se preguntaba cómo podría sumarse al grupo, para tener acceso a todo, cuando empezó a vibrarle el móvil. Lo miró y vio el pequeño logo que indicaba un mensaje en el buzón de voz. Debió de recibir la llamada cuando estaba en el Blend. Revisó la lista de llamadas y vio que la más reciente procedía de su antiguo lugar de trabajo. Probablemente, se trataría de algo relacionado con su ridículo finiquito.

Pero no, la llamada se había producido hacía poco más de una hora. Los de Recursos Humanos no llamarían a esas horas.

Llamó al buzón de voz y se llevó una sorpresa al escuchar la voz de Vic Garrett, el hombre que la había despedido. ¿De verdad solo habían pasado dos días?

—Hola, guapa, soy Vic. Llámame de inmediato. Súper importante.

A Wendy le dio un escalofrío. Vic no era nada dado a la hipérbola. Le llamó a la oficina, a su línea directa. Si Vic no estaba, la llamada le llegaría al móvil. Descolgó al primer tono.

—¿Te has enterado? —preguntó.

—¿De qué?

—De que igual te vuelven a contratar. Por lo menos, de colaboradora. En cualquier caso, te quiero en esto.

—¿En qué?

—La poli ha encontrado el móvil de Haley McWaid.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Lo han encontrado en la habitación de hotel de Dan Mercer. Parece que tu chaval es el responsable de lo que haya podido pasarle.

Ed Grayson yacía en la cama, a solas.

Maggie, su esposa desde hacía dieciséis años, había hecho las maletas y se había largado mientras le interrogaban por el asesinato de Dan Mercer. Daba igual. El matrimonio estaba muerto. Suponía que llevaba muerto bastante tiempo, pero la esperanza es lo último que se pierde. La acababa de perder. Maggie no abriría la boca. De eso estaba seguro. No quería problemas. Así era ella. De las que meten las desgracias en un maletín, lo guardan en el fondo de algún armario mental, cierran la puerta y se dibujan en la cara una sonrisa de oreja a oreja. La frase favorita de Maggie se la había enseñado su madre, en Quebec: «Vente de picnic con tu propio clima». Por eso sonreían tanto las dos. Ambas lucían unas sonrisas tan amplias que a veces te olvidabas de que carecían del menor significado.

A Maggie, la sonrisa le había funcionado durante muchos años. Había fascinado al joven Ed Grayson, haciéndole prácticamente levitar. Ed identificaba esa sonrisa con la bondad, algo de lo que quería estar cerca. Pero esa sonrisa no era bondadosa.

Solo era una fachada, una máscara para combatir el mal.

Cuando aparecieron las fotos de su hijo, E. J., desnudo, la reacción de Maggie le chocó: pretendía ignorarlas. Nadie tiene por qué saberlo, dijo Maggie. E. J. parece estar bien, siguió diciendo. Solo tiene ocho años. En realidad, nadie le ha tocado... Y si alguien lo ha hecho, no quedan señales. El pediatra no encontró nada. E. J. parecía normal, tranquilo. Ni mojaba la cama, ni tenía pesadillas ni mostraba una ansiedad especial.

—Déjalo correr —le insistía Maggie—. El crío está bien.

Ed Grayson se ponía de los nervios.

—¿No quieres ver muerto a ese saco de mierda? ¿Quieres que siga haciéndoles esas cosas a otros niños?

—No me importan los demás niños. Solo me importa E. J.

—¿Y eso es lo que quieres que aprenda? ¿A dejarlo correr todo?

—Es lo mejor. La gente no tiene por qué saber lo que le ha ocurrido.

—Él no ha hecho nada malo, Maggie.

—Ya lo sé. ¿Te crees que no lo sé? Pero la gente le mirará de otra manera. Eso le marcará. Pero si nos quedamos callados, si nadie se entera...

Maggie le dedicó una de sus famosas sonrisas. Y por primera vez en su vida, le dio una grima tremenda.

Se sentó y se sirvió otro whisky con soda. Puso el canal ESPN para ver *Sports Center*. Cerró los ojos y pensó en la sangre. Pensó en el dolor y el espanto que había infligido en nombre de la justicia. Creía en todo lo que le había dicho a aquella reportera, Wendy Tynes: había que hacer justicia. Si no se encargaban los tribunales, pues qué se le iba a hacer: la impartirían los hombres como él. Pero eso significaba que quienes se tomaban la justicia por su mano acababan pagando un precio.

Se dice a menudo que la libertad no sale gratis. La justicia tampoco.

Estaba solo, pero aún podía oír el susurro aterrorizado de Maggie cuando volvió a casa:

—¿Qué has hecho?

En vez de improvisar una larga defensa, Ed se mostró simple y conciso:

—Se acabó.

También podía estar hablando sobre ellos, Ed y Maggie Grayson, y estarse preguntando si lo suyo había sido realmente amor. Era muy fácil culpar de su fracaso a lo que le había sucedido a E. J., pero... ¿resultaba creíble? ¿Causaba una tragedia heridas que no dejaban de abrirse? ¿O la tragedia, simplemente, alumbraba una herida que siempre había estado allí? Igual vivimos en la oscuridad, cegados por la sonrisa y la fachada de la bondad. Igual, lo único que hace la tragedia es arrancarnos la venda de los ojos.

Ed oyó que llamaban a la puerta. Era muy tarde. El ruido fue seguido de inmediato por los golpes de un puño impaciente. Reaccionando sin pensar, saltó de la cama y cogió la pistola de la mesilla de noche. Volvió a sonar el timbre de la puerta,

hubo más puñetazos.

—¿Señor Grayson? Policía, abra.

Ed miró por la ventana. Dos polis del condado de Sussex con uniforme marrón, y ninguno de ellos era ese sheriff negro tan grandote, Walker. Han ido muy rápido, se dijo. Se sentía más sorprendido que indignado. Dejó el arma a un lado, bajó las escaleras y abrió la puerta.

Aquellos dos polis parecía que tuviesen doce años.

—¿Señor Grayson?

—Agente federal Grayson, chaval.

—Señor, queda usted detenido por el asesinato de Daniel J. Mercer. Haga el favor de poner las manos a la espalda mientras le leo sus derechos.

Aunque un tanto confusa, Wendy puso punto final a su conversación telefónica con su antiguo (¿y puede que actual?) jefe, Vic Garrett, y colgó el auricular.

El iPhone de Haley McWaid había sido encontrado bajo la cama de Dan Mercer.

Intentó procesar la información recurriendo a sus emociones. Lo primero que pensó era también lo más obvio: lo sentía enormemente por la familia McWaid. Deseaba por encima de cualquier cosa que todo se resolviera a su favor. Vale, profundiza un poco más. Wendy estaba sorprendida, sí. Eso era lo que había. Demasiado sorprendida, tal vez. ¿No debería encontrar ahí algún tipo de alivio, por siniestro que fuera? ¿No era eso la prueba de que ella siempre había estado en lo cierto con respecto a Dan? Se había hecho algún tipo de justicia. Y ella no había sido un peón más a la hora de condenar a un hombre inocente que solo intentaba hacer el bien.

Pero ahí mismo, en la pantalla que tenía delante, estaba la página de Facebook dedicada a la promoción de Dan en Princeton. Cerró los ojos y se reclinó en el asiento. Vio la cara de Dan el día en que se conocieron, recordó la primera entrevista en el refugio, su entusiasmo por los chavales a los que había rescatado de la calle, la admiración con que le miraban esos críos, la manera en que ella se había sentido atraída por él. Dio un salto mental hacia el día de ayer en el maldito parque de caravanas, vio las heridas horribles en la misma cara, sus ojos muertos, recordó las ganas que ella tenía de abrazarle, pese a todo lo que sabía de él.

¿Puedes desechar tantas intuiciones?

Como se dice habitualmente, el diablo es un maestro del disfraz. Wendy había escuchado una docena de veces el ejemplo del famoso asesino en serie Ted Bundy. Pero lo cierto era que a ella Bundy nunca le había parecido ni lo más remotamente atractivo. Puede que se debiera a que conocía sus crímenes, pero esos ojos sin alma no le pasaban desapercibidos a nadie. Estaba convencida de que ella le habría encontrado baboso y repugnante, pues habría intuido la maldad que se escondía bajo su encanto aparente.

En cualquier caso, con Dan no había sentido nada de eso. Incluso el día en que murió, solo notó en él bondad y calidez. Y ahora ya era más que una intuición. Gracias a Phil Turnball. Y a Farley Parks. Aquí estaba pasando algo extraño, algo siniestro y malévolo.

Abrió los ojos y se inclinó hacia delante. Muy bien, Facebook. Ya se había registrado y encontrado la página del curso de Princeton, ¿pero cómo podía apuntarse? Tenía que haber una manera.

Habría que preguntárselo al experto en Facebook, se dijo.

—¡Charlie!

Desde abajo:

—¿Qué?

—¿Puedes subir?

—No te oigo.

—¡Que subas!

—¿Cómo?

Y al cabo de un instante:

—¿Para qué?

—Tú hazme el favor de subir.

—¿No me puedes decir qué quieres a gritos?

Wendy agarró el móvil y le envió un mensaje diciendo que necesitaba ayuda urgente con el ordenador y que si no se daba prisa, le cancelaría todas sus cuentas en la red, aunque la verdad era que no sabría cómo hacerlo. Al cabo de un momento, escuchó un profundo suspiro y unos pasos pesados que subían las escaleras. Charlie asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué pasa?

Su madre le señaló la pantalla del ordenador.

—Necesito apuntarme a este grupo.

Charlie le echó un vistazo de reojo a la página.

—Pero si tú no fuiste a Princeton.

—Gracias por tan profundo análisis. Y yo sin saberlo.

Charlie sonrió.

—Me encanta cuando te pones sarcástica conmigo.

—De tal palo, tal astilla.

Dios, cómo quería a ese crío. A Wendy la arrastró una de esas olas de amor tan típicas de las madres, cuando les da por agarrar a su retoño, estrujarlo y no soltarlo jamás.

—Bueno, ¿qué? —dijo Charlie.

Wendy desestimó el ataque de amor.

—A ver, ¿cómo me sumo a ese grupo si nunca fui a Princeton?

Charlie hizo una mueca.

—Estás de broma, ¿no?

—¿Tengo pinta de estar de broma?

—No sé qué decirte, con tanto sarcasmo y eso.

—Ni estoy de broma ni practico el sarcasmo. ¿Cómo me cuelo?

Charlie suspiró, se inclinó sobre el ordenador y señaló hacia la parte derecha de la página.

—¿Ves ese link donde pone «Únete al grupo»?

—Sí.

—Pues clicla.

Se incorporó.

—¿Y luego?

—Ya está —le dijo su hijo—. Ya estás dentro.

Ahora fue Wendy quien puso una mueca.

—Pero, como tú has señalado con tanta sensatez, yo no fui a Princeton.

—Da igual. Es un grupo abierto. Cuando es cerrado, te dicen: «Solicita admisión». Este está abierto a todo el mundo. Clicas y ya estás dentro.

Wendy ponía cara de no acabárselo de creer.

Charlie emitió otro de sus suspiros.

—Tú hazlo —le dijo.

—Vale, espera.

Wendy clicó y, sin más dilación, se convirtió en miembro del último curso de Princeton, aunque solo en el mundo de Facebook. Charlie la miró con cara de «ya te lo dije», meneó la cabeza y volvió a la planta baja. Su madre pensó de nuevo en lo mucho que le quería. Pensó también en Marcia y Ted cuando la policía les contó lo del iPhone, ese artefacto que Haley habría deseado con locura y que tanta ilusión le habría hecho recibir... y que había acabado debajo de la cama de un extraño.

Eso no la ayudaba en nada.

Tenía la página ahí delante, así que más le valía ponerse a trabajar. En primer lugar, Wendy les echó una ojeada a los noventa y ocho miembros. Ni Dan, ni Phil Farley. Lógico. Lo más probable era que los tres trataran de pasar lo más desapercibidos posible. Si alguna vez habían estado en Facebook, lo más fácil era que ya no estuviesen. Ningún otro nombre le resultaba familiar.

Vale. ¿Y ahora, qué?

Controló los paneles de discusión. Había uno sobre un miembro de la clase que estaba enfermo y al que se ofrecía apoyo. Otro sobre encuentros regionales de exalumnos. Nada que rascar. Otro sobre la próxima reunión. Clicó en esa página y encontró un link prometedor.

«Fotos de residencia. ¡Primer curso!».

Los encontró a los tres en la quinta fotografía de la serie. El titular rezaba «Stearns House» y mostraba a un centenar de estudiantes posando ante un edificio de ladrillo. Primero vio a Dan. Había envejecido bien. Sus rizos de adulto eran algo más cortos, pero aparte de eso, tenía el mismo aspecto. Era indudable: había sido un tío muy atractivo.

Había una lista de nombres debajo de la foto. Farley Parks, un político nato, ocupaba el centro y la parte frontal de la imagen. Phil Turnball estaba de pie a su derecha. Mientras que Dan llevaba tejanos y camiseta, tanto Farley como Phil iban de universitario pulcro y elegante: pantalones de loneta, camisa blanca y mocasines sin calcetines. Solo les faltaba un jersey atado al cuello por las mangas.

Muy bien, ya sabía el nombre de la residencia. ¿Y ahora, qué?

Podía buscar en Google a cualquier otro tío de la foto —ahí abajo tenía los nombres—, pero eso llevaría cierto tiempo y puede que no encontrara nada útil. Era poco probable que la gente citara a sus compañeros de primer curso en la red.

Vuelta a empezar: Wendy regresó a la página de Facebook. Diez minutos después,

dio en la diana:

«¡Nuestro libro del primer curso en Facebook!».

Clicó en el link, se descargó un PDF y lo abrió con Adobe Acrobat. El libro del primer curso: Wendy sonrió al recordar el suyo. Tenía uno de Tufts, claro está. El anuario universitario incluía tu ciudad de origen, el instituto del que venías y — especialmente indicado para sus intereses de esa noche— la habitación que te había tocado... Wendy clicó la tecla M, se saltó un par de páginas y encontró a Dan Mercer. Ahí tenía su foto del primer curso.

Daniel J. Mercer  
Riddle, Oregón  
Instituto de Riddle  
Suite 109, Stearns

Dan sonreía en esa foto, pues se suponía que tenía toda la vida por delante. Falso. Debía de tener dieciocho años cuando le hicieron esa fotografía. Su sonrisa decía que estaba dispuesto a comerse el mundo. Y bueno, se había licenciado en Princeton, matrimonio, divorcio... ¿Y qué más?

¿Convertirse en pedófilo y morir?

¿Tenía eso alguna lógica? ¿Era ya un pedófilo Dan a los dieciocho? ¿Había abusado de alguien? ¿Tenía esas tendencias en la universidad o ya eran más que simples tendencias? ¿De verdad había secuestrado a una adolescente?

¿Por qué no acababa de creérselo?

Daba igual. Concentración. La entrada le daba el número de habitación de Stearns. Clicó la P para comprobarlo. Evidentemente, Farley Parks, de Bryn Mawr, Pensilvania, y procedente de la Lawrenceville School, también estaba en la 109 de Stearns. Y Philip Turnball, de Boston, Massachusetts, procedente de la Academia Phillips de Andover y cuyo aspecto era muy parecido al actual... pues también.

Wendy pulsó la tecla de búsqueda y puso «Stearns, Suite 109».

Cinco hallazgos.

Philip Turnball, Daniel Mercer, Farley Parks... y ahora los dos nuevos: Kelvin Tilfer, afroamericano de sonrisa cautelosa, y Steven Miciano, que lucía una pajarita con un nudo muy gordo.

Los dos nuevos nombres no le decían nada a Wendy. Abrió otro buscador y escribió «Kelvin Tilfer» en la casilla de búsqueda.

Nada. Literalmente, casi. Un hallazgo en una lista de licenciados de Princeton... Y eso era todo. Ni LinkedIn, ni Facebook, ni Twitter ni MySpace.

Wendy se preguntaba qué hacer. La mayoría de las personas, incluso las más inocuas, tienen algo suyo en la red. Pero Kelvin Tilfer era un espectro, sobre todo si lo comparabas con sus compañeros de cuarto.

¿Qué significaba eso?

Tal vez nada. Era demasiado pronto para elaborar ninguna hipótesis. Antes había que recoger más información.

Wendy escribió «Steven Miciano» en la casilla de búsqueda. Cuando vio los resultados, antes incluso de clicar en cualquiera de ellos, lo supo.

—Maldita sea —dijo en voz alta.

Alguien dijo a su espalda:

—¿Qué pasa?

Era Charlie.

—Nada. ¿Qué quieres?

—¿Te importa si nos vamos a casa de Clark?

—Supongo que no.

—Chachi.

Charlie se fue. Wendy volvió a su ordenador. Clicó el primer hallazgo, un artículo de prensa de cuatro meses atrás publicado en un diario llamado *West Essex Tribune*.

«El residente de esta localidad Steven Miciano, cirujano en el centro médico San Bernabé de Livingston, Nueva Jersey, fue detenido anoche y acusado de posesión de narcóticos ilegales. La policía, siguiendo una pista, encontró lo que se ha descrito como “una enorme provisión de analgésicos obtenidos con recetas ilegales” en el maletero del coche del médico. El doctor Miciano ha sido puesto en libertad bajo fianza a la espera de juicio. Un portavoz del centro médico San Bernabé ha dicho que el doctor Miciano será suspendido de empleo y sueldo hasta que se aclare la situación».

Ahí lo tenía. Wendy consultó el *West Essex Tribune* en busca de ulteriores informaciones. Nada. Volvió a la web y encontró algunos datos en blogs y hasta en Twitter. Un antiguo paciente del doctor Miciano aseguraba que este le pasaba drogas de matute. Había otra declaración, de un «proveedor de drogas» que había aportado pruebas para atrapar al doctor Miciano. Había una entrada en un blog de un paciente que decía que Miciano había mostrado una conducta «inapropiada» y que «era evidente que iba muy puesto de algo».

Wendy empezó a tomar notas, revisando los blogs, los tweets, las colaboraciones en diferentes foros, los links con MySpace y Facebook.

Todo esto era una chaladura.

Cinco compañeros de cuarto en Princeton. Sobre uno de ellos, nada. Vale, saquemos de ahí un segundo a Kelvin Tilfer y quedémonos con los otros cuatro: un asesor financiero, un político, un asistente social y ahora un médico. Los cuatro habían sido hundidos por sendos escándalos el último año.

Una coincidencia de la hostia.



Ed Grayson utilizó la llamada que se le concedía para despertar a su abogada, Hester Crimstein. Le dijo que lo habían detenido.

—Me suena a chorrada de las gordas, y normalmente no le concedería la menor importancia —repuso Hester.

—¿Pero? —preguntó Ed.

—No me gusta el momento que han elegido.

—A mí tampoco —dijo Ed.

—Vamos a ver, hace unas horas le practiqué un orificio nuevo a Walker, ¿no? Por consiguiente, ¿a qué viene ahora lo de detenerte? —Hizo una pausa—. A no ser que esté perdiendo facultades.

—No creo que se trate de eso.

—Yo tampoco. Así pues, me temo que tienen algo nuevo.

—¿La prueba de sangre?

—Eso no sería suficiente —dijo Hester en tono dubitativo—. Ed, ¿estás seguro de que es imposible que encontraran algo más, digamos, incriminador?

—Totalmente.

—¿Seguro?

—Del todo.

—Vale, ya sabes cómo va esto. No abras la boca. Mi chófer me llevará hasta ahí. A estas horas de la noche, no creo que tardemos más de una hora.

—Hay otra cosa preocupante —dijo Ed.

—¿De qué se trata?

—Esta vez no estoy en la comisaría de policía del condado de Sussex. Estoy en Newark. Y eso está en el condado de Essex, pertenece a otra jurisdicción.

—¿Tienes alguna idea de por qué?

—No.

—Vale, tú tranquilo. Déjame que me vista. Esta vez les voy a zurrar a conciencia. No pienso tener la más mínima compasión con esa pandilla de comemierdas.

Cuarenta y cinco minutos después, Hester estaba sentada junto a su cliente, Ed Grayson, en una pequeña sala de interrogatorios con una mesa de formica clavada al suelo. Esperaban. Esperaron un buen rato. Hester estaba cada vez más furiosa.

Finalmente, se abrió la puerta y entró el sheriff Walker, de uniforme. Le acompañaba otro tío: barrigón, de unos sesenta años y vestido con un traje de color gris ardilla que parecía haber sido arrugado a propósito.

—Lamento la espera —dijo Walker.

Se apoyó contra la pared más alejada. El otro hombre ocupó la silla situada enfrente de Grayson. Hester seguía dando vueltas por la sala.

—Nos vamos —dijo.

Walker se despidió de ella gesticulando con los dedos.

—Adiós, letrada, la echaremos de menos. Pero su cliente no va a ninguna parte. Está detenido. Es lo de costumbre: detención y proceso. Ahora ya es tarde, así que, probablemente, la petición de fianza se podrá hacer a primera hora de la mañana. Pero no se preocupe, que va a estar muy comfortable.

Hester no pensaba aguantar eso.

—Discúlpeme, sheriff, pero ¿usted no es un funcionario elegido?

—Así es.

—Pues imagínese lo que puede ocurrir cuando haga todo lo que esté en mi mano para meterle en el trullo. ¿Cómo cree que va a sonar todo esto? Detener a un hombre cuyo hijo fue víctima de un repugnante...

El otro hombre se decidió a tomar la palabra.

—Señora Crimstein, haga lo que le salga del níspero, ¿vale? Me la suda. Tenemos preguntas. Si usted o su cliente no las responden, las cosas se les van a complicar mucho. ¿Me entiende?

Hester Crimstein le miró de soslayo.

—¿Y usted quién es?

—Me llamo Frank Tremont. Soy un investigador del condado de Essex. Y francamente, si fuese tan amable de dejar de marcar paquete, tal vez entendería por qué estamos aquí.

Hester le miró como si estuviera a punto de atacarle, pero se lo pensó dos veces.

—Vale, machote, ¿qué tienes?

Walker se hizo cargo, dejando caer un expediente sobre la mesa.

—Una prueba de sangre.

—¿Y qué dice?

—Como ya sabes, encontramos sangre en el coche de tu cliente.

—O eso dijiste tú.

—La sangre del coche coincide a la perfección con la de la víctima, Dan Mercer.

Hester simuló un enorme bostezo.

—Tal vez podrías explicarnos a qué se debe, ¿no crees? —dijo Walker.

Hester se encogió de hombros.

—Igual viajaron juntos en algún momento. Igual a Dan Mercer le sangraba la nariz.

Walker se cruzó de brazos.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre?

—Oh, no, sheriff Walker, se me pueden ocurrir muchas más cosas, si insistes. — Hester parpadeó y puso una vocecita infantil—. ¿Puedo aportar una hipótesis?

—Preferiría hechos.

—Lo siento, guapetón, hasta ahí no llego.

—Vale, adelante.

—Pues bueno, ahí va mi hipótesis. Cuentas con un testigo del supuesto asesinato de Dan Mercer, ¿no es cierto?

—Así es.

—Desde un punto de vista hipotético, digamos que he leído la declaración de tu testigo, la reportera de televisión Wendy Tynes.

—Eso sería imposible —dijo Walker—. El testimonio y la identidad de la testigo son confidenciales.

—Vaya, hombre, qué lástima. Pues refirámonos a la «hipotética» declaración de una «hipotética» reportera televisiva. ¿Puedo continuar?

Intervino Frank Tremont.

—Adelante.

—Fantástico. Según su hipotético testimonio, cuando ella encontró a Dan Mercer en su caravana, antes de que tuviese lugar ningún tiroteo, ya encontró señales visibles de que al hombre le habían dado una paliza recientemente.

Nadie dijo nada.

—Me gusta tener cierto nivel de respuesta —dijo Hester—. Que asienta uno de los dos.

—Haga como que ya lo hemos hecho —le dijo Frank.

—Vale, muy bien. Y ahora digamos, hipotéticamente, de nuevo, que Dan Mercer se topó con el padre de una de sus víctimas algunos días antes. Digamos que hubo pelea. Digamos que se derramó un poco de sangre. Digamos que una pequeña parte de esa sangre acabó en un coche.

Se interrumpió, abrió los brazos y arqueó una ceja. Walker miró a Tremont.

—Vaya, vaya —dijo este.

—Vaya, vaya, ¿qué?

Intentó sonreír pese a la tensión.

—Si hubo una pelea hipotética, ahí podría haber un motivo para su cliente, ¿verdad?

—Perdone, ¿cómo me ha dicho que se llamaba?

—Frank Tremont. Investigador del condado de Essex.

—¿Nuevo en el cargo, Frank?

Ahora fue él quien se abrió de brazos.

—¿Tengo pinta de nuevo?

—No, Frank, tienes pinta de llevar cien años tomando las decisiones más equivocadas que puedes, pero lo que has dicho del motivo solo se le ocurriría a un novato con problemas de riesgo ante una becaria subnormal. Para empezar, y haz el favor de prestar atención, quien pierde la pelea es habitualmente el que busca venganza, ¿no?

—La mayoría de las veces.

—Bien —Hester señaló a su cliente como si fuese la presentadora de un programa de televisión—, pues échale un buen vistazo a esta muestra de contundente virilidad a la que yo llamo «mi cliente». ¿Aprecias algún tipo de heridas o de abrasiones? No. O sea, que en caso de altercado físico, reconocerás que mi chaval ha salido muy bien

parado, ¿no te parece?

—Eso no prueba nada.

—Créeme, Frank, no te conviene discutir de pruebas conmigo. Pero en cualquier caso, ganar o perder una pelea resulta irrelevante. Tú estás hablando de encontrar un motivo, como si eso fuese una innovación o una ayuda. Eres nuevo en el caso, Frank, así que déjame que te eche una mano: Dan Mercer tomó fotografías del hijo de ocho años de mi cliente, desnudo. Ahí ya hay un motivo, ¿lo ves? Cuando un hombre agrede sexualmente a tu hijo, tienes motivos suficientes para vengarte de él. Apúntalo. Los investigadores experimentados necesitan saber ese tipo de cosas.

Frank emitió un gruñido.

—Eso no tiene ninguna importancia.

—Lamentablemente, Frank, la tiene toda. Tú te crees que ese análisis sanguíneo es un gran hallazgo. Nos arrastras hasta aquí en plena noche porque estás de lo más impresionado. Pues te voy a decir una cosa: tu supuesta prueba (y te voy a ahorrar la parte en la que me cargo a vuestra gente de la escena del crimen y su manera de llevar las cosas, pues Walker te puede pasar la cinta de nuestro primer tête-à-tête) no significa absolutamente nada y puede ser desechada con gran facilidad.

Hester le echó un vistazo a Walker.

—No quiero tener que recurrir a las amenazas, pero... ¿de verdad piensas utilizar esa birria de análisis de sangre para detener injustamente a mi cliente por asesinato?

—No es por asesinato —precisó Tremont.

Y eso a Hester le pilló un tanto por sorpresa.

—¿No?

—No. No es por asesinato. Más bien pienso en un detalle accesorio, posterior a los hechos.

Hester posó la vista en Ed Grayson, que se encogió de hombros. Volvió a mirar a Tremont.

—¿Se puede saber qué es lo que consideras un detalle accesorio posterior a los hechos?

—Registramos la habitación del motel de Dan Mercer —dijo Frank Tremont—. Y encontramos esto.

Deslizó sobre la mesa una fotografía de veinte centímetros por veinticuatro. Hester la miró: un iPhone rosa. Se la enseñó a Ed Grayson, poniéndole una mano en el brazo para avisarle de que no exagerara al reaccionar. Hester no abrió la boca. Lo mismo hizo Grayson. Hester entendía a la perfección las reglas básicas del juego. Había momentos para atacar y momentos para reflexionar. Tenía la costumbre, como era de dominio público, de tender en exceso al ataque y de hablar demasiado. Pero ahí estaban esperando una reacción suya. Cualquiera. Y no pensaba darles ese gustazo. Que se cocieran en su propio jugo.

Pasó un minuto más hasta que Frank Tremont dijo:

—Ese teléfono se encontró bajo la cama de Mercer en su habitación de hotel de

Newark, no muy lejos de donde ahora estamos.

Hester y Grayson se mantenían en silencio.

—Pertenece a una chica desaparecida que se llama Haley McWaid.

Ed Grayson, agente federal jubilado del que se esperaban mejores cosas, soltó un genuino gruñido. Hester se volvió hacia él. El rostro de Grayson iba perdiendo color, como si alguien le hubiera abierto un grifo por el que se le escapaba la sangre. Hester le agarró nuevamente del brazo, intentando que volviera en sí.

Hester trató de ganar tiempo.

—No es posible que creáis que mi cliente...

—¿Sabes lo que yo creo, Hester? —la interrumpió Frank Tremont, que estaba ganando confianza y mostraba una voz llena de energía—. Creo que tu cliente mató a Dan Mercer porque Mercer había salido de rositas de lo que le hizo a su hijo. Eso es lo que creo. Creo que tu cliente decidió tomarse la justicia por su mano, y la verdad es que no puedo culparle del todo. Si alguien le hiciera algo así a un hijo mío, ten por seguro que iría a por él. Te lo juro por lo más sagrado. Y luego contrataría al mejor abogado posible porque la verdad es que, en un caso como este, la víctima no le cae bien a nadie, pues es una inmundicia humana a la que se podría ejecutar en un estadio lleno de gente sin que nadie tuviera nada que decir.

Le lanzó una mirada airada a Hester, quien reaccionó cruzándose de brazos y manteniéndose a la espera.

—Pero ese es el problema de tomarse la justicia por su mano. No sabes adónde te llevarán las cosas. Y ahora resulta (cuidado, que todo esto es hipotético, ¿verdad?) que tu cliente se ha cargado a la única persona que nos podría haber explicado lo sucedido a una chica de diecisiete años.

—Oh, Dios —dijo Grayson mientras hundía el rostro en las manos.

—Necesitaría un minuto a solas con mi representado —dijo Hester.

—¿Para qué?

—Para salir de aquí, joder. —Acto seguido, pensándoselo mejor, se inclinó sobre la oreja de Grayson y susurró—: ¿Sabes algo de esto?

Grayson se apartó de ella y la contempló horrorizado.

—Por supuesto que no.

Hester asintió.

—Vale.

—Mira, no creemos que tu cliente le hiciese el menor daño a Haley McWaid —continuó Frank Tremont—. Pero estamos bastante seguros de que Dan Mercer sí. Y ahora vamos a tener que averiguar todo lo que podamos para encontrar a Haley. Todo. Incluyendo la situación del cadáver de Mercer. Y vamos contra reloj. Por lo que intuimos, Dan la tenía encerrada en algún lugar secreto. Haley puede estar atada, asustada, herida y Dios sabe qué más. Estamos cavando en el jardín de Mercer. Estamos preguntando a los vecinos, a los compañeros de trabajo, a los amigos y hasta a su exmujer acerca de los sitios a los que le gustaba ir. Pero el reloj sigue corriendo,

y esa chica puede estar sola, muriéndose de hambre, atrapada o algo peor.

—¿Y crees que un cadáver puede decirte dónde está? —preguntó Hester.

—Es posible. Puede haber alguna pista en el cuerpo o en los bolsillos, algo. Tu cliente tiene que decirnos dónde está Mercer.

Hester negó con la cabeza.

—¿De verdad esperas que le permita a mi cliente incriminarse a sí mismo?

—Lo que espero es que haga lo que es justo.

—También te lo podrías estar inventando todo.

Frank Tremont se puso de pie.

—¿Qué has dicho?

—Ya me conozco a los polis y sus triquiñuelas. Confiesa y podremos salvar a la chica.

Frank se inclinó sobre ella.

—Mírame bien la cara. ¿De verdad crees que esto es una treta?

—Podría serlo.

—No lo es —intervino Walker.

—¿Y se supone que tengo que dar por buena tu palabra?

Walker y Tremont se limitaron a mirarla. Todos sabían que la cosa iba en serio. Ni De Niro sería capaz de actuar tan bien.

—De todos modos —dijo Hester—, no permitiré que mi cliente se incrimine.

Tremont se incorporó, con la cara colorada.

—¿A ti te parece bien, Ed?

—Habla conmigo, no con mi representado.

Frank la ignoró.

—Eres un agente de la ley. —Se inclinó junto al rostro hundido de Ed Grayson—. Al matar a Dan Mercer, puedes ser responsable del asesinato de Haley McWaid.

—Atrás —le dijo Hester.

—¿Podrás vivir con eso, Ed? ¿Con tu conciencia? Si crees que voy a perder el tiempo con maniobras legales...

—Espera —dijo Hester, en un tono repentinamente calmado—. ¿Estás basando esa relación únicamente en el teléfono?

—¿Qué?

—¿Eso es todo lo que tienes? ¿El móvil del hotel?

—¿No te parece suficiente?

—No es lo que te he preguntado, Frank. Lo que te he preguntado es si tenías algo más.

—¿Y a ti qué más te da?

—Tú dímelo.

Frank Tremont volvió a mirar a Walker, y este asintió.

—Su exmujer —dijo Tremont—. Mercer solía frecuentar su casa. Y aparentemente, Haley McWaid también.

—¿Crees que fue ahí donde Mercer conoció a esa chica?

—Así es.

Hester asintió y luego dijo:

—Haz el favor de dejar a mi cliente en libertad ahora mismo.

—Estás de guasa, ¿no?

—Ahora mismo.

—¡Tu cliente se ha cargado nuestra única pista!

—Te equivocas —saltó Hester. Su voz retumbaba por toda la sala—. Si lo que estás diciendo es cierto, es Ed Grayson el que te ha dado la única pista que tienes.

—¿De qué coño estás hablando?

—¿Cómo acabasteis encontrando el teléfono unos tontos de baba como vosotros?

Nadie respondió.

—Registrasteis el cuarto de Dan Mercer. ¿Por qué? Pues porque creíais que mi cliente se lo había cargado. O sea, que sin ese dato no tendríais nada. Llevabais tres meses investigando y no habíais encontrado nada. Hasta el día de hoy. Hasta que mi cliente os dio vuestra única pista.

Silencio. Pero Hester aún no había acabado.

—Y ya que estamos en ello, Frank, sé quién eres. Frank Tremont, el investigador del condado de Essex que la cagó hace años en un importante caso de asesinato. Un tío acabado al que su jefe, Loren Muse, puso de patitas en la calle porque era un incompetente de cojones, ¿verdad? Y aquí estás ahora, en tu último caso, ¿y qué pasa? Pues que en vez de redimirte a ti mismo y tu lamentable carrera profesional, ni te molestas en investigar a un pedófilo reconocido que se cruzó con la víctima de forma bien evidente. ¿Cómo carajo se te escapó eso, Frank?

Ahora era Frank Tremont el que se estaba quedando lívido.

—Y ahora, como eres un vago de la hostia, ¿tienes las narices de abalanzarte sobre mi cliente como si fuese el cómplice de un crimen? Deberías estar dándole las gracias. Te has tirado meses sin averiguar nada. Y ahora estás más cerca que nunca de encontrar a esa pobre chica gracias a lo que, según tú, hizo mi cliente.

Frank Tremont se desinfló delante de todos.

Hester le hizo un gesto con la cabeza a Grayson. Ambos empezaron a levantarse.

—¿Adónde creéis que vais? —les dijo Walker.

—Nos vamos y punto.

Walker miró a Tremont para quejarse, pero este seguía agobiado. Walker tomó el mando.

—Y una mierda os vais a ir. Tu cliente está detenido.

—A ver si me escuchas —dijo Hester—. Si supiésemos algo que pudiera serle de ayuda a esa chica, te lo diríamos.

Silencio.

Walker intentó ponerse farruco, pero ya no le salía.

—¿Por qué no nos dejas decidir a nosotros lo que puede ser de utilidad?

—Sí, claro —dijo Hester, incorporándose del todo y lanzando sendas miradas rápidas a Tremont y Walker—. Con todo lo que habéis hecho hasta ahora para inspirar confianza... Lo que tenéis que hacer es concentraros en encontrar a esa pobre chica, no en juzgar a un hombre que puede que sea el único héroe de esta historia.

Llamaron a la puerta. La abrieron y apareció un poli joven. Todos clavaron sus ojos en él. Walker le preguntó:

—¿Qué pasa, Stanton?

—He encontrado algo en el teléfono de la chica. Creo que les interesará verlo.



Frank Tremont y Mickey Walker siguieron a Stanton por el pasillo.

—Hester Crimstein es un tiburón amoral cuyos escrúpulos avergonzarían a una puta callejera —dijo Walker—. Supongo que eres consciente de que todo ese rollo sobre tu supuesta incompetencia solo era para desmoralizarnos.

—Ya.

—Te has entregado a este caso. Has hecho más que nadie.

—Cierto.

—Igual que el FBI y los ases del perfil y toda tu oficina. Nadie podía prever algo así.

—¿Mickey?

—¿Sí?

—Si necesito que me achuchen —dijo Frank—, me buscaré a alguien más femenino y macizo que tú, ¿vale?

—De acuerdo.

Stanton les condujo a una habitación, en un rincón del sótano, en la que estaban los especialistas tecnológicos. El iPhone de Haley McWaid estaba enchufado a un ordenador. Stanton señaló la pantalla.

—Eso de ahí es, básicamente, el teléfono ampliado para que lo puedan ver más grande.

—Vale —dijo Frank Tremont—. ¿Qué ocurre?

—He encontrado algo en una *apli*.

—¿Una qué?

—Una *apli*. Una aplicación para móvil.

Tremont se agarró el cinturón y se subió los pantalones.

—Tú habla como si yo fuese un fósil que aún no ha aprendido a programar el Betamax.

Stanton apretó un botón. La pantalla se oscureció y aparecieron unos pequeños iconos claramente alineados en tres filas.

—Son aplicaciones de iPhone. Miren, la chica tenía iCal, que es donde apuntaba las citas, como partidos de *lacrosse* y deberes, en un calendario; Tetris: eso es un juego, igual que el Moto Chaser; Safari es su buscador de Internet; el iTunes es para descargarse canciones. A Haley le encanta la música. Hay otra aplicación musical que se llama Shazam. Sirve para...

—Creo que ya lo hemos pillado —dijo Walker.

—Lo siento.

Frank se quedó mirando el iPhone de Haley. Se preguntaba cuál sería la última canción que habría oído. ¿Le gustaba el rock acelerado o prefería las baladas melancólicas? Como el carcamal que era, Frank se había burlado lo suyo de esos chismes y de los chavales que iban de aquí para allá con auriculares y enviando

mensajitos, pero en cierta manera, el cachivache en cuestión representaba una vida. Sus amigos figurarían en la agenda, las tareas escolares en el calendario, las canciones favoritas en alguna lista y las fotos que la hacían sonreír —como la que le sacaron junto a Mickey Mouse— en algún archivo.

La acusación de Hester Crimstein seguía allí. Ciertamente, Dan Mercer no tenía antecedentes por violencia o violación, parecía que solo le iban las muy jovencitas y, realmente, el hecho de que su exmujer viviera en la misma y poblada ciudad no constituía ningún aviso serio. Pero las palabras de Crimstein sobre su incompetencia habían sacado de quicio a Frank, tal vez porque temía que hubiese algo de verdad en ellas.

Debería haberlo visto.

—En cualquier caso —dijo Stanton—, no quiero entrar en detalles, pero todo esto es un poco extraño. Haley descargó un montón de canciones, como cualquier otra adolescente, pero ninguna desde su desaparición. Lo mismo puede decirse de su relación con la red. Sabemos todos los sitios que visitaba en el iPhone porque te los muestra el servidor. Pero lo que encontré en el servidor no les va a sorprender gran cosa. Había hecho algunas búsquedas en la Universidad de Virginia. Intuyo que estaba cabreada por no haber entrado, ¿no?

—Exacto.

—Y también había una búsqueda sobre una chica llamada Lynn Jalowski, que es de la zona oeste del condado de Orange, una jugadora de *lacrosse* que sí entró en esa universidad, lo cual me hace pensar que podía estar estudiando a una rival.

—Todo eso ya lo sabemos —dijo Frank.

—Vale: el servidor. Entonces también estará al corriente de los mensajes instantáneos, textos varios y cosas así, pero debo informarle de que Haley usaba todo esto mucho menos que la mayoría de sus amigos. Pero mire, hay una aplicación separada para Google Earth que no sabemos exactamente cómo interpretar. Supongo que ya sabe de qué va.

—Ilústreme.

—Mire esto. Básicamente, es un GPS insertado.

Stanton agarró el iPhone de Haley y seleccionó una imagen de la Tierra. El globo gigante se movió y entonces la cámara hizo un zoom hacia abajo y el planeta se fue haciendo más grande —primero Estados Unidos, luego la costa Este, a continuación Nueva Jersey—, hasta que se detuvo a unos cien metros del edificio en el que ahora se hallaban. Ponía: «calle Market Oeste, 50, Newark, Nueva Jersey».

A Frank casi se le desencaja la mandíbula.

—¿Eso nos informará de todos los sitios en que ha estado el iPhone?

—Qué más quisiéramos —dijo Stanton—. No. Hay que ponerlo en marcha y Haley no lo hizo. Pero puedes buscar cualquier dirección o cualquier lugar y ver una foto por satélite en el mapa. En cualquier caso, tengo algunos expertos intentando averiguar exactamente por qué, pero supongo que Google Earth ha sido programado

para que nunca se encontraran las búsquedas de la chica en el servidor. El historial tampoco nos puede decir cuándo se hizo determinada búsqueda, solo el lugar.

—¿Y Haley buscaba lugares?

—Solo dos desde que se descargó la aplicación.

—¿A saber?

—Uno de esos lugares era su propio hogar. Supongo que cuando hizo la descarga, lo puso en marcha y le enseñó el sitio en que estaba. O sea, que eso no cuenta.

—¿Y la otra búsqueda?

Stanton clicó y el gigantesco globo de Google Earth volvió a girar. Vieron como el zoom se dirigía de nuevo hacia Nueva Jersey. Se detuvo en una zona arbolada con una edificación en el centro.

—El parque estatal de Ringwood —anunció Stanton—. Está a unos ochenta kilómetros de aquí. En el corazón de las montañas Ramapo. Ese edificio es la mansión Skylands, que está en mitad del parque. Rodeada, por lo menos, por cinco mil acres de bosque.

Hubo un par de segundos de silencio. Frank notaba cómo le latía el corazón. Miró a Walker. No hubo intercambio de palabras. No era necesario. Cuando te topas con algo así, lo ves claro y punto. El parque era bastante grande. Frank recordaba que, unos años atrás, algunos ecologistas se habían escondido en ese bosque durante más de un mes. Podías construirte una cabañita, ocultarla entre los árboles y los arbustos y encerrar a alguien en ella.

O también, claro está, podías enterrar a alguien donde nadie lo encontrase jamás.

Tremont fue el primero en mirar la hora. Medianoche. Más horas de oscuridad. Y de pánico. Llamó rápidamente a Jenna Wheeler. Si no contestaba, se presentaría en la puerta de su casa para arrancarle una respuesta.

—¿Dígame?

—A Dan le gustaba ir de excursión, ¿no?

—Pues sí.

—¿Tenía algún sitio preferido?

—Sé que le gustaba el sendero de Watchung.

—¿Y el parque estatal de Ringwood?

Silencio.

—¿Jenna?

Respondió al cabo de un momento.

—Sí —dijo con voz lejana—. Quiero decir, hace años, cuando aún estábamos casados, solíamos ir allí constantemente, a seguir el curso del arroyo Cupsaw.

—Vístase. Le enviaré un coche a recogerla. —Frank Tremont colgó el teléfono y se volvió hacia Walker y Stanton—. Helicópteros, perros, excavadoras, luces, palas, brigadas de rescate, guardabosques, cualquier hombre disponible, voluntarios locales. En marcha.

Walker y Stanton asintieron al unísono.

Frank Tremont volvió a abrir su móvil. Respiró hondo, notó el daño causado por las palabras de Hester Crimstein y, acto seguido, llamó a Ted y Marcia McWaid.

A las cinco de la mañana, a Wendy le despertó el teléfono a lo bestia. Solo llevaba un par de horas durmiendo. Había trasnochado navegando por la red, y había empezado a atar cabos. No había nada sobre Kelvin Tilfer. ¿Sería la excepción que confirmaba la regla? Aún no lo sabía. Pero cuanto más investigaba a los otros cuatro —cuanto más se introducía en sus historias—, más extraños le parecían los escándalos de esos cuatro exalumnos de Princeton.

Wendy descolgó a ciegas y consiguió emitir un saludo.

Vic se saltó las cortesías.

—¿Conoces el parque estatal de Ringwood?

—No.

—Está en Ringwood.

—Has debido de ser un reportero formidable, Vic.

—Vete para allá.

—¿Por qué?

—Porque es donde la poli está buscando el cuerpo de esa chica.

Se incorporó en el lecho.

—¿Haley McWaid?

—Exacto. Creen que Mercer la dejó tirada en el bosque.

—¿Y en qué se basan?

—Mi fuente me ha dicho algo del Google Earth en el móvil de la muchacha. Te enviaré un equipo de cámara.

—¿Vic?

—¿Qué?

Wendy se pasó la mano por el pelo, intentando aminorar la velocidad de su cerebro.

—No sé si voy a tener estómago para esto.

—Te acompaño en el sentimiento. Arreando.

Y colgó. Wendy salió de la cama, se duchó y se vistió. Siempre tenía el maquillaje televisivo a mano, lo cual resultaba algo frívolo en este caso, teniendo en cuenta a donde iba. Bienvenida al mundo de las noticias por televisión. Y como había dicho Vic de manera tan poética, te acompaño en el sentimiento.

Pasó ante el cuarto de Charlie. Aquello era un caos: la camiseta y los calzoncillos del día anterior estaban tirados en el suelo, hechos una bola. Pero cuando pierdes a un marido, aprendes a no perder el tiempo con cosas así. Le echó un vistazo a su hijo dormido y pensó en Marcia McWaid. Marcia también se había despertado así y había mirado así la habitación de su hija, para encontrarse una cama vacía. Y ahora, tres meses después, Marcia McWaid estaba a la espera de información mientras los

agentes de la ley peinaban un parque estatal en busca de su hija desaparecida.

Eso era algo que la gente como Ariana Nasbro no acababa de entender. La fragilidad inherente a todo. Las consecuencias de un horror. Cómo cualquier descuido te puede arrojar a un pozo de desesperación. Cómo las cosas pueden ser irreparables.

Y una vez más, Wendy recitó en silencio la oración de todo progenitor: no dejes que nada le haga daño. Mantenlo a salvo, por favor.

Luego subió al coche y lo condujo hasta el parque estatal en el que la policía buscaba a la chica que no había estado en su cama aquella mañana.

El sol salió a las cinco cuarenta y cinco de la mañana.

Patricia McWaid, la hermana pequeña de Haley, estaba en medio de la tormenta de actividad y no se movía. Desde que la policía encontró el iPhone de Haley, parecía que habían regresado esos primeros días de estupor: de colgar carteles, de llamar a todas sus amigas, de visitar sus lugares favoritos, de poner al día la web sobre su desaparición, de dejar fotografías suyas en los centros comerciales de la zona.

El investigador Tremont, que tan bien se había portado con su familia, parecía haber envejecido diez años en los últimos días. Se esforzó en sonreír a la muchacha y le dijo:

—¿Qué tal estás, Patricia?

—Bien, gracias.

Frank le dio una palmadita en el hombro y siguió adelante. A Patricia, eso se lo hacía mucha gente. No destacaba. No aparentaba nada especial. Y la verdad es que tampoco le molestaba. Hay mucha gente que no tiene nada de especial, aunque ellos crean que sí. Patricia estaba a gusto con su situación... O por lo menos, lo había estado. Echaba de menos a Haley. Patricia no buscaba la atención de nadie. A diferencia de su hermana mayor, odiaba la competición y evitaba las candilejas. Ahora, en el cole, era una «famosa apenada», y las chicas más populares se mostraban amistosas con ella, pues querían estar a su lado para luego poder decir en las fiestas: «Ah, ¿la chica desaparecida? ¡Pero si soy muy amiga de su hermana!».

La madre de Patricia estaba ayudando a organizar los equipos de búsqueda. Mamá era pura fuerza, como Haley, ambas caminaban como panteras, como si hasta un paseo representara un reto para aquellos que las rodeaban. Haley mandaba. Siempre. Y Patricia obedecía. Había quien pensaba que eso le molestaba, pero no era así. A veces su madre la tomaba con ella y le decía: «Tienes que ser más decidida», pero Patricia nunca veía la necesidad de serlo. No le gustaba tomar decisiones. La película que Haley quería ver, a ella ya le parecía bien. Le daba igual comer comida china o italiana. ¿Qué más daba? Si te paras a pensarlo, ¿qué interés tiene ser decidida?

Las furgonetas de los periodistas habían sido congregadas en una zona vallada, como había visto hacer en las películas a los vaqueros con el ganado. Patricia detectó a esa mujer de la voz de pito y el pelo congelado de un canal por cable. Uno de los reporteros se saltó la barricada y llamó a Patricia por su nombre. Le dedicó una sonrisa llena de dientes y le enseñó un micrófono, como si fuese un caramelo con el que tratara de atraerla hacia su vehículo. Tremont se acercó al reportero y le dijo que se fuera a tomar por c... al otro lado de la valla.

Un equipo de otro canal empezó a colocar la cámara. Patricia reconoció entre el grupo a aquella periodista tan guapa. Su hijo, Charlie Tynes, iba con ella al instituto. El padre de Charlie había muerto atropellado por una conductora borracha cuando era

joven. Su mamá le había explicado la historia. Y cada vez que se cruzaban con la señora Tynes en un partido, en el supermercado o donde fuese, Patricia, Haley y mamá bajaban el volumen de la voz, como muestra de respeto o puede que de temor, preguntándose, suponía Patricia, cómo sería su vida si un conductor borracho le hiciera algo así a su papá.

Llegaron más policías. Su padre les recibió, forzándose a sonreír y estrechando manos como si se presentara al Senado. Patricia se parecía más a su padre: súmate al redil. Pero su padre había cambiado. Todos lo habían hecho, suponía, pero algo en el interior de su progenitor se había hecho añicos, y Patricia no estaba segura de que, aunque Haley volviera a casa, el hombre pudiera recuperarse. Seguía teniendo el aspecto de siempre, sonreía igual, trataba de hacer el payaso y reírse y hacer todas esas cosas que reafirmaban su personalidad, pero era como si estuviese vacío, como si hubiera perdido todo lo que tenía dentro, como si fuera el personaje de una de esas películas en las que los extraterrestres sustituyen a los humanos por clones sin alma.

Había perros policía, grandes daneses, y Patricia se acercó a ellos.

—¿Los puedo acariciar? —preguntó.

—Claro —dijo un agente tras breves instantes de duda.

Patricia rascó a uno de los perros por detrás de las orejas, y al bicho se le salió la lengua en señal de agradecimiento.

La gente suele hablar de lo mucho que te marcan tus padres, pero Haley era la persona más dominante de su vida. Cuando las chicas del segundo grado empezaron a tomarla con Patricia, Haley le partió la cara a una de ellas como aviso para las demás. Cuando unos chicos las abordaron ante el Madison Square Garden —Haley se había llevado a su hermanita a ver a Taylor Swift—, Haley se plantó delante de ella y les dijo a los chavales que se fueran a la porra. En Disneylandia, sus padres habían dejado que Haley y Patricia salieran solas una noche. Acabaron encontrando a unos chicos mayores y emborrachándose en el All-Stars Sport Resort. Una buena chica se habría abstenido de hacer algo así. Y no es que Haley no lo fuese, pero seguía siendo una adolescente. Esa noche, tras beberse su primera cerveza, Patricia se enrolló con un tío llamado Parker, pero Haley se aseguró de que las cosas no se desmadraran.

—Empezaremos por la parte más profunda del bosque —oyó que el investigador Tremont le decía al agente que se encargaba de los perros.

—¿Por qué?

—Porque si la chica está viva, si ese cabrón construyó algún tipo de refugio para esconderla, tiene que estar muy alejado del sendero, pues si no, alguien lo habría descubierto ya. Pero si está cerca de la pista...

Bajó el volumen de su voz, no quería que Patricia pudiera oírle, pero ella se dio cuenta. Patricia miró hacia el fondo del bosque, acarició al chucho e hizo como que no oía nada. Durante los últimos tres meses, Patricia lo había bloqueado todo. Haley era fuerte. Sobreviviría. Era como si su hermana mayor se hubiese limitado a embarcarse en una extraña aventura de la que pronto regresaría.

Pero ahora, mirando hacia la espesura y acariciando a ese perro, se imaginó lo inevitable: Haley a solas, asustada, herida, llorosa. Patricia apretó fuerte los ojos. Frank Tremont echó a andar hacia ella. Se quedó delante de la chica, se aclaró la garganta y esperó a que abriera los ojos. Cosa que hizo al cabo de unos instantes, quedándose a la espera de sus palabras de consuelo. Pero no tenía ninguna que ofrecerle. Solo podía quedarse ahí de pie, bamboleándose, indeciso.

Por consiguiente, Patricia volvió a cerrar los ojos y siguió acariciando al perro.



Wendy estaba frente a la cinta que delimitaba la escena del crimen y, micrófono en mano, hablaba para sus espectadores de la NTC News.

—Y quedamos a la espera de más noticias —dijo, intentando añadirle seriedad a su parlamento sin incurrir en ese tono melodramático tan propio de la televisión—. Desde el parque estatal de Ringwood, al norte de Nueva Jersey, Wendy Tynes para NTC News.

Bajó el micrófono. Sam, el cámara, le dijo:

—Habría que repetirlo.

—¿Por qué?

—Se te ha soltado la cola de caballo.

—No pasa nada.

—Venga, pónstela bien. Es cosa de dos minutos. Vic querrá otra toma.

—Que se joda.

Sam la miró atónito.

—Estás de broma, ¿no?

Pero ella no dijo nada.

—Oye, tú eres la que se cabrea cuando emitimos algo con el maquillaje corrido —siguió Sam—. ¿Y ahora te pones estricta? Venga, hagamos una más.

Wendy le pasó el micrófono y se alejó de allí. Evidentemente, Sam tenía razón. Ella era una reportera de televisión. Cualquiera que piense que el aspecto carece de importancia en esa industria o es un ingenuo o es un descerebrado. Claro que el aspecto importa, y Wendy había repetido tomas las veces que hiciera falta en situaciones igualmente siniestras.

O sea, que ya podía añadir el término «hipocresía» a su creciente lista de fracasos.

—¿Adónde vas? —le preguntó Sam.

—Llevo el móvil. Llámame si pasa algo.

Se encaminó hacia el coche. Tenía planeado llamar a Phil Turnball, pero entonces recordó que la mujer de este, Sherry, le había dicho que Phil pasaba la mañana a solas con las ofertas de empleo en el Suburban Diner de la carretera 17. Y eso estaba a unos veinte minutos de allí.

Las clásicas cafeterías de la Nueva Jersey de antaño tenían unas maravillosas y brillantes paredes de aluminio. Las «nuevas» —que databan de finales de los sesenta— lucían una fachada de piedra falsa que a Wendy le hacía echar de menos... pues eso, el aluminio. De todos modos, los interiores habían cambiado muy poco. Seguía habiendo una pequeña máquina de discos en cada mesa; taburetes giratorios en la barra; donuts protegidos por campanas de cristal como la que cubría el teléfono de Batman; fotos desvaídas por el sol de celebridades locales de las que nunca habías oído hablar; un gañán con pelo en las orejas detrás de la caja registradora; y una camarera que te llamaba «chata» y te caía bien solo por eso.

En la máquina de discos sonaba el éxito de los ochenta *True*, de Spandau Ballet, una selección peculiar para las seis de la mañana. Phil Turnbull ocupaba un reservado en un rincón. Llevaba un traje gris a rayas y una corbata amarilla de las de arrasar en las reuniones. No estaba leyendo el diario. Miraba fijamente su taza de café como si pudiera encontrar alguna respuesta en su interior.

Wendy se acercó a él y esperó a que levantara la vista. No lo hizo.

Mirando hacia abajo, le preguntó:

—¿Cómo supiste que estaría aquí?

—Tu mujer me lo comentó.

Phil sonrió sin la menor alegría.

—¿Ahora lo va contando por ahí?

Wendy no dijo nada.

—Cuéntame, ¿cómo fue exactamente la conversación? Ah, y mi patético marido va cada mañana a esa cafetería para autocompadecerse.

—No fue así en absoluto —dijo Wendy.

—Vale.

Más valía no seguir por ahí.

—¿Te importa si me siento?

—No tengo nada que decirte.

El periódico estaba abierto por la historia del iPhone de Haley encontrado en la habitación del motel donde se hospedaba Dan Mercer.

—¿Estás leyendo lo de Dan?

—Pues sí. ¿Has venido a defenderle? ¿O ha sido todo un timo desde el principio?

—No te entiendo.

—¿Sabías antes de ayer que Dan había secuestrado a esa chica? ¿Pensaste que yo no hablaría si me explicabas tus auténticas intenciones, o por eso hiciste como que querías salvar su reputación?

Wendy se sentó a la mesa, frente a él.

—Nunca dije que quisiera salvar su reputación. Lo que dije es que quería averiguar la verdad.

—Muy noble de tu parte —ironizó Phil.

—¿Por qué estás siendo tan hostil?

—Te vi hablando con Sherry anoche.

—Sí, ¿y qué?

Phil Turnbull cogió la taza de café con ambas manos, un dedo en el asa y los de la otra mano para mantener el equilibrio.

—Querías convencerla de que tenía que hacerme colaborar.

—Te lo vuelvo a decir: sí, ¿y qué?

Phil tomó un sorbo de café y dejó la taza sobre la mesa con sumo cuidado.

—No sabía qué pensar. Vamos a ver, lo que dijiste de que a Dan le habían tendido una trampa tenía cierta lógica. Pero ahora —señaló con la barbilla el artículo sobre el

iPhone de Haley—, ¿qué más da?

—Puede que seas de ayuda para encontrar a una chica desaparecida.

Phil meneó la cabeza de lado a lado y cerró los ojos.

—¿Qué?

La camarera, que era del modelo que su padre solía definir como «lagarta» —una rubia de bote, gorda y mal teñida, con un lápiz en la oreja—, dijo:

—¿Les traigo algo?

Vaya, hombre, se dijo Wendy: no la había llamado «chata».

—Nada, gracias —respondió.

Y la «lagarta» desapareció. Phil seguía con los ojos cerrados.

—¿Phil?

—¿*Off the record*? —preguntó este.

—De acuerdo.

—No sé cómo decirlo sin que parezca algo que no es.

Wendy se mantuvo a la espera, dejándole que se tomara su tiempo.

—Mira, Dan y ese rollo sexual...

La voz le empezó a flojear. A Wendy le entraron ganas de hacerle hablar a bofetadas. ¿Rollo sexual? Tratar de verse con una menor y, tal vez, secuestrar a otra no era algo que se pudiera definir inocentemente como «rollo sexual». Pero tampoco era el momento adecuado para ponerse moralista. Así pues, volvió a callar y a esperar.

—No me malinterpretes. No estoy diciendo que Dan fuese un pedófilo. No era eso.

Se interrumpió de nuevo, y esta vez Wendy no tuvo muy claro que fuese capaz de continuar sin ayuda.

—¿Y qué era? —preguntó.

Phil hizo un amago de abrir la boca, se detuvo y se puso a menear la cabeza con aires de preocupación.

—Digamos que Dan no les hacía ascos a las muy jovencitas. No sé si me explico.

A Wendy se le cayó el alma a los pies.

—Cuando te refieres a las muy jovencitas...

—Había momentos (ten presente que eso fue hace más de veinte años, ¿vale?) en los que Dan prefería la compañía de jovencitas. No era en plan pedófilo ni nada. No era nada malsano. Pero le gustaba ir a fiestas de instituto. E invitaba a chicas muy jóvenes a los eventos del campus y cosas así.

A Wendy se le había secado la boca.

—¿Cómo de jóvenes?

—No lo sé. No les pedía el carné de identidad.

—¿Cómo de jóvenes, Phil?

—Ya te he dicho que no lo sé. —Hizo una mueca—. Ten presente que éramos universitarios de primer curso. Todos teníamos dieciocho o diecinueve años. Vale,

igual esas chicas aún iban al instituto. Pero no es para tanto, ¿no? Puede que tuvieran unos años menos que nosotros. Dos, tres, tal vez cuatro.

—¿Cuatro? O sea, ¿chicas de catorce?

—No lo sé. Yo solo te lo cuento. Y tú también sabes cómo van las cosas. Hay crías de catorce años que parecen mucho mayores. El modo en que se visten y eso. Es como si quisieran llamar la atención de los mayores.

—No sigas por ahí, Phil.

—Tienes razón. —Se frotó la cara con las manos—. Dios, pero si tengo hijas de esa edad. No le estoy defendiendo. Solo intento explicártelo. Dan no era un perverso, ni un violador, pero bueno, ¿podías pensar que igual lo intentaba con una jovencita? Pues igual sí. Pero que fuese capaz de secuestrar a una, que pudiera hacerle daño... No, eso no lo creo.

Dejó de hablar y se reclinó en el asiento. Wendy seguía absolutamente erguida. Volvió a lo que sabía sobre la desaparición de Haley McWaid: nada de asalto. Nada de violencia. Nada de llamadas. Nada de mensajes. Nada de señales de raptó. Ni siquiera una cama sin hacer.

Igual lo habían entendido todo al revés.

Empezó a construir una teoría en la cabeza. Era incompleta y se basaba en demasiadas insinuaciones y dudosas evidencias, pero tenía que elaborarla. Siguiendo paso: volver al bosque y encontrar al sheriff Walker.

—Me tengo que ir.

Phil se la quedó mirando.

—¿De verdad crees que Dan le hizo daño a esa chica?

—Ya no tengo ni idea. Te lo aseguro.

Wendy llamó a Walker desde el coche. La llamada fue desviada tres veces hasta que el sheriff descolgó.

—¿Dónde está usted? —le preguntó ella.

—En el bosque.

Silencio.

—¿Han encontrado algo?

—Aún no.

—¿Tendría cinco minutos para mí?

—Ahora estoy volviendo a la mansión. Hay un tío que se llama Frank Tremont y que está a cargo del caso de Haley McWaid.

Ese nombre le sonaba. Wendy había cubierto algunos casos que Tremont había llevado antiguamente. Era un tío mayor, bastante listo y de lo más cínico.

—Le conozco.

—Estupendo. Podemos vernos ahí.

Wendy colgó. Condujo de regreso a Ringwood, aparcó junto a los demás periodistas y se acercó al poli que custodiaba la entrada a la escena del crimen. Sam agarró la cámara y salió detrás de ella. Wendy le paró con un movimiento de cabeza. Sam se quedó anonadado. Wendy le dio su nombre al guardia y la dejaron pasar, cosa que no fue del agrado del resto de los periodistas, que se abalanzaron hacia allí exigiendo acceso. Wendy ni se dio la vuelta.

Cuando llegó a la tienda, otro agente le dijo:

—El sheriff Walker y el investigador Tremont han dicho que les esperase aquí.

Wendy asintió y se sentó en una silla plegable de lona, de esas que utilizan los padres de familia para asistir a los partidos de fútbol de sus hijos. Había docenas de vehículos policiales —unos oficiales, otros no— aparcados de cualquier manera. Había polis uniformados, polis de paisano y varios agentes del FBI con el preceptivo impermeable amarillo. Muchos llevaban ordenadores. En la distancia, Wendy podía oír el ruido metálico de un helicóptero.

A solas, a la entrada del bosque, había una cría a la que Wendy identificó como Patricia McWaid, la hermana pequeña de Haley. Wendy dudaba de que ese fuera el momento adecuado, pero el debate interior no duró mucho. La ocasión la pintan calva. Echó a andar hacia la muchacha, diciéndose que no se trataba de lograr una buena historia a cualquier precio, sino de averiguar qué le había pasado en realidad a Haley y a Dan.

Una nueva teoría empezó a formarse en su cerebro. Patricia McWaid podía disponer de información capaz de confirmarla o desmentirla.

—Hola —le dijo Wendy a la chica.

Y la cría se llevó un pequeño susto. Se dio la vuelta para mirar a Wendy.

—Hola.

—Me llamo Wendy Tynes.

—Ya lo sé —dijo Patricia—. Vives en la ciudad. Sales por la tele.

—Cierto.

—E hiciste un reportaje sobre el hombre que tenía el móvil de Haley.

—Así es.

—¿Tú crees que le hizo daño?

A Wendy le chocó lo directa que se mostraba la chica.

—No lo sé.

—Haz un esfuerzo... ¿Tú crees que le hizo daño?

Wendy le dio un par de vueltas al asunto.

—No, no lo creo.

—¿Por qué no?

—Es una intuición. No tengo motivos para creer algo así. Pero como ya te he dicho, la verdad es que no lo sé.

Patricia asintió.

—Me parece bien.

Wendy pensaba en cómo abordar el tema. Tal vez empezar con algo discreto, como: «¿Estabais muy unidas tu hermana y tú?». Habitualmente, ese era el modo de proceder en cualquier entrevista. Empezar con preguntas inocuas. Relajar al que tienes delante, desarrollar una relación con él, hacerle seguir tu ritmo. Pero incluso sin el tiempo echándosele encima —Tremont y Walker podían aparecer en cualquier momento—, la cosa no le acababa de convencer. Esa cría había sido muy directa con ella. Se merecía el mismo trato.

—¿Tu hermana mencionó en alguna ocasión a Dan Mercer?

—Eso ya me lo ha preguntado la policía.

—¿Y?

—No. Haley nunca le mencionó.

—¿Tenía novio tu hermana?

—Eso también me lo han preguntado —repuso Patricia—. El día que desapareció. Y desde entonces, el investigador Tremont me lo ha debido de preguntar un millón de veces. Como si le ocultara algo.

—¿Y era eso lo que hacías?

—No.

—¿Y había un novio o no?

—Sí, creo que sí, pero no estoy segura. Era una especie de secreto. Haley era de lo más reservada con esas cosas.

Wendy notó que se le aceleraba un tanto el pulso.

—Reservada... ¿De qué manera?

—A veces se escapaba para verle.

—¿Y tú cómo lo descubriste?

—Porque ella me lo contó. Ya sabes, para que la cubriera si nuestros padres

preguntaban por ella.

—¿Cuántas veces hizo algo así?

—Puede que dos o tres.

—¿Te pidió que la cubrieras la noche que desapareció?

—No. La última vez fue como una semana antes.

Wendy reflexionó brevemente al respecto.

—¿Y ya le has contado todo esto a la policía?

—Claro. El primer día.

—¿Y encontraron al novio?

—Creo que sí. Bueno, dijeron que le habían encontrado.

—¿Me puedes decir quién era?

—Kirby Sennett, un chaval de la escuela.

—¿Crees que de verdad era Kirby?

—¿A qué te refieres? ¿A que si era el novio de mi hermana?

—Exacto.

Patricia se encogió de hombros.

—Sí, supongo que sí.

—No parece estar muy segura.

—Ya te lo he dicho, ella nunca me contaba nada. Se suponía que yo lo único que tenía que hacer era cubrirla.

El helicóptero pasó por encima de ellas. Patricia se puso la mano en plan visera para mirarlo. Tragó saliva de manera enérgica.

—Todo sigue sin parecerme real. Es como si se hubiera ido de excursión y pudiera regresar cualquier día de estos.

—Patricia.

La muchacha bajó la vista.

—¿Tú crees que Haley se escapó?

—No.

Tal que así.

—Pareces muy segura.

—¿Por qué se iba a escapar? Vale, igual le gustaba tomarse un trago de vez en cuando y cosas así. Pero Haley era feliz, ¿sabes? Le gustaba el cole. Le gustaba jugar al *lacrosse*. Y nos quería. ¿Para qué iba a escaparse?

Wendy se lo pensó.

—Wendy —dijo Patricia.

—¿Sí?

—¿Qué estás pensando?

No quería mentirle a esa cría. Pero tampoco quería decírselo. Apartando la vista, Wendy se mostró convenientemente dubitativa.

—¿Qué está pasando aquí?

Ambas se volvieron. El investigador del condado Frank Tremont estaba ahí de

pie, junto al sheriff Walker. Y no ponía buena cara, precisamente. Intercambió una mirada con Walker, quien asintió y dijo:

—Patricia, ¿puedes venir conmigo?

Walker y Patricia se encaminaron hacia la tienda policial, dejando a Tremont a solas con Wendy. La miró muy mal.

—Quiero creer que no era una treta para intentar hablar con la familia.

—No lo era.

—¿Qué tiene que decirme?

—Que a Dan Mercer le gustaban las jovencitas.

Tremont le lanzó una mirada sarcástica.

—Caramba, qué dato tan útil.

—Hay algo sobre todo el asunto Dan Mercer que me chirría desde el principio — continuó Wendy—. Ahora no hace falta entrar en detalles, pero nunca he sido capaz de tragarme lo de que fuese un depredador maligno. Acabo de hablar con un antiguo compañero de clase suyo en Princeton, y no se cree que Dan pudiera secuestrar a nadie.

—Otra aportación fundamental.

—Pero me ha confirmado que a Dan le gustaban las jovencitas. No estoy diciendo que el tío no fuese un saco de mierda. Da la impresión de que lo era. Pero mi teoría es que lo hacía más de manera consensuada que recurriendo a la violencia.

Tremont puso cara de que no le estaban impresionando demasiado.

—¿Y?

—Patricia dice que Haley tenía un novio secreto.

—No tan secreto. Es un pringado de la localidad que se llama Kirby Sennett.

—¿Está seguro?

—¿Seguro de qué? —Tremont hizo una pausa—. Espere, ¿qué está insinuando?

—Según Patricia, Haley se escapaba de casa de vez en cuando. La última vez fue una semana antes de desaparecer. Me ha dicho que Haley le pidió que la cubriera.

—Cierto.

—¿Y ustedes creen que fue a encontrarse con el tal Kirby?

—Exacto.

—¿Lo ha confirmado Kirby?

—No del todo. Mire, hay pruebas de que eran pareja. Mensajes, mails y cosas por el estilo. Parece que a Haley le gustaba la idea de mantenerlo en secreto, probablemente porque el chaval era un gamberro de marca mayor. Nada más. El chico se hizo con un abogado, que tampoco resulta tan extraño, aunque seas inocente. Padres ricos, niño malcriado, ya sabe de qué va eso.

—¿Y ese era el novio de Haley?

—Pues sí, eso parece. Pero Kirby nos dijo que había roto con Haley una semana antes de su desaparición. Lo cual encaja con la última vez que ella se escapó.

—Y eso les llevó a Kirby, ¿no?



—Pues claro, pero el chico es un capullo de estar por casa. No me malinterprete. Lo investigamos a fondo. Pero estaba en Kentucky cuando ella desapareció. Tiene una coartada muy sólida. La comprobamos a conciencia. No hay manera de que pudiese tener algo que ver con esto, si es que usted apunta en esa dirección.

—No apunto en esa dirección —dijo Wendy.

Tremont se subió los pantalones.

—¿Le importaría compartir sus teorías?

—Dan Mercer sale con chicas más jóvenes. Haley McWaid abandona su domicilio sin que haya huellas de violencia, de allanamiento de morada, de nada de nada. Lo que estoy diciendo es que, tal vez, el novio misterioso no era Kirby Sennett. Igual era Dan Mercer.

Tremont se tomó su tiempo para pensárselo. Mascaba algo que, aparentemente, sabía fatal.

—O sea, ¿usted cree que Haley se fugó por propia voluntad con ese pervertido?

—Todavía no lo tengo tan claro.

—Mejor que sea así —dijo Tremont en un tono de voz de lo más frío—. Porque estamos hablando de una buena chica. Una chica estupenda. Y no quiero que sus padres escuchen semejantes barbaridades. No se lo merecen.

—No pienso decírselo a nadie.

—Vale. Por si acaso.

—Pero por concluir la teoría —dijo Wendy—, digamos que Haley sí se escapó con Mercer. Eso explicaría por qué no había muestras de juego sucio. Y puede que también explique la presencia del iPhone en la habitación del motel.

—¿Como si fuese un trofeo?

Wendy puso mala cara.

—¿De verdad se cree algo así?

Tremont no dijo nada.

—Usted encontró ese parque estatal en el Google Earth de Haley, ¿verdad?

—Verdad.

—Imagine que usted es Haley. No creo que buscase el lugar en el que un secuestrador pensara encerrarle, enterrarle o lo que fuera.

—Pero —Tremont le completó el razonamiento— lo que sí puedes buscar es el sitio en el que has quedado con tu novio para fugarte.

Wendy asintió.

Tremont suspiró.

—Es una buena chica.

—Aquí no estamos haciendo juicios morales.

—¿No?

Wendy hizo como que no le había oído.

—Digamos que está usted en lo cierto —dijo Tremont—. ¿Dónde estaría Haley ahora?

—No lo sé.

—¿Y por qué habría dejado el teléfono en el motel?

—Puede que tuviera que salir a toda prisa de allí. Tal vez no pudo volver a la habitación, por algún motivo. Puede que esté asustada porque han matado a Dan y que se esté escondiendo.

—Pongamos que salió pitando —aceptó Tremont, inclinando la cabeza—. Pero ¿antes metió el iPhone debajo de la cama?

Wendy se lo pensó. Pero no encontró la respuesta.

—Vayamos paso a paso —dijo Tremont—. Primero, enviaré gente al motel y a todos los asquerosos agujeros en los que estuvo Dan, para ver si alguien recuerda haberlo visto con una adolescente.

—Muy bien —dijo Wendy. Y acto seguido, añadió—: Otra cosa.

—¿Qué?

—Cuando vi a Dan antes de que le dispararan, alguien le había zurrado a conciencia.

Tremont vio a donde quería ir a parar Wendy.

—Y usted cree que tal vez Haley McWaid, si es que estaba con él, podría haber presenciado la paliza —asintió—. Quizá fue por eso por lo que salió corriendo.

Pero ahora que Tremont lo había dicho en voz alta, a Wendy ya no le sonaba tan bien. Ahí había algo que no cuadraba. Intentó reflexionar a fondo. Había algo más. Sin ir más lejos, ¿qué pasaba con los escándalos relacionados con el 109 de Stearns? Estaba a punto de sacar ese tema con Tremont, pero ahora mismo, todavía se le antojaba un tanto fuera de lugar. Tenía que estudiarlo mejor. Y eso significaba volver a ver a Phil y a Sherry Turnbull, y puede que llamar a Farley Parks y a Steven Miciano, y tratar de encontrar a Kelvin Tilfer.

—Creo que debería averiguar quién agredió a Dan Mercer —dijo.

Tremont esbozó una sonrisita.

—Hester Crimstein tenía una teoría interesante al respecto.

—¿Hester Crimstein? ¿La juez de la tele?

—La misma. También es la abogada de Ed Grayson. Tiene una hipótesis según la cual fue su cliente el que zurró a Dan Mercer.

—¿Y en qué se basa?

—Encontramos sangre de Mercer en el coche de Grayson. Y le dijimos que eso, junto a su testimonio, era una clara prueba de que Grayson mató a Mercer.

—Ya.

—Pero Crimstein, que es muy buena en lo suyo, nos dice que, bueno, nuestro testigo, usted, dijo que Mercer había recibido una paliza. Así pues, continúa ella, igual Grayson y Mercer se las tuvieron uno o dos días antes. E igual fue entonces cuando la sangre acabó en el coche.

—¿Y usted se lo tragó?

Tremont se encogió de hombros.

—No, la verdad es que no, pero eso es lo de menos.

—Muy hábil de su parte —dijo Wendy.

—Pues sí. Crimstein y Grayson parecen haber encontrado una manera de negar las evidencias. Tenemos el ADN sanguíneo, pero lo de la pelea puede ser una explicación plausible. Y sí, Grayson tenía residuos de pólvora en la mano, pero el propietario del campo de tiro Disparama confirmó que estaba allí una hora después de que usted le viera acribillar a Mercer. El hombre dice que Grayson es uno de los mejores tiradores que haya visto jamás, motivo por el que le recuerda perfectamente. Usted le vio cargarse a Dan Mercer... pero no hay cadáver, no hay arma y, encima, llevaba la cara tapada.

Algo reclamaba la atención de Wendy desde el fondo de su cerebro. Estaba ahí, fuera de su alcance, pero no acababa de pillarlo.

—Ya sabe lo que le voy a pedir ahora, ¿no? —dijo Tremont.

—Creo que sí.

—Los McWaid las han pasado canutas. No quiero amargarles más la vida. O sea, que usted aún no puede informar de esto.

Wendy no dijo nada.

—No tenemos nada más que unas teorías atrabiliarias —continuó el policía—. Le prometo que la informaremos de todo lo que descubramos. Pero por el bien de la investigación, y por el bien de los padres de Haley, usted todavía no puede decir nada. ¿De acuerdo?

La actividad cerebral continuaba, pero Tremont estaba a la espera de su respuesta.

—De acuerdo —dijo.

Cuando ya había dejado atrás la escena del crimen, Wendy se llevó una pequeña sorpresa al ver a Ed Grayson apoyado en su coche. Intentaba adoptar un aire desenfadado, pero no acababa de lograrlo. Sus dedos jugaban con un cigarrillo. Se lo puso entre los labios y lo inhaló como si fuera un tubo de oxígeno y él estuviese bajo el agua.

—¿Qué? —le saludó Wendy—. ¿Colocándome otro GPS por ahí abajo?

—No sé de qué me habla.

—Claro, claro. Solo estaba revisando los neumáticos, ¿verdad?

Grayson le dio otra profunda calada al pitillo. Necesitaba un afeitado, pero se podía decir lo mismo de la mitad de los hombres que habían aparecido por ahí a una hora tan temprana. Tenía los ojos inyectados en sangre. Ofrecía un aspecto mucho peor que el hombre que, ayer mismo, le explicaba confidencialmente sus teorías sobre la aplicación de la justicia. Wendy pensaba en eso, y en la visita que le hizo.

—¿De verdad pensó que yo le ayudaría a matarle? —le preguntó.

—¿Quiere la verdad?

—Pues sí, estaría bien.

—Puede que usted estuviera de acuerdo con mis teorías. Puede que hasta me entendiera cuando mencioné a Ariana Nasbro. Pero no, nunca pensé que me ayudaría.

—O sea, que solo estaba viendo si yo picaba.

No hubo respuesta.

—O la visita solo era una excusa para endilgarme el GPS.

Ed Grayson dijo lentamente que no con la cabeza.

—Bueno, ¿qué? —le dijo Wendy.

—No tiene ni idea, ¿verdad?

Wendy se acercó algo más a la puerta del conductor.

—¿Qué está haciendo aquí, Ed?

Grayson miró a lo lejos, hacia los bosques.

—Quería ayudarla con la investigación.

—¿Acaso alguien se lo impide?

—¿Usted qué cree?

—Creo que se siente culpable.

Grayson echó otra calada.

—Hágame un favor, Wendy. Ahórreme el psicoanálisis.

—Pues vayamos al grano: ¿qué quiere de mí?

—Su opinión.

—¿Sobre?

Apretó el cigarrillo entre la punta de los dedos y lo estudió como si contuviera una respuesta.

—¿Usted cree que Dan la mató?

Wendy no sabía muy bien cómo responder a eso.

—¿Qué hizo con el cadáver?

—Usted primero. ¿Mató Dan Mercer a Haley McWaid?

—No lo sé. Puede que se limitase a encerrarla. Y ahora, por culpa suya, se está muriendo de hambre.

—No está mal —dijo Ed mientras se rascaba la mejilla—, pero los polis ya han intentado aplicarme el complejo de culpa.

—¿Y no ha funcionado?

—Pues no.

—¿Piensa decirme qué hizo con el cadáver?

—Ay, Señor. —Recurrió a un tono monótono—. No. Sé. De. Qué. Me. Está. Hablando.

Wendy se daba cuenta de que esa situación no la llevaba a ninguna parte, y tenía que ir a muchos sitios. El pinchazo cerebral tenía algo que ver con su investigación acerca del grupo de Princeton. Con Dan y Haley escapándose juntos... tal vez. Pero ¿qué pasaba con todos esos escándalos relacionados con sus antiguos compañeros de cuarto? Puede que nada. Puede que mucho. Pero tenía la impresión de que se le estaba escapando algo importante.

—Bueno —dijo—. ¿Qué quiere de mí?

—Estoy intentando averiguar si Dan secuestró realmente a esa chica.

—¿Por qué?

—Para echar una mano en la investigación, supongo.

—¿Y así poder dormir mejor de noche?

—Tal vez.

—En ese caso, ¿qué clase de respuesta le ayudará a dormir mejor?

—No la entiendo.

—Vamos a ver: si Dan mató a Haley, ¿se sentiría usted mejor respecto a lo que ha hecho? Como ya me ha dicho, el tipo estaba condenado a volverlo a hacer. Usted le detuvo... aunque algo tarde. Y si Dan no la mató... pues qué se le va a hacer, ¿no? Total, usted sigue convencido de que habría acabado haciendo daño a otros, ¿no? En cualquier caso, la única manera de detenerlo era matándolo. Tengo la impresión de que lo único que puede causarle insomnio es la posibilidad de que Haley esté viva en algún lado y usted haya empeorado su situación.

Ed Grayson negó con la cabeza.

—Olvídelo.

Y empezó a alejarse de allí.

—¿Hay algo que no entiendo? —le preguntó Wendy.

—Como ya le he dicho antes —Grayson arrojó la colilla al suelo y siguió andando—, no tiene usted ni idea.

¿Y ahora qué?

Wendy podía seguir buscando pistas que probaran que Dan y Haley andaban metidos en alguna relación consensuada, aunque funesta, pero... ¿para qué? Hasta la policía mantenía ahora esa teoría. Y pensaban seguirla. Ella debía atacar desde otro ángulo.

Los cinco compañeros de cuarto en Princeton.

Cuatro de ellos se habían hundido tras sendos escándalos el año pasado. Y el quinto, bueno, puede que también, aunque lo suyo no figurase en la red. Así pues, Wendy volvió al Starbucks de Englewood para seguir con sus pesquisas. Cuando entró, antes incluso de detectar al Club de los Padres, la voz rapera de Ten-A-Fly atronaba desde los altavoces.

*Charisma Carpenter, yo te amo.  
Quiero que me digas: Ven, que te la mamo.  
Pero no hay manera, nena...*

—Hola, tía —la saludó Ten-A-Fly.

Y Wendy se quedó quieta.

—Hola.

Ten-A-Fly iba vestido con una sudadera azul con capucha, modelo negro del Bronx. Llevaba la capucha puesta por encima de una gorra roja de béisbol con la visera tan grande que hasta un camionero de los años setenta habría sido incapaz de lucirla. Detrás de él, Wendy pudo ver al tío que iba vestido de tenista. Estaba escribiendo como un loco en un ordenador. El padre joven con el bebé en la mochilita se movía adelante y atrás, haciendo ruiditos tranquilizadores.

Ten-A-Fly agitó una pulsera de bisutería que le habría quedado muy bien la noche de Halloween.

—Te vi anoche en mi bolo.

—Pues sí.

—¿Te gustó?

Wendy asintió.

—Fue la hostia.

Eso le encantó. Alzó el puño para chocar los nudillos con la recién llegada, que se prestó a la solicitud.

—Tú sales por la tele, ¿no?

—Así es.

—¿Y has venido a hacerme un reportaje?

El tenista del ordenador añadió:

—Deberías hacerlo. —Y señaló a la pantalla—. Aquí están pasando un montón de cosas.

Wendy se acercó para echarle un vistazo al ordenador.

—¿Estás en eBay?

—Así es como me gano ahora la vida —dijo el tenista—. Desde que me despidieron...

—Aquí donde lo ves, Doug estaba en Lehman Brothers —le interrumpió Ten-A-Fly—. Vio venir la catástrofe, pero nadie le hizo caso.

—Qué se le va a hacer —dijo Doug, haciendo un gesto de modestia con la mano—. En cualquier caso, en eBay sigo siendo solvente. Primero vendí casi todo lo que tenía. Luego empecé con las ventas de garaje y me puse a comprar cosas, arreglarlas y volverlas a vender.

—¿Y con eso te ganas la vida?

Se encogió de hombros.

—La verdad es que no. Pero, por lo menos, hago algo.

—¿Te gusta el tenis?

—Ah, no, yo no juego al tenis.

Wendy se lo quedó mirando.

—La que juega es mi mujer. Mi segunda mujer, en realidad. Hay quien la consideraría una esposa trofeo. No paraba de quejarse de que había abandonado una carrera maravillosa para cuidar de los críos, pero la verdad es que lo único que hace es jugar al tenis a diario. Yo le sugerí que volviera a trabajar, pero me dijo que ya era demasiado tarde. Por consiguiente, sigue jugando al tenis cada día. Y ahora me odia. No puede ni verme. Por eso voy de tenista.

—¿Con qué objetivo?

—No lo sé muy bien. Es una forma de protesta, supongo. Me deshice de una buena mujer, y le hice mucho daño, por una tía buena. Ahora la buena mujer ha seguido adelante con su vida y ya ni me tiene manía. Intuyo que me he llevado mi merecido, ¿no?

Wendy no tenía el menor interés en seguir por ahí. Miró la pantalla.

—¿Y ahora qué estás vendiendo?

—Recuerdos de Ten-A-Fly. Y su CD, claro está.

Había copias encima de la mesa. Ten-A-Fly aparecía en la portada vestido de Snoop Dogg pasado de vueltas, y haciendo unos gestos con las manos que más que intimidar remitían a algún tipo inusual de deficiencia psíquica. El disco se llamaba *Un truño en las afueras*.

—¿Truño? —preguntó Wendy.

—Argot del gueto —dijo Doug, el tenista.

—¿Y qué significa?

—Más te vale no saberlo. El caso es que estamos vendiendo CD, camisetas,

gorras, llaveros y pósteres. Pero ahora estoy metiendo ejemplares únicos. Por ejemplo, la genuina cinta para el pelo que Ten-A-Fly llevaba en el concierto de anoche.

Wendy echó un vistazo y no dio crédito al ritmo de las pujas.

—¿Ya está en seiscientos dólares?

—Seiscientos veinte ahora mismo. Como te he dicho, aquí pasan muchas cosas. Las bragas que le arrojó una admiradora también se valoran.

Wendy miró a Fly.

—Pero ¿la admiradora no era tu mujer?

—¿Y qué?

Buena pregunta.

—No, nada. ¿Anda Phil por aquí?

Mientras hacía la pregunta, Wendy le vio detrás de la barra, hablando con el camarero. Sonreía cuando se dio la vuelta y la vio, momento en que la sonrisa se esfumó. Phil fue deprisa hacia ella, que le paró a medio camino.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Tenemos que hablar.

—Ya hemos hablado.

—Tenemos que hablar más.

—Yo no sé nada.

Wendy se acercó un paso más a él.

—¿No eres consciente de que aún hay una chica desaparecida?

Phil cerró los ojos.

—Sí, claro que lo soy —dijo—. Lo que pasa es que no sé nada.

—Cinco minutos. Hazlo por Haley.

Phil asintió. Se instalaron en una mesa situada en un rincón. Era rectangular y lucía un cartelito con las palabras: «Por favor, reserven esta mesa para nuestros clientes impedidos».

—Durante tu primer curso en Princeton —dijo Wendy—, ¿con quién más compartíais Dan y tú el alojamiento?

Phil frunció el ceño.

—¿Y eso qué importancia puede tener?

—Tú contéstame, ¿vale?

—Éramos cinco. Además de Dan y de mí, estaban Farley Parks, Kelvin Tilfer y Steve Miciano.

—¿Seguisteis juntos más años?

—¿Esto va en serio?

—Por favor.

—Vale. En el segundo o el tercer curso, Steve se fue un semestre a España. A Madrid o Barcelona. Y creo que en segundo, Farley vivió en el edificio de una fraternidad.



—¿Tú no te sumaste a ninguna?

—No. Ah, y estuve fuera el primer semestre del cuarto curso. Ampliación de estudios en Londres. ¿Satisfecha?

—¿Os mantuvisteis en contacto?

—La verdad es que no.

—¿Qué fue de Kelvin Tilfer?

—No he sabido nada de él desde que nos licenciamos.

—¿Sabes dónde vive?

Phil negó con la cabeza. El camarero le trajo una taza de café y se la puso delante. Phil miró a Wendy, para ver si también quería una, pero ella le dijo que no con un gesto.

—Kelvin era del Bronx. Puede que haya vuelto allí. Lo ignoro.

—¿Y los demás? ¿Hablas con ellos de vez en cuando?

—Sabía de Farley, pero hace tiempo. Sherry y yo le montamos una recogida de fondos el año pasado. Se presentaba al Congreso, pero no le salió bien.

—Pues de eso se trata, Phil.

—¿A qué te refieres?

—A que nada os ha salido bien a ninguno de vosotros.

Phil llevó la mano a la taza, pero no la levantó.

—Me temo que no te sigo.

Wendy sacó de un sobre lo que había impreso y lo puso sobre la mesa.

—¿Y esto qué es? —preguntó Phil.

—Empecemos por ti.

—¿Qué pasa conmigo?

—Hace un año, te hundiste por una estafa de cerca de dos millones de dólares.

A Phil se le abrieron más los ojos.

—¿Cómo sabes la cifra?

—Tengo mis fuentes.

—La acusación era falsa. Yo no lo hice.

—No estoy diciendo que lo hicieras. Tú préstame atención, ¿vale? Primero, a ti te acusan de estafa. —Wendy abrió otra carpeta—. Dos meses después, Farley se hunde por culpa de un escándalo político en el que anda una prostituta por en medio. —Siguiendo expediente—. Al cabo de un mes, Dan Mercer aparece en mi programa de televisión. Y acto seguido, saltémonos un par de meses, al doctor Steve Miciano lo detienen por posesión ilegal de fármacos con receta.

Las carpetas con material sacado de Internet seguían sobre la mesa. Phil se las quedó mirando fijamente, pero sin tocarlas, como si le diesen miedo.

—¿No te parece una coincidencia de la hostia? —le preguntó Wendy.

—¿Y Kelvin?

—De Kelvin aún no tengo nada.

—¿Has encontrado todo esto en un solo día?

—No me ha costado mucho. Bastó con una sencilla búsqueda en la red.

A su espalda, Ten-A-Fly decía:

—¿Puedo verlo?

Se dio la vuelta. Ahí estaban todos, los restantes miembros del Club de los Padres.

—¿Estabais escuchándonos?

—No te ofendas —dijo Doug—. La gente viene aquí y se pone a hablar a gritos de las cosas más privadas. Es como si pensarán que les han puesto encima una campana aislante. Te acostumbras a poner la oreja. Phil, todo ese follón de la estafa... ¿es el motivo por el que te despidieron?

—No. Fue la excusa. Me echaron igual que a todos vosotros.

Ten-A-Fly se inclinó para hacerse con las hojas. Se puso unas gafas de lectura y procedió a su estudio.

—Sigo sin entender qué tiene que ver todo esto con la chica desaparecida —dijo Phil.

—Puede que nada —dijo Wendy—. Pero vayamos paso a paso. Te ves metido en un escándalo. Tú aseguras ser inocente.

—Soy inocente. ¿Por qué te crees que estoy en libertad? Si mi empresa tuviera alguna prueba, ya estaría en la cárcel. Saben que las acusaciones eran pura filfa.

—Pero ¿no te das cuenta? Eso lo explica todo. Piensa en Dan. Acabó saliendo de rositas. Y que yo sepa, ni Steve Miciano ni Farley Parks están en prisión. No se ha podido probar ninguna de las acusaciones contra vosotros... Pero esas acusaciones os hundieron.

—¿Y bien?

—¿Estás de broma, Phil? —dijo Doug.

Wendy asintió.

—Cuatro tíos de Princeton, todos en la misma clase, viviendo juntos en la universidad, y les cae un escándalo a cada uno con cosa de un año de diferencia.

Phil se lo pensó.

—Menos a Kelvin.

—Aún no lo sabemos —dijo Wendy—. Tenemos que encontrarle para cerciorarnos.

Owen, el del bebé colgando del pecho, dijo:

—Igual es el tal Kelvin el que está detrás de todo.

—¿Detrás de qué? —dijo Phil mirando a Wendy—. Esto es una broma, ¿no? ¿Por qué iba a querer Kelvin hacernos daño?

—Hombre... —dijo Doug—. Una vez vi una peli que iba de eso. Phil, ¿formabais parte de Skull & Bones o de alguna otra sociedad secreta?

—¿Qué? No.

—Igual os cargasteis a una chica y enterrasteis su cuerpo, y ahora se está vengando de vosotros. Creo que es lo que pasaba en esa película.

—Déjalo, Doug.

—Pero no va del todo desencaminado —dijo Wendy—. Vamos a ver, dejando aparte el melodrama, ¿pudo haber sucedido algo en Princeton?

—¿Como qué?

—Algo que llevara a que alguien fuese a por vosotros al cabo de tantos años.

—No.

Lo dijo con demasiada rapidez. Ten-A-Fly seguía mirando a través de sus gafas de media luna —ofreciendo un aspecto insólito en un rapero—, estudiando los papeles.

—Owen —dijo.

Y el tío de la mochilita se le acercó. Fly rompió un trozo de papel.

—Esto es un videoblog. Búscalo en la red y a ver qué encuentras.

—Sin problemas —dijo Owen.

—¿Qué estás pensando? —le preguntó Wendy al rapero de las antiparras.

Pero Ten-A-Fly seguía pasando páginas. Volvió a mirar a Phil. Tenía los ojos clavados en el suelo.

—Piensa, Phil.

—No pasó nada.

—¿Teníais enemigos?

Phil frunció el ceño.

—Solo éramos una pandilla de universitarios.

—Aun así. Igual os metisteis en alguna pelea. Puede que uno de vosotros le levantara la novia a alguien.

—No.

—¿No se te ocurre nada?

—No hay nada. Te lo aseguro. Estás llamando a la puerta equivocada.

—¿Y qué me dices de Kelvin Tilfer?

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Nunca se sintió marginado por vosotros?

—No.

—Era el único negro del grupo.

—¿Y qué?

—Solo estoy dando palos de ciego —dijo Wendy—. ¿Tal vez le sucedió algo a él?

—¿En clase? No. Kelvin era rarito, un genio de las matemáticas, pero nos caía bien a todos.

—¿A qué te refieres con lo de «rarito»?

—Pues raro, diferente, especial, un poco disperso. Llevaba unos horarios extrañísimos. Le gustaba salir a pasear avanzada la noche. Hablaba en voz alta cuando se enfrentaba a problemas matemáticos. Era raro en plan sabio loco. Hay mucha gente así en Princeton.

—¿Y no recuerdas ningún incidente en la universidad?

—¿Algo que le llevara a hacer algo así? No, en absoluto.

—¿Y algo más reciente?

—No he hablado con Kelvin desde que acabamos la carrera. Ya te lo he dicho.

—¿Por qué no?

Phil respondió a la pregunta con otra pregunta:

—¿A qué universidad fuiste, Wendy?

—A Tufts.

—¿Aún te tratas con alguien de allí?

—No.

—Pues yo tampoco. Éramos amigos. Perdimos el contacto. Como el noventa y nueve por ciento de las amistades universitarias.

—¿Alguna vez acudió a reuniones de exalumnos o cosas por el estilo?

—No.

Wendy le dio vueltas al asunto. Intentaría contactar con el departamento de exalumnos de Princeton. Igual tenían algo.

—He encontrado algo —dijo Ten-A-Fly.

Wendy se volvió hacia él. Vale, el atuendo seguía siendo ridículo —esos pantalones holgados y flojos, la gorra con la enorme visera, la camiseta de Ed Hardy...—, pero resultaba sorprendente comprobar cómo es la actitud lo que define a un personaje. Ten-A-Fly había desaparecido. Norm había vuelto.

—¿De qué se trata? —le preguntó.

—Antes de que me echaran, yo trabajé en marketing para varias compañías por Internet. Nuestra principal tarea consistía en que la empresa fuese conocida de manera positiva. Crear interés por ella, sobre todo en la red. Así pues, nos dedicamos a conciencia al marketing viral. ¿Sabes en qué consiste?

—No —reconoció Wendy.

—Se ha hecho tan importante que pronto resultará irrelevante: todo el mundo lo practicará y nadie se enterará de nada. Pero de momento, aún funciona. Incluso lo estamos utilizando para mi personaje rapero. Pongamos que estrenan una película. De inmediato, aparecen grandes reseñas o comentarios positivos en los tráileres de YouTube, en los boletines de cine, en unos blogs que la ponen por las nubes, etcétera. La mayoría de los primeros comentarios son falsos. Están escritos por un grupo de marketing contratado por la productora.

—Vale, ¿y eso qué pinta aquí?

—Resumiendo, aquí alguien lo hizo al revés. Con Farley Parks y el tal Miciano, seguro. Montaron blogs y lanzaron tweets. Pagaron a buscadores para que cuando quisieras saber algo de ellos, las entradas virales tuvieran preferencia y estuvieran al principio de la página. Es como el marketing viral, pero en vez de ayudar, destruye.

—Entonces —dijo Wendy—, si yo, por ejemplo, quisiera saber cosas del doctor Steve Miciano y lo buscase en la red...

—Encontrarías comentarios negativos a punta pala —terminó la frase Ten-A-Fly—. Páginas y páginas. Por no hablar de tweets, apuntes en redes sociales, mails anónimos...

—Nos pasó algo así cuando yo estaba en Lehman —dijo Doug—. Había gente que se metía en la red para decir cosas buenas de alguien, de manera anónima o con nombre falso, pero siempre había alguien que tenía algún interés oculto. Y lo contrario, claro está. Podías colgar rumores sobre un competidor peligroso al que acusabas de estar al borde de la bancarrota. Ah, y recuerdo una vez que un columnista financiero de la red dijo que Lehman se estaba hundiendo, ¿y sabéis qué? De repente, la blogosfera se llenó de falsas acusaciones contra él.

—Así pues, ¿todas estas acusaciones son un invento? —preguntó Wendy—. ¿Nunca detuvieron a Miciano?

—No —dijo Fly—, eso es cierto. Lo sacó un diario de verdad en un sitio de verdad. Pero las otras cosas que aparecen sobre él... Vamos a ver, mira lo que dicen en ese blog de que era un traficante de drogas. Y lo que dicen en ese otro de que había una prostituta en lo de Farley Parks. Páginas enteras escritas por alguien anónimo que no ha escrito nada más, solo los textos condenatorios de esa gente.

—O sea, que son todo maledicencias —concluyó Wendy.

Ten-A-Fly se encogió de hombros.

—Yo no digo que no lo hicieran. Puede que todos sean culpables... Menos tú, Phil, eso lo tenemos claro. Lo que estoy diciendo es que alguien quería que todo el mundo se enterase de sus desgracias.

Lo cual, como bien sabía Wendy, encajaba con su teoría del hundimiento por escándalo.

Ten-A-Fly miró a su espalda.

—¿Tienes algo, Owen?

Sin levantar la vista del ordenador, este repuso:

—Puede que pronto.

Ten-A-Fly siguió estudiando sus papeles. Un camarero gritó un encargo complicado a base de café semidescafeinado, espuma y un uno por ciento de soja. Otro tomaba notas en un vaso de cartón. La máquina de café sonaba como el silbido de una locomotora, ahogando los temas del *Truño*.

—¿Y el pedófilo que atrapaste? —preguntó Ten-A-Fly.

—¿Qué pasa con él?

—¿Recibió ataques virales?

—No se me había ocurrido comprobarlo.

—¿Owen? —dijo Ten-A-Fly.

—Estoy en ello. Dan Mercer, ¿no? —Wendy asintió y Owen pulsó unas cuantas teclas—. No hay gran cosa sobre Dan Mercer, solo unas pocas notas. Pero tampoco hace ninguna falta: el tío apareció en todos los periódicos.

—Tienes razón —dijo Ten-A-Fly—. Wendy, ¿cómo te enteraste de lo de Mercer?

Wendy ya se lo estaba preguntando mentalmente, y no le convencía gran cosa el camino que empezaba a recorrer.

—Me llegó un mail anónimo.

Phil meneó la cabeza, lentamente. Los demás se quedaron con la mirada ida unos instantes.

—¿Y qué decía ese email? —preguntó Ten-A-Fly.

Wendy sacó la Blackberry. Aún conservaba ese correo electrónico. Lo encontró, lo puso en pantalla y le pasó el chisme a Ten-A-Fly.

«Hola, he visto algunas veces tu programa. Creo que deberías prestar atención a un tío siniestro que he conocido en la red. Tengo trece años y estaba participando en un chat de SocialTeen. El tío hacía como que tenía mi edad, pero resultó que era mucho mayor. Creo que tiene unos cuarenta. Es igual de alto que mi padre —o sea, un metro ochenta— y tiene los ojos verdes y el pelo rizado. Parecía tan amable que quedé con él para ir al cine y me obligó a ir a su casa. Fue horroroso. Tengo miedo de que les haya hecho lo mismo a otras chicas porque sé que trabaja con niños. Por favor, haga lo que pueda para que no haga daño a más chicas.

Ashlee (no es mi auténtico nombre, ¡lo siento!).

P. D. Ahí va un link con la sala de chats de SocialTeen. Su seudónimo es DrumLover 17».

Todos leyeron el mail en silencio y por turnos. Wendy estaba atónita. Cuando Ten-A-Fly le devolvió el móvil, le dijo:

—Supongo que intentó responderle, ¿no?

—Sí, pero nadie se dio por aludido. Intentamos rastrear el mensaje, pero no llegamos a ningún lado. Os aseguro que no me basé exclusivamente en ese mail —añadió Wendy, intentando aparentar que no se ponía excesivamente a la defensiva—. Quiero decir que eso solo fue el principio. Nos movemos a partir de ahí, pero es lo que hacemos siempre. Entramos en chats y hacemos como que somos unas crías para ver si sale a la palestra algún pervertido. O sea, que entramos en el chat de SocialTeen de la manera habitual. DrumLover 17 estaba ahí. Aparentaba ser un chico de diecisiete años que tocaba la batería. Organizamos un encuentro y apareció Dan Mercer.

Ten-A-Fly dijo que sí con la cabeza.

—Recuerdo haber leído algo al respecto. Mercer sostenía que creía haber quedado con otra chica, ¿verdad?

—Exacto. Trabajaba en un refugio para personas sin hogar. Aseguraba que una chica a la que ayudaba le había citado en nuestra casa trampa. Pero tened presente que teníamos evidencias de lo más sólidas: los chats de DrumLover 17 y los correos electrónicos, muy explícitos, enviados a nuestra niña falsa de trece años desde un ordenador portátil que se encontró en casa de Dan Mercer.

Nadie comentó nada al respecto. Doug hizo como que daba un golpe de raqueta. Phil parecía que acabara de recibir un martillazo en la cabeza. Solo Ten-A-Fly se

mantenía en danza. Miró a Owen.

—¿Ya estás?

—Necesitaré el ordenador de mesa para un análisis más completo de los vídeos —repuso Owen.

Wendy estaba preparada para pasar al siguiente tema.

—¿Qué andas buscando?

El bebé que Owen llevaba colgado al cuello se le había quedado dormido contra el pecho, con la cabeza torcida de esa manera que a Wendy siempre la había puesto nerviosa. Le vino otro recuerdo: John llevando a Charlie en una mochilita. Volvió a preguntarse qué haría ahora John con su hijo, que ya era casi un hombre, y le entraron ganas de llorar por todo lo que el pobre se había perdido. Eso era lo que siempre la atormentaba, en cada cumpleaños, en cada comienzo de curso, cuando veían la tele juntos, en cualquier situación. No se trataba únicamente de lo que Ariana Nasbro les había arrebatado a Charlie y a ella, sino también de aquello de lo que había desposeído a John. Todo lo que le había obligado a perderse.

—Owen trabajó como técnico en un programa matutino de televisión —explicó Phil.

—Voy a simplificar esto todo lo que pueda —dijo Owen—. ¿Sabes que tu cámara digital funciona con megapíxeles?

—Sí.

—Muy bien, pues pongamos que haces una foto y la cuelgas en la red. Digamos que las medidas son diez por quince. Cuantos más megapíxeles, más pesa el archivo. Pero por regla general, digamos que una imagen de cinco megapíxeles es básicamente igual a otra del mismo tamaño, sobre todo, si ha sido tomada por la misma cámara.

—Vale.

—Lo mismo puede decirse de los vídeos digitales descargados, como estos. Cuando vuelva a casa, puedo dedicarme a buscar efectos especiales y otras señales reveladoras. Pero ahora y aquí, lo único que puedo ver es el tamaño del archivo, y luego puedo dividir el tiempo. Dicho de una manera sencilla, se utilizó el mismo tipo de grabadora de vídeo para hacer estos dos. Por sí solo, eso no significa gran cosa. Se han vendido cientos de miles de video-cámaras iguales. Pero merece la pena investigar.

Ahora estaban todos juntos, el Club de los Padres al completo: Norm, alias Ten-A-Fly el rapero, Doug el tenista, Owen el de la mochilita y Phil el del supertraje.

—Queremos ayudar —dijo Ten-A-Fly.

—¿Cómo? —le preguntó Wendy.

—Queremos demostrar la inocencia de Phil.

—Norm... —dijo este.

—Eres nuestro amigo, Phil.

Los demás emitieron un murmullo para confirmarlo.

—Déjanos, ¿vale? No tenemos nada mejor que hacer, aparte de reunirnos aquí y dar pena. Ya está bien de regodearse en el fracaso. Volvamos a hacer algo constructivo... Utilicemos nuestra experiencia.

—No puedo pedirlos que hagáis algo así —dijo Phil.

—No hace falta que nos lo pidas —siguió Norm—. Sabes que queremos hacerlo. Joder, puede que lo necesitemos más que tú.

Phil no dijo nada.

—Podemos empezar con lo del marketing viral, ver si podemos averiguar de dónde salió. Podemos ayudarte a encontrar al compañero de cuarto que falta, ese tal Kelvin. Todos tenemos críos, Phil. Si mi hija estuviese desaparecida, agradecería toda la ayuda que pudiera obtener.

Phil asintió.

—De acuerdo —dijo—. Gracias.

Todos tenemos algún talento. Eso decía Ten-A-Fly. Había que utilizar la propia experiencia. Había algo en esas frases que a Wendy se le quedó grabado. Experiencia. Tenemos una tendencia a inclinarnos hacia aquello que se nos da bien, ¿no es cierto? Wendy veía los escándalos con ojos de periodista. Ten-A-Fly los observaba con los de un gurú del marketing. Owen, a través del objetivo de una cámara...

Al cabo de unos minutos, Ten-A-Fly acompañó a Wendy hasta la puerta.

—Nos mantendremos en contacto —le dijo.

—En tu caso, yo no sería tan dura conmigo misma —dijo ella.

—¿A qué te refieres?

—A lo que decías del fracaso. —Wendy señaló el ordenador con un movimiento de cabeza—. Un fracasado no le saca seiscientos dólares a una cinta para el pelo usada.

Ten-A-Fly sonrió.

—Eso te ha impresionado, ¿verdad?

—Sí.

El rapero se le acercó un poco más y susurró.

—¿Te apetece saber un secretito?

—Por supuesto.

—La compradora es mi mujer. De hecho, tiene dos personajes distintos en la red y apuesta contra sí misma para que la cosa tenga buena pinta. Ella cree que no lo sé.

Wendy asintió.

—Eso me da la razón.

—¿De qué manera?

—¿Cómo puede ser un fracasado alguien al que su mujer quiere tanto?



Las nubes habían oscurecido el parque estatal de Ringwood. Marcia McWaid atravesaba la espesura con su marido, Ted, a unos pasos por delante. Marcia confiaba en que no lloviese, pero tenía que reconocer que las nubes representaban cierta mejora en relación con el implacable sol matutino.

Ni Ted ni Marcia eran muy dados al senderismo, al camping o a ningún otro tipo de «comunidad con la naturaleza». Antes —ahora siempre había un «antes», un mundo hecho añicos de una era muerta, cuando todo era de una maravillosa ingenuidad—, los McWaid preferían los museos, las librerías y las cenas en restaurantes de moda.

Cuando Ted miró a su derecha, Marcia se fijó en su perfil, y lo que vio la sorprendió. Pese a la evidencia de que estaban llevando a cabo una tarea espantosa, había un esbozo de sonrisa en su bello rostro.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Marcia a su marido.

Pero él siguió caminando, con la sonrisa puesta. Tenía los ojos salpicados de lágrimas, pero lo cierto es que los tenía así desde hacía tres meses.

—¿Te acuerdas del espectáculo de danza de Haley?

Solo había habido uno, cuando Haley tenía seis años.

—Creo que es la última vez que la vi vestida de rosa —dijo Marcia.

—¿Te acuerdas del disfraz que llevaban todas?

—Claro que sí —afirmó Marcia—. Se supone que iban de algodón de azúcar.

—Curioso recuerdo. La verdad es que no tenía nada que ver con ella.

—Cierto.

—¿Y bien?

Ted se detuvo ante una cueva.

—¿Recuerdas el espectáculo en sí?

—Fue en el auditorio de la escuela.

—Exacto. Los padres estábamos ahí sentados y la cosa duraba tres horas y era aburridísima. Lo único que esperábamos todos eran los dos minutos de gloria de nuestro retoño. Y recuerdo que el número de Haley, el baile del algodón de azúcar, era el octavo o el noveno de un total de, no sé, veinticinco o treinta, y cuando aparece, tú y yo nos damos unos codazos. Recuerdo haber sonreído. Ahí estoy, mirando a mi hija y, por unos instantes, experimentando una dicha superlativa. Es como si tuviera una luz en el pecho cuando la miro y veo su carita preocupada, porque ya sabes cómo es... Entonces Haley ya era Haley. No quería que nada le saliera mal. Cada pasito es exacto y preciso. Vamos a ver, no hay ni ritmo ni expresión, pero Haley no comete ningún error. Y estoy mirando a esa pequeña maravilla, henchido de orgullo.

Ted la miró como si quisiera confirmar ese recuerdo. Marcia asintió, y puede que entonces, pese a lo horrible de su tarea, también se le dibujara una sonrisita en el

rostro.

—Y tú estás sentada allí —continuó Ted—, con lágrimas en los ojos, y piensas en lo maravilloso que es ese instante, y entonces, eso es lo más sorprendente, echas un vistazo circular al auditorio, a los demás padres, y te das cuenta de que cada uno de ellos siente exactamente lo mismo por su propia hija. Todo es de lo más obvio y sencillo, pero hay algo en ello que me abruma. No me puedo acabar de creer ese sentimiento brutal, que esa oleada de amor no nos pertenezca exclusivamente a nosotros, que lo que estamos experimentando no sea algo único... Y al mismo tiempo, todo resulta más grande así. Recuerdo haber mirado a los demás padres del público. Haber visto las sonrisas y los ojos húmedos. Las mujeres que estrechan la mano de sus maridos, sin intercambiar palabra. Y recuerdo haberme sentido asombrado, como... como, no sé, como si no me pudiera creer que una sala, un auditorio escolar, pudiese contener un amor tan puro sin llegar a despegarse de la tierra.

Marcia quería decir algo, pero no se le ocurría nada. Ted se encogió de hombros, se dio la vuelta y enfiló la subida. Clavó el pie en el suelo, se agarró a un arbolito y lo usó para impulsarse hacia arriba. Finalmente, Marcia dijo:

—Ted, tengo tanto miedo...

—No pasará nada —dijo él.

Ya no había sonrisas. Las nubes seguían oscureciendo el entorno. Un helicóptero volaba por encima de ellos. Ted le dio la mano a Marcia. La ayudó a subir. Y ambos siguieron buscando a su hija.

Dos días después, en una tumba poco profunda situada en la parte más alejada del parque estatal de Ringwood, la unidad canina encontró el cadáver de Haley McWaid.

## SEGUNDA PARTE

Todos los funerales son más o menos iguales. Las mismas oraciones, la habitual lectura de algún pasaje bíblico y esas palabras de supuesto consuelo que, especialmente en tales circunstancias, a alguien de fuera se le antojan unas racionalizaciones de lo más ridículas o unas justificaciones algo obscenas. Lo que ocurre en el púlpito es invariable; lo único que cambia es la reacción de los deudos.

El funeral de Haley McWaid fue como una manta oscura y tupida que hubiese cubierto a toda la comunidad. El dolor te agobiaba, entorpecía tu paso y te introducía esquirlas de vidrio en los pulmones para que hasta el simple acto de respirar te pareciera una agonía. Ahora, todo el mundo sufría, pero Wendy sabía que eso no duraría mucho. Se había dado cuenta cuando la prematura muerte de John. El dolor te devasta y te consume. Pero para los amigos, incluso los más cercanos, no pasa de ser una molestia. A la familia le dura mucho más, puede que para siempre, pero lo más probable es que así hayan de ser las cosas.

Wendy se quedó al final de la iglesia. Llegó tarde y se fue temprano. No miró a Marcia o a Ted en ningún momento. Su cerebro se lo impedía, «no quería ir por ahí», como solía decir Charlie, que estaba vivo y coleando. Era un mecanismo de defensa, pura y simplemente. Y eso ya le parecía bien.

El sol brillaba. Solía suceder en los días de entierro. Una vez más, su mente quería volver a John, al féretro cubierto, pero combatió de nuevo esa tendencia. Echó a andar calle abajo. Se detuvo en la esquina, cerró los ojos y levantó la cara hacia el sol. Su reloj decía que eran las once de la mañana. Ya era hora de verse con el sheriff Walker en la oficina del examinador médico.

Situada en Newark, en la parte más deprimente de la calle Norfolk, la oficina del examinador médico incluía los condados de Essex, Hudson, Passaic y Somerset. Newark se había revitalizado un tanto últimamente, pero las novedades no habían llegado a esas manzanas de la zona este. Aunque también era cierto que ¿para qué serviría colocar la oficina del EM en un sitio pijo? El sheriff Walker la recibió en la calle. Siempre se le veía algo incómodo con su propio tamaño, y tal vez por eso hundía los hombros. Wendy casi esperaba que el hombre se agachara para hablar con ella, como se hace con los niños, y eso le resultaba de lo más tierno.

—Unos días ocupados para ambos, me temo —dijo Walker.

La muerte de Haley McWaid había exonerado a Wendy de sobras. Vic la había vuelto a contratar para ascenderla a presentadora estrella del fin de semana. Las agencias de noticias querían entrevistarla, hablar de Dan Mercer y de cómo ella, la intrépida reportera, no solo había acabado con un pedófilo, sino también con un asesino.

—¿Dónde está el investigador Tremont? —preguntó.

—Se ha jubilado.

—¿No piensa cerrar el caso?

—¿Qué queda por cerrar? Haley McWaid fue asesinada por Dan Mercer. Mercer está muerto. No queda gran cosa que hacer, ¿no le parece? Seguiremos buscando el cadáver de Mercer, pero tengo otros casos a mi cargo... Y total, ¿quién tiene ganas de juzgar a Ed Grayson por cargarse a ese miserable?

—¿Está seguro de que fue él quien lo hizo?

Walker frunció el ceño.

—¿Usted no?

—Solo se lo pregunto.

—Primero, no es mi caso. Es de Frank Tremont. Y él parece bastante convencido. Pero no se ha acabado del todo. Estamos profundizando en la vida de Dan Mercer. Estamos investigando otros casos de chicas desaparecidas. Quiero decir, si no fuese por el móvil de Haley que encontramos en la habitación, lo más probable es que nunca hubiésemos conseguido relacionarla con Dan. Podría llevar años haciéndolo, con muchas otras crías. Puede que otras chicas desaparecidas se cruzaran en su camino, pero no lo sabemos. En cualquier caso, yo soy un sheriff de este condado, y esos delitos ni siquiera se cometieron en mi jurisdicción. Que se encarguen de ellos los federales.

Entraron en el despacho, más bien anodino, de Tara O'Neill, la examinadora médica. Wendy agradecía que se encontrasen en una habitación que se parecía más al despacho de un subdirector que a algo relacionado con cadáveres humanos. Las dos mujeres ya se conocían, de cuando Wendy cubría crímenes locales. Tara O'Neill lucía un elegante vestido negro —siempre mejor que un delantal—, pero lo que siempre le sorprendía de ella era su impresionante belleza, aunque le recordaba un poco a Morticia Adams. Tara era alta, con un cabello largo y negrísimo y un rostro sereno, pálido y luminoso, aspecto que podría ser descrito como «gótico etéreo».

—Hola, Wendy.

Se levantó de la silla para darle la mano por encima de la mesa. Su apretón era fuerte y formal.

—Hola, Tara.

—No sé muy bien por qué tenemos que hablar tan en privado —dijo la anfitriona.

—Considere que nos hace un favor —le dijo Walker.

—Pero usted ni siquiera tiene jurisdicción aquí, sheriff.

Walker se abrió de brazos.

—¿De verdad tengo que seguir los canales preceptivos?

—No —dijo Tara. Se sentó y les invitó a hacer lo propio—. ¿En qué puedo ayudarles?

La silla era de madera y no estaba diseñada, precisamente, para resultar cómoda. Tara se sentó con la espalda recta y se quedó a la espera, con ese tono profesional que tan del agrado de los muertos debía de ser. Al cuarto le vendría bien una mano de pintura, pero como dice el viejo chiste, los pacientes de profesionales como Tara nunca se quejaban.

—Como le dije por teléfono —empezó Walker—, queremos que nos cuente todo lo que sepa de Haley McWaid.

—Por supuesto. —Tara miró a Wendy—. ¿Empezamos por el proceso de identificación?

—Eso sería perfecto —dijo Wendy.

—Primero, no hay duda de que el cuerpo encontrado en el parque estatal de Ringwood corresponde a la desaparecida Haley McWaid. Se había descompuesto bastante, pero el esqueleto permanecía intacto, al igual que el cabello. Resumiendo, se parecía mucho a sí misma, pero le faltaba la piel. ¿Quieren ver una foto de los restos?

Wendy le lanzó una mirada a Walker, quien puso cara de que igual vomitaba.

—Sí —dijo Wendy.

Tara deslizó las fotografías por encima de la mesa como si fuesen las cartas de un restaurante. Wendy se preparó para lo peor. Su estómago no resistía muy bien la sangre. Hasta las películas para mayores de catorce años la inquietaban. Les dirigió una breve mirada y apartó la vista, pero incluso en ese segundo, por horrible que fuera, pudo distinguir los rasgos de Haley McWaid entre la podredumbre.

—Ambos progenitores, Ted y Marcia McWaid, insistieron en ver el cadáver de su hija —prosiguió O'Neill en tono monótono—. Ambos la reconocieron y aportaron sendas identificaciones sin asomo de duda. Nosotros dimos algunos pasos más. La estatura y el tamaño del esqueleto coincidían. Haley McWaid se había roto la mano a los doce años, por el hueso metacarpiano del dedo anular. La herida se había curado, pero aún quedaban señales en una radiografía. Y por supuesto, realizamos una prueba de ADN a partir de una muestra proporcionada por su hermana, Patricia. Coincidió. En resumen, no hay duda alguna sobre la identificación.

—¿Y la causa de la muerte?

Tara O'Neill juntó las manos y las apoyó en el escritorio.

—Indeterminada, a estas alturas.

—¿Cuándo cree que lo sabrá?

Tara O'Neill se inclinó sobre la mesa para recuperar las fotografías.

—Si he de serles sincera, puede que nunca.

Guardó cuidadosamente las fotos en la carpeta, la cerró y se la puso a la derecha.

—Un momento. ¿Cree que igual no averigua nunca la causa del fallecimiento?

—Correcto.

—¿Y eso no es raro?

Finalmente, Tara O'Neill sonrió. Una sonrisa radiante que, al mismo tiempo, te ponía en tu sitio.

—No, la verdad es que no. Lamentablemente, nuestra sociedad se está criando con series de televisión en las que los examinadores médicos hacen milagros. Miran por el microscopio y encuentran todas las respuestas. Pero me temo que en la realidad no es así. Por ejemplo, hagámonos una pregunta: ¿le dispararon a Haley McWaid?

Primero, y esto procede principalmente de los técnicos en escenas del crimen, no se han encontrado balas. Y en el cuerpo, tampoco. Hice radiografías para ver si había alguna marca o desgarro inusuales en los huesos que pudieran indicar una herida de bala. No los había. Y por si eso no fuese suficientemente complicado, sigo sin poder eliminar del todo la posibilidad de que le dispararan. Puede que la bala no tocara el hueso. Como la mayor parte del cuerpo se ha descompuesto, no tendríamos por qué encontrar necesariamente señales de bala, si esta se limitó a atravesar el tejido. Por consiguiente, lo máximo que les puedo decir es que no hay muestras de tiros y que estos son improbables. ¿Me siguen?

—Sí.

—Bien. Podría llegar a la misma conclusión si hubiera sido apuñalada, pero tampoco lo podemos saber con certeza. Por ejemplo, si el atacante pinchó una arteria...

—Vale, creo que eso ya lo pillo.

—Y claro está, hay muchas más posibilidades. La víctima pudo ser asfixiada: la clásica almohada sobre la cara. Incluso en casos en que el cuerpo es hallado al cabo de unos días y no de unos meses, puede resultar difícil determinar con seguridad la asfixia. Pero en este caso en concreto, con el cuerpo enterrado, probablemente, hace tres meses, es virtualmente imposible. También le estoy haciendo algunas pruebas específicas sobre drogas, pero cuando un cadáver se desmorona así, segrega enzimas sanguíneas. Lo cual envía al garete muchas pruebas. Hablando claro, al descomponerse, el cuerpo se convierte en algo parecido al alcohol. Por lo que incluso esas pruebas de drogas en el tejido restante pueden acabar siendo muy poco fiables. El humor vítreo de Haley, el líquido que hay entre la retina y la lente ocular, se ha desintegrado, por lo que tampoco hemos podido utilizarlo para buscar restos de alguna droga.

—O sea, que no puede ni asegurarnos que se trate de un crimen, ¿no?

—Como examinador médico, no, no puedo.

Wendy miró a Walker, quien asintió.

—Nosotros sí podemos. Piénselo. Ni siquiera tenemos el cadáver de Dan Mercer. He visto casos en los que no había cuerpo y en los que se ha ido a juicio igualmente, y como ha dicho Tara, no es nada extraño que los cadáveres no aparezcan después de tanto tiempo.

O'Neill se levantó, indicándoles claramente que ya se podían ir.

—¿Algo más?

—¿Fue agredida sexualmente?

—Misma respuesta: no lo sabemos.

Wendy se puso de pie.

—Gracias por tu tiempo, Tara.

Tras otro apretón de manos fuerte y formal, Wendy se encontró de nuevo en la calle Norfolk junto al sheriff Walker.

—¿Ha servido de algo? —le preguntó este.

—No.

—Ya se lo dije.

—¿Y ya está? ¿Se acabó?

—¿Para este sheriff? ¿Oficialmente? Sí.

Wendy miró calle abajo.

—No dejo de oír que Newark se recupera.

—Pero no por aquí —sentenció Walker.

—Pues no.

—¿Y usted, Wendy?

—¿Yo, qué?

—¿Se ha acabado el caso para usted?

Negó con la cabeza.

—No del todo.

—¿Hay algo que me quiera explicar?

Volvió a decir que no con la cabeza.

—Aún no.

—Como usted quiera. —El grandullón se puso en marcha con los ojos clavados en el pavimento—. ¿Puedo preguntarle algo más?

—Claro.

—Me siento como un borrico. Creo que no es el mejor momento...

Wendy esperó.

—Cuando esto pase, dentro de unas semanas —Walker intentaba levantar los ojos para clavarlos en los de ella—, ¿le importa si la llamo?

De repente, el camino pareció aún más vacío.

—Veo que iba en serio lo de que no era el mejor momento.

Walker se metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros.

—Nunca he sido muy fino para esas cosas.

—Lo suficiente —dijo Wendy, haciendo esfuerzos para no sonreír. Pero así era la vida, ¿no? La muerte te hacía ansiar la vida. El mundo no es más que un montón de líneas que separan lo que llamamos extremos—. No, no me importaría lo más mínimo.

El bufete de Hester Crimstein, Burton & Crimstein, estaba en un edificio de la parte media de Manhattan y ofrecía unas vistas espléndidas del centro y del río Hudson. Hester podía ver el Intrepid, un acorazado naval convertido en museo. Y los enormes cruceros «de placer» con tres mil ociosos a bordo, de los que siempre pensaba que preferiría dar a luz antes que subirse a uno. La verdad es que esa vista, como cualquier otra, acababa por resultar rutinaria. A los visitantes les impresionaba, pero cuando ves cada día algo extraordinario, por mucho que te resistas a reconocerlo, deja



de parecértelo.

Ed Grayson estaba de pie frente a la ventana. Miraba al exterior como si disfrutara de la vista, pero si así era, lo disimulaba muy bien.

—Ya no sé qué hacer, Hester.

—Yo sí —le dijo ella.

—Te escucho.

—Ahí va mi consejo como profesional del derecho: no hagas nada.

Sin dejar de mirar por la ventana, Grayson sonrió.

—No me extraña que te forres.

Hester extendió los brazos.

—¿Tan fácil es?

—En este caso, sí.

—Ya sabes que mi mujer me ha dejado. Piensa trasladarse a Queens con E. J.

—Lamento oírlo.

—Todo este follón es culpa mía.

—Ed, no te lo tomes a mal, pero ya sabes que me revienta escuchar perogrulladas, ¿verdad?

—Verdad.

—Por lo tanto, vamos a aclarar las cosas: la has cagado a lo grande.

—Nunca le había zurrado la badana a nadie.

—Pero ahora sí.

—Y tampoco le había disparado a nadie.

—Pero ahora también. ¿Adónde quieres ir a parar?

Ambos se quedaron callados. Ed Grayson estaba a gusto en silencio. Hester Crimstein, no. Empezó a dar vueltas en la silla de su escritorio, se puso a jugar con un bolígrafo y suspiró teatralmente. Finalmente, se levantó y atravesó la sala.

—¿Ves eso?

Ed se dio la vuelta. Hester apuntaba a una estatuilla de la Justicia.

—Sí.

—¿Y sabes lo que es?

—Claro.

—¿Qué?

—¿Estás de broma?

—¿Qué es eso?

—La Justicia.

—Sí y no. Se la conoce por varios nombres. Justicia, a secas.

Justicia ciega. La diosa griega Themis. La diosa romana Justitia. La diosa egipcia Ma'at. O, incluso, las hijas de Themis, Dike y Astrea.

—¿Y adónde quieres ir a parar tú?

—¿Le has echado un buen vistazo a la estatuilla? La mayoría de la gente, lo primero que ve es la venda; y bueno, se trata de una referencia muy obvia a la

imparcialidad. Y también es una memez porque nadie es imparcial. No se puede evitar. Pero mira la mano derecha. Lleva una espada. Una espada de la hostia. Se supone que representa un castigo rápido, con frecuencia brutal y puede que hasta mortal. Pero ya ves, solo ella, que simboliza el sistema, puede llevarlo a término. El sistema, por jodido que esté, tiene el derecho a utilizar esa espada. Pero tú, amigo mío, no.

—¿Me estás diciendo que no debería haberme tomado la justicia por mi mano? — Grayson enarcó una ceja—. Caramba, Hester, qué profunda estás hoy.

—Mira la balanza, soplapollas. En la mano izquierda. Hay quien cree que la balanza representa a las dos partes de un conflicto: la acusación y la defensa. Otros dicen que la cosa va de justicia o de imparcialidad. Pero piénsalo bien. En realidad, las balanzas van sobre el equilibrio, ¿no? Mira, yo soy una abogada consciente de su reputación. Sé que la gente cree que me salto la ley o que aprovecho sus agujeros o que recurro al matonismo o que saco ventaja de ella. Y todo eso es cierto. Pero me mantengo dentro del sistema.

—¿Y con eso ya cumples?

—Pues sí. Porque ahí radica el equilibrio.

—Y yo, por seguir con las metáforas, ¿te desequilibro?

—Exactamente. Ahí está la belleza de nuestro sistema. Puede uno saltárselo y retorcerlo a su antojo, bien sabe Dios que yo lo hago constantemente, pero mientras te mantengas dentro de él, con razón o sin ella, las cosas acaban funcionando. Y si te sales, si pierdes el equilibrio, aunque sea con las mejores intenciones, llegan el caos y las catástrofes.

—Eso me parece un exceso de autorracionalización —dijo Ed Grayson mientras asentía con la cabeza.

Hester sonrió.

—Es posible. Pero sabes perfectamente que tengo razón. Tú querías enmendar un error. Pero ahora ya no hay equilibrio.

—O sea, que igual debería hacer algo para arreglar las cosas.

—No funciona así, Ed. Ya lo sabes. Déjalo correr y dale al equilibrio una oportunidad de regresar.

—¿Aunque signifique que el malo se va de rositas?

Hester extendió las manos y le sonrió.

—¿Y quién es ahora el malo, Ed?

Silencio.

No sabía muy bien cómo decirlo, así que fue directo al grano.

—La policía no tiene ni una pista sobre lo de Haley McWaid.

Hester le dio un par de vueltas al asunto.

—¿Y tú qué sabes? —dijo—. Igual somos nosotros los que no tenemos ni idea.

La casa perteneciente al investigador jubilado del condado de Essex Frank Tremont era de estilo colonial, chapada en aluminio, con dos dormitorios, un jardín pequeño, pero immaculado, y una bandera de los New York Giants colgada a la derecha de la puerta. Las peonías de las macetas tenían un color tan fuerte que Wendy se preguntó si no serían de plástico.

Recorrió los diez peldaños que separaban la acera de la puerta principal y llamó. Se movió una cortina de la ventana con vistas a la bahía. Al cabo de un instante, la puerta se abrió. Aunque el funeral había terminado hacía horas, Frank Tremont seguía llevando el traje negro. Se había aflojado la corbata y desabrochado los dos primeros botones de la camisa. No se había afeitado muy bien. Tenía los ojos turbios y a Wendy le pareció que olía un poco a licor.

Sin una palabra de bienvenida, Frank se hizo a un lado, emitió un profundo suspiro y le hizo una señal con la cabeza para que entrase. Y ella se coló en la casa. Solo había una lámpara encendida para iluminar la oscura habitación. Wendy reparó en una botella medio vacía de Captain Morgan en la gastada mesita de café. Ron. Caramba. Había varios periódicos abiertos y tirados por el sofá. En el suelo se destacaba una caja de cartón llena de lo que Wendy supuso que sería el contenido de su escritorio de trabajo. En la televisión emitían un programa de gimnasia en el que aparecía un entrenador excesivamente entusiasta y un montón de estómagos modelo chocolatina, jóvenes, bellos y aceitosos. Wendy devolvió la vista a Tremont, que se encogió de hombros.

—Ahora que estoy jubilado, pensé que me convendría hacer gimnasia.

Wendy trató de sonreír. Había fotografías de una adolescente en una mesita auxiliar. El peinado de la muchacha había estado de moda hacía quince o veinte años, pero lo primero en lo que te fijabas era en la sonrisa: amplia y franca, pura dinamita, la clase de sonrisa que le rompe el corazón a un padre. Wendy estaba al corriente. La chica era, sin duda alguna, la hija de Frank, que había muerto de cáncer. Wendy observó de nuevo la botella de Captain Morgan y se preguntó cómo había logrado Frank no quedarse pegado a ella.

—¿Qué pasa, Wendy?

—Bueno... —empezó ella, intentando ganar tiempo—. ¿Se ha jubilado oficialmente?

—Pues sí. Una salida triunfal, ¿no cree?

—Lo siento.

—Siéntalo por la familia de la víctima.

Wendy asintió.

—Ha salido usted mucho en la prensa —le dijo Frank—. Este caso la ha hecho famosa. —Levantó el vaso para un brindis irónico—. Enhorabuena.

—Frank.

—¿Qué?

—No diga alguna estupidez que luego pueda lamentar.

Tremont asintió.

—Tiene usted razón.

—¿El caso está cerrado de manera oficial? —preguntó Wendy.

—Desde nuestra perspectiva, más bien sí. El culpable está muerto. Puede que enterrado en el bosque. Supongo que alguien más ingenioso que yo lo encontraría irónico.

—¿Volvieron a presionar a Ed Grayson para que dijese dónde estaba el cuerpo?

—Todo lo que pudimos.

—¿Y?

—No piensa hablar. Pensaba ofrecerle inmunidad total si nos decía dónde estaba el cadáver, pero el gran jefe, Paul Copeland, no estuvo de acuerdo.

Wendy pensó en Ed Grayson, en tratar de acercarse de nuevo a él, en ver si tal vez ahora querría hablar con ella. Tremont sacó los periódicos del sofá y la invitó a sentarse. Él se dejó caer en el sillón y agarró el mando a distancia del televisor.

—¿Sabe qué programa está a punto de empezar?

—No.

—*En el tribunal de Crimstein*. Ya sabe que representa a Ed Grayson, ¿no?

—Usted me lo dijo.

—Es verdad, lo había olvidado. En cualquier caso, Hester dijo algunas cosas interesantes cuando la interrogamos. —Cogió la botella de Captain Morgan y vertió un poco en el vaso. Le ofreció a Wendy, pero esta lo rechazó.

—¿Qué tipo de cosas?

—Mantén la teoría de que deberíamos darle una medalla a Ed Grayson por haberse cargado a Dan Mercer.

—¿Porque eso era justicia en estado puro?

—Bueno, eso sería parte del motivo, pero Hester pretendía ir más allá.

—¿Adónde?

—Si Grayson no hubiese matado a Mercer, nunca habríamos encontrado el iPhone de Haley. —Apuntó al televisor con el mando a distancia y lo apagó—. Apuntó que en tres meses de investigaciones no habíamos hecho ningún progreso, y que ahora Ed Grayson nos había proporcionado la única pista con la que contábamos para dar con el paradero de Haley. No contenta con eso, dijo que un buen detective habría investigado a un perverso notorio que tenía contactos en el vecindario de la víctima. ¿Y sabe qué?

Wendy negó con la cabeza.

—Pues que Hester tenía razón: ¿cómo pudo pasar por alto a un delincuente sexual conectado con el pueblo de Haley? Puede que Haley estuviese viva los primeros días. Igual podría haberla salvado.

Wendy contempló la eficaz, aunque siniestra, imagen del capitán Morgan en la

etiqueta de la botella. Vaya compañero de copas más aterrador. Abrió la boca para llevarle la contraria a Frank, pero este se lo impidió con un movimiento de mano.

—Por favor, no se ponga condescendiente. Me resultaría insultante.

Estaba en lo cierto.

—Bueno, no creo que haya venido aquí a ver cómo me compadezco de mí mismo.

—Pues no sé, Frank, la verdad es que resulta bastante divertido.

Eso casi le hizo sonreír.

—¿Qué es lo que necesitas, Wendy?

—¿Por qué crees que Dan Mercer la mató?

—¿Te refieres al motivo?

—Pues sí, a eso me refiero exactamente.

—¿Quieres la lista en orden alfabético? Como tú misma demostraste, era un depredador sexual.

—Vale, de acuerdo. Pero en este caso, ¿qué más da? Haley McWaid tenía diecisiete años. Y la edad legal para mantener relaciones sexuales en Nueva Jersey es de dieciséis.

—Igual le entró miedo de que se fuera de la lengua.

—¿Sobre qué? Todo era legal.

—Aun así. En su caso, resultaría devastador.

—Así pues, ¿la mató para que se estuviera callada? —Negó con la cabeza—. ¿Encontraste alguna señal de una relación previa entre Mercer y Haley?

—No. Ya sé que intentaste sacar el tema en el parque. Lo de que igual se conocieron en casa de la ex de Dan y que ahí empezó todo. Es posible, pero no hay ni un indicio de ello, y no sé si tengo ganas de investigarlo, pues no quiero jorobar a los padres. Lo más probable es que sí, que la viese en casa de los Wheeler, se obsesionara con ella, la secuestrara, le hiciera vete a saber qué y luego la matara.

Wendy puso mala cara.

—No me lo acabo de creer.

—¿Por qué no? ¿Te acuerdas del pseudonovio, Kirby Sennett?

—Sí.

—Cuando encontramos el cuerpo, el abogado de Kirby le permitió mostrarse algo más, digamos, sincero. Sí, salían en secreto, pero iban bastante en serio. Kirby dijo que ella se sentía muy dolida, sobre todo por no haber sido admitida en Virginia. El chico creía que igual tomaba algo.

—¿Drogas?

Frank se encogió de hombros.

—Sus padres tampoco necesitan enterarse de eso.

—Pero no lo acabo de entender. ¿Por qué no te dijo todo eso Kirby desde un principio?

—Porque su abogado temía que si sabíamos en qué consistía su relación con ella,

le trataríamos peor. Lo cual, claro está, es cierto.

—¿Y si Kirby no tenía nada que ocultar?

—Primero, ¿quién ha dicho que no tiene nada que ocultar? Es un camello de poca monta. Si ella se metía algo, yo diría que se lo proporcionaba él. Segundo, casi todos los abogados te dirán que la inocencia no significa necesariamente nada. Si Kirby llega a decir que estaban liados y que ella fumaba o esnifaba algo que él le pasaba, le habríamos crucificado. Y cuando apareció el cadáver, pues le habríamos cosido a clavos. Ahora que no tiene nada que temer, se entiende que hable.

—Bonito sistema —dijo Wendy—. Por no hablar de las referencias bíblicas.

Frank se encogió de hombros.

—¿Estás seguro de que ese tal Kirby no tuvo nada que ver?

—¿Y qué hizo además? ¿Dejar el móvil en el cuarto de Dan Mercer?

Wendy estudió ese comentario irónico.

—Ahí has estado bien.

—También cuenta con una coartada a prueba de bomba. Mira, Kirby es el típico gamberro de buena familia, de los que creen que son muy duros porque una noche arrancan cuatro retrovisores. No tuvo nada que ver con eso.

Wendy se echó hacia atrás en el asiento. Su mirada se topó con la imagen de la hija muerta de Tremont, pero no se quedó ahí mucho tiempo. Apartó rápidamente la vista, tal vez demasiado rápidamente. Frank se dio cuenta.

—Mi hija —dijo.

—Lo sé.

—No vamos a hablar de ella, ¿vale?

—Vale.

—Bueno, Wendy, ¿qué problema tienes con este caso?

—Creo que necesito un por qué.

—Échale otro vistazo a esa foto. El mundo no funciona así. —Se incorporó en el sillón y clavó sus ojos en los de Wendy—. A veces, puede que en la mayoría de los casos, no hay ningún porqué.

Cuando regresó a su coche, Wendy se encontró un mensaje de Ten-A-Fly. Le devolvió la llamada.

—Puede que hayamos averiguado algo de Kelvin Tilfer.

El Club de los Padres había pasado los últimos días intentando localizar a los compañeros de clase de Princeton. El más fácil de encontrar fue, claro está, Farley Parks. Wendy había llamado seis veces al expolítico, pero este no se había puesto en contacto con ella. Normal. Farley vivía en Pittsburgh y no lo tenía fácil para desplazarse. Así pues, de momento no se contaba con él.

Segundo, el doctor Steve Miciano. Wendy lo había localizado por teléfono y le había pedido una cita. Si podía evitarlo, Wendy no quería explicarle de qué iba la

cosa por teléfono. Miciano no había preguntado nada. Dijo que estaba de guardia y que podrían verse la tarde siguiente. Wendy supuso que podía esperar.

Pero el tercero y, en opinión de Wendy, prioritario, era el escurridizo Kelvin Tilfer. Sobre él, hasta ahora, no tenían nada. Si había que hacer caso a Internet, el hombre se había trasladado a otro planeta.

—¿De qué se trata? —preguntó Wendy.

—De un hermano. Ronald Tilfer es repartidor de UPS en Manhattan. Es el único pariente que hemos conseguido localizar. Los padres están muertos.

—¿Dónde vive?

—En Queens, pero ya hemos avanzado un poco. Mira, cuando Doug trabajaba en Lehman, solían recurrir a UPS. Doug llamó a un antiguo contacto en ventas y se hizo con el horario de entregas del hermano. Ahora todo se hace por ordenador, así que podemos seguir sus movimientos en la red si quieres encontrarlo.

—Sí, quiero.

—Vale, pues vete a la ciudad, hacia el Upper West Side. Te iré poniendo al corriente por mail mientras hace las entregas.

Cuarenta y cinco minutos después, Wendy encontró el camión marrón aparcado en doble fila frente a un restaurante que se llamaba Telepan y estaba en la calle Sesenta y nueve Oeste, al lado de Columbus. Aparcó en una plaza de pago, deslizó unas monedas en la ranura y se apoyó contra el parachoques. Miró el camión y recordó aquel anuncio de UPS en el que salía un melencólico que escribía algo en una pizarra que ella no entendía lo más mínimo. Charlie siempre meneaba la cabeza en señal de disgusto cuando veía ese anuncio, pues solía aparecer en el momento más crucial de un partido de fútbol. «A ese tío habría que partirle la cara», solía decir.

Hay que ver las cosas que a veces le vienen a una a la cabeza.

Ronald Tilfer —por lo menos, había dado por sentado que el tipo del uniforme marrón era él— sonrió y saludó a su espalda mientras salía del restaurante. Era bajito, con el pelo canoso, corto y muy pegado al cráneo y, como se podía apreciar gracias a esos uniformes con pantalón corto, tenía unas bonitas piernas. Wendy se apartó del coche y lo abordó antes de que alcanzara su vehículo.

—¿Ronald Tilfer?

—Sí.

—Me llamo Wendy Tynes. Soy periodista de la NTC News y estoy intentando localizar a su hermano, Kelvin.

Su mirada se enfrió un tanto.

—¿Para qué?

—Estoy preparando un reportaje sobre su promoción de Princeton.

—No puedo ayudarla.

—Solo necesito hablar con él unos minutos.

—No podrá.

—¿Por qué no?

Empezó a pasar de ella. Wendy se movió para seguir estando frente a él.

—Digamos que Kelvin no está disponible.

—¿Y eso qué se supone que quiere decir?

—Que no puede hablar con usted. Que no puede ayudarla.

—¿Señor Tilfer?

—De verdad, tengo que volver al trabajo.

—No, no tiene por qué hacerlo.

—¿Perdone?

—Esta ha sido su última entrega de hoy.

—¿Y usted cómo lo sabe?

Déjale que se lo siga preguntando todo el tiempo que quiera, se dijo.

—Dejemos de perder el tiempo con eso tan críptico de que «no está disponible», o de que no va a hablar o lo que sea. Es muy importante que hable con él.

—¿Sobre su promoción de Princeton?

—Hay algo más. Alguien está haciendo daño a sus antiguos compañeros de cuarto.

—¿Y usted cree que ese alguien es Kelvin?

—Yo no he dicho eso.

—No puede ser él.

—Ayúdeme a demostrarlo. Piense que hay unas cuantas vidas que han sido arruinadas. Es posible, incluso, que su hermano esté en peligro.

—No lo está.

—En ese caso, igual puede ayudar a sus viejos amigos.

—¿Kelvin? No está en posición de ayudar a nadie.

Otro comentario críptico. Wendy empezaba a cabrearse.

—Habla usted de él como si estuviera muerto.

—Es como si lo estuviera.

—No quiero parecer melodramática, señor Tilfer, pero le aseguro que se trata de una cuestión de vida o muerte. Si usted no quiere hablar conmigo, puedo traer a la policía. Ahora estoy sola, pero puedo volver con todo un equipo de noticias: cámaras, micros, lo que haga falta.

Ronald Tilfer emitió un profundo suspiro. La amenaza de Wendy, evidentemente, era falsa, pero él no tenía por qué saberlo. Se mordió el labio inferior.

—¿No piensa creerse lo de que no puede ayudarla?

—Lo siento, pero no.

Se encogió de hombros.

—Pues vale.

—Vale, ¿qué?

—La llevaré a ver a Kelvin.



Wendy observó a Kelvin Tilfer a través del espeso cristal protector.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—¿Esta vez? —Ronald Tilfer se encogió de hombros—. Puede que tres semanas. Lo más probable es que lo suelten dentro de una semana.

—¿Y adónde irá?

—Vive en la calle hasta que vuelve a hacer algo peligroso. Entonces lo vuelven a traer aquí. El estado no cree en las estancias largas para enfermos mentales. Así que enseguida lo sueltan.

Kelvin Tilfer escribía furiosamente en un cuaderno, con la nariz prácticamente pegada a la hoja. Wendy podía oírle gritar a través del vidrio. No se le entendía nada. Kelvin parecía mucho mayor que sus compañeros de curso. Tenía el pelo y la barba grises. Le faltaban dientes.

—Era el hermano listo —dijo Ronald—. Un puto genio, sobre todo en matemáticas. Con eso llena el cuaderno, con problemas matemáticos. No deja de apuntarlos. Nunca ha sido capaz de desconectar. Nuestra madre hizo lo que pudo para que fuese normal, ¿sabe usted? En el cole querían que se saltara cursos, pero ella no se lo permitía. Le obligaba a hacer deporte, lo intentó todo para mantenerle dentro de la normalidad. Pero es como si siempre hubiéramos sabido que iba a acabar así. Mamá intentó mantener su locura a raya. Pero era como intentar detener el océano con las manos.

—¿Qué es lo que le pasa?

—Es un esquizofrénico violento. Tiene unos episodios psicóticos horrorosos.

—Me refiero a qué le sucedió.

—¿Qué quiere decir con lo de qué le sucedió? Está enfermo. No hay un porqué. No hay un porqué: era la segunda vez que alguien se lo decía hoy.

—¿Cómo pilla alguien un cáncer? —siguió Ronald—. No es que mamá le pegase hasta que acabó así. Es un desequilibrio químico. Como ya le he dicho, siempre fue así. De niño, nunca dormía. No podía desenchufarse el cerebro.

Wendy recordó lo que había dicho Phil. Extraño. Un sabio loco de las matemáticas.

—¿Las medicinas ayudan?

—Por lo menos le tranquilizan. Como una pistola tranquilizante deja fuera de combate a un elefante. No sabe dónde está ni quién es. Cuando se licenció en Princeton, consiguió un trabajo en una empresa farmacéutica, pero desaparecía cada dos por tres. Hasta que le despidieron. Le dio por rondar por las calles. Durante ocho años, no supimos dónde estaba. Cuando por fin le encontramos, vivía en una caja de cartón llena de sus propias heces. Tenía huesos rotos que no se habían curado bien. Había perdido dientes. Ni me imagino cómo sobrevivió, cómo encontró comida, cómo debió de sufrir.

Kelvin empezó a gritar de nuevo.

—¡Himmler! ¡A Himmler le gustan los filetes de atún!

Wendy se volvió hacia Ronald.

—¿Himmler? ¿El nazi?

—Yo qué sé. Nunca se le entiende.

Kelvin volvió a su cuaderno y se puso a escribir aún más rápido.

—¿Puedo hablar con él? —preguntó Wendy.

—Es una broma, ¿no?

—No.

—No le hará ningún bien.

—Ni tampoco ningún mal.

Ronald Tilfer miró a través de la ventana.

—La mayoría de las veces ya ni sabe quién soy yo. Me mira como si me atravesara. Pensé en llevármelo a casa, pero tengo mujer y un hijo...

Wendy no dijo nada.

—Debería hacer algo para protegerle, ¿no cree? Si intento encerrarlo, se enfada. Así que le dejo suelto y me preocupo por él. De pequeños íbamos a los partidos de los Yankees. Kelvin sabía las estadísticas de cada jugador. Hasta podía decirte cómo cambiaban después de cada jugada. Yo creo que ser un genio es una maldición. Así es como veo yo las cosas. Hay quien cree que la gente brillante entiende el universo de una manera de la que los demás somos incapaces. Que ven el mundo como es realmente, y que esa realidad es tan horrorosa que se vuelven locos. La lucidez conduce a la locura.

Wendy se limitó a mirar hacia delante.

—¿Kelvin hablaba de Princeton?

—Mi madre estaba muy orgullosa de él. Bueno, todos lo estábamos. Los críos de nuestro barrio no iban a universidades pijas. Nos preocupaba que no encajara, pero enseguida hizo amigos.

—Pues esos amigos lo están pasando mal.

—Mírole, señora Tynes. ¿Usted cree que les puede ser de alguna ayuda?

—Me gustaría intentarlo.

Ronald se encogió de hombros. El administrador del hospital le hizo firmar unos papeles y le sugirió que ambos se mantuvieran a una prudente distancia del enfermo. Al cabo de unos minutos, llevaron a Wendy y a Ronald a un cuarto con paredes de cristal. Un celador se quedó junto a la puerta. Kelvin se sentó a una mesa y siguió garabateando en su cuaderno. La mesa era ancha, para que Wendy y Ronald estuviesen a cierta distancia.

—Hola, Kelvin —dijo Ronald.

—Los zánganos no entienden la esencia.

Ronald miró a Wendy. Le hizo un gesto para que empezara a hablar.

—Kelvin, tú fuiste a Princeton, ¿verdad?

—Ya te lo he dicho. A Himmler le gustan los filetes de atún.

Seguía con la mirada clavada en sus cuadernos.

—¿Kelvin?

Continuó escribiendo.

—¿Te acuerdas de Dan Mercer?

—Era blanco.

—Sí. ¿Y de Phil Turnbull?

—La gasolina sin plomo le causa dolor de cabeza al benefactor.

—Tus amigos de Princeton.

—Una pandilla de pijos. Había uno que llevaba zapatos verdes. Odio los zapatos verdes.

—Yo también.

—Una pandilla de pijos.

—Cierto. Tus amigos pijos. Dan, Phil, Steve y Farley. ¿Te acuerdas de ellos?

Finalmente, Kelvin interrumpió sus garabatos. Levantó la mirada. Detrás de esos ojos no había nada. Se quedó mirando fijamente a Wendy, pero era evidente que no la veía.

—¿Kelvin?

—A Himmler le gustan los filetes de atún —dijo con una voz que se había convertido en un suspiro cargado de urgencia—. ¿Y el alcalde? Se la suda.

Ronald tuvo un bajón. Wendy intentaba conseguir que Kelvin la mirara a los ojos.

—Quiero hablarte de tus compañeros de cuarto.

Kelvin se echó a reír.

—¿Compañeros de cuarto?

—Sí.

—Es gracioso. —Empezó a razonar como... bueno, como un loco—. Compañeros de cuarto. Como si se pudiera ser el compañero de un cuarto. Como si el cuarto y tú follarais y te quedaras preñada. Como si fuéis novios, ¿lo pillas?

Se volvió a reír. Wendy quería creer que eso era mejor que las preferencias de Himmler en cuestión de pescado.

—¿Te acuerdas de tus antiguos compañeros de cuarto?

La risa se acabó de golpe, como si alguien le hubiese dado a un interruptor.

—Están en peligro, Kelvin —le dijo ella—. Dan Mercer, Phil Turnbull, Steve Miciano, Farley Parks. Todos corren peligro.

—¿Peligro?

—Sí.

Volvió a citarlos a los cuatro. Y una vez más algo empezó a suceder en el rostro de Kelvin. Se estaba desmoronando ante sus ojos.

—Oh, Dios, no...

Se echó a llorar.

Ronald se puso de pie.

—¿Kelvin?

Ronald intentó tocar a su hermano, pero este le detuvo con un berrido. Un grito repentino y taladrante. Wendy pegó un salto hacia atrás.

Ahora Kelvin tenía los ojos abiertos de par en par.

—¡Cara Cortada!

—¿Kelvin?

Se levantó de improviso, derribando la silla. El celador empezó a acercársele. Kelvin volvió a chillar y corrió hacia un rincón. El celador pidió refuerzos.

—¡Cara Cortada! —seguía gritando Kelvin—. Nos va a pillar a todos. ¡Cara Cortada!

—¿Quién es Cara Cortada? —le gritó Wendy a su vez.

Ronald le dijo:

—¡Déjele en paz!

—¡Cara Cortada! —Kelvin apretaba los ojos y se ponía las manos a ambos lados de la cabeza, como si tratara de impedir que el cráneo se le partiera por la mitad—. ¡Se lo dije a todos! ¡Les avisé!

—¿A qué te refieres, Kelvin?

—¡Déjelo ya! —insistió Ronald.

Y entonces Kelvin perdió el oremus. La cabeza se le movía adelante y atrás. Aparecieron dos celadores más. Cuando Kelvin los vio, chilló: «¡Detén la cacería! ¡Detén la cacería!». Se tiró al suelo y empezó a recorrer el suelo a cuatro patas. Ronald tenía lágrimas en los ojos. Intentó calmar a su hermano. Kelvin se puso de pie. Los celadores fueron a por él como en un partido de rugby. Uno le atacó por abajo y el otro por arriba.

—¡No le hagan daño! —gritaba Ronald—. ¡Por favor!

Kelvin volvía a estar en el suelo. Los celadores le estaban poniendo algún tipo de atadura. Ronald les suplicaba que no le hicieran daño. Wendy intentaba acercarse a Kelvin, llegar hasta él.

Desde el suelo, finalmente, los ojos de Kelvin encontraron los suyos. Wendy se arrastró hasta él mientras forcejeaba con los celadores. Uno de ellos le gritó: «¡Apártese de él!».

Pero ella no le hizo el menor caso.

—¿De qué se trata, Kelvin?

—Se lo dije —susurró este—. Les advertí.

—¿De qué les advertiste, Kelvin?

Kelvin se echó a llorar. Ronald tiraba de Wendy por el hombro, intentando alejarla de su hermano, pero ella se lo quitó de encima.

—¿De qué les avisaste, Kelvin?

Apareció otro celador. Llevaba una aguja hipodérmica en la mano. Le inyectó algo a Kelvin en el hombro. Ahora Kelvin miraba a Wendy a los ojos.

—De que no cazaran —dijo Kelvin con una voz repentinamente serena—. No

teníamos que seguir cazando.

—¿Cazando qué?

Pero la droga empezaba a hacerle efecto.

—Nunca deberíamos haber salido de cacería —dijo Kelvin en voz muy baja—.  
Cara Cortada te lo podría decir. Nunca deberíamos haber salido a cazar.

Ronald Tilfer no tenía ni idea de qué quería decir «Cara Cortada» ni de a qué cacería se refería su hermano.

—Ya había hablado antes de eso, de cacerías y de Cara Cortada. Es como lo de Himmler. No creo que signifique nada.

Wendy se fue a casa, preguntándose qué hacer con esa pseudoinformación, sintiéndose más perdida incluso que al comienzo de la jornada. Charlie estaba tirado en el sofá, viendo la televisión.

—Hola —le saludó su madre.

—¿Qué hay para cenar?

—Bien, gracias. ¿Tú qué tal?

Charlie suspiró.

—Creí que ya pasábamos de paripés.

—Y de las normas básicas de cortesía, observo.

Charlie no se dio por aludido.

—¿Estás bien? —le preguntó su madre, con una voz que tal vez denotaba más preocupación de la prevista.

—¿Yo? Pues claro, ¿por qué?

—Haley McWaid iba contigo a clase.

—Sí, pero tampoco la conocía tanto.

—Había cantidad de compañeros y amigos suyos en el funeral.

—Ya lo sé.

—Vi a Clark y a James.

—Ya lo sé.

—¿Y tú por qué no has querido ir?

—Porque no la conocía.

—¿Y Clark y James sí?

—No —Charlie se incorporó en el sofá—. Mira, me sabe muy mal. Es una tragedia. Pero la gente, incluyendo a mis amigos, se lo pasa de miedo con estas cosas. Eso es lo que hay. No aparecieron para dar el pésame, sino porque les parecía que sería chachi ir. Querían formar parte de algo. Solo piensan en ellos, no sé si me entiendes.

Wendy asintió.

—Te entiendo.

—En general, no tengo nada en contra —dijo Charlie—. Pero cuando se trata de una chica muerta, lo siento mucho, pero por ahí no paso.

Volvió a apoyar la cabeza sobre el cojín y siguió viendo la tele. Wendy lo miró fijamente unos instantes. Sin tan siquiera volver la vista hacia su madre, Charlie suspiró de nuevo y dijo:

—¿Y ahora qué?

—Me has recordado a tu padre.

Charlie no dijo nada.

—Te quiero —le dijo Wendy.

—¿Seguiré recordándote a mi padre si te vuelvo a preguntar qué hay para cenar?

Wendy se echó a reír.

—Voy a ver qué hay en la nevera —dijo, pero sabía que no había nada y que tendría que encargarse de la comida a domicilio. Rollitos japoneses. Y arroz, para que todo fuese más saludable—. Ah, otra cosa. ¿Conoces a Kirby Sennett?

—La verdad es que no. Solo de vista.

—¿Es buen chaval?

—No, es un capullo integral.

Wendy sonrió ante la descripción.

—He oído que es un camello de poca monta.

—Pero un cabronazo de primera. —Charlie se incorporó—. ¿A qué vienen esas preguntas?

—Estoy intentando darle otro enfoque a lo de Haley McWaid. Corre el rumor de que eran pareja.

—¿Y?

—¿Podrías preguntar por ahí?

Se la quedó mirando horrorizado.

—¿Quieres que sea tu aprendiz de reportero infiltrado?

—No es buena idea, ¿verdad?

Charlie ni se tomó la molestia de contestarle. Pero entonces, a Wendy le vino otra idea que se le antojaba bastante mejor. Se fue escaleras arriba y encendió el ordenador. Procedió a una búsqueda rápida de imágenes hasta encontrar una perfecta. La chica de la foto aparentaba unos dieciocho años, era una mezcla de asiática y europea, llevaba gafas de bibliotecaria, lucía una blusa cortita y tenía un buen cuerpo.

Serviría, sí, señor.

Creó rápidamente una página de Facebook utilizando la foto de esa chica. Se inventó un nombre combinando los de sus dos mejores amigas de la universidad: Sharon Hait. Estupendo. Ahora tenía que hacerse amiga de Kirby.

—¿Qué estás haciendo?

Era Charlie.

—Me estoy inventando un perfil falso.

Charlie puso mala cara.

—¿Para qué?

—Confío lograr que Kirby se haga amigo mío. En ese momento, tal vez pueda mantener una conversación con él.

—¿Va en serio?

—¿Qué pasa? ¿Crees que no funcionará?

—Con esa imagen, no.

—¿Por qué no?

—Está demasiado buena. Parece un timo de esos del *spam*.

—¿Qué?

Charlie suspiró.

—Las empresas usan fotografías así para enviárselas a la gente y sacarle los cuartos. Lo que tienes que hacer es buscar a una chica que sea guapa, pero que parezca real. ¿Me explico?

—Más o menos.

—Y haz que sea, no sé, de Glen Rock, por ejemplo. Si es de Kasselton, debería conocerla.

—¿Por qué? ¿Acaso tú conoces a todas las chicas del pueblo?

—A todas las que están buenas, más bien sí. O habría oído hablar de ella, por lo menos. Así que búscate un pueblo cercano, pero no demasiado. Luego dile que has oído hablar de él a través de una amiga, o que le viste en el centro comercial Garden State Plaza o algo así. Ah, tal vez deberías darle un nombre auténtico, el de una chica de ese pueblo, por si le pregunta a alguien o le da por buscar su número de teléfono. Eso sí, antes asegúrate de que no hay ninguna foto de esa chica en Google. Dile que te acabas de apuntar a Facebook y que estás empezando a hacer amigos, o se preguntará cómo es que aún no conoces a nadie. Pon un par de detalles en la información. Tus películas favoritas, tus grupos de rock preferidos.

—¿U2, por ejemplo?

—Mejor alguien menor de cien años.

Charlie le dictó una serie de grupos de los que Wendy nunca había oído hablar, pero los apuntó todos.

—¿Crees que funcionará? —preguntó esta.

—Lo dudo, pero nunca se sabe. Por lo menos, se hará amigo tuyo.

—¿Y eso para qué me servirá?

Nuevo suspiro.

—Ya lo hemos hablado. Es como lo de la página de Princeton. Una vez te acepte como amiga, podrás acceder a toda su página. Podrás ver las fotos que ha colgado, las cosas que ha dicho, a sus amigos, sus opiniones, los juegos que le gustan y cosas por el estilo.

La página de Princeton le hizo pensar en otra cosa. La clicó. Encontró el link de «Administración» y pulsó la tecla de los mails. El administrador se llamaba Lawrence Cherston, «nuestro antiguo delegado de curso», según ponía allí. En la foto de su perfil aparecía luciendo la tradicional corbata negra y naranja de la institución. Wendy redactó un breve mensaje:

«Hola, soy una periodista de televisión que está preparando un reportaje sobre su promoción de Princeton, por lo que me encantaría que nos viésemos. Si es tan amable, póngase en contacto conmigo, cuando le vaya bien, en cualquiera de los números que aparecen abajo».



Mientras pulsaba la tecla de envío, le sonó el móvil. Lo miró y vio que se trataba de un mensaje de texto, de Phil Turnball: «Tenemos que hablar». Le envió una respuesta: «Vale, llámame». Hubo una demora, y acto seguido: «No por teléfono». Wendy no sabía muy bien cómo tomárselo, así que escribió: «¿Por qué no?». Otro mensaje: «¿En 30 min. Bar Zebra?». Wendy se preguntaba por qué había esquivado la pregunta: «¿Por qué no podemos hablar por teléfono?». Ahora, la espera fue más larga: «En estos momentos no me fío de los teléfonos».

Wendy frunció el ceño. Se le antojaba todo un poco rocambolesco, pero debía reconocer que Phil Turnball no le había parecido de los que sobreactúan. ¿Para qué meterse en suposiciones? No tardaría mucho en verle. Escribió: «OK», y luego miró a Charlie.

—¿Qué pasa? —dijo este.

—Tengo que salir pitando a una reunión. ¿Puedes encargarte tú la cena?

—Eh... ¿Mamá?

—¿Qué?

—Esta noche hay orientación para el proyecto de graduación, ¿recuerdas?

Un poco más y Wendy casi se da una palmada en la frente.

—Mierda, lo había olvidado.

—Hay que estar en el instituto en... —Charlie se miró la muñeca, aunque no llevaba reloj—. Vaya, en menos de treinta minutos. Y tú estás en el comité de aperitivos o algo así.

De hecho, su misión consistía en traer azúcar o edulcorantes artificiales y leche u otros productos alternativos para el café, pero su natural modestia le impedía presumir de ello.

Pasar de todo era una posibilidad, pero la escuela se tomaba muy en serio lo del proyecto de graduación; y últimamente Wendy se había mostrado, en el mejor de los casos, un tanto negligente con su hijo. Cogió el móvil y le envió un mensaje a Phil Turnball: «¿Puede ser a las diez?».

No hubo una respuesta inmediata. Se dirigió al dormitorio para cambiarse de ropa y se puso unos tejanos y una blusa verde. Se quitó las lentillas, se caló unas gafas y se recogió el pelo en una cola de caballo. Una mujer práctica. Le sonó el móvil. La respuesta de Phil Turnball: «OK».

Volvió a la planta baja. Pops estaba en el salón. Llevaba una cinta roja en la frente. Lo de la cinta no era algo que le sentara bien a todo el mundo. A Pops no le quedaba del todo mal, aunque se la podría haber ahorrado. El hombre meneó la cabeza cuando la vio acercarse.

—¿Adónde vas con esas gafas de abuelita?

Wendy se encogió de hombros.

—Así nunca te vas a echar novio.

Como si ella esperara algo así de una reunión del instituto.

—No es asunto tuyo, pero resulta que hoy me han invitado a salir.

—¿Después del funeral?

—Pues sí.

Pops asintió.

—No me extraña.

—¿Por qué?

—El mejor polvo de mi vida lo eché después de un entierro. En el asiento trasero de una limusina. Acojonante.

—Caramba, espero que luego me lo cuentes con todo detalle.

—¿Te estás poniendo sarcástica?

—Mucho.

Pops besó a Wendy en la mejilla y esta le pidió que se cerciorase de que Charlie cenaba, antes de encaminarse hacia el coche. Paró en el supermercado para hacerse con las cosas para el café. Cuando llegó al instituto, el aparcamiento ya estaba lleno. Consiguió encontrar un sitio en Beverly Road. Técnicamente, era probable que el coche quedara a menos de veinte metros de un semáforo, pero confiaba en que los policías no llevaran una cinta métrica. Esa noche, Wendy Tynes pensaba vivir peligrosamente.

Los padres de los alumnos ya estaban congregados en torno a la mesa del café —carente aún de los necesarios complementos— cuando apareció Wendy. Se propulsó hacia allá, disculpándose mientras desplegaba su provisión de productos para acompañar el café. Millie Hanover, presidenta de la Asociación de Padres del Instituto y una de esas mujeres que siempre ejercen de doña Perfecta, protestó levemente por lo bajinis. Por el contrario, los progenitores de sexo masculino se mostraron muy tolerantes ante su retraso. Excesivamente tolerantes, tal vez. Esa actitud era parte del motivo por el que Wendy llevaba la blusa abrochada hasta arriba, los tejanos no muy ceñidos, las gafas poco favorecedoras y el pelo recogido. Nunca se extendía demasiado en sus conversaciones con hombres casados. Jamás. Que la llamaran estirada o bruja si querían, pues eso siempre sería mejor, desde su punto de vista, que ser definida como coqueta, furcia o algo peor. Las esposas de ese pueblo ya la miraban lo suficientemente mal para, encima, empeorar las cosas. En noches como esa, Wendy experimentaba la tentación de presentarse con una camiseta en la que pudiera leerse: «Os aseguro que no tengo el menor interés en robaros al marido».

El principal tema de conversación era la universidad; en concreto, qué chavales habían entrado en qué facultades y cuáles no. Algunos padres fanfarroneaban, otros hacían bromas y, esos eran los favoritos de Wendy, los había que se comportaban como los comentaristas políticos a toro pasado, lanzándose de pronto a cantar las excelencias de la universidad con la que se habían tenido que conformar sus retoños al no ser admitidos en la deseada. Aunque también cabía la posibilidad de que Wendy los contemplara de manera poco caritativa. Igual solo intentaban superar su decepción como buenamente podían.

Sonó la esperada campana, que transportó a Wendy de regreso a su propia época

escolar, y todo el mundo se encaminó hacia el centro de reuniones. En un tenderete, se invitaba a los padres a colocar señales de limitación de la velocidad con frases como: «Conduzca despacio, por favor, queremos a nuestros hijos», que Wendy suponía que eran efectivas, aunque parecían insinuar que usted, el conductor, no quiere realmente a los suyos. En otro lugar, repartían pegatinas para las ventanas en las que se informaba a los vecinos de que esa casa era realmente un hogar «Libre de drogas», lo cual estaba muy bien, aunque resultaba tan superfluo como lo de «Bebé a bordo». Había una parada del Instituto Internacional de Prevención del Alcohol, que seguía con su campaña para impedir que los progenitores montaran juergas en casa. ¿Lema de la campaña? «En nuestra casa, no». En otra parada se ofrecían contratos para el control de la bebida. El adolescente juraba no conducir nunca borracho ni subirse a un coche con alguien que hubiese bebido. El padre, a su vez, se comprometía a recoger al adolescente a la hora que este le indicara.

Wendy encontró un sitio libre hacia la parte de atrás. Un padre de lo más amistoso, que metía tripa y sonreía cual presentador de concurso televisivo, se le sentó al lado. Señaló hacia los tenderetes.

—El exceso de seguridad es una lata —dijo—. Nos estamos pasando con lo de la sobreprotección, ¿no le parece?

Wendy no dijo nada. La ceñuda esposa de ese caballero se sentó junto a él. Wendy tuvo la prudencia de saludar a la esposa malcarada, presentarse y decirle que era la madre de Charlie, evitando concienzudamente el contacto visual con don sonrisas, adalid de la antiseguridad.

El director Pete Zecher se subió a la tarima y les dio las gracias a todos por haber venido en «una semana tan difícil como esta». Se le dedicó un minuto de silencio a Haley McWaid. Había quien se preguntaba por qué no habían pospuesto la reunión de esa noche, pero el calendario de actividades escolares estaba tan repleto que, simplemente, no quedaban otras fechas libres. Y además, ¿cuánto habría que esperar? ¿Un día? ¿Una semana?

Así pues, al cabo de uno o dos minutos algo incómodos, Pete Zecher presentó a Millie Hanover, quien anunció emocionadísima que el tema del proyecto de graduación de ese año serían «los superhéroes». En resumen, como explicó Millie de manera interminable, la cosa consistiría en decorar las instalaciones del gimnasio de la escuela como si fuesen distintos lugares de los tebeos. La Bat-cueva. La Fortaleza de la Soledad de Superman. La Mansión X de La Patrulla X, o como la llamaran. El cuartel general de la Liga de la Justicia Americana. En otras ocasiones, la decoración se había basado en Harry Potter, en el programa de televisión *Supervivientes* (igual eso fue hace bastantes años, pensaba Wendy) y hasta en *La sirenita*.

La idea en que se basaba el proyecto de graduación consistía en ofrecer al alumnado un entorno seguro para la fiesta posterior a la graduación y todas sus actividades. Los estudiantes venían en autobús y todos los vigilantes se quedaban en el exterior. No había bebida ni drogas, claro está, aunque en las últimas fiestas

algunos adolescentes habían colado ambas cosas de matute. De todos modos, con los vigilantes a mano y los autobuses dedicados al transporte juvenil, el proyecto de graduación parecía una gran alternativa a las juergas de antaño.

—Quisiera agradecer el esforzado empeño de mis compañeras de comité —dijo Millie Hanover—. Cuando diga vuestro nombre, levantaos, por favor.

Presentó a la encargada de la decoración, a la de las bebidas, a la de la comida, a la del transporte y a la de la publicidad, levantándose todas ellas para recibir el aplauso del respetable.

—Y en cuanto a las demás —añadió—, haced el favor de sumaros a la causa. No podemos hacer esto sin vosotras, y tened presente que es una manera maravillosa de convertir la graduación de vuestro retoño en una experiencia sumamente positiva. Recordemos que todo esto es por nuestros hijos y que no hay que dejar que trabajen siempre los demás. Gracias por escucharme. Podéis pedir el formulario para apuntaros.

La voz de Millie podría haber sido aún más perdonavidas, pero era difícil imaginar cómo.

El director Zecher presentó a continuación al agente de la policía de Kasselton Dave Pecora, responsable de seguridad ciudadana, quien procedió a enumerar los peligros asociados a las fiestas de graduación. Habló de cómo la heroína estaba volviendo a aparecer. Habló de fiestas farmacológicas, en las que los chavales robaban pastillas en sus casas, las ponían en un bol enorme y las compartían con fines experimentales. Wendy había querido hacer un reportaje sobre esas fiestas el año pasado, pero no encontró ninguna prueba real de su existencia, solo algunos indicios anecdóticos. Un agente de la DEA le dijo que las farma-fiestas tenían mucho más de leyenda urbana que de realidad. El agente Pecora siguió con sus advertencias sobre los peligros de la bebida para los menores: «Cuatro mil chavales mueren cada año por sobredosis de alcohol». Aunque no dijo si eso era en todo el mundo o solo en Estados Unidos, ni qué edad tenían esos chicos. También reiteró la evidencia de que «ningún padre le hace un favor a su hijo» montando fiestas con licor. Poniendo una cara de lo más severa, citó casos concretos en los que los anfitriones adultos acabaron matando a alguien y fueron a prisión. Y hasta se lanzó a describir la experiencia carcelaria con bastante lujo de detalles.

Subrepticamente, Wendy consultó el reloj de pulsera, como cuando iba al colegio. Las nueve y media. Había tres cosas que no dejaban de rondarle por la cabeza. Una, se moría de ganas de salir de ahí para ver qué le pasaba al repentinamente críptico Phil Turnball. Dos, lo más probable es que tuviera que apuntarse a uno u otro comité. Aunque no viese muy claro todo eso del proyecto de graduación —una parte le parecía otra manera de seguir mimando a los niños, y otra se le antojaba más dirigida a los padres que a los hijos—, sería injusto, a causa de la actitud perdonavidas de Millie, dejar que otros se encargaran de todo el trabajo para algo de lo que también disfrutaría Charlie. Y tres, puede que lo más importante, no

podía evitar pensar en Ariana Nasbro y en que el alcohol al volante había matado a John. No podía evitar preguntarse si, tal vez, los padres de Ariana Nasbro no deberían haber acudido a esas exageradas sesiones de orientación; si, quizá, todo ese aparente exceso de seguridad acabaría salvándole la vida a alguien las siguientes semanas, para que ninguna otra familia tuviera que pasar por lo mismo que Charlie y ella.

Zecher había vuelto a la tarima y estaba poniendo punto final a la reunión con un gracias-por-estar-aquí-esta-noche. Wendy echó un vistazo a su alrededor, en busca de algún rostro familiar, molesta consigo misma por conocer a tan pocos padres de los compañeros de clase de su hijo. Evidentemente, los McWaid no estaban. Ni tampoco Jenna o Noel Wheeler. Defender a su denigrado exmarido les había hecho un flaco favor a Jenna y a su familia entre los vecinos de las afueras, pero el asesinato de Haley McWaid había dado la puntilla.

Los padres empezaron a dirigirse hacia los sitios de apuntarse al comité. Wendy recordó que Brenda Traynor, la encargada de publicidad, era amiga de Jenna Wheeler y, al mismo tiempo, la reina del cotilleo, todo un logro en la zona. Wendy se encaminó hacia ella.

—Hola, Brenda.

—Me alegro de verte, Wendy. ¿Te vas a presentar voluntaria?

—Eh... por supuesto. Estaba pensando que igual te podría echar una mano con la publicidad.

—Oh, eso sería estupendo. Vamos a ver, ¿quién mejor que una reputada reportera de televisión?

—Bueno, yo no diría reputada.

—Claro que sí.

Wendy se esforzó en sonreír.

—¿Dónde tengo que firmar?

Brenda le enseñó la hoja.

—Tenemos reuniones de comité todos los martes y jueves. ¿Te gustaría ejercer de anfitriona en alguna de ellas?

—Me encantaría.

Wendy echó una firma mientras mantenía la cabeza baja.

—Bueno —dijo, intentando ser sutil sin conseguirlo—. ¿Tú crees que Jenna Wheeler podría formar parte del equipo de publicidad?

—Estás de broma, claro está.

—Creo que estudió algún curso de periodismo —dijo Wendy, que se lo acababa de inventar.

—¿Y eso qué más da? Después de lo que ha hecho, metiendo a ese monstruo en nuestra comunidad... Esa familia se larga, Wendy.

—¿Cómo que se larga?

Brenda asintió y se acercó más a ella.

—Han puesto un cartel de «Se vende» en la casa.

—Oh.

—Y Amanda ni siquiera va a venir a la graduación. Me sabe mal por ella. No es culpa suya, supongo... Pero creo que ha tomado la decisión adecuada. Le amargaría la fiesta a todo el mundo.

—¿Y adónde se van?

—Bueno, por lo que he oído, Noel ha conseguido trabajo en un hospital de Ohio. O de Columbus, o de Canton o puede que de Cleveland. Siempre me hago un lío con todas esas ces que hay en Ohio. Ahora que lo pienso, creo que es en Cincinnati. Otra ce. Le llaman ce blanda, ¿no?

—Exacto. ¿Y ya se han trasladado allí?

—No, creo que aún no. Talia me dijo... ¿Conoces a Talia Newman? Una mujer de lo más agradable, que tiene una hija llamada Allie. Un poco obesa. Bueno, el caso es que Talia me dijo que había oído que se habían mudado al Marriott Courtyard hasta que encontraran alojamiento en el sitio al que van.

Bingo.

Wendy pensó en lo que había dicho Jenna sobre Dan, lo de la parte de él que ella nunca podía alcanzar... ¿Qué era exactamente lo que le había dicho? Que algo le había pasado a Dan en la universidad. Puede que fuese el momento de mantener otra conversación con Jenna Wheeler.

Se despidió de todo el mundo, ganó rápidamente la salida y se dirigió a su reunión con Phil Turnball.

Phil ocupó un asiento relativamente tranquilo al fondo de un bar ruidoso. Relativamente, claro está, pues los bares en los que se emiten partidos de fútbol a toda pastilla no están diseñados precisamente para la privacidad, la conversación o la vida contemplativa. Por lo menos, no había tíos con la nariz roja o los hombros hundidos, ni nadie ahogaba sus penas en alcohol desde lo alto del taburete. Y tampoco nadie clavaba la vista en su vaso cada vez más vacío, pues contaba con un número aparentemente infinito de pantallas panorámicas que captaban la atención de la parroquia con una mezcla variopinta de deportes y pseudodeportes.

El bar atendía por Love the Zebra. Olía más a pollo a la barbacoa y salsa picante que a cerveza. Era un sitio ruidoso. Algunos equipos de aficionados formados por compañeros de trabajo celebraban los partidos que acababan de jugar. En la pantalla salían los Yankees. Había bastantes mujeres jóvenes con jerséis del Jeter, dando saltos con un entusiasmo algo exagerado, mientras los tíos que habían quedado con ellas mostraban cierta grima ante el espectáculo que estaban dando.

Wendy se deslizó en el reservado. Phil llevaba una camisa de golf de color verde lima desabotonada. Le asomaba por el pecho la pelambreira gris. Lucía una media sonrisa y una mirada perdida.

—Teníamos un equipo en la empresa —dijo—. Hace años, cuando yo empezaba. Solíamos acudir a un bar como este después del partido. Sherry también venía. Se ponía una de esas camisetas de fútbol tan sexis, de las ceñidas, con mangas negras de tres cuartos. ¿Te suenan?

Wendy asintió. Le notaba la boca pastosa.

—Dios, qué guapa estaba.

Esperó a que dijese algo más. Es lo que solía hacer con la gente. El secreto de cualquier entrevista radica en la habilidad para no llenar los silencios. Transcurrieron unos segundos. Y unos cuantos más. Vale, ya estaba bien de silencio. A veces no queda más remedio que trabajarse el tema.

—Sherry sigue siendo muy guapa —dijo Wendy.

—Oh, sí. —A Phil se le congeló la media sonrisa. Se había acabado la cerveza. Tenía los ojos velados y el rostro enrojecido a causa de la bebida—. Pero ya no me mira como antes. No me malinterpretes, me apoya en todo. Me quiere. Dice y hace todo lo que conviene. Pero lo veo en sus ojos: ya no me considera un hombre.

Wendy no sabía qué responder a eso, qué decir que no sonara condescendiente. No bastaba con «Estoy convencida de que no es así» o «Lo siento». Así que optó nuevamente por el silencio.

—¿Quieres una copa? —le ofreció Phil.

—Sí, claro.

—He estado dándole a la Bud light.

—No tengo nada en contra —dijo ella—. Pero me tomaré una Budweiser normal.

—¿Qué me dirías de unos nachos?

—¿Has comido?

—No.

Wendy asintió, pensando que no le vendría mal zampar algo.

—Lo de los nachos es una buena idea.

Phil llamó la atención de una camarera. La chica llevaba una camiseta de árbitro recortada en la que ponía «Love the Zebra». Su chapa indicaba que se llamaba Ariel. Llevaba un silbato colgado del cuello y, para redondear el disfraz, unas rayas de grasa negra debajo de los ojos. Wendy nunca había visto a un árbitro con grasa negra, solo a los jugadores, pero tampoco había que enfadarse por un error tan leve.

Pidieron sus tragos.

—¿Sabes una cosa? —dijo Phil mientras la camarera se alejaba.

Wendy siguió a la espera.

—Yo trabajé en un bar así. Bueno, no era exactamente como este. Se trataba de una de esas cadenas de restaurantes con una barra en el centro. Ya sabes de qué te hablo, ¿no? Siempre tienen un aspecto pulcro, y unos dibujitos en las paredes que te remiten a tiempos más inocentes...

Wendy dijo que sí con la cabeza. Conocía esos sitios.

—Es donde conocí a Sherry. Yo trabajaba en la barra y ella era una de esas camareras alegres que enseguida te decía cómo se llamaba y te preguntaba si no te apetecería empezar con el aperitivo que estuviese de promoción en esos momentos.

—Yo creía que eras un niño rico.

Phil soltó una risita y se echó al colete las últimas gotas de su Bud light. Wendy pensó que solo le faltaba empezar a comerse la botella.

—Mis padres creían que había que trabajar, supongo. ¿Dónde estabas esta noche?

—En el instituto de mi hijo.

—¿Por qué?

—Orientación para la graduación —le explicó ella.

—¿Ya lo han aceptado en alguna universidad?

—Sí.

—¿En cuál?

Wendy se removió incómoda en el asiento.

—¿Para qué querías verme, Phil?

—¿Ha sido una pregunta demasiado personal? Lo siento.

—Me gustaría ir al grano. Es tarde.

—Me temo que estoy demasiado contemplativo. Veo a esos chavales de ahí, a los que les venden el mismo sueño idiota que a nosotros. Estudia mucho. Saca buenas notas. Prepara bien los exámenes. Haz deporte, si puedes. Eso les encanta a las universidades. Asegúrate de contar con las suficientes actividades extra-curriculares. Si haces todo eso, te podrás matricular en la facultad más prestigiosa posible. Es como si los primeros diecisiete años de tu vida no fueran más que una prueba para



formar parte de la élite universitaria.

Wendy era consciente de que tenía razón. Si vives en algún suburbio acomodado de la zona, los años escolares convierten el mundo en una serie de solicitudes y rechazos.

—Y fíjate en mis antiguos colegas —siguió Phil, con la boca cada vez más pastosa— de la universidad de Princeton. La crême de la crême. Kelvin era negro. Dan era huérfano. Steve era de clase baja. Farley tenía siete hermanos: toda una familia numerosa, católica y de clase trabajadora. Todos nosotros salimos adelante, pero todos éramos inseguros y desdichados. El tío más feliz que conocí en el instituto abandonó la universidad en segundo. Sigue haciendo de barman. Y sigue siendo el hijo de puta más feliz que conozco.

La camarera maciza dejó las cervezas sobre la mesa.

—Los nachos llegarán en unos minutitos.

—No pasa nada, guapa —le dijo Phil con una sonrisa.

Una sonrisa bonita. Unos años atrás, hasta se la habrían devuelto, pero hoy no. Ni hablar. Phil mantuvo la mirada sobre la muchacha un poco más de la cuenta, pero Wendy pensó que no repararía en ello. Cuando la camarera estuvo fuera de su vista, Phil levantó su botella en dirección a Wendy. Ella cogió la suya, la chocó contra la de Phil y decidió que ya estaba bien de paripés.

—Phil, el término «Cara Cortada», ¿significa algo para ti?

Phil se esforzó mucho en no mostrar el menor signo de que así era. Frunció el ceño para ganar tiempo, y hasta llegó a decir:

—Eh... ¿Cómo?

—Cara Cortada.

—Sí, ¿y qué?

—¿Te suena de algo?

—No.

—Mientes.

—¿Cara Cortada? —Hizo una mueca—. ¿No era una película? Con Al Pacino, ¿verdad? —Adoptó un acento espantoso y llevó a cabo una imitación lamentable—. «Saluda a mi amiguito».

Esbozó una carcajada que también le salió fatal.

—¿Y qué me dices de una cacería?

—¿De dónde has sacado todo eso, Wendy?

—De Kelvin.

Silencio.

—Le he visto hoy.

Lo que Phil dijo a continuación la sorprendió:

—Ya lo sé.

—¿Cómo te has enterado?

Phil se inclinó hacia delante. Se oyó un grito de felicidad. Alguien gritaba:

«¡Vamos, vamos!». Dos jugadores de los Yankees corrían hacia su objetivo. El primero lo logró con facilidad. El otro lo tuvo más difícil, pero también acabó consiguiéndolo. Nuevo clamor de sus partidarios.

—No lo entiendo —dijo Phil—. No sé qué pretendes.

—¿A qué te refieres?

—Esa pobre chica ha muerto. Dan también.

—¿Y?

—Pues que ya está. Se acabó, ¿no?

Wendy no dijo nada.

—¿Qué andas buscando?

—Phil, ¿te llevaste el dinero?

—¿Y eso qué más da?

—¿Lo hiciste?

—¿Es eso lo que intentas? ¿Demostrar mi inocencia?

—En parte.

—No me ayudes, ¿vale? Por mi propio bien. Y por el tuyo. Por el bien de todos. Déjalo correr, por favor.

Apartó la vista. Sus manos encontraron la botella y se la llevaron rápidamente a los labios. Le dio un larguísimo trago. Wendy se lo quedó mirando. Por un momento, vio lo que tal vez también veía Sherry. Ese hombre llevaba una especie de caparazón. Algo en su interior —una luz, un chispazo, como quieras llamarlo— se había apagado. Recordó lo que había dicho Pops sobre los hombres que pierden su trabajo y cómo eso les afectaba. En una obra de teatro que vio en cierta ocasión, había una línea acerca de que un hombre sin trabajo no puede mantener la cabeza alta ni mirar a sus hijos a los ojos.

La voz de Phil era un susurro cargado de preocupación.

—Por favor. Tienes que dejarlo estar.

—¿No quieres saber la verdad?

Phil empezó a pelarse con la etiqueta de la botella. Observaba su actividad como si fuese un artista esculpiendo el mármol.

—Tú te crees que ya nos han hecho bastante daño —dijo en voz muy baja—. Pero no es así. Lo que ha pasado hasta ahora... no es más que un bofetón. Si nos olvidamos del asunto, no pasará nada más. Pero si seguimos dando la tabarra, si tú sigues dando la tabarra, la cosa será muchísimo peor.

La etiqueta se despegó del todo y se deslizó hasta el suelo. Phil la miró mientras caía.

—¿Phil?

El aludido levantó la mirada hacia ella.

—No entiendo de qué me estás hablando.

—Haz el favor de escucharme, ¿vale? Escúchame atentamente: todo puede empeorar.

—¿Y quién es el que puede empeorarlo todo?

—Da igual.

—¿Cómo coño va a dar igual?

La camarera apareció con un bol tan lleno de nachos que parecía que transportaba a un bebé. Lo dejó sobre la mesa y dijo:

—¿Queréis algo más?

Ambos dijeron que no. La chica dio media vuelta y los dejó solos. Wendy se inclinó sobre la mesa.

—¿Quién está detrás de esto, Phil?

—La cosa no va así.

—¿No va cómo? Puede que hayan matado a una chica.

Phil negó con la cabeza.

—Eso lo hizo Dan.

—¿Estás seguro?

—Del todo. —Levantó los ojos para clavarlos en los de su interlocutora—. Tienes que creerme. Se acabará si tú dejas que se acabe.

Wendy no dijo nada.

—¿Wendy?

—Cuéntame de qué va —dijo—. No se lo diré a nadie. Te lo prometo. Quedará entre nosotros.

Phil negó con la cabeza.

—No sé...

Eso la cabreó.

—¿Cómo que no sabes?

Phil arrojó dos billetes de veinte sobre la mesa y empezó a incorporarse.

—¿Adónde vas?

—A casa.

—No puedes conducir.

—Estoy bien.

—No, Phil, no lo estás.

—¿Y a qué viene esto ahora? —gritó de repente—. ¿Ahora te preocupa mi bienestar?

Empezó a gimotear. En un bar normal algo así podría haber atraído algunas miradas, pero entre los televisores a todo trapo y la atención de los clientes puesta en los partidos, apenas se fijó nadie.

—¿Qué cojones está pasando? —preguntó Wendy.

—Déjalo de una vez, ¿vale? Ya te he dicho que no es tan solo por nuestro bien, sino también por el tuyo.

—¿El mío?

—Te estás poniendo en peligro. Y a tu hijo también.

Wendy le agarró del brazo con fuerza.

—¿Phil?

Este intentó plantarle cara, pero la bebida lo había debilitado.

—Acabas de amenazar a mi hijo.

—Nos afecta a todos —dijo él—. También estás poniendo en peligro al mío.

Wendy le soltó.

—¿De qué manera?

Phil volvió a negar con la cabeza.

—Lo único que tienes que hacer es olvidarte del asunto, ¿de acuerdo? Es lo que tenemos que hacer todos. Basta de intentar ponerse en contacto con Farley y Steve... Total, tampoco querrán hablar contigo. Deja en paz a Kelvin. Aquí no hay nada que ganar. Se acabó. Dan está muerto. Y si sigues presionándome, morirá más gente.

Intentó presionar a Phil para sacarle más información, pero no hubo manera. Wendy acabó acompañándole a casa en coche. Cuando volvió a la suya, Pops y Charlie estaban viendo la tele.

—Hora de irse a dormir —les dijo.

Gruñido de Pops.

—¿No puedo quedarme hasta que se acabe, mamá?

—Muy gracioso.

Pops se encogió de hombros.

—Vale, no ha sido muy ingenioso, pero es que es tarde.

—¿Charlie?

El muchacho no apartó la vista de la pantalla.

—A mí me ha parecido gracioso.

Estupendo, se dijo Wendy, una pareja cómica.

—A la cama.

—¿Sabes qué película es?

Wendy le echó un vistazo.

—Yo diría que se trata de la escasamente edificante *Dos colgados muy fumados*.

—Exacto —dijo Pops—. Y en nuestra familia no nos vamos a mitad de *Dos colgados muy fumados*. Es una falta de respeto.

No le faltaba razón, y la verdad es que a Wendy le encantaba esa película. Así pues, se sentó con ellos a echarse unas risas y, durante un rato, trató de no pensar en chicas muertas, supuestos pedófilos, compañeros de cuarto en Princeton y amenazas a su propio hijo. Pero este último tema, por egoísta que resultase, no la abandonaba. Phil Turnbull nunca le había parecido un alarmista, pero le había dicho bien claramente que no fuera en esa dirección, por usar un término juvenil.

Puede que Phil estuviera en lo cierto. El reportaje de Wendy había tratado sobre Dan Mercer y puede que Haley McWaid. Y esa parte de la historia, ciertamente, había concluido. Le habían devuelto su empleo. De hecho, se había salido del embrollo bastante bien: como periodista, no solo había desenmascarado a un pedófilo, sino también a un asesino. Tal vez habría que seguir esa línea de acción. Trabajar con la policía para ver si había otras víctimas.

Contempló a Charlie tirado en el sofá. Se reía de algo que había dicho Neil Patrick Harris interpretándose a sí mismo. Le encantaba el sonido de la risa de su hijo. ¿A qué progenitor no le sucede lo mismo? Se lo quedó mirando unos instantes más y pensó en Ted y Marcia McWaid, y en que nunca volverían a escuchar la risa de Haley. En ese momento, su cerebro le ordenó que parara.

Cuando sonó el despertador por la mañana —aparentemente, a los ocho minutos de haber pillado el sueño—, Wendy se arrastró fuera de la cama. Llamó a Charlie a gritos. No hubo respuesta. Le llamó de nuevo. Nada.

Saltó de la cama.

—¡Charlie!

Se oyó un gruñido.

—¡Déjame en paz!

—Levántate.

—¿No puedo seguir durmiendo?

—Ya te advertí anoche. Levántate de una vez.

—La primera clase es la de salud. ¿Me la puedo saltar? ¡Por favor!

—Levántate. Ahora mismo.

—Clase de salud —insistió el chaval—. Nos hablan de sexo, con lo jóvenes e impresionables que somos. Fomentan la promiscuidad. De verdad, creo que para salvaguardar mi moral deberías dejar que me quedara en la cama.

Wendy intentó no sonreír.

—¡Levántate de una puta vez!

—¿Cinco minutos más? ¿Por favor?

Suspiro materno.

—Vale, cinco minutos. Ni uno más.

Al cabo de una hora y media, justo cuando terminaba la clase de salud, Wendy se lo llevó a la escuela en coche. Qué más daba. Era su último curso y ya lo habían aceptado en la universidad. Lo podía mimar un poco, suponía.

Cuando volvió a casa, revisó el correo electrónico. Había un mensaje de Lawrence Cherston, el administrador de la página web de Princeton. El hombre estaría «encantado» de quedar con ella «en cuanto le fuera posible». Su dirección: Princeton, Nueva Jersey. Wendy le llamó para preguntarle si podrían verse ese mismo día, a las tres de la tarde. Lawrence Cherston volvió a manifestar que estaría «encantado».

Después de colgar, Wendy decidió revisar su falso perfil de Facebook a nombre de Sharon Hait. Evidentemente, fuera lo que fuese lo que había asustado a Phil, no tenía nada que ver con Kirby Sennett. Aunque, en realidad, ¿qué tenía ese que ver con nada?

De todos modos, no le haría ningún daño controlar Facebook. Se conectó y observó, satisfecha, que Kirby Sennett se había hecho amigo suyo. Vale, muy bien. ¿Y ahora qué? Clicó en el link. Apareció una fotografía de un sonriente Kirby sosteniendo una lata grande de Red Bull.

Había una dirección, una hora y una breve nota del bueno de Kirby:

«Hola, Sharon, ¡me encantaría que vinieras!».

A la mierda el luto. Aunque no sabía muy bien en qué consistía una fiesta Red Bull. Probablemente, solo en eso, en una fiesta en la que se servía la «bebida energética» Red Bull, aunque puede que alegrada con algo más fuerte. Ya se lo preguntaría a Charlie.

¿Y ahora qué? ¿Debería iniciar una relación, ver si conseguía que el chaval se

sincerara con ella? No. Demasiado siniestro. Una cosa era aparentar ser una jovencita para atrapar a un perverso depravado. Y otra muy distinta, ser madre de un hijo adolescente y hacerse pasar por una cría para hacer hablar a uno de sus compañeros de escuela.

Así pues, ¿de qué iba la cosa?

Ni idea.

Le sonó el teléfono. Comprobó la identidad del que llamaba y vio que la comunicación procedía de la redacción del canal NTC.

—¿Sí?

—¿La señora Wendy Tynes? —Era una voz aguda y femenina.

—Sí.

—La llamo de parte de Recursos Humanos y del departamento legal. Nos gustaría que viniera hoy mismo a las doce en punto.

—¿Para qué?

—Estamos en la sexta planta. En el despacho del señor Frederick Montague. A las doce en punto. No se columpie.

Wendy puso mala cara.

—¿Me acaba de decir que no me «columpie»?

Clic.

¿De qué demonios iba eso? ¿Y cómo se puede usar el término «columpiarse» con tanta desfachatez? Se reclinó en el asiento. No sería nada del otro mundo. Seguramente, tendría que rellenar algunos papeles ahora que la habían vuelto a contratar. De todos modos, ¿por qué tenían que ser siempre tan meticulosos los de Recursos Humanos?

Pensó en su siguiente movimiento. Anoche había descubierto que Jenna Wheeler se había mudado al Marriott más cercano. Ya era hora de que se pusiera el sombrero de periodista y se enterara de por dónde caía. Lo consultó en la red. Los tres Marriott Courtyards más cercanos estaban en Secaucus, Paramus y Mahwah. Primero llamó al de Secaucus.

—¿Sería tan amable de ponerme con un huésped llamado Wheeler?

Confiaba en que no se hubiesen registrado con un nombre falso.

La operadora le pidió que se lo deletreara. Wendy lo hizo.

—No hay nadie con ese nombre.

Colgó y lo intentó con el de Paramus. Volvió a preguntar por un huésped llamado Wheeler. Al cabo de tres segundos, la operadora le dijo:

—Ahora se lo paso.

Bingo.

Descolgaron a la tercera llamada. Era Jenna Wheeler.

—¿Dígame?

Wendy colgó y fue hacia el coche. El Marriott Courtyard de Paramus estaba a diez minutos de allí. Era mejor presentarse. Cuando estaba a dos minutos de

distancia, volvió a llamar a la habitación.

—¿Dígame?

—Soy Wendy Tynes.

—¿Qué quieres?

—Que nos veamos.

—Yo no quiero verte.

—No intento haceros daño ni ti ni a tu familia, Jenna.

—Entonces, déjanos en paz.

Wendy metió el coche en el aparcamiento del hotel.

—Eso no puede ser.

—No tengo nada que decirte.

Encontró una plaza libre, aparcó y apagó el motor.

—Qué lástima. Baja, estoy en recepción. No pienso irme hasta que te vea.

Colgó. El Marriott Courtyard de Paramus estaba muy bien situado entre la carretera 17 y la autovía Garden State. Las vistas de las habitaciones consistían en una tienda de electrónica P. C. Richards o en un almacén sin ventanas llamado Syms, que lucía un rótulo sobrado de farfolla: «El consumidor culto es nuestro mejor cliente».

No era un sitio muy adecuado para unas vacaciones.

Wendy entró en el hotel. Esperó en un hall en el que casi todo era de color beige, empezando por las paredes, aunque para compensar, la moqueta era de un verde desvaído. Tanta falta de vigor en los colores pretendía proclamar a gritos que se trataba de un hotel correcto y competente del que, eso sí, no se podían esperar muchas alegrías. Había ejemplares del *USA Today* desperdigados por las mesas de café. Wendy le echó un vistazo al titular y a una encuesta hecha a los lectores.

Jenna apareció cinco minutos después. Llevaba una sudadera que le venía grande. El cabello lo tenía recogido en una cola de caballo modelo no-estoy-para-bromas que resaltaba sobremanera sus pómulos, ya de por sí contundentes.

—¿Has venido a regodearte un rato? —le preguntó Jenna.

—Pues sí, Jenna, has acertado del todo. Estaba en casa esta mañana, pensando en una chica que apareció muerta en el bosque, y me dije: «¿Sabes qué estaría muy bien ahora? ¿Sabes qué podría ser la guinda del pastel? Pues ir a regodearme un poco a costa de Jenna». A eso he venido. Ah, y cuando salga de aquí, me iré a la laguna a ahogar a un cachorrito.

Jenna se sentó.

—Lo siento. No debería haberlo dicho.

Wendy pensó en la noche anterior, en algo tan inane como el proyecto de graduación, y en que Jenna y Noel Wheeler deberían haber estado presentes, que era con toda probabilidad lo que a ellos les hubiera gustado.

—Yo también lo siento. Supongo que todo esto ha debido de ser muy duro para vosotros.



Jenna se encogió de hombros.

—Cada vez que intento compadecerme de mí misma pienso en Ted y Marcia.

¿Me explico?

—Perfectamente.

Silencio.

—Oí que os trasladabais —dijo Wendy.

—¿Cómo te has enterado?

—Esto es un pueblo muy pequeño.

Jenna sonrió sin la menor huella de alegría.

—¿Acaso no lo son todos? Sí, nos mudamos. Noel va a ser el jefe del departamento de cirugía cardíaca del hospital Memorial de Cincinnati.

—Qué rapidez.

—Tiene ofertas constantes. Pero la verdad es que empezamos a planearlo hace meses.

—¿Cuando empezaste a defender a Dan?

Jenna intentó sonreír de nuevo.

—Digamos que eso no contribuyó precisamente a mejorar nuestra posición social —dijo—. Confiábamos en poder quedarnos hasta que acabara el curso escolar, para que Amanda se pudiera graduar con toda su clase. Pero me temo que eso no podrá ser.

—Lo lamento.

—Esto no es nada, comparado con lo de Ted y Marcia.

Wendy suponía que no.

—¿A qué has venido, Wendy?

—Tú defendiste a Dan.

—Sí.

—De principio a fin, me refiero. Cuando se emitió el programa por primera vez. Se te veía muy segura de su inocencia. Y la última vez que hablamos me dijiste que había destruido a un hombre inocente.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Que yo me equivocaba y tú estabas en lo cierto?

—¿Seguro que te equivocabas?

Jenna se la quedó mirando fijamente.

—¿De qué estás hablando?

—¿Tú crees que Dan mató a Haley?

El hall quedó en silencio. Jenna parecía que estaba a punto de responder, pero en vez de eso, meneó la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Ahora crees que es inocente?

Wendy no sabía muy bien cómo responder a eso.

—Creo que aún faltan algunas piezas del rompecabezas.

—¿Como cuáles?

—Eso es lo que he venido a averiguar.

Jenna la miró como si esperara más de ella. Ahora fue Wendy la que apartó la vista. Jenna se merecía una respuesta mejor. Hasta ahora, Wendy había llevado todo este caso en plan periodista. Pero puede que tuviese que ir un poco más allá. Tal vez había llegado la hora de sincerarse, de reconocer la verdad y decirla en voz alta.

—Te voy a confesar algo, ¿vale?

Jenna asintió y se quedó a la espera.

—Yo trabajo con hechos, no con intuiciones. En general, las intuiciones me acaban jodiendo. ¿Me explico?

—Mejor de lo que te imaginas.

Ahora Jenna ya tenía lágrimas en los ojos. Wendy supuso que también las tendría en los suyos.

—Sabía que había trincado a Dan. Intentó seducir en la red a mi cría imaginaria de trece años. Apareció por la casa. Encontramos todo ese material en la suya y en su ordenador. Hasta su trabajo coincidía: no te imaginas la cantidad de miserables que trabajan con adolescentes, a los que se supone que ayudan. Todo encajaba. Pero mi intuición seguía gritándome que me estaba equivocando.

—Parecías muy segura cuando hablamos.

—Excesivamente segura, ¿no te parece?

Jenna pensó en eso y esbozó una pequeña sonrisa.

—Igual que yo, si me paro a pensarlo. Las dos estábamos segurísimas. Pero una de las dos tenía que estar equivocada, claro está. Me temo que nunca puedes estar del todo segura respecto a alguien. Es una obviedad, pero creo que necesito que me lo recuerden. ¿Te acuerdas de cuando te dije que Dan era muy secretista?

—Sí.

—Puede que tuvieses razón acerca de sus motivos. A mí me ocultaba algo. Lo sabía. Todos lo hacemos, ¿no? Nadie nos conoce del todo. A fin de cuentas, y aunque sea un tópico, puede que nunca llegues a conocer realmente a alguien.

—¿Quieres decir que te equivocabas del todo?

Jenna se mordisqueó un labio.

—Ahora miro hacia atrás y pienso en su secretismo. Yo creía que tenía algo que ver con el hecho de ser huérfano, ¿sabes? Las típicas cuestiones de confianza. Creía que era eso lo que había acabado por separarnos. Pero ahora ya no estoy tan segura.

—¿De qué?

Le caía una lágrima por la mejilla.

—De que no hubiera nada más. Puede que le hubiera sucedido algo muy malo. Me pregunto por la oscuridad que tal vez anidaba en su interior.

Jenna se puso de pie y atravesó la sala, hacia una mesa con café. Cogió un vaso de poliuretano y lo llenó. Wendy se levantó y fue tras ella. También se sirvió un café. Cuando volvieron a sus asientos, era como si el momento trascendental ya hubiese pasado. Pero a Wendy no le importaba. Había abordado el tema de la intuición. Ahora tocaba volver a los hechos.

—La última vez que nos vimos, dijiste algo sobre Princeton. Que allí le había pasado algo a Dan.

—Sí, ¿y qué?

—Que me gustaría hablar de ello.

Jenna pareció sentirse confusa.

—¿Tú crees que Princeton tiene algo que ver con todo esto?

La verdad es que Wendy no lo sabía.

—Solo intento seguir una pista.

—No lo entiendo. ¿Qué pintan aquí sus años de universidad?

—Son un aspecto del caso que necesito conocer.

—¿Por qué?

—¿Podrías confiar un poco en mí, Jenna? Fuiste tú la que sacó el tema la última vez que hablamos. Dijiste que a Dan le había pasado algo en la universidad. Quiero saber de qué se trata.

Jenna no dijo nada durante unos instantes. Y de repente:

—No sé qué decirte. Eso formaba parte de su secretismo... La mayor parte, tal vez, ahora que lo pienso. Por eso te lo mencioné.

—¿Y no tienes ni idea de qué era?

—La verdad es que no. Vamos a ver, la cosa acabó por no entenderse mucho.

—¿Podrías, por lo menos, contármelo?

—No sé para qué.

—Hazme ese favor, ¿quieres?

Jenna se llevó el café a los labios, sopló y bebió un sorbito.

—Vale, cuando empezábamos a salir juntos, desaparecía algún que otro sábado. No quiero parecer demasiado críptica, pero era indudable que se iba y no me decía adónde.

—Supongo que se lo preguntaste, ¿no?

—Por supuesto. Al principio de nuestra relación, me dijo que era cosa suya y que era una cuestión privada. Dijo que no era nada de lo que debiera preocuparme, pero quería que entendiera que se trataba de algo que necesitaba hacer.

Se interrumpió.

—¿Y tú a qué conclusiones llegaste?

—Estaba enamorada —se limitó a responder Jenna—. Así que, al principio, opté por racionalizarlo. Los hay que juegan al golf, me dije. A otros les da por los bolos o por quedar con los amigotes en un bar o lo que sea. Dan tenía derecho a su vida privada. Y aparte de eso, era de lo más atento. Así pues, lo dejé correr.

Se abrió la puerta del hall. Una familia de cinco se coló en el interior del hotel y se acercó al mostrador de recepción. El hombre dijo cómo se llamaba y le pasó una tarjeta de crédito al recepcionista.

—Has dicho que «al principio» —continuó Wendy.

—Sí. Bueno, así estaban las cosas entonces. Creo que llevábamos un año casados

cuando empecé a insistir en el tema. Dan me dijo que no me preocupase, que tampoco era para tanto. Pero empezaba a serlo, evidentemente. Me devoraba la curiosidad. Así pues, un sábado le seguí.

Su voz se fue apagando y se le dibujó una sonrisita en la cara.

—¿Qué te pasa?

—Nunca se lo he contado a nadie. Ni a Dan.

Wendy se echó hacia atrás para dejarle espacio. Le dio un sorbo a su café y trató de parecer lo menos agresiva posible.

—La verdad es que la historia no da para mucho más. Le seguí durante cosa de una hora, o una hora y media. Cogió la salida de Princeton. Aparcó en el pueblo. Fue a una cafetería. Yo me sentía muy tonta siguiéndole. Estuvo a solas unos diez minutos. Yo seguía esperando que apareciera la otra. Suponía que se trataba de una profesora de lo más sexy, ya sabes, con gafas y el pelo muy negro. Pero no vino nadie. Dan se acabó el café y se levantó. Echó a andar calle abajo. Me resultaba muy raro eso de estarle siguiendo de esa manera. Vamos a ver, yo amaba a ese hombre. No te imaginas cuánto. Pero aun así, como ya te he dicho, había algo en él que no acababa de entender, y por eso estaba yo allí, agazapada, tratando de que no me viera y sintiendo, por fin, que cada vez me encontraba más cerca de descubrir la verdad. Y eso me aterrorizaba.

Jenna se volvió a llevar el vaso a los labios.

—¿Y adónde se dirigía?

—A dos manzanas había una vieja y encantadora mansión victoriana. Estaba en el centro de los alojamientos universitarios. Dan llamó a la puerta y entró. Se quedó allí una hora y luego se fue. Volvió andando al pueblo, subió al coche y emprendió el regreso.

El recepcionista del hotel le estaba diciendo a la familia que no podrían ocupar las habitaciones hasta las cuatro. El padre suplicaba que le adelantara un poco la hora, pero el recepcionista se mantenía firme.

—¿Y de quién era la casa?

—Eso es lo más curioso. Pertenecía al decano de los estudiantes, un señor llamado Stephen Slotnick. Por esa época, ya se había divorciado. Vivía allí con sus dos hijos.

—¿Por qué habría de visitarle Dan?

—No tengo la menor idea. Nunca se lo pregunté. Nunca saqué el tema en su presencia. No estaba teniendo ningún lío. Solo era un secreto que guardaba. Si algún día me lo quería explicar, pues ya lo haría.

—¿Y nunca lo hizo?

—Jamás.

Se concentraron en el café, perdidas ambas en sus propios pensamientos.

—No hay nada de lo que debas sentirte culpable —dijo Jenna.

—Ya lo sé.

—Dan está muerto. Si algo teníamos en común era que ninguno de los dos creía en la otra vida. Cuando te mueres, te mueres. Le daría lo mismo que ahora le rehabilitaran.

—Tampoco es eso lo que pretendo.

—Entonces, ¿qué es lo que pretendes?

—Que me aspen si lo sé. Supongo que necesito respuestas.

—A veces, la respuesta más evidente es la real. Puede que Dan sea todo lo que la gente cree que es.

—Tal vez, pero eso no responde una pregunta clave.

—¿A saber?

—¿Por qué visitaba al decano de su alma mater?

—No tengo ni idea.

—¿Y no sientes curiosidad?

Jenna se lo pensó un momento.

—¿Piensas descubrirlo?

—Sí.

—Puede que eso fuera lo que destruyó mi matrimonio.

—Es posible.

—O puede que no tenga nada que ver con nada.

—Es lo más probable —certificó Wendy.

—Creo que Dan mató a esa chica.

Para eso, Wendy no tenía respuesta. Esperó a que Jenna dijese algo más, pero no fue así. Admitir esa posibilidad le había chupado toda la energía. Se reclinó en el asiento, aparentemente incapaz de moverse.

Al cabo de cierto tiempo, Wendy dijo:

—Lo más probable es que tengas razón.

—Pero ¿sigues queriendo averiguar lo del decano?

—Sí.

Jenna asintió.

—Si descubres de qué se trataba, ¿me lo dirás?

—Por supuesto.

Wendy salió del ascensor y se dirigió hacia el despacho de Vic. Por el camino se cruzó con Michele Feisler —la nueva y más joven presentadora—, que estaba trabajando en su cubículo. Un cubículo decorado con fotos de Walter Cronkite, Edward R. Murrow y Peter Jennings. Hay que joderse, pensó Wendy.

—Hola, Michele.

Pero la aludida estaba muy ocupada escribiendo, así que le dedicó un amago de saludo y nada más. Wendy miró por encima de su hombro. Estaba leyendo sus mensajitos en Twitter. Uno de ellos decía: «¡En el programa de ayer lucías un peinado increíble!». Michele le estaba respondiendo a su seguidor: «He cambiado de acondicionador... Pronto habrá más información al respecto. ¡Mantente al loro!».

Qué orgulloso se sentiría de ella Edward R. Murrow.

—¿Cómo está ese tío al que le dispararon en las rodillas? —le preguntó Wendy.

—Es una historia de las tuyas, ¿verdad? —repuso Michele.

—¿A qué te refieres?

—A que parece que es una especie de pervertido. —Se apartó del ordenador, pero solo por un instante—. ¿No son tu especialidad los pervertidos?

Estaba bien tener una especialidad, se dijo Wendy.

—¿Eso es lo que crees?

—Bueno, tú eres nuestra experta en pervertidos sexuales, ¿no?

—¿Perdón?

—Uy, ahora no puedo hablar —dijo Michele, volviendo a teclear—. Estoy ocupadísima.

Ahí de pie, Wendy no podía evitar observar que Clark había estado en lo cierto: Michele tenía un cabezón gigantesco, sobre todo si lo comparabas con su delgadísimo cuerpo. Parecía un globo de helio al final de un cordel. Daba la impresión de que el cuello se le podría partir en cualquier momento por culpa del peso que debía soportar.

Wendy consultó su reloj de pulsera. Faltaban tres minutos para las doce en punto. Recorrió apresuradamente el pasillo que conducía al despacho de Vic. Su secretaria, Mavis, ya estaba allí.

—Hola, Mavis.

La mujer en cuestión apenas la miraba.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Tynes?

Era la primera vez que la llamaba así. Puede que alguien hubiese dado órdenes de aplicarle un tratamiento más formal desde que la habían despedido.

—Quisiera hablar un momento con Vic.

—El señor Garrett no está disponible. —El tono de Mavis, habitualmente amable, ahora era de lo más gélido.

—¿Puede decirle que subo a la sexta planta? No tardaré en volver.

—Se lo diré.

Wendy echó a andar hacia el ascensor. Puede que fuera cosa de su imaginación, pero parecía haber una extraña tensión en el aire.

Wendy había estado en ese edificio —las oficinas del canal— en infinidad de ocasiones, pero nunca había subido a la sexta planta. Ahora estaba sentada en un despacho de un blanco impoluto, una maravilla cubista con una pequeña cascada en una esquina. Una de las paredes estaba dominada por un cuadro que consistía en un amasijo de trazos blancos y negros. En las demás no había nada. Los remolinos pictóricos los tenía prácticamente en las narices y la distraían bastante. Al otro lado de la mesa de cristal, también frente a los remolinos, había tres personas trajeadas. Dos hombres y una mujer: los tres juntos frente a ella. Uno de los hombres era negro. La mujer era asiática. Admirable equilibrio, pero quien estaba al mando, el que se sentaba en medio y llevaba la voz cantante, era un hombre blanco.

—Gracias por venir a vernos —dijo ese hombre.

Se había presentado a sí mismo —y también a los otros dos—, pero Wendy no había prestado atención a los nombres.

—Es un placer —dijo.

Wendy se percató de que su silla era, por lo menos, cinco centímetros más baja que las de los demás. El clásico truco intimidatorio, aunque propio de aficionados. Se cruzó de brazos y se deslizó ligeramente hacia abajo, para que se creyeran que llevaban ventaja.

—Bueno —dijo Wendy, intentando ir al grano—, ¿qué puedo hacer por vosotros, chavales?

El blanco miró a la asiática, quien sacó una hoja de papel y la deslizó por el cristal de la mesa.

—¿Es esta su firma? —preguntó el blanco.

Wendy la miró. Se trataba de su contrato original.

—Eso parece.

—¿Lo es o no?

—Lo es.

—Y se ha leído este documento, claro está.

—Supongo.

—No me interesan sus suposiciones...

Wendy lo interrumpió con un movimiento de la mano.

—Sí, lo he leído. ¿Cuál es el problema?

—Me gustaría remitirle a la sección diecisiete, punto cuatro, de la página tres.

—Vale —dijo ella, empezando a pasar hojas.

—Hace referencia a nuestra estricta regulación acerca de las relaciones románticas o sexuales en el lugar de trabajo.

Eso la puso en guardia.

—¿Y qué?

—¿Lo ha leído?

—Sí.

—¿Y lo comprende?

—Sí.

—Pues resulta —dijo el blanco— que nos hemos enterado de que usted se saltó esa norma, señora Tynes.

—Le aseguro que no.

El blanco se reclinó en el asiento, cruzó los brazos y trató de adoptar un aspecto severo.

—¿Conoce a un hombre llamado Víctor Garrett?

—¿Vic? Pues claro, es el que lleva las noticias.

—¿Ha mantenido usted relaciones sexuales con él en algún momento?

—¿Con Vic? Venga, hombre.

—¿Eso es un sí o un no?

—Es un no como una catedral. ¿Por qué no le hace venir y se lo pregunta?

Se produjo una breve intercomunicación en la parte acusadora.

—Pensamos hacerlo.

—No lo entiendo. ¿De dónde han sacado que Vic y yo...? —Intentaba no parecer enfadada.

—Hemos recibido informes al respecto.

—¿De quién?

No contestaron de inmediato. Y de repente, Wendy se dio cuenta de que había una respuesta obvia. ¿Acaso no se lo había advertido Phil Turnbull?

—No podemos revelar la fuente —dijo el blanco.

—Pues es una pena, porque la acusación es muy grave. Más les vale tener pruebas al respecto.

El negro miró a la asiática. La asiática miró al blanco. El blanco miró al negro.

Wendy abrió los brazos, pasmada.

—¿Todo esto lo lleváis ensayado, tíos?

Se inclinaron los tres y se pusieron a susurrar cual senadores durante una audiencia. Wendy se mantuvo a la espera. Cuando acabaron, la asiática abrió otro expediente y lo deslizó por la superficie de cristal.

—Tal vez debería leer esto.

Wendy abrió la carpetilla. Era un texto impreso, sacado de un blog. Sintió que le ardía la sangre cuando empezó a leer:

«Trabajo en la NTC. No puedo revelar mi auténtico nombre porque me despedirían. Pero Wendy Tynes es una persona horrible. Es una *prima donna* sin talento alguno que ascendió a la cumbre de la manera tradicional: a base de polvos. En la actualidad, se está follando a nuestro jefe, Vic Garrett. Y gracias a ello, hace lo que le da la gana. De hecho, la despidieron la semana pasada por incompetente, pero la han vuelto a admitir porque Vic tiene miedo de que lo lleve a juicio por acoso sexual. Wendy se ha hecho un montón de operaciones de cirugía plástica, incluyendo



nariz, ojos y tetas...».

Y la cosa seguía en ese plan. Una vez más, Wendy recordó la advertencia de Phil. Recordó lo que esos psicópatas virales le habían hecho a Farley Parks y a Steve Miciano. Ahora le tocaba a ella. Y las insinuaciones empezaban a calar: su carrera, su energía vital, la habilidad que tenía para cuidar de su hijo. Los rumores siempre afectaban a la realidad. Para la gente en general, las acusaciones equivalen a condenas. Eres culpable hasta que se demuestra lo contrario.

¿No le había dicho Dan Mercer algo parecido?

Finalmente, el blanco se aclaró la garganta y dijo:

—Bueno, ¿qué?

Con toda la chulería que pudo reunir, Wendy sacó pecho.

—Son auténticas. Puede estrujarme una para comprobarlo.

—Eso no ha tenido gracia.

—Tampoco me estoy riendo. Solo le ofrezco pruebas de que todo eso es mentira. Adelante, hombre, tóquemelas un poco.

El blanco hizo unos ruiditos de incomodidad y señaló el expediente.

—Tal vez debería echarles un vistazo a los comentarios. Están en la segunda página.

Wendy trataba de mantener en pie su fachada confianzuda, pero notaba que su mundo empezaba a tambalearse. Pasó la hoja y buscó el primer comentario.

«Comentario: Trabajé con ella en su anterior empleo y no puedo estar más de acuerdo. Ahí pasó lo mismo. Nuestro jefe, que estaba casado, se divorció y acabó en el trullo. Esa tía es veneno».

«Comentario: Se acostó con dos profesores universitarios, por lo menos. Con uno de ellos, cuando estaba embarazada. Se cargó su matrimonio».

Ahora Wendy sintió que le ardía la cara. Estaba casada con John cuando tenía ese empleo. De hecho, su marido había muerto durante sus últimas semanas de trabajo allí. Esa mentira en concreto la enfureció más que las otras. Era obscena e injusta.

—¿Y bien? —le preguntó el blanco.

—Es una sarta de mentiras —dijo Wendy mientras le rechinaban los dientes.

—Pues corren por toda la red. Y algunos de esos blogs les han sido enviados a nuestros patrocinadores. Nos amenazan con retirar la publicidad.

—Son todo mentiras.

—Y además nos gustaría que firmara un comunicado.

—¿Qué clase de comunicado?

—El señor Garrett es un superior suyo. Aunque no creo que haya base para un juicio, podría usted demandarle por acoso sexual.

—¿Está usted de broma? —le preguntó Wendy.

El hombre señaló el expediente.

—Uno de esos blogs menciona que, en cierta ocasión, usted ya demandó a un superior por acoso sexual. ¿Quién nos dice que no lo volverá a hacer?

Wendy empezaba a verlo todo negro. Apretó los puños y trató con todas sus fuerzas de mantener la calma.

—Señor... Lo siento, he olvidado su nombre.

—Montague.

—Señor Montague. —Respiró hondo—. Quiero que me escuche con mucho interés. Intente prestar atención porque quiero asegurarme de que me entiende. —Wendy levantó la carpeta—. Todo esto son mentiras. ¿Lo pillas? Invencciones. ¿Lo de que llevé a juicio a un antiguo jefe? Mentira. ¿La acusación de que me acosté con un superior o con un profesor? Otra mentira. ¿Lo de que me acosté con alguien que no era mi marido mientras estaba embarazada? ¿O lo de que me he hecho múltiples operaciones, ya puestos? Mentiras. No son exageraciones ni distorsiones de la realidad. Son mentiras puras y duras. ¿Me entiende?

Montague se aclaró la garganta.

—Entendemos que esa es la postura que usted adopta.

—Cualquiera puede meterse en la red y decir lo que se le ocurra de alguien —continuó Wendy—. ¿No se da cuenta? Alguien está soltando trolas a mi costa. Mire la fecha del blog, por el amor de Dios. Colgaron el texto ayer y ya hay un montón de comentarios. Todo es falso. Hay alguien que intenta hundirme.

—En cualquier caso —dijo Montague, una expresión que servía para todo y que a Wendy la irritaba especialmente—, creemos que sería mejor que se acogiese a una baja temporal mientras investigamos las acusaciones.

—Pues yo no lo creo —dijo Wendy.

—¿Perdón?

—Porque si me obligan a hacer eso, les voy a montar un pollo del que no se recuperarán en su vida. Demandaré a la cadena. Demandaré a la productora. Los demandaré personalmente a cada uno de ustedes. Les enviaré a nuestros queridos patrocinadores unos blogs que digan que ustedes dos —señaló al blanco y al negro— se lo pasan de miedo follando en el sofá del despacho mientras ella —señaló a la asiática— lo contempla encantada dándose de latigazos. ¿Es eso cierto? Pues lo será en un blog. En varios blogs, de hecho. Luego cambiaré de ordenador y añadiré unos comentarios, cosas como que a Montague le va el sexo duro, o los juguetitos o los animalitos de granja. Les echaré encima a la protectora de animales. Y luego les enviaré esos blogs a sus respectivas familias. ¿Qué les parece?

Nadie abrió la boca.

Wendy se levantó.

—Me vuelvo al tajo.

—No, señora Tynes, me temo que no.

Se abrió la puerta y aparecieron dos guardias de seguridad uniformados.

—Estos señores la acompañarán a la puerta. Haga el favor de no ponerse en contacto con nadie de esta empresa hasta que tengamos la oportunidad de comprobar este asunto. Cualquier intento de comunicación con alguna persona involucrada en el

caso, será considerado un intento de alterar la realidad. Y, por último, sus amenazas hacia mí y mis colegas quedarán debidamente registradas. Gracias por su tiempo.

Wendy llamó a Vic, pero Mavis no le pasó la comunicación. Vale. Así estaba el patio. Princeton quedaba a unos noventa minutos en coche. Dedicó el trayecto a cabrearse y a pensar en qué significaba todo esto. Resultaba muy sencillo burlarse de un cotilleo ridículo y sin base alguna, pero era consciente de que, pasara lo que pasara, esos rumores arrojarían una sombra oscura y probablemente permanente sobre su carrera. Ya había sufrido insinuaciones malévolas con anterioridad —era algo de rigor cada vez que una mujer más o menos atractiva se hacía notar en esa industria—, pero ahora, como algún cretino las había colgado en un blog, parecían más creíbles.

Bueno, basta.

Mientras se acercaba a su destino, Wendy se puso a pensar de nuevo en el caso, en los continuos nexos con Princeton, en el hecho de que cuatro hombres —Phil Turnball, Dan Mercer, Steve Miciano y Farley Parks— habían sido víctimas de una encerrona el año pasado.

¿Cómo?, se preguntaba la periodista.

Aunque la pregunta crucial era: ¿quién?

Wendy consideró que lo mejor era empezar con Phil Turnball porque así se lo indicaba su intuición. Se introdujo en la oreja el auricular del manos libres del teléfono y marcó el número de la línea privada de Win.

Una vez más, este contestó con una arrogancia excesiva para una sola palabra.

—Comunícate.

—¿Puedo pedirte otro favor?

—¿Me harías otro favor? Sí, Wendy, te lo haría.

—No sabes lo bien que me viene ahora mismo esa lección de urbanidad.

—Es un placer.

—¿Recuerdas que te pregunté por Phil Turnball, aquel tío al que despidieron por un desfaldo de dos millones de dólares?

—Sí, lo recuerdo.

—Pues digamos que a Phil le tendieron una trampa y que en realidad no se llevó el dinero.

—Vale, digámoslo.

—¿Qué habría que haber hecho para montarle la encerrona?

—No tengo ni idea. ¿Por qué me lo preguntas?

—Estoy bastante segura de que no trincó nada.

—Ya veo. ¿Y qué es lo que te hace estar bastante segura?

—Él mismo me ha dicho que es inocente.

—Ah, pues entonces no hay más que hablar.

—No es solo eso.

—Te escucho.

—Vamos a ver, si Phil se llevó dos millones de dólares, ¿cómo es que no está en

la cárcel ni, por lo menos, se le ha exigido que devuelva el dinero? Ahora no estoy para entrar en detalles, pero hay otros tíos —sus compañeros de cuarto en la universidad, de hecho— que también se han visto envueltos recientemente en extraños escándalos. En uno de ellos, en concreto, puede que me hayan utilizado a mí de tonta útil.

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Win?

—Sí, sí, ya te he oído. Me gusta lo de «tonta útil». Le otorga, o por lo menos sugiere, ciertas características femeninas al hecho de que te tomen el pelo.

—Sí, es estupendo, ¿verdad?

Hasta los suspiros de Win eran arrogantes.

—¿Y qué puedo hacer para ayudarte?

—¿Podrías investigarlo todo un poco? Necesito averiguar quién se la jugó a Phil.

—Así lo haré.

Clic.

En esta ocasión, tan abrupta despedida no la cogió por sorpresa, aunque hubiese agradecido alguna conclusión por su parte, como que los finales rápidos eran su especialidad o algo parecido, pero, lamentablemente, ya no había nadie al otro extremo del hilo. Se quedó esperando unos segundos, confiando en que Win volviera a llamar, pero eso no llegó a suceder.

La casa de Lawrence Cherston era de piedra lavada y tenía las persianas blancas. Había un jardín de rosas circular en torno al mástil de una bandera. Colgaba de él un estandarte negro con una enorme letra P de color naranja. Impresionante. Cherston la recibió a la entrada de su domicilio estrechando su mano entre las suyas. Tenía uno de esos rostros carnosos y rollizos que te hacían pensar en gatos gordos y trastiendas llenas de humo. Lucía un blazer azul con el logotipo de Princeton en la solapa y la misma corbata de la universidad que llevaba en sus fotos profesionales. Los pantalones de loneta estaban recién planchados y los mocasines relucían: evidentemente, no llevaba calcetines. Daba la impresión de haber salido esa mañana de casa en dirección a sus clases y haber envejecido veinte años por el camino. Mientras entraba en la casa, Wendy se imaginó un armario en el que solo habría otra docena de blazers idénticos y otros tantos pantalones de loneta.

—Bienvenida a mi humilde refugio —dijo el anfitrión.

Le ofreció una copa a Wendy, pero esta declinó la invitación. Cherston había preparado unos bocadillitos, así que Wendy cogió uno para no parecer grosera. Sabía a rayos, y los ingredientes eran imposibles de precisar. Cherston ya estaba presumiendo de sus compañeros de promoción.

—Tenemos dos premios Pulitzer —dijo. Y acto seguido, inclinándose sobre su invitada, añadió—: Y uno de ellos es una mujer.

—Una mujer. —Wendy lució una sonrisa congelada y parpadeó como si no diera crédito a lo que oía—. ¡Caramba!

—También contamos con un fotógrafo de fama mundial, varios consejeros delegados, claro está, y un nominado a los Oscars. Bueno, sí, lo seleccionaron para el premio al mejor sonido y no lo ganó, pero algo es algo. Muchos de nuestros exalumnos trabajan para el gobierno actual. Y a uno lo ficharon los Browns de Cleveland.

Wendy iba asintiendo como una idiota, preguntándose hasta cuándo podría mantener la sonrisa. Cherston iba sacando libros con recortes de prensa, álbumes de fotos, programas de graduación y hasta anuarios de primer curso... Ahora ya estaba hablando de sí mismo y de su entrega total a su alma mater, como si eso pudiera sorprender a la visitante.

Wendy tenía que ir al grano.

Cogió un álbum de fotos y empezó a hojearlo, confiando en toparse con alguno de los Cinco de Princeton. No hubo suerte. Cherston seguía largando de manera monótona. Bueno, ya era hora de que pasara algo. Wendy se hizo con el anuario de primer curso y fue pasando las páginas, en dirección a la letra M.

—Oh, mire —dijo, interrumpiendo a Cherston. Señaló la foto de Steve Miciano—. Este es el doctor Miciano, ¿verdad?

—Ah, pues sí, sí que lo es.

—Trató a mi madre.

Puede que a Cherston se le escapara un leve gesto aprensivo.

—Eso está muy bien.

—Tal vez debería hablar con él también.

—Puede ser —dijo Cherston—. Pero no tengo su dirección actual.

Wendy volvió a observar el álbum de fotos, recurriendo de nuevo a una supuesta sorpresa.

—Vaya, vaya, mire lo que pone aquí. El doctor Miciano compartió habitación con Farley Parks. ¿Ese no era el que iba para congresista?

Lawrence Cherston le dedicó una sonrisa.

—¿Señor Cherston?

—Llámeme Lawrence.

—Muy bien. ¿No era Farley Parks el que se presentó al Congreso?

—¿Puedo llamarla Wendy?

—No puede, debe. —La influencia de Win.

—Gracias, Wendy. ¿No podríamos dejar ya este juegucito?

—¿A qué juegucito se refiere?

Cherston meneó la cabeza, como si experimentara cierta decepción ante una alumna favorita.

—Los aparatos de búsqueda funcionan en ambas direcciones. ¿De verdad cree usted que, aunque solo fuese por curiosidad, no buscaría yo en Google el nombre de una periodista que viniese a entrevistarme?

Wendy no abrió la boca.

—Ya estoy al corriente de que se ha apuntado a la página de Princeton. Y lo que es más, también sé que hizo los reportajes sobre Dan Mercer. Se podría decir, incluso, que hasta se los inventó.

Se la quedó mirando.

—Estos bocadillitos están de miedo —declaró Wendy.

—Los hace mi mujer y son asquerosos. En cualquier caso, supongo que el objetivo de esta treta suya era conseguir algo de información.

—Y si ya lo sabía, ¿por qué ha accedido a verme?

—¿Por qué no? —contraatacó el anfitrión—. Usted está haciendo un reportaje sobre un licenciado de Princeton. Y yo quería asegurarme de que su información era la correcta, para evitar insinuaciones que no vienen a cuento.

—Pues en ese caso, gracias por recibirme.

—No hay de qué. Bueno, ¿qué puedo hacer por usted?

—¿Conocía a Dan Mercer?

Cogió un bocadillito y le dio un bocado minúsculo.

—Pues sí, pero no muy bien.

—¿Y qué impresión le causó?

—¿Se refiere a si parecía un pedófilo asesino?

—Podríamos empezar por ahí.

—No, Wendy. No lo parecía. Pero le confieso que soy más bien ingenuo. Tiendo a ver lo mejor en todo el mundo.

—¿Qué me puede contar de él?

—Dan era un estudiante muy serio: brillante, trabajador. Era un chaval pobre. Yo soy descendiente de exalumnos: de hecho, pertenezco a la cuarta generación de mi familia que estudia en Princeton. Eso nos sitúa en círculos diferentes. Yo adoro esta escuela y lo demuestro constantemente. Pero Dan parecía sentirse absolutamente impresionado por ella.

Wendy asintió como si lo que acabara de decir su interlocutor fuese de una lucidez suprema. Lo que no era el caso.

—¿Quiénes eran sus amigos más cercanos?

—Usted ya ha mencionado a dos, por lo que supongo que ya sabe la respuesta a su propia pregunta.

—¿Sus compañeros de cuarto?

—Así es.

—¿Los conoce usted a todos?

—Puede que de pasada. Con Phil Turnbull estuvimos en el mismo orfeón durante el primer curso. Como usted probablemente ya sabrá, los compañeros de cuarto en el primer curso los decide la facultad. Evidentemente, eso podía conducir al desastre. El mío era un idiota místico que se pasaba el día fumando hierba. Me cambié de cuarto antes de un mes. Pero esos cinco siguieron juntos durante años.

—¿Hay algo que me pueda decir del tiempo que pasaron aquí?

—¿Como qué?

—¿Eran raros? ¿Estaban marginados? ¿Tenían enemigos? ¿Andaban metidos en actividades extrañas?

Lawrence Cherston dejó el emparedado sobre la mesa.

—¿Por qué me pregunta eso?

Wendy optó por la respuesta más vaga posible.

—Es parte de la historia.

—No veo por qué. Entiendo que me haga preguntas sobre Dan Mercer. Pero si lo que pretende es relacionar de algún modo a sus compañeros de cuarto con los posibles demonios que lo acecharan...

—No es esa mi intención.

—Y entonces ¿cuál es?

Wendy no tenía muchas ganas de decir nada más. Para ganar tiempo, cogió el programa de graduación y se puso a hojearlo. Notaba encima de ella los ojos de su anfitrión. Pasó más páginas y acabó encontrando una foto de Dan con Kelvin y Farley. Dan estaba en medio. Los tres lucían enormes sonrisas. La graduación. Lo habían conseguido.

Lawrence Cherston seguía mirándola. ¿A qué venía tanto interés?, se preguntaba ella.

—Todos ellos, sus compañeros de cuarto, han tenido problemas recientemente.

Silencio.

—Farley Parks tuvo que renunciar a su candidatura al Congreso —dijo Wendy.

—Me consta.

—A Steve Miciano lo detuvieron por un asunto de drogas. Phil Turnbull perdió su empleo. Y ya sabe qué fue de Dan.

—Lo sé.

—¿No le parece todo un poco extraño?

—No especialmente. —Se aflojó la corbata como si le apretara de repente—. ¿Es ese el punto de vista con que piensa abordar esta historia? ¿Compañeros de Princeton a los que todo les sale mal?

Wendy no tenía muchas ganas de responder a esa pregunta, así que cambió de tono.

—Dan Mercer venía mucho por aquí. A Princeton, quiero decir.

—Ya lo sé. Solíamos cruzarnos por el pueblo.

—¿Sabe usted por qué?

—No.

—Visitaba la casa del decano.

—No tenía ni idea.

Fue entonces, mirando el programa y revisando la lista de alumnos, cuando Wendy reparó en algo extraño. Se había acostumbrado a buscar siempre los mismos cinco nombres... O puede que esa imagen lo pusiera todo en marcha. La lista estaba



en orden alfabético. Y en la letra T, el último nombre era Francis Tottenham.

—¿Dónde está Phil Turnball? —preguntó.

—¿Cómo dice?

—Phil Turnball no aparece en esta lista.

—Phil no se licenció con nuestra clase.

A Wendy le entró una extraña picazón en las venas.

—¿Se tomó un semestre libre?

—No, qué va. Lo echaron de la universidad.

—Un momento. ¿Me está usted diciendo que Phil Turnball no se licenció?

—Pues sí, eso es lo que le estoy diciendo. Que yo sepa.

Wendy sintió que se le secaba la boca.

—¿Y por qué no?

—No lo sé con certeza. Hubo rumores, claro está. Pero todo el asunto se llevó con mucha discreción.

Wendy se mantuvo muy quieta, muy serena.

—¿Me lo podría explicar?

—No sé si es una buena idea.

—Podría ser de vital importancia.

—¿Cómo? Sucedió hace años. Y tengo la impresión de que la universidad reaccionó de manera exagerada, francamente.

—No saldrá en el reportaje. Esto es *off the record*.

—No sé qué decirle...

No era el momento de andarse con sutilezas. Wendy le había mostrado la zanahoria. Ya iba tocando sacar el palo.

—Mire, ya le he dicho que es *off the record*, pero si no se sincera conmigo, lo averiguaré por mi cuenta. Pienso cavar lo que haga falta. Cavaré y sacaré a la luz los esqueletos que hagan falta para descubrir la verdad. Y entonces sí que estará todo a disposición de la audiencia.

—No me gusta nada que me amenacen.

—Ni a mí que me hagan perder el tiempo.

Cherston suspiró.

—Ya se lo he dicho: no era nada del otro jueves. Y ni siquiera lo sé con seguridad.

—¿Pero?

—Vale, lo cierto es que suena peor de lo que es, pero corría un rumor según el cual a Phil lo pillaron fuera de horas en un edificio en el que no tenía que estar. En resumen, un allanamiento de morada universitario.

—¿Estaba robando?

—No, por Dios —dijo Cherston como si eso fuese lo más ridículo que había oído en la vida—. Era para pasar el rato.

—¿Ustedes se cuelan en los edificios para pasar el rato?

—Tengo un amigo que fue a la facultad de Hampshire. ¿La conoce? Bueno, el caso es que lo castigaron con cincuenta puntos por llevarse un autobús del campus. Algunos profesores eran partidarios de expulsarlo, pero como en el caso de Phil, todo formaba parte de un juego. Le cayeron dos semanas de suspensión. Confieso que yo también participé. Mi equipo ensució con un aerosol de pintura el coche de un profesor. Nos endilgaron treinta puntos. Otro amigo mío le robó la pluma del escritorio a un poeta laureado que estaba de profesor visitante. El juego se extendía por todo el campus. Quiero decir, todas las residencias estudiantiles competían.

—¿Competían en qué? —preguntó Wendy.

Y Lawrence Cherston sonrió.

—En la cacería, claro está —declaró—. La cacería de carroñeros.

—No deberíamos seguir cazando...

Eso le había dicho Kelvin Tilfer.

Y ahora, tal vez, la cosa empezaba a entenderse. Inquirió algo más al respecto a Lawrence Cherston, sobre Cara Cortada y todo lo demás, pero ahí ya no había nada más que rascar. A Phil Turnbull le habían pillado donde no debía estar durante una cacería carroñera. Y le habían expulsado por ello. Fin.

Cuando regresó al coche, Wendy sacó el móvil para llamar a Phil.

Tenía dieciséis mensajes.

Lo primero que pensó hizo que se le cayera el alma a los pies: a Charlie le había pasado algo.

Pulsó rápidamente la V para acceder al buzón de voz. En cuanto escuchó el primer mensaje, se libró de parte del miedo. Pero otra sensación desagradable se expandió por su interior. No se trataba de Charlie. Pero tampoco eran buenas noticias.

«Hola, Wendy, soy Bill Giuliano, de la ABC News. Nos gustaría hablar contigo sobre las acusaciones que has recibido por conducta incorrecta...». Bip.

«Estamos preparando un reportaje sobre lo tuyo con tu jefe, y nos encantaría escuchar tu versión de los hechos...». Bip.

«Uno de los supuestos pedófilos que sacaste en tu programa está utilizando los recientes informes sobre tu conducta sexualmente agresiva para pedir un nuevo juicio. Ahora dice que tú eras una amante suya despechada y que le montaste una encerrona...». Bip.

Le dio a la tecla de borrado y se quedó mirando el teléfono. Maldita sea. Tenía que imponerse a la situación y desactivarla por completo.

Pero estaba bien jodida, sí, señor.

Tal vez debería haberle hecho caso a Phil y mantenerse fuera del asunto. Pero ahora ya no era posible —hiciera lo que hiciese— salir indemne de esas acusaciones. No había manera. Podía atrapar al soplapollas que había colgado toda esa mierda y obligarle a admitir durante un partido en directo de la Super Bowl que no eran más que mentiras, pero ni así lograría limpiar su nombre del todo. Por injusto que fuese, la mancha se mantendría en su sitio, puede que para siempre.

Así pues, más valía no llorar por la leche derramada, ¿verdad?

Le vino a la cabeza otro pensamiento: ¿no se podría decir lo mismo de los tipos a los que había atrapado en su programa?

Aunque esa gente acabara demostrando su inocencia, ¿se quitarían de encima el baldón de depredador televisivo? Igual todo esto era una especie de venganza cósmica. Igual es que el karma tiene muy mala leche.

Pero ahora no había tiempo para preocuparse de eso. O puede que todo fuese lo mismo. De alguna manera, todo parecía estar conectado: lo que ella había hecho, lo que les había ocurrido a los hombres desenmascarados en televisión, lo que les había

pasado a esos chavales de Princeton. Si resolvía uno de esos asuntos, los demás caerían por sí solos.

Le gustara o no, su vida formaba parte de este follón. Y no podía alejarse de él.

A Phil Turnball le habían expulsado por participar en una cacería de carroñeros. Eso significaba, en el mejor de los casos, que le había mentado al decirle que Kelvin deliraba sobre la cacería. Y en el peor... Bueno, la verdad es que aún no sabía hasta dónde podían llegar las cosas en el peor de los casos. Llamó al móvil de Phil. No hubo respuesta. Llamó a la casa. Nada. Volvió a llamarle al móvil, y esta vez le dejó un mensaje:

«Sé lo de la caza carroñera. Llámame».

Al cabo de cinco minutos llamó a la puerta del decano. Nadie la abrió. Le dio unos cuantos golpes más. Nada. Oh, no. Ni hablar. Le dio la vuelta a la casa, atisbando por las ventanas. Las luces estaban apagadas. Pegó el rostro a la ventana, tratando de verlo todo mejor. Si aparecía la policía del campus, ya se le ocurriría algo que decir.

Movimiento.

—¡Hola!

Nada. Volvió a mirar. Nada de nada. Llamó a la ventana. No apareció nadie. Regresó a la puerta principal y volvió a aporrearla. A su espalda, un hombre le dijo:

—¿Puedo ayudarla en algo?

Se dio la vuelta hacia la voz. Cuando vio de quién se trataba, la primera palabra que le vino a las mientes fue «petimetre». El hombre tenía el pelo ondulado y lo llevaba algo más largo de la cuenta. Lucía una chaqueta de tweed con parches en los codos y pajarita: un aspecto que solo podía florecer —o existir, ya puestos— en el aire enrarecido de las instituciones educativas de alto copete.

—Estoy buscando al decano —dijo Wendy.

—Yo soy el decano Lewis —dijo el hombre—. ¿Qué se le ofrece?

No había tiempo para juegucitos ni sutilezas, observó Wendy.

—¿Conoce a Dan Mercer?

El decano dudó como si se lo estuviera pensando antes de responder.

—Ese nombre me suena —dijo—, pero...

Abrió los brazos y se encogió de hombros.

—¿Debería conocerle?

—Yo diría que sí —entonó Wendy—. Porque a lo largo de los últimos veinte años, le ha estado visitando cada dos sábados.

—Ah —el hombre sonrió—. Yo solo llevo aquí cuatro años. Antes estuvo mi predecesor, el decano Pashaian. Pero creo que sé a quién se refiere.

—¿Y por qué le visitaba?

—No lo hacía. Bueno, sí, aparecía por la casa. Pero no para verme a mí. Ni al decano Pashaian, por cierto.

—¿A qué venía entonces?

Lewis pasó junto a Wendy y abrió la puerta con su llave. Luego la empujó y la verdad es que crujió y todo. Asomó la cabeza a la casa.

—¿Christa?

La mansión estaba a oscuras. Lewis le hizo una señal a Wendy para que le siguiera, cosa que ella hizo, quedándose en la entrada.

Se oyó una voz de mujer.

—¿Decano?

Escucharon pasos que venían en su dirección. Wendy se volvió hacia el decano, quien le lanzó una mirada que equivalía a una advertencia.

—¿Qué pasa?

—Estoy en el recibidor —dijo él.

Más pasos. Acto seguido, de nuevo la voz femenina (¿Christa?):

—Su cita de las cuatro, cancelada. También tiene que...

Christa entró desde su izquierda, procedente del comedor. Se detuvo.

—Oh, no sabía que tenía compañía.

—No ha venido a verme a mí —dijo el decano Lewis.

—¿No?

—Creo que ha venido por ti.

La mujer torció la cabeza a un lado, casi como hacen los perros cuando intentan descifrar un sonido nuevo.

—¿Es usted Wendy Tynes? —preguntó.

—Sí.

Christa asintió como si llevara mucho tiempo esperándola. Dio otro paso adelante. Ahora había algo de luz sobre su rostro. No mucha. Pero sí la suficiente. Cuando Wendy le vio el rostro, casi pegó un grito, y no fue por la imagen que tenía delante, que hubiese sido de lo más lógico. No, si Wendy a punto estuvo de chillar fue porque otra pieza del rompecabezas se había puesto en su sitio.

Christa llevaba gafas de sol, aunque estaba en un interior. Pero eso no era lo primero en que te fijabas.

Lo primero de Christa en que reparabas —de hecho, aquello que no podías evitar observar— eran las cicatrices rojas y espesas que le cruzaban la cara.

Cara Cortada.

Se presentó como Christa Stockwell.

Aparentaba unos cuarenta, pero no era fácil intuir su edad. Era una mujer espigada, como de un metro sesenta de altura, con unas manos delicadas y una presencia fuerte. Se sentaron a la mesa de la cocina.

—¿Le importa si no dejo mucha luz? —preguntó Christa.

—En absoluto.

—No es por lo que usted cree. Ya sé que la gente se me queda mirando. No es

para menos, francamente, y no me importa. Prefiero eso a las personas que se esfuerzan en aparentar que no ven las cicatrices. Mi rostro es el proverbial elefante en la habitación. Ya sabe a qué me refiero, ¿no?

—Creo que sí.

—Desde el incidente, tengo los ojos muy sensibles a la luz. Estoy más a gusto en la oscuridad. Muy adecuado, ¿no le parece? Los catedráticos de filosofía y de psicología de esta universidad se lo pasarían bomba conmigo. —Se puso de pie—. Voy a prepararme un té. ¿Le apetece?

—Sí, gracias. ¿La ayudo?

—No, no es necesario. ¿Normal o a la menta?

—A la menta.

Christa sonrió.

—Buena elección.

Enchufó la tetera eléctrica, sacó dos tazones y metió en ellos sendas bolsitas de té. Wendy reparó en que seguía inclinando la cabeza a la derecha mientras iba a lo suyo. Cuando volvió a sentarse, Christa se quedó inmóvil un instante, como si quisiera darle a Wendy la oportunidad de examinar los daños. Su rostro era, lisa y llanamente, horripilante. Las cicatrices la atravesaban de la frente al cuello. Unos costurones feos y rabiosos de colores rojo y púrpura le surcaban la piel, levantada como si se tratara de un mapa en relieve. En los escasos puntos sin heridas había, en lugar de ellas, unas manchas de un rojo intenso, unas tremendas quemazones, como si alguien le hubiese apagado cigarrillos en la piel con toda su saña.

—Estoy obligada por contrato a no hablar jamás de lo sucedido —dijo Christa Stockwell.

—Dan Mercer ha muerto.

—Ya lo sé. Pero eso no altera el contrato.

—Cualquier cosa que me diga se mantendrá en la más estricta confidencialidad.

—Usted es periodista, ¿verdad?

—Sí. Pero le doy mi palabra.

Christa negó con la cabeza.

—No sé qué importancia puede tener ya.

—Dan está muerto. A Phil Turnball lo han echado del trabajo, acusado de robo. Kelvin Tilfer está en un manicomio. Y Farley Parks también ha tenido problemas serios recientemente.

—¿Se supone que debo sentirlo por ellos?

—¿Qué le hicieron?

—¿No está bien a la vista? ¿O necesita un poco más de luz?

Wendy se inclinó sobre la mesa y puso la mano sobre una de las de la mujer.

—Por favor, cuénteme qué sucedió.

—No sé para qué le va a servir.

Se oía el tictac del reloj que había encima del fregadero. Wendy podía mirar por

la ventana y ver a los estudiantes yendo a clase, tan felices y tan jóvenes, con el resto de su vida por delante, como reza el tópico. El año que viene, Charlie sería uno de ellos. Podrías decirles a esos chavales que las cosas van más rápido de lo que ellos creen, que basta con parpadear para que la universidad quede atrás, y que luego pasarán diez años, y a continuación diez más, pero nunca te escucharían y lo más probable es que sea mejor así.

—Creo que lo que ocurrió aquí, lo que ellos te hicieron, fue el comienzo de todo.

—¿De qué manera?

—No lo sé. Pero tengo la intuición de que todo remite a eso. Pasara lo que pasase, adquirió vida propia. Y sigue cobrándose víctimas. Yo ahora estoy atrapada en ello. Soy la que trincó a Dan Mercer, para bien o para mal. Y ahora formo parte de esto.

Christa Stockwell sopló en su taza de té. Parecía que alguien le había puesto la cara del revés, como si venas y cartílagos hubiesen salido al exterior.

—Era su último curso —dijo—. Yo me había licenciado el año anterior y cursaba un máster en literatura comparada. Yo nunca había andado muy bien de dinero. Al igual que Dan, sin ir más lejos. Ambos habíamos tenido que trabajar mientras estudiábamos. Él lavaba ropa en el departamento de educación física masculina. Yo trabajaba aquí, en esta casa, para el decano Slotnick. Cuidaba de sus hijos, me ocupaba de algunas tareas domésticas, le ayudaba a archivar documentos y ese tipo de cosas. Era un hombre divorciado y yo me llevaba muy bien con sus críos. O sea, que mientras me sacaba el máster, vivía aquí, en un cuarto situado en la parte de atrás. De hecho, sigo viviendo ahí.

Al otro lado de la ventana pasaban dos estudiantes y uno de ellos se reía. El sonido de esa risa atravesó la habitación: alegre, melódico, fuera de lugar.

—Bueno, el caso es que estábamos en marzo. El decano Slotnick estaba pasando unos días fuera porque tenía que dar una conferencia. Los niños se habían ido a casa de su madre, en Nueva York. Esa noche yo había salido a cenar con mi prometido. Marc estudiaba medicina, segundo curso. Al día siguiente tenía un examen de química muy importante, pues de no ser así... En fin, hay siempre tantas posibilidades distintas, ¿verdad? Si no hubiese tenido ese examen, habríamos vuelto juntos a su domicilio. O tal vez, con la casa vacía, nos habríamos quedado aquí. Pero no. Marc ya había perdido mucho tiempo de estudio sacándome a cenar. Así que me dejó en casa y se fue para la biblioteca de Medicina. Yo también tenía algunos deberes que hacer. Así que me traje el cuaderno para aquí. O sea, que lo coloqué justo encima de esta mesa.

Se quedó mirando la mesa de la cocina como si el cuaderno aún siguiera allí.

—Me preparé té. Igual que hoy. Me senté aquí y estaba a punto de empezar con el texto que tenía que redactar cuando oí un ruido procedente de la parte de arriba de la casa. Como ya la he informado, yo sabía que no había nadie. Debería haberme asustado, ¿no cree? Recuerdo una vez en la que un profesor de literatura inglesa nos preguntó en clase cuál era el sonido más terrorífico del mundo. ¿Un hombre gritando

de dolor? ¿Una mujer que chilla aterrorizada? ¿Un disparo? ¿El llanto de un bebé? Y el profesor negó con la cabeza y dijo: «No, el ruido más aterrador se produce cuando estás solo en tu casa a oscuras y sabes que lo estás, sabes que no hay la más mínima posibilidad de que haya nadie más... Y entonces, de forma repentina, procedente de la planta de arriba, oyes como tiran de la cadena del retrete».

Christa le sonrió a Wendy, y esta trató de corresponderle.

—El caso es que yo no me asusté. Tal vez debería haberlo hecho. Una posibilidad más. ¿Y si hubiese llamado a la policía del campus? Todo habría sido diferente, ¿no es cierto? Ahora llevaría una vida completamente distinta a la que tengo. Aquella noche, yo estaba comprometida en matrimonio con el hombre más guapo y maravilloso de todos. Que ahora está casado con otra. Tienen tres hijos. Son muy felices. Eso me tocaba a mí, creo.

Tomó un sorbo de té, sosteniendo el tazón con ambas manos, dejando en el aire la última posibilidad enunciada.

—En fin, el caso es que oí el ruido y me encaminé hacia él. Ahora oía susurros y hasta risitas. Pues nada, ya me olía de qué iba la cosa, ¿verdad? Eran unos estudiantes. Si había tenido algún miedo, ya no lo sentía. No eran más que unos buscabullas dispuestos a gastarles algún bromazo al decano. Algo así. Así pues, subí por las escaleras. Se había hecho el silencio. Antes parecía que las voces procedían del dormitorio del decano, así que me fui para allá. Entré en el cuarto y eché un vistazo, pero no vi a nadie. Esperé a que los ojos se me adaptasen a la oscuridad y luego me dije, ¿pero qué estás haciendo? Límitate a encender la luz. Y extendí la mano hacia el interruptor.

Algo le quebró la voz. Christa Stockwell dejó de hablar. Las cicatrices de su rostro, las rojas, parecieron oscurecerse. Wendy extendió de nuevo el brazo en su dirección, pero el modo en que Christa se puso tiesa la hizo interrumpirse a medio camino.

—Ni siquiera sé qué ocurrió a continuación. Por lo menos, entonces no lo entendí. Ahora sí. Pero entonces, justo entonces... En fin, solo oí un fuerte golpe y, acto seguido, me explotó la cara. Eso es lo que sentí. Como si me hubiese estallado una bomba en las narices. Me llevé las manos a las mejillas y noté los cristales que se me habían clavado. La verdad es que me corté las manos. La sangre me caía a chorros y se me colaba en la nariz y en la boca, amenazando con asfixiarme. No podía respirar. Durante cosa de un par de segundos, no sentí ningún dolor. Y acto seguido, se manifestó de repente, a lo bestia, como si me estuvieran arrancando a tiras la piel de la cara. Volví a gritar y me desplomé en el suelo.

Wendy notaba cómo se le aceleraba el pulso. Tenía ganas de hacer preguntas, de que Christa siguiera hablando y le ofreciese más detalles, pero se mantuvo en silencio, dejándole que explicara la historia a su manera.

—Pues bueno, resulta que estoy tirada en el suelo, chillando, y oigo que alguien pasa corriendo a mi lado. Estiré el brazo a ciegas y lo agarré. Se pegó una buena



costalada y soltó unos cuantos tacos. Yo le tenía cogido de la pierna, no sé muy bien por qué. Me movía por instinto más que otra cosa. Y entonces fue cuando me dio una patada para liberarse. —Su voz se estaba convirtiendo en un susurro—. En el momento no me di cuenta, pero tenía la cara cubierta de esquirlas de un espejo roto. Así pues, cuando me golpeó para soltarse, me hundió los cristales con el talón aún más adentro, hasta rozar el hueso. —Tragó saliva—. Pero la esquirla más grande la tenía junto al ojo derecho. Puede que lo hubiese perdido de todos modos, pero esa patada le dio la puntilla...

Afortunadamente, se detuvo en ese mismo instante.

—Es lo último que recuerdo. Luego me desmayé. No desperté hasta al cabo de tres días, y cuando lo hice, pasé las siguientes semanas perdiendo y recuperando la conciencia. Me hicieron un montón de operaciones. El dolor era insoportable. Me pasaba casi todo el rato drogada. Pero me estoy adelantando. Permíteme que retroceda un poco. Aquella noche, la policía del campus oyó mis berridos. Y atraparon a Phil Turnball en el jardín delantero del decano. Tenía los zapatos empapados de mi sangre. Todos sabíamos que no había actuado solo. Ya sabes, se trataba de una cacería de carroñeros. Los calzoncillos del decano eran el premio gordo. Sesenta puntos. Eso es lo que andaba buscando Phil Turnball: un par de calzoncillos. Lo que yo te decía: una broma pesada. Nada más.

—Me has dicho que oíste a más gente. Susurros y risitas.

—Así es, pero Phil mantenía que había estado solo. Y sus amigos, claro está, confirmaron su historia. Yo no estaba en condiciones de llevarle la contraria, ya que en realidad, ¿de qué me había enterado?

—¿Phil cargó con toda la culpa? —preguntó Wendy.

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Sigo sin entenderlo. ¿Qué te hizo exactamente? Quiero decir, ¿qué fue lo que causó los cortes?

—Cuando entré en el dormitorio, Phil se ocultó detrás de la cama. Cuando vio que yo iba a encender la luz, pues supongo que trató de atraer mi atención de alguna manera. Me arrojaron un enorme cenicero de cristal al lado de donde yo estaba. Se suponía que haría ruido, que yo me volvería y que Phil podría salir corriendo, intuía. Pero ahí había un espejo de anticuario y me estalló justo en la cara. Una herida bien complicada, ¿no crees?

Wendy no dijo nada.

—Me tiré tres meses en el hospital. Perdí un ojo. El otro quedó seriamente dañado: la retina resultó gravemente afectada. Durante un tiempo, estuve completamente ciega, pero fui recuperando gradualmente la visión de un ojo. Sigo siendo legalmente ciega, pero veo lo suficiente. Todo me parece borroso y me molesta enormemente la luz excesiva... Sobre todo, la del sol. Una vez más, muy

conveniente, ¿no te parece? Según los médicos, mi rostro resultó literalmente rajado, trozo a trozo. He visto fotos de los primeros tiempos. Si crees que lo que ves es horrible... Aquello parecía carne cruda picada. No se me ocurre otra manera de describirlo. Era como si un león se me hubiese comido la cara.

—Lo siento —dijo Wendy porque no sabía qué otra cosa decir.

—Mi prometido, Marc, se portó muy bien. Se quedó a mi lado. Algo heroico, si te paras a pensarlo. Yo había sido muy guapa. Ahora puedo decirlo porque ya no suena a falta de modestia. Sí que lo era. Y él era un chico muy bien parecido. Bueno, el caso es que se mantuvo a mi lado, pero no podía evitar apartar la mirada de mí. No era culpa suya. El hombre no estaba preparado para algo así.

Christa se interrumpió.

—¿Y qué pasó?

—Le dije que se fuera. Uno cree saber en qué consiste el amor, ¿verdad? Pero yo descubrí aquel día lo que realmente significaba. Aunque me hiciera más daño que todas aquellas esquiras juntas, quería tanto a Marc que me lo quité de encima.

Se interrumpió de nuevo y tomó un sorbito de té.

—Ya puedes imaginarte el resto. La familia de Phil me pagó para que me mantuviese callada. Una suma muy generosa, podríamos decir. Está metida en un fideicomiso y cobro cada semana. Si hablo de lo que sucedió, dejarán de pagarme.

—No diré nada.

—¿Acaso crees que eso me preocupa?

—No lo sé.

—Pues no. Tengo unas necesidades muy modestas. Aún vivo aquí. Seguí trabajando para el decano Slotnick, aunque no con sus críos, pues mi rostro les asustaba. Me convertí en su ayudante. Cuando murió, el decano Pashaian fue tan amable de mantenerme en el cargo. Y lo mismo ha hecho el decano Lewis. Básicamente, reparto el dinero entre varias obras de beneficencia.

Silencio.

—¿Y qué pinta Dan en todo esto? —preguntó Wendy.

—¿Tú qué crees?

—¿Acaso estaba en la casa aquella noche?

—Sí. Estaban todos. Los cinco. Me enteré después.

—¿Cómo?

—Dan me lo dijo.

—¿Y Phil se hundió por todos ellos?

—Sí.

—¿Tienes alguna idea de por qué?

—Supongo que era un «valiente». Pero puede que hubiera otros motivos. Era rico y los demás no. Igual pensó que no les haría ningún favor a sus amigos denunciándoles.

Tenía su lógica, se dijo Wendy.

—Así que Dan te visitaba, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para ofrecerme consuelo. Hablábamos. Se sentía fatal por lo de aquella noche. Por haber salido pitando. Así fue como empezó todo. Yo me puse furiosa cuando lo vi aparecer. Pero acabamos haciéndonos amigos. Nos pasábamos horas hablando ante esta misma mesa.

—¿Has dicho que te pusiste furiosa?

—Es comprensible: esa noche lo perdí todo.

—Cierto, tenías motivos para estar enfadada.

Christa sonrió.

—Ah, ya veo.

—¿El qué?

—Déjame que lo adivine. Yo estaba enfadada. Y furiosa. Les odiaba a todos. Por eso planeé mi venganza. Me tomé mi tiempo, eso sí, casi veinte años, y luego pasé a la acción. ¿Es eso lo que estás pensando?

Wendy se encogió de hombros.

—Es como si alguien se estuviera vengando de todos ellos.

—¿Y yo soy la principal sospechosa? ¿La tía de las cicatrices que va por ahí con un hacha?

—¿No te parece verosímil?

—Parece de película de terror mala, pero supongo que sí, que resulta verosímil.

—Volvió a inclinar la cabeza—. ¿De verdad crees que yo soy la mala, Wendy?

Wendy negó con la cabeza.

—La verdad es que no. —Y hay algo más.

—¿Qué?

Christa se abrió de brazos. Seguía con las gafas de sol puestas, pero se le escapó una lágrima del ojo que aún conservaba.

—Les he perdonado.

Silencio.

—No eran más que unos estudiantes haciendo el ganso. Nunca tuvieron la menor intención de hacerme daño.

Y eso era todo. Hay una gran sabiduría en la sencillez, una verdad que se aprecia en el tono de voz, inconfundible.

—Si vives en este mundo, acabas chocando con los demás. Así son las cosas. Chocamos y a veces alguien sale malparado. Solo querían robar unos estúpidos calzoncillos. Pero todo salió mal. Durante un breve lapso de tiempo, los detesté. Pero si te paras a pensarlo, ¿adónde te lleva eso? Mantener el odio te acaba pasando factura: pierdes el contacto con lo que realmente importa, ¿sabes?

Ahora era Wendy quien notaba que le venían las lágrimas. Cogió su taza de té y le dio un sorbito. La menta le sentó muy bien al deslizarse garganta abajo. Deshazte del

odio. Era una afirmación incontestable.

—Puede que le hicieran daño a alguien más esa noche —dijo.

—Lo dudo.

—O alguien quiere vengarse en tu nombre.

—Mi madre está muerta —dijo Christa—. Marc está felizmente casado con otra mujer. No hay nadie más.

Un callejón sin salida.

—¿Qué te dijo Dan la primera vez que vino a verte?

Christa sonrió.

—Eso queda entre nosotros.

—Tiene que haber un motivo que explique por qué todos se han hundido.

—¿Para eso has venido a verme, Wendy? ¿Para ayudarles a recuperar su vida anterior?

Wendy no dijo nada.

—O —continuó Christa— también es posible que estés aquí porque te preocupa haberle tendido una trampa sin querer a un inocente, ¿verdad?

—Supongo que ambas cosas.

—¿Andas en busca de la absolución?

—Ando en busca de respuestas.

—¿Quieres saber qué opino? —le preguntó Christa.

—Por supuesto.

—Llegué a conocer muy bien a Dan.

—Eso parece.

—Hablabamos de todo en torno a esta mesa. Me habló de su trabajo, de cuando conoció a su primera mujer, Jenna, de que había sido culpa suya que el matrimonio no funcionase, de que siguieron estando unidos, de lo solo que se sentía. La soledad nos unía.

Wendy se mantuvo a la espera. Christa se puso bien las gafas de sol. Por un momento, Wendy pensó que se las iba a quitar, pero no lo hizo. Se las ajustó, y parecía que intentaba mirar a su interlocutora a los ojos.

—No creo que Dan Mercer fuese un pedófilo. Y no creo que matara a nadie. Así pues, Wendy, sí, es cierto, creo que le tendiste una trampa a un hombre inocente.

Wendy parpadeó al abandonar la oscuridad de la cocina y salir al jardín de la casa del decano. Contempló a los estudiantes a la luz del sol. Pasaban a diario por delante de esa casa, sin tener la menor conciencia, probablemente, de cuán delgada era la frontera que los separaba de esa mujer con la cara destrozada. Wendy se quedó ahí unos instantes más. Levantó la cabeza al sol. Mantuvo los ojos abiertos para que se le llenaran de lágrimas. Y eso le sentó muy bien.

Christa Stockwell había perdonado a sus verdugos.

Lo había dicho como si se tratase de la cosa más sencilla del mundo. Wendy dejó de lado las posibles sutilezas filosóficas —el nexo evidente con su propia situación: Ariana Nasbro— para concentrarse en el único asunto posible a estas alturas: si la persona más maltratada había perdonado y seguido adelante con su vida, ¿quién no había sido capaz de seguir su ejemplo?

Revisó el móvil. Más mensajes de periodistas. Los ignoró. Había una llamada perdida de Pops. Se la devolvió. Pops respondió a la primera señal.

—No paran de pasar periodistas por aquí —dijo.

—Ya lo sé.

—Pues ahora entenderás por qué estoy en contra del control de armas.

Por primera vez en mucho tiempo, Wendy se echó a reír.

—¿Se puede saber qué quieren? —preguntó Pops.

—Alguien está extendiendo rumores desagradables sobre mí.

—¿Por ejemplo?

—Que me acuesto con mi jefe. Cosas así.

—¿Y esas chorradas son de interés periodístico?

—Eso parece.

—¿Hay algo de verdad en ellas?

—No.

—Maldita sea.

—Pues sí. ¿Me podrías hacer un favor?

—Pregunta retórica —afirmó Pops.

—Estoy metida en un buen fregado. Puede que haya gente que venga a por mí.

—Tranquila, que voy bien armado.

—No me refiero a eso —dijo Wendy, confiando en que no fuese cierto lo que acababa de oír—. Lo que quiero es que te lleves a Charlie a algún sitio durante un par de días.

—¿Crees que corre peligro?

—No lo sé. En cualquier caso, esos rumores se van a extender por todo el pueblo. Puede que los chavales de la escuela se lo hagan pasar mal.

—¿Y qué? Charlie puede aguantar lo que le echen. Es un chico fuerte.

—No quiero que lo sea precisamente ahora.

—Bueno, vale. Yo me encargo. Nos iremos a un motel, ¿de acuerdo?

—Que sea un sitio decente, Pops. Nada de tarifas por hora y espejos en el techo.

—Tú tranquila, que ya lo he pillado. Y si necesitas mi ayuda...

—Sé que puedo contar con ella —dijo Wendy.

—Vale, cuídate. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuando colgaron, Wendy llamó nuevamente a Vic. Volvió a quedarse sin respuesta. Ese capullo estaba empezando a cabrearla. Y ahora, ¿adónde? En fin, ahora, por lo menos, estaba al corriente del secreto de los Cinco de Princeton, pero seguía sin columbrar por qué había vuelto a la carga al cabo de veinte años. Aunque, eso sí, había alguien a quien preguntárselo.

Phil.

Intentó llamarle de nuevo. Otra pérdida de tiempo. Así pues, se fue directa en coche hasta su casa. Fue Sherry quien le abrió la puerta.

—No está aquí.

—¿Lo sabías? —le preguntó Wendy.

Pero Sherry no dijo nada.

—Lo de Princeton. ¿Sabías lo que pasó allí?

—Lo supe no hace mucho.

Wendy estaba a punto de conminarla a seguir hablando, pero no lo hizo. Lo que Sherry supiera, o cuándo lo hubiese descubierto, carecía del menor interés. Lo que tenía que hacer era hablar con Phil.

—¿Dónde está?

—Con el Club de los Padres.

—No le digas que voy para allá, ¿vale? —De regreso al palo y la zanahoria; bueno, más bien al palo únicamente—. Si lo haces, tendré que volver a esta casa. Y estaré muy cabreada. Me traeré cámaras y a más periodistas, que harán un ruido infernal que llamará la atención de los vecinos y hasta de tus críos. ¿Lo pillas?

—Te explicas con mucha claridad —dijo Sherry.

Wendy no se lo pasaba especialmente bien amenazando a esa mujer, pero ya estaba harta de mentiras y de que se la torearan.

—No te preocupes —le dijo Sherry—. No le avisaré.

Wendy se dispuso a irse de allí.

—Una cosa —dijo Sherry.

—¿Qué?

—Es un hombre frágil. Ten cuidado, ¿vale?

A Wendy le entraron ganas de decirle algo sobre Christa Stockwell, sobre lo frágil que había sido su piel en otro tiempo, pero le pareció fuera de lugar. Condujo hasta el Starbucks y aparcó en una plaza junto a una máquina que exigía «Monedas de veinticinco centavos únicamente». No tenía ni una. Qué pena: tendría que volver a vivir peligrosamente.

Estaba de nuevo al borde del llanto. Se detuvo ante la puerta del Starbucks para recomponerse.

Ahí estaban todos. Norm, alias Ten-A-Fly, iba vestido de la cabeza a los pies de aspirante a rapero. Doug seguía con el atuendo de tenista. Owen cargaba al bebé. Phil iba de traje y corbata. Incluso ahora. Hasta en ese momento del día. Estaban todos reunidos en torno a una mesa redonda, acodados y susurrando. Wendy podía observar que el lenguaje corporal de todos ellos no presagiaba nada bueno.

Cuando Phil reparó en su presencia, se le cayó el alma a los pies. Se le cerraron los ojos. Pero a Wendy le daba igual. Llegó hasta la mesa y le clavó la vista encima. Phil parecía a punto de desinflarse allí mismo.

—Acabo de hablar con Christa Stockwell —le informó.

Los demás se limitaron a observarla en silencio. Wendy miró a Norm a los ojos. El hombre negó con la cabeza, como si le pidiera que dejase de hacerlo. No lo logró.

—Ahora también van a por mí —le dijo Wendy.

—Ya lo sabemos —reconoció Norm—. Hemos estado siguiendo los rumores en la red. Conseguimos cargarnos un montón de sitios virales, pero no todos.

—O sea, que ahora esta guerra también es mía.

—No tiene por qué serlo —intervino Phil, que seguía con la cabeza baja—. Ya te lo advertí. Te supliqué que no te metieras.

—Y no te hice caso. Culpa mía. Ahora dime qué está pasando.

—No.

—¿No?

Phil se puso de pie y echó a andar hacia la puerta, pero Wendy se cruzó en su camino.

—Apártate —le dijo él.

—No.

—¿Has hablado con Christa Stockwell?

—Sí.

—¿Y qué te ha contado?

Wendy dudó. ¿No le había prometido a Christa que no diría nada? Phil utilizó ese momento de indecisión de Wendy para sortearla y encaminarse hacia la puerta. Wendy fue a por él, pero Norm la agarró del hombro. Wendy se volvió hacia él, furiosa.

—¿Qué vas a hacer, Wendy? ¿Perseguirle por la calle?

—No tienes ni idea de lo que he descubierto.

—Lo expulsaron de Princeton —dijo Norm—. Nunca se licenció. Ya lo sabemos: él mismo nos lo contó.

—¿Os explicó lo que hizo?

—¿Tú crees que eso tiene importancia?

Ese comentario la detuvo. Pensó en lo que le había dicho Christa acerca de perdonarles, de que no eran más que unos chavales haciendo gamberradas.

—¿Os dijo quién va a por ellos? —preguntó.

—No, pero nos pidió que no nos metiésemos. Somos sus amigos, Wendy. Y nuestra lealtad va con él, no contigo. Y creo que ya ha sufrido bastante, ¿no te parece?

—No lo sé, Norm. No sé quién va a por él y a por sus antiguos compañeros de cuarto... y ahora a por mí. Y lo que es más importante, ni siquiera sé si Dan Mercer mató a Haley McWaid. Es posible que el auténtico asesino ande suelto por ahí. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Claro.

—¿Y?

—Y nuestro amigo nos pidió que no nos metiéramos. Ya no es nuestra lucha.

—Perfecto.

Echando chispas, Wendy emprendió el camino hacia la puerta.

—¿Wendy?

Se dio la vuelta. Norm tenía una pinta muy ridícula con ese atuendo: la maldita gorra negra sobre el pañuelo rojo, el cinturón blanco, el reloj de pulsera con una esfera del tamaño de un plato de satélite... Ten-A-Fly. Por el amor de Dios.

—¿Qué quieres, Norm?

—Tenemos esa fotografía.

—¿Qué fotografía?

—La foto fija de la chica del vídeo. La puta que acusó a Farley Parks de solicitar sus servicios. Owen ha podido congelar la imagen y mejorarla en torno a la sombra. No ha sido fácil, pero ha quedado una imagen bastante nítida. Si la quieres, te la damos.

Wendy se mantuvo a la expectativa. Owen le pasó la foto de veinte por veinticinco a Norm, quien se la entregó a ella. Wendy observó atentamente a la chica de la foto.

—Parece joven, ¿verdad? —dijo Norm.

El mundo de Wendy, que ya se tambaleaba, estuvo a punto de desplomarse. Sí, la chica de la foto parecía joven. Muy joven. Y también era clavada al dibujo policial de Chynna, la chica que, según Dan, había quedado con él en la casa trampa. Ahora lo veía claro. La fotografía había sido una epifanía. Alguien les había tendido una trampa a todos. Pero seguía sin saber quién o por qué.

Cuando llegó a casa, solo seguía aparcada delante una furgoneta de un canal de noticias. Se llevó una sorpresa al ver de qué canal se trataba. Qué narices tenían... Era su propia cadena. NTC. Y su propio camarógrafo, Sam, estaba ahí afuera en compañía de esa cabezona de Michele Feisler.

Michele se estaba arreglando el cabello. Con el micrófono de la NTC apoyado en el codo. Wendy tuvo la tentación de girar hacia la derecha y llevársela por delante,



para ver cómo ese pedazo de melón que tenía por cabeza se desintegraba contra el bordillo. En vez de eso, abrió la puerta automática del garaje y se coló en su interior. La puerta eléctrica se cerró tras ella, momento en que salió del vehículo.

—¿Wendy?

Era Michele, aporreando la puerta del garaje.

—Lárgate de mi casa, Michele.

—No hay cámara ni micro. Solo yo.

—Tengo un amigo dentro de casa que se muere por pegarte un tiro.

—Escúchame un segundo, ¿vale?

—No.

—Tienes que oírme. Es sobre Vic.

Pausa.

—¿Qué pasa con Vic?

—Abre la puerta, Wendy.

—¿Qué pasa con Vic?

—Pues que te está vendiendo.

Wendy sintió un retortijón en el estómago.

—¿A qué te refieres?

—Abre la puerta, Wendy. Ni cámaras ni micros. Todo *off the record*. Te lo prometo.

Maldición. Pensó en qué hacer, pero realmente, ¿qué más daba? Quería oír lo que Michele tenía que decirle. Y si eso implicaba dejar entrar en casa a la cabezona, pues qué remedio. Pasó por encima de la bicicleta de Charlie —convenientemente tirada, como de costumbre, para bloquearle el acceso— y le dio al pestillo. No estaba pasado. Charlie siempre se olvidaba de hacerlo.

—¿Wendy?

—Ven por detrás.

Entró en la cocina. Pops no estaba. Le había dejado una nota diciéndole que recogería a Charlie. Bien. Le abrió la puerta de atrás a Michele.

—Gracias por dejarme entrar.

—¿De qué va eso que decías de Vic?

—Los jefes quieren sangre. Se han cebado con él.

—¿Y qué?

—Pues que lo están presionando a lo bestia para que diga que tú te le insinuaste... Para que diga que estás obsesionada con él.

Wendy no movió un músculo.

—La cadena ha hecho esta declaración.

Michele le entregó una hoja de papel.

«En la NTC no tenemos nada que decir sobre Wendy Tynes, aunque nos gustaría dejar bien claro que nuestro director de noticias, Víctor Garrett, no ha hecho nada que atente contra la legalidad o la ética, y siempre ha rechazado todas y cada una de las

insinuaciones hechas en su dirección por cualquier persona a sus órdenes. El acoso sexual es hoy día un problema muy grave en este país, y se cobra muchas víctimas inocentes».

—¿Acoso sexual? —Wendy levantó la vista del papel—. Pero ¿esto va en serio?

—Son muy hábiles, ¿no te parece? Todo es lo suficientemente ambiguo para que nadie los lleve a juicio.

—¿Y tú qué pretendes, Michele? No pensarás que voy a salir en antena, ¿verdad? Michele negó con la cabeza.

—No eres lo bastante tonta para hacerlo.

—Entonces, ¿a qué has venido?

Michele recuperó la declaración y la sostuvo en alto.

—Esto no está bien. No es que tú y yo seamos precisamente buenas amigas, y ya sé lo que piensas de mí... —Michele hizo un pucherito con sus relucientes labios y cerró los ojos, como si estuviera elaborando la siguiente frase.

—¿Tú te crees esa declaración?

Abrió los ojos de golpe.

—¡No! Vamos, hombre. ¿Tú? ¿Acosando a Vic? Eso no hay quien se lo trague.

Justo en ese momento, si no llega a estar tan aturdida y emocionalmente agitada, Wendy le habría dado un abrazo a su némesis.

—Ya sé que suena cursi, pero me metí a periodista para descubrir verdades. Y esto es basura. Te han tendido una trampa. Lo que yo quería es que supieses cómo está el patio.

—Pues vaya —dijo Wendy.

—¿Qué?

—Nada. Supongo que me he llevado una sorpresa.

—Yo siempre te he admirado: la manera en que te comportas, cómo te enfrentas a los reportajes... Ya sé que suena fatal, pero es la verdad.

Wendy no se movía de su sitio.

—No sé qué decir.

—No hay nada que decir. Si necesitas ayuda, cuenta conmigo. Eso es todo. Ahora me voy. Estamos cubriendo esa historia que te conté... Lo de Arthur Lemaine, el perverso al que le volaron las rodillas.

—¿Ha habido novedades?

—La verdad es que no. Yo creo que ese tío se llevó su merecido, pero el caso sigue siendo insólito: un pornógrafo pedófilo entrenando a un equipo de hockey infantil.

Wendy sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

—¿Hockey?

Ahora recordaba haber visto el reportaje con Charlie y sus amigos.

—Espera un momento. Le dispararon delante de la South Mountain Arena, ¿verdad?

—Verdad.

—Pero no lo acabo de entender. Recuerdo haber leído que en ese sitio investigan el pasado de los entrenadores.

Michele asintió.

—Sí, pero en el caso de Lemaine, no aparecieron las condenas.

—¿Por qué no?

—Porque las investigaciones solo afectan a delitos cometidos en territorio nacional —dijo Michele—. Y resulta que Lemaine es canadiense. Del Quebec, creo.

Wendy no tardó mucho en atar cabos.

Michele Feisler le fue de mucha utilidad, pues contaba con abundante información acerca del delincuente sexual Arthur Lemaine, incluyendo su árbol genealógico. Se quedó muy impresionada con todo lo que había descubierto su colega. Y vale, puede ser que tuviese la cabeza algo grande, pero había que tener en cuenta que tenía los hombros muy estrechos.

—¿Y ahora, qué? —le preguntó Michele.

—Creo que deberíamos hablar con el sheriff Walker, que es quien lleva el caso del asesinato de Dan.

—Muy bien. ¿Por qué no le llamas tú, que le conoces?

Wendy buscó el número de móvil de Walker y le dio a la tecla de llamada. Michele se sentó a su lado. Sacó diligentemente el cuaderno de reportera y blandió el bolígrafo. Walker respondió a la cuarta llamada. Wendy le oyó fuerte y claro:

—Aquí el sheriff Mickey Walker.

—Soy Wendy.

—Ah, oh, hola. ¿Qué tal está?

¿Ah, oh, hola? Había tensión en su voz. Y ahora que lo pensaba, ¿no debería haber visto en la pantallita que se trataba de ella?

—Creo que ha oído las nuevas historias que corren sobre mí —dijo.

—Pues sí.

—Estupendo. —No era el momento de abordar el tema. Total, ya daba lo mismo que le dieran, ¿no?, pero aún le picaba—. ¿Ha oído hablar del caso de Arthur Lemaine? ¿El tío al que le volaron las dos rótulas?

—Sí —repuso el sheriff—, pero no es de mi jurisdicción.

—¿Sabe que Arthur Lemaine es un pornógrafo infantil condenado?

—Creo que algo he oído, sí.

—¿Y ha oído también que Arthur Lemaine es el cuñado de Ed Grayson?

Hubo una breve pausa. Acto seguido, Walker dijo:

—Caramba.

—Exactamente: caramba. ¿Le apetece algún «caramba» más? Lemaine entrenaba al equipo de hockey de su sobrino. Para quien no controle mucho los árboles genealógicos, el chaval sería E. J., el hijo de Ed Grayson, víctima de la pornografía infantil.

—Eso sí que es un pedazo de «caramba» —reconoció Walker.

—Y es posible, ahí va otro conato de «caramba», que quien le disparó a Lemaine en las rodillas lo hiciese a cierta distancia.

—Un trabajo de tirador experto —dijo Walker.

—¿No definió así a Ed Grayson el dueño del Disparama?

—Exactamente así. Dios mío. Pero no acabo de pillarlo. Creía que usted había

visto a Grayson matar a Dan Mercer porque este le había sacado fotos a su hijo.

—Así fue.

—O sea, ¿se cargó a los dos?

—Esa impresión tengo. ¿Se acuerda de que Ed Grayson apareció en el parque estatal de Ringwood para ayudar a encontrar el cadáver de Haley McWaid?

—Sí.

—El hombre dijo que yo no lo entendía. Pero creo que ahora sí. La culpa le corroe porque mató a un hombre inocente.

Michele no paraba de tomar notas. Sobre qué, Wendy no podía imaginárselo.

—Creo que las cosas fueron de la siguiente manera —siguió Wendy—. Dan Mercer sale en libertad. Ed Grayson se vuelve loco. Mata a Mercer y se deshace de las pruebas. Cuando vuelve a casa, su mujer, Maggie, se da cuenta de lo que ha hecho. No sé qué sucede entonces con exactitud. Puede que Maggie pierda los estribos. Puede que le diga a su marido: «Pero ¿qué has hecho? No fue Dan, fue mi hermano». O puede que E. J. les diga finalmente la verdad sobre su tío. Lo ignoro. Pero imagine lo que le debió de pasar por la cabeza a Grayson. Lleva meses asistiendo a cada sesión del juicio, hablando con los medios de comunicación, representando a las víctimas, exigiendo que Dan Mercer sea castigado.

—Y entonces va y descubre que se ha cargado a quien no era.

—Exacto. Y además, ahora sabe que Arthur Lemaine, su cuñado, nunca será llevado ante la justicia. Y aunque así sea, resulta que eso puede acabar destruyendo a su familia.

—Todo un escándalo —dijo Walker—. Arrastrar a su familia a otro circo mediático. Tener que reconocer ante el mundo que había estado equivocado todo el rato. Así pues, ¿qué? ¿Grayson la emprende con su cuñado?

—Sí, pero creo que esta vez ya no tenía el coraje necesario para matarlo. No después de lo que había ocurrido la primera vez.

—Y le guste o no, se trata del hermano de su mujer.

—Cierto.

Wendy miró a Michele por encima de la mesa. Estaba pegada al móvil, hablando muy bajito.

—Dicen que la mujer de Grayson le ha dejado y se ha llevado al chico —dijo Walker.

—Puede que por lo que le hizo a Dan.

—O puede que por dispararle a su hermano.

—Cierto.

Walker suspiró.

—¿Y cómo podemos probar algo de todo esto?

—No lo sé. Lo más probable es que Lemaine no quiera hablar, pero igual sus chicos le convencen.

—Ni así. Le dispararon a oscuras. Sin testigos. Y ya sabemos que Grayson es

condenadamente bueno a la hora de deshacerse de las pruebas.

Se quedaron en silencio. Michele tomó algunas notas más y dibujó unas flechas muy largas. Se detuvo, observó el cuaderno y puso mala cara.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Wendy.

Michele se puso a escribir de nuevo.

—Aún no lo sé muy bien. Pero en esta teoría hay algo que no pita.

—¿Qué?

—Puede que no sea gran cosa, pero las fechas no coinciden. A Lemaine le dispararon un día antes que a Dan Mercer.

A Wendy le vibró el móvil. Llamada en espera. Revisó el número. Era Win.

—Tengo que dejarle —le dijo a Walker—. Otra llamada.

—Lamento el tono de antes.

—No se preocupe.

—Sigo queriendo llamarla cuando todo esto acabe.

Wendy reprimió una sonrisa.

—Cuando todo esto acabe —repitió. Acto seguido, se pasó a la otra línea—. ¿Sí?

—A petición tuya —dijo Win—, le eché un vistazo al asunto del cese de Turnball.

—¿Sabes quién le montó la encerrona?

—¿Dónde estás?

—En casa.

—Ven a mi despacho. Creo que hay algo que debes ver.

Win era rico. Superrico.

Ejemplo: «Win» era el diminutivo de Windsor *Horne* Lockwood III. Su despacho se encontraba en la esquina de la calle Cuarenta y seis con Park Avenue, en el edificio *Lock-Horne*.

Hagan ustedes mismos las cuentas.

Wendy dejó el coche en el aparcamiento del edificio Met Life. Su padre había trabajado no muy lejos de ahí. Ahora le dio por pensar en él, en la manera en que solía arremangarse hasta los codos en un acto de doble simbología: siempre estaba dispuesto a ensuciarse y nunca quería que le consideraran un ejecutivo. Su padre tenía unos antebrazos tremendos. La hacía sentirse segura. Ahora mismo, aunque su progenitor llevase bastantes años muerto, Wendy tenía ganas de desplomarse en sus fuertes brazos y oírle decir que todo acabaría saliendo bien. ¿Acaso llegamos a superar jamás esa necesidad? John también lo había logrado, la había hecho sentirse segura. Puede que sonara poco feminista —esa cálida sensación de seguridad procedente de un hombre—, pero eso era lo que había. Pops era un tipo estupendo, pero no servía para eso. Y Charlie... Bueno, Charlie siempre sería su chiquitín, y siempre le tocaría a ella cuidarle, y no al revés. Los dos hombres que la habían hecho sentirse segura estaban muertos. Nunca le habían fallado, pero ahora, con todos los problemas que le habían caído encima, se preguntaba en voz muy queda si no sería ella la que les había fallado a ambos.

Win había trasladado su despacho al piso de abajo. El ascensor se abrió ante un cartelito que ponía «MB Reps». La recepcionista le dijo con una voz muy chillona.

—Bienvenida, señora Tynes.

Un poco más y Wendy se cae de espaldas en el ascensor. La recepcionista tenía unas dimensiones considerables. Iba embutida en un vestido negro como el carbón que era como una versión de pesadilla del que llevaba Adrienne Barbeau en *Los locos de Cannonball*. El maquillaje parecía que se lo hubiesen aplicado con una pala de sacar nieve.

—Eh... Hola.

Apareció una mujer asiática con un traje de chaqueta blanco a medida. Era alta, espigada y atractiva en plan modelo. Ambas mujeres se quedaron de pie durante un momento, la una al lado de la otra, y a Wendy le recordaron a dos bolos delgados esperando a ser derribados por la bola.

—El señor Lockwood la está esperando —dijo la asiática.

Wendy la siguió por el pasillo. La mujer abrió la puerta del despacho y anunció:

—La señora Tynes acaba de llegar.

Win se levantó al otro lado del escritorio. Era un hombre especialmente bien parecido. Aunque en realidad no era su tipo, Wendy pensaba que pese a los ricitos dorados, los rasgos tan delicados y ese aire general de figurín, había en él una fuerza tranquila, una frialdad gélida en sus ojos azules y una tensión en ese cuerpo excesivamente inmóvil, como si pudiera asestar un golpe mortal en el momento más inesperado.

Win le dijo a la asiática:

—Gracias, Mee. ¿Podrías decirle al señor Barry que ya estamos listos?

—Por supuesto.

Mee abandonó el despacho. Win cruzó la habitación para besar a Wendy en la mejilla. Se produjo esa leve demora, ese incómodo momento de duda. Seis meses atrás, habían compartido cama —no precisamente para dormir— y todo había sido estupendo, motivo por el que siempre había algo en el ambiente cuando se encontraban.

—Estás espectacular —afirmó Win.

—Gracias. Pero yo no me siento así.

—Intuyo que estás pasando un mal momento.

—Intuyes bien.

Win se volvió a sentar y se abrió de brazos.

—Estoy dispuesto a ofrecerte apoyo y consuelo.

—¿Y qué entiendes tú por apoyo y consuelo?

Win puso sus cejas a bailar.

—Coitus no interruptus.

Wendy meneó la cabeza, pasmada.

—Has escogido el peor momento para insinuarte.

—Cualquier momento es bueno. Pero te comprendo. ¿Quieres un coñac?

—No, gracias.

—¿Te importa si yo me tomo uno?

—Tú mismo.

Win tenía un antiguo globo terráqueo que se abría, mostrando en su interior un decantador de vidrio. El escritorio era de madera de cerezo. Había cuadros de hombres dedicados a la caza del zorro y una impresionante alfombra persa. En el extremo más alejado del cuarto, se había instalado un poco de hierba artificial para practicar el golf. Una enorme pantalla plana colgaba de una de las paredes.

—Cuéntame de qué va esto —dijo Win.

—¿Te importa si no lo hago? Lo único que necesito saber es quién se la jugó a Phil Turnbull.

—Por supuesto.

Se abrió la puerta del despacho y apareció Mee junto a un hombre que lucía una pajarita.

—Ah —dijo Win—. Gracias por venir, Ridley. Wendy Tynes, te presento a Ridley Barry. El señor Barry es el cofundador del Barry Brothers Trust, la empresa para la que trabajaba tu señor Turnbull.

—Encantado de conocerla, Wendy.

Todo el mundo tomó asiento. La mesa de Win estaba vacía, a excepción de lo que parecía una pila de expedientes.

—Antes de empezar —dijo Win—, tanto el señor Barry como yo debemos tener la seguridad de que nada de lo que aquí se hable saldrá de esta habitación.

—Soy periodista, Win.

—Entonces te sonará el concepto *off the record*.

—De acuerdo. Todo *off the record*.

—Y además —añadió Win—, en mi condición de amigo, quiero que me des tu palabra de que no le dirás nada a nadie.

Wendy observó a Ridley Barry y luego, lentamente, volvió a posar la mirada en Win.

—Tienes mi palabra.

—Muy bien. —Win miró a Ridley Barry y este asintió. Acto seguido, puso la mano sobre la pila de papel—. Estos son los expedientes del señor Phil Turnbull. Como ya sabrás, trabajaba como asesor financiero para el Barry Brothers Trust.

—Sí, ya lo sé.

—He pasado las últimas horas revisándolos. Me he tomado mi tiempo. También he examinado las operaciones por ordenador efectuadas por el señor Turnbull. He estudiado sus patrones comerciales, su manera de comprar y de vender... Su comportamiento laboral, por así decir. Y como te tengo en muy alta estima, Wendy, y respeto enormemente tu inteligencia, he estudiado a fondo su historial laboral teniendo bien presente que igual había sido víctima de una encerrona.



—¿Y?

Win la miró a los ojos y a Wendy le dio un escalofrío.

—Pues que Phil Turnbull no robó dos millones de dólares. Mis cálculos me indican que la cifra se acerca más a tres. En resumen, que no hay duda posible. Tú querías saber qué trampa le habían tendido a Phil Turnbull. Pero no hay trampa alguna. Phil Turnbull orquestó un fraude que se remonta, por lo menos, a hace cinco años.

Wendy negó con la cabeza.

—Puede que no fuera él. No trabajaba solo, ¿verdad? Tenía compañeros y un ayudante. Es posible que uno de ellos...

Sin dejar de mirarla a los ojos, Win cogió un mando a distancia y apretó un botón. El televisor se puso en marcha.

—El señor Barry ha tenido la amabilidad de dejarme revisar las cintas de vigilancia.

Apareció un despacho en la pantalla. La cámara había sido situada en alto, grabando hacia abajo. Phil Turnbull estaba metiendo documentos en una trituradora de papel.

—Ahí está tu señor Turnbull destruyendo los saldos de las cuentas de sus clientes antes de ser enviados por correo.

Win le dio al mando. Hubo un salto en la pantalla. Ahora Phil estaba sentado a su mesa. Se levantó y fue hacia una impresora.

—Y ahí tienes al señor Turnbull imprimiendo los saldos falsos que luego piensa echar al correo. Podríamos seguir dándole vueltas al asunto, Wendy, pero no hay dudas que valgan. Phil Turnbull defraudó a sus clientes y al señor Barry.

Wendy se reclinó en el asiento y se dirigió a Ridley Barry.

—Y si Phil es un ladrón de tomo y lomo, ¿por qué no lo han detenido?

Durante unos breves instantes, nadie dijo nada. Ridley Barry miró en dirección a Win. Win asintió.

—Adelante —dijo—. No se lo diré a nadie.

Barry se aclaró la garganta y se ajustó la pajarita. Era un señor bajito y algo apergaminado, de esos que hay quien encuentra monos o entrañables.

—Mi hermano Stanley y yo fundamos Barry Brothers Trust hace más de cuarenta años —empezó—. Trabajamos mano a mano durante treinta y siete años. En el mismo cuarto. Nuestras mesas estaban la una frente a la otra. Cada día laborable. Los dos juntos conseguimos construir un negocio cuyas ganancias superan el billón de dólares. Damos empleo a más de doscientas personas. Nuestro apellido pende de un mástil. Y yo me tomo muy en serio esa responsabilidad... Sobre todo, desde que mi hermano ya no está entre nosotros.

Se interrumpió y consultó su reloj de pulsera.

—¿Señor Barry?

—Sí.

—Todo eso me parece muy bien, pero si Phil Turnball le robó, ¿por qué no le ha llevado a juicio?

—No me robó a mí. Robó a sus clientes. Y también a los míos.

—Lo que sea.

—No. «Lo que sea», no. Esto va más allá de una cuestión semántica. Pero permítame que le ofrezca dos respuestas. Déjeme que le responda, primero, desde mi condición de frío hombre de negocios, y después, desde la de un anciano que cree ser responsable del bienestar de sus clientes. Habla el frío hombre de negocios: en este entorno post-Madoff, ¿qué cree usted que sería de Barry Brothers Trust si se descubre que uno de nuestros principales asesores financieros montó una estafa piramidal?

La respuesta era evidente, y Wendy se preguntaba ahora por qué no lo había pensado antes. Curioso. Phil había utilizado esa situación en beneficio propio, ¿verdad? No dejaba de usarla como prueba de que le habían tendido una trampa: ¿por qué no me han detenido aún?

—Por otra parte —continuó el señor Barry—, me siento responsable de esa gente que confió en él y en mi empresa. Así pues, yo mismo revisé las cuentas. Y pienso reembolsar el dinero a todos los clientes recurriendo a mis finanzas personales. Hablando en plata, encajaré el golpe. Los clientes defraudados serán plenamente compensados.

—Y se quedarán en la inopia.

—Así es.

Motivo por el que Win le había exigido mantenerlo todo en secreto. Se echó hacia atrás y, de repente, más piezas empezaron a encajar. Montones.

Ahora lo sabía. La mayor parte del asunto. Puede que todo.

—¿Algo más? —le preguntó Win.

—¿Cómo lo pillaron? —preguntó Wendy.

Ridley Barry se removió en el asiento.

—Las estafas piramidales se acaban detectando.

—No, eso ya lo sé. Pero ¿qué fue lo que le llevó a sospechar de él?

—Hace un par de años contraté a una compañía para que investigara el pasado de todos nuestros empleados. Era pura rutina, nada más, pero había una discrepancia en el expediente personal de Phil Turnball que nos llamó la atención.

—¿Qué discrepancia?

—Phil mintió en su currículum.

—¿Acerca de qué?

—Sobre su educación. Dijo que se había licenciado en la Universidad de Princeton, lo que no era cierto.

Ahora ya lo sabía.

Wendy llamó a Phil al móvil. Una vez más, no hubo respuesta. Lo intentó en su casa. Nada. De regreso del despacho de Win, se detuvo frente al domicilio de Phil en Englewood. No había nadie. Lo intentó en el Starbucks, pero el Club de los Padres ya no estaba.

Dudó entre llamar a Walker o, aún mejor, a Frank Tremont, que era quien llevaba el caso de Haley McWaid. Era muy posible que Dan Mercer no hubiese matado a Haley. Wendy intuía quién lo había hecho, pero no dejaba de ser una especulación.

Cuando Ridley Barry abandonó el despacho de Win, Wendy repasó con este toda la historia. Tenía un par de buenos motivos para hacerlo. Uno, necesitaba un punto de vista distinto e inteligente, y Win podía aportárselo. Y dos, quería que alguien más supiera lo que ella ya sabía, para cubrirse las espaldas, para proteger la información y a sí misma.

Cuando terminó, Win abrió el cajón superior de su escritorio. Sacó varias pistolas para que Wendy tuviera donde elegir, pero ella declinó la oferta.

Charlie y Pops seguían ausentes. La casa estaba en silencio. Wendy pensó en los próximos años: Charlie en la universidad, la casa siempre tan callada. Y no le gustaba la perspectiva de quedarse sola en un sitio tan grande. Tal vez sería mejor mudarse a otro más pequeño.

Tenía la boca pastosa. Se bebió un vaso de agua y lo rellenó nada más terminárselo. Subió a la planta de arriba, tomó asiento y enchufó el ordenador. Ya iba siendo hora de ponerse a comprobar su teoría. Entró en Google para estudiar los escándalos de Princeton en orden inverso: Steve Miciano, Farley Parks, Dan Mercer, Phil Turnball.

Ahora le veía la lógica a todo.

Acto seguido, se buscó a sí misma en Google, leyó los informes sobre su conducta «sexualmente inapropiada» y meneó la cabeza, pasmada. Le entraron ganas de llorar, y no solo por ella, sino por todos.

¿De verdad había empezado todo esto con la broma pesada de una pandilla de universitarios?

—¿Wendy?

Debería haberse pegado un buen susto, pero no fue así. Solo se trataba de la confirmación de algo que ya sabía. Se dio la vuelta. Phil Turnball estaba de pie en el umbral.

—Lo sabe más gente —dijo Wendy.

Phil sonrió. Le brillaba la cara a causa de la bebida.

—¿Crees que pretendo hacerte daño?

—¿Acaso no me lo has hecho ya?

—Supongo que sí. Pero no he venido por eso.

—¿Cómo has entrado?

—El garaje estaba abierto.

Charlie y la maldita bicicleta. No sabía muy bien qué hacer. Podía optar por la sutileza, hacerse con el móvil y marcar el número de la policía, o algo así. Podía intentar enviar un mail, un SOS electrónico de algún tipo.

—No tengas miedo —le dijo Phil.

—En ese caso, ¿te importa si llamo a un amigo?

—Preferiría que no lo hicieras.

—¿Y si insisto?

Phil sacó una pistola.

—No tengo la menor intención de hacerte daño.

Wendy se quedó tiesa. Cuando aparece un arma, se convierte en lo único que ves. Tragó saliva e intentó mantenerse fuerte.

—Oye, Phil...

—¿Qué?

—Si no piensas hacerme daño, lo mejor que puedes hacer para demostrarlo no es sacar una pistola.

—Tenemos que hablar —dijo él—. Pero no sé muy bien por dónde empezar.

—¿Qué tal por lo de cuando le sacaste un ojo a Christa Stockwell clavándole la esquirra de un espejo?

—La verdad es que has hecho los deberes, Wendy. ¿No es así?

No dijo nada.

—Y estás en lo cierto. Ahí es donde todo empezó. —Phil suspiró. La pistola le colgaba junto al muslo—. Ya sabes lo que ocurrió, ¿verdad? Yo me estaba escondiendo y, de repente, Christa Stockwell se puso a chillar. Salí pitando hacia la puerta, pero me pilló y se me agarró a la pierna. Nunca quise hacerle daño. Solo intentaba salir de allí, y me entró el pánico.

—¿Fuiste a la casa del decano para gastarle una broma pesada?

—Estábamos todos.

—Pero tú pagaste el pato.

Por un instante, Phil ofreció un aspecto ausente, perdido. Wendy pensó en aprovechar la situación para salir corriendo. No la estaba apuntando. Podía ser su única oportunidad. Pero no se movió. Se quedó donde estaba hasta que él, finalmente, dijo:

—Sí, así fue.

—¿Por qué?

—En ese momento, parecía lo más razonable. Mira, yo había llegado a esa universidad con todo a mi favor: riqueza, un buen apellido y unos buenos estudios previos. Los demás las pasaban canutas. Y eso era algo a lo que yo concedía importancia. Eran mis amigos. Y además, yo iba a pringar de todas maneras, así que... ¿para qué llevármelos por delante?

—Admirable —dijo Wendy.

—Evidentemente, yo no era consciente de la gravedad del problema que me había caído encima. La casa estaba a oscuras. Yo creía que Christa gritaba, simplemente, porque tenía miedo. No tenía ni idea de que había salido tan malparada cuando confesé. —Torció la cabeza a la derecha—. Quiero creer que volvería a hacer lo mismo. Cargar con la culpa por el bien de mis amigos, me refiero. Pero ya no estoy tan seguro.

Wendy intentó atisbar el ordenador, ver si había algo que pudiese clicar para conseguir ayuda.

—¿Y qué pasó a continuación?

—Ya lo sabes, ¿no?

—Te expulsaron.

—Sí.

—Y tus padres compraron el silencio de Christa Stockwell.

—Mis padres estaban horrorizados. Supongo que no era para menos. Pagaron mi deuda y me dijeron que me largara. Le pasaron el negocio familiar a mi hermano. Yo fui excluido. Pero puede que fuese para bien.

—Te sentiste libre —dijo Wendy.

—Sí.

—Ahora ya eras igual que tus compañeros de cuarto. Los tíos a los que admirabas.

Phil sonrió.

—Exactamente. Y al igual que ellos, también yo las pasé canutas. Rechacé cualquier tipo de ayuda. Conseguí trabajo en Barry Brothers. Me hice con una lista de clientes y trabajé duro para que todos ellos estuvieran contentos. Me casé con Sherry, una mujer espectacular en todos los sentidos. Formamos una familia. Unos críos estupendos, una casa preciosa. Todo gracias a mi esfuerzo. Nada de nepotismo, nada de ayudas...

Su voz se estaba apagando. Sonrió.

—¿Qué pasa? —inquirió Wendy.

—¿Que qué pasa? Lo que pasa eres tú, Wendy.

—¿Yo?

—Aquí estamos los dos. Yo tengo un arma y te estoy contando todas mis funestas andanzas. Tú me estás haciendo preguntas para que vaya pasando el tiempo, confiando en que aparezca la policía en el último minuto.

Wendy no abrió la boca.

—Pero yo no he venido aquí por mí, Wendy. He venido por ti.

Wendy le miró a la cara y, de repente, pese a la pistola y la situación, dejó de tener miedo.

—¿Y eso a qué se debe? —preguntó.

—Ya lo verás.

—Preferiría...

—Quieres respuestas, ¿verdad?

—Supongo.

—Pues vamos a ver... ¿Por dónde andaba yo?

—Boda, trabajo, nada de nepotismo.

—Exacto, muchas gracias. ¿Me has dicho que has conocido a Ridley Barry?

—Sí.

—Un viejo adorable, ¿no es cierto? De lo más encantador. Y parece honrado, además. Y lo es. Yo también lo era. —Bajó la vista hacia el arma que sostenía como si se hubiese materializado en su mano de repente—. Nadie empieza siendo un ladrón. Te apuesto lo que quieras a que ni Bernie Madoff. Tú haces lo que puedes por tus clientes. Pero es un mundo de navajeros. Haces un mal negocio. Pierdes algo de dinero. Pero sabes que lo recuperarás. Así pues, metes en esa cuenta un poco de dinero ajeno. Solo por un día, puede que una semana. Cuando llega el siguiente negocio, lo compensas, e igual se te va un poquito la mano. No es robar. Al final, a tus clientes les saldrá a cuenta. Empiezas poco a poco, saltándote un poco la línea roja... ¿pero qué le vas a hacer? Si admites lo que has hecho, estás acabado. Te despedirán o te meterán en la cárcel. Por consiguiente, ¿qué otra posibilidad te queda? Tienes que seguir trincándole a Peter para poder pagar a Paul, mientras te encomiendas a la Divina Providencia para salir del marrón en el que te has metido.

—Yendo al grano —dijo Wendy—, ¿les robabas a tus clientes?

—Sí.

—¿Te otorgabas un salario decente?

—Había que mantener las apariencias.

—Vale —dijo Wendy—. Ya veo.

Phil volvió a sonreír.

—Tienes razón, claro está. Solo intento explicarte mi punto de vista de entonces, justificado o no. ¿Te contó Ridley por qué empezaron a investigarme?

Wendy asintió.

—Porque mentiste en tu currículum.

—Exacto. Aquella noche en casa del decano volvía para atormentarme. De repente, por algo que había ocurrido hacía un montón de años, todo mi mundo empezaba a desintegrarse. ¿Puedes imaginarte cómo me sentía? Pringué por esos tíos, aunque en realidad yo no era culpable, y ahora, al cabo de tantos años, tenía que seguir pagando las consecuencias.

—¿Qué quieres decir con lo de que no eras culpable?

—Lo que acabo de decir.

—Estabas allí. Le diste una patada en la cara a Christa Stockwell.

—Eso no fue lo primero que pasó. ¿No te contó nada del cenicero?

—Sí. Que tú lo arrojaste.

—¿Eso te dijo?

Wendy le dio un par de vueltas al tema. Había dado por sentado que había sido Phil, pero... ¿había llegado a decírselo Christa?

—No fui yo —dijo él—. Fue otro el que le tiró el cenicero que se acabó cargando el espejo.

—¿Y no sabes quién era?

Phil negó con la cabeza.

—Todos los que estaban allí esa noche negaron haberlo hecho. A eso me refería cuando he dicho que yo no tuve la culpa. Y ahora volvía a estar a dos velas. Cuando mis padres se enteraron de que me habían despedido, pues ya te lo puedes imaginar, eso fue la traca final. Me desheredaron por completo. Sherry y los críos me empezaron a mirar de otra manera. Estaba perdido. Había tocado fondo, y todo por culpa de la puta cacería de carroñeros. Así pues, recurrí a mis antiguos compañeros de cuarto en busca de ayuda. Farley y Steve me estaban agradecidos por haberme hundido en su nombre, me aseguraron, pero ¿qué podían hacer ahora al respecto? Empecé a pensar que no debería haber pringado yo solo. Si los cinco hubiésemos confesado, podríamos haber compartido la carga. Yo no estaría solo en eso. La facultad no habría sido tan dura conmigo. Y yo les miro, a esos viejos amigos que no piensan ayudarme y a los que todo les va muy bien, que ganan dinero y tienen éxito...

—Y decides que paguen su diezmo —le interrumpió Wendy.

—¿Me culpas por ello? Soy el único que pagó por lo que había pasado, y ahora resultaba que me veían como a un fracasado. Como a un pringado. Como a alguien al que no merecía la pena salvar. Mi familia era rica, me decían. Pídeles ayuda a ellos.

Phil era incapaz de escapar de su familia, se dijo Wendy, de su riqueza, de su posición. Ya podía intentar ser como esos amigos suyos que tenían que buscarse la vida, que ellos nunca le verían como a uno más, pues cuando empezaron a pintar bastos, Phil, simplemente, ya no formaba parte ni de los pobres ni de los ricos.

—Descubriste el marketing viral con el Club de los Padres —dijo Wendy.

—Sí.

—Eso debería haberme puesto en guardia. Acabo de revisarlo todo. A Farley le pusieron verde. A Steve le pusieron verde. A mí me pusieron verde. Y ya había bastante sobre Dan en la red. Solo faltabas tú, Phil. No hay ni una palabra sobre tus desfalcos en la red. ¿Por qué? Si había alguien que iba a por todos vosotros, ¿por qué no dijo nada de lo que le robabas a tu empresa? De hecho, nadie sabía nada al respecto. Tú le contaste al Club de los Padres que te habían despedido. Pero hasta que mi amigo Winn me informó de que te habían echado por robar dos millones de dólares no te mostraste sincero sobre el tema. Y cuando supiste que yo estaba en Princeton, también tuviste que decirles a tus amigos que te habían expulsado.

—Todo es cierto —dijo Phil.

—Pasemos a tus encerronas. Primero, te hiciste con una chica que interpretara a Chynna, la adolescente de Dan y prostituta de Farley.

—Cierto.

—¿De dónde la sacaste?

—No es más que una puta a la que contraté para interpretar dos papeles. Tampoco era tan complicado. Y en cuanto a Steve Miciano... En fin, ¿tan difícil es meterle drogas en el maletero a alguien y decirle a la policía que eche un vistazo? Y Dan...

—Me utilizaste —le acusó Wendy.

—No era nada personal. Una noche vi tu programa de televisión y me dije: vaya, vaya, ¿hay alguna manera mejor de vengarse de alguien?

—¿Cómo lo hiciste?

—¿Qué tenía de complicado, Wendy? Escribí ese primer mail de Ashlee, la chica de trece años del chat de SocialTeen. Luego me hice pasar por Dan en el chat. Le hice una visita y aproveché para esconder en su casa el portátil y las fotografías. Mi furcia hizo como que era una adolescente con problemas llamada Chynna. Cuando le dijiste a mi personaje de Internet del «pedófilo Dan» —trazó unas comillas en el aire con los dedos— que apareciese en un lugar concreto a la hora requerida, Chynna se limitó a pedirle a Dan que se presentara en ese mismo sitio a la misma hora. Dan apareció, tus cámaras estaban grabando...

Se encogió de hombros.

—Caramba —dijo ella.

—Lamento que te vieses involucrada. Y aún lamento más haber puesto en marcha esos rumores sobre ti. Ahí me pasé un poco. Fue un error. Me siento fatal por ello. Ese es el motivo de que ahora esté aquí. Quiero compensarte.

No paraba de decir eso, lo de que había venido por ella. Resultaba enloquecedor.

—Todo lo que hiciste —dijo Wendy—, lo de ir a por esos tíos... ¿fue solo por venganza?

Phil bajó la cabeza. Su respuesta la sorprendió:

—No.

—No seas tan blando contigo mismo, Phil. Lo perdiste todo y optaste por llevarte por delante a unos inocentes.

—¿Inocentes? —Por primera vez, la voz de Phil adoptó un tono airado—. No eran inocentes.

—¿Te refieres a lo que hicieron aquella noche en casa del decano?

—No, no me refiero a eso. Lo que digo es que eran culpables.

Wendy hizo una mueca.

—¿Culpables de qué?

—¿No lo entiendes? Farley se acostaba con putas. Era un mujeriego espantoso. Todo el mundo lo sabía. Y Steve se servía de su posición como médico para vender ilegalmente fármacos de esos que necesitan receta. Pregúntaselo a la poli. No podían demostrarlo, pero lo sabían. Mira, Wendy, yo no les tendí una encerrona, solo los desenmascaré.

Se produjo un silencio, una profunda vibración, y Wendy notó que le temblaba el



cuerpo. Se estaban acercando al meollo de la cuestión. Phil se mantenía expectante, plenamente consciente de que ella acabaría sacando el tema.

—¿Y lo de Dan?

Phil empezó a respirar de manera algo extraña. Intentaba mantener el autocontrol, pero el pasado cargaba rápidamente contra él.

—Por eso estoy aquí, Wendy.

—No lo entiendo. Acabas de decir que Farley era un mujeriego y Steve un camello.

—Sí.

—Por consiguiente, te voy a hacer una pregunta inevitable: ¿de verdad era Dan Mercer un pedófilo?

—¿Quieres la verdad?

—No, Phil, después de todo esto, lo que quiero es que me mientas. ¿Le montaste una encerrona para que fuese llevado ante la justicia?

—Con Dan —dijo Phil lentamente—, supongo que nada salió según lo planeado.

—Déjate de rollos semánticos. ¿Era un pedófilo? ¿Sí o no?

Phil miró a la izquierda y puso cara de estar reuniendo valor.

—No lo sé.

Pero esa no era la respuesta que Wendy estaba esperando.

—¿Y cómo es eso posible?

—Cuando le tendí la trampa, no creía que lo fuese. Pero ahora ya no estoy tan seguro.

Esa respuesta la dejó atónita.

—¿Y eso qué coño quiere decir?

—Ya te he contado que fui a ver a Farley y a Steve —dijo Phil—. Y que no mostraron el menor interés en ayudarme.

—Sí.

—Luego fui a ver a Dan. —Levantó la pistola y se la cambió de mano.

—¿Cómo reaccionó?

—Tomamos asiento en su mierda de casa. Ya no sabía ni para qué me había molestado en ir a verle. ¿Qué podía hacer ese por mí? No tenía ni un céntimo. Trabajaba con los pobres. El caso es que Dan me ofreció una cerveza y yo se la acepté. Luego le expliqué lo que me había ocurrido. Me escuchó de manera comprensiva. Cuando acabé, Dan me miró a los ojos y me dijo que se alegraba de verme. ¿Por qué?, le pregunté yo. Y me contó que llevaba años visitando a Christa Stockwell. Me quedé pasmado. Y entonces me contó la verdad definitiva.

Ahora iba a saber Wendy lo que Christa Stockwell le había ocultado.

«¿Qué te dijo Dan la primera vez que vino?».

«Eso queda entre nosotros».

Wendy miró a Phil.

—Fue Dan quien arrojó el cenicero.

Y Phil asintió.

—Me vio agacharme detrás de la cama. Los demás, Farley, Steve y Kelvin, ya habían empezado a largarse. Andaban escaleras abajo cuando Christa Stockwell intentó darle al interruptor. Dan solo quería distraerla, darme la oportunidad de salir corriendo. Por eso le tiró el cenicero.

—Que destrozó el espejo en plena cara de Christa.

—Sí.

Wendy imaginó el momento. Vio a Dan confesando y a Christa limitándose a aceptar sus disculpas. A fin de cuentas, solo eran unos chavales de universidad gastando bromas pesadas. ¿Tan fácil era todo eso de perdonar? Puede que para Christa sí.

—Y durante todos estos años —dijo Wendy—, tú lo ignoraste.

—Nunca lo supe. Dan mintió al respecto. Intentó explicarme por qué. Era un chico sin recursos, me dijo. Tenía miedo de perder la beca. Y tampoco me habría servido de nada. Solo se habría autodestruido... ¿Y para qué?

—Así pues, se mantuvo callado.

—Como los demás, sabía que yo tenía dinero. Familia y contactos. Yo podía compensar a Christa Stockwell, así que él nunca abrió la boca. Se limitó a dejarme pagar por lo que él había hecho. Ya lo ves, Wendy, Dan tampoco era tan inocente. De hecho, en muchos aspectos, era el más culpable de todos.

Wendy se lo pensó. Pensó en la rabia que Phil debió de experimentar al saber que había pagado por un delito cometido por Dan.

—Pero no se lo hacía con niños, ¿verdad?

Phil le dio un par de vueltas al asunto.

—No, yo creía que no. Por lo menos, al principio.

Wendy intentó averiguar qué le estaba diciendo Phil. Y de repente, se acordó de Haley McWaid.

—Dios mío, Phil, ¿qué has hecho?

—Esos tíos tienen razón. Estoy acabado. Lo que quedaba de mí, lo poco bueno que aún conservaba, también ha desaparecido ahora. A eso te conduce la venganza. Te devora el alma. Nunca debería haber abierto esa puerta.

Wendy no sabía a qué puerta se refería, si a la de la casa del decano tantos años atrás o si a la del odio que le llevó a buscar venganza. Recordaba lo que le había dicho Christa Stockwell con respecto al odio, lo de que agarrarse a él te lleva a desprenderte de todo lo demás.

Pero aún no habían terminado. Aún les faltaba el tema de Haley McWaid.

—Y cuando Dan se libró... —empezó Wendy—. Quiero decir, cuando el juez lo dejó en libertad...

La sonrisa de Phil le heló la sangre.

—Sigue, Wendy.

Pero no podía. Intentaba continuar hablando, pero, de repente, nada tenía el

menor sentido.

—Te estás preguntando por Haley McWaid, ¿verdad? Te preguntas qué pinta aquí.

Wendy era incapaz de hablar.

—Adelante, Wendy. Di lo que ibas a decir.

Pero ahora lo veía todo claro. Y no tenía ningún sentido.

La expresión de Phil era ahora más tranquila, casi serena.

—Les hice daño, sí. ¿Quebranté la ley? No estoy tan seguro. Contraté a una chica para que mintiera sobre Farley e interpretara un papel con Dan. ¿Es eso un delito? Puede que solo una falta. Me hice pasar por otra persona en un chat, pero... ¿acaso no es eso lo que tú haces? Has dicho que el juez dejó a Dan en libertad. Es cierto, pero ¿y qué? Yo tampoco estaba tan interesado en enviarlos a prisión. Solo quería que sufrieran. Y vaya si sufrieron, ¿no crees?

Se quedó a la espera de una respuesta, pero lo único que consiguió Wendy fue asentir.

—Por consiguiente, ¿para qué querría yo que acusaran a Dan de asesinato?

—Lo ignoro —consiguió decir Wendy.

Phil se inclinó hacia delante y susurró.

—No quería.

Wendy no podía respirar. Intentaba ir despacito, reflexionando a fondo, volviendo atrás si era necesario. Haley McWaid había sido asesinada tres meses antes de que la encontraran. ¿Por qué? ¿Qué pensaba Wendy? ¿Que Phil la había matado por si Dan se iba de rositas y así poder cargarle el muerto?

¿Y eso qué lógica tenía?

—Wendy, soy padre de familia. No podría matar a una adolescente. No podría matar a nadie.

Wendy era consciente de que había una gran distancia entre la destrucción viral y el asesinato, entre vengarse de unos antiguos compañeros de cuarto y matar a una adolescente.

La verdad empezaba a imponerse, atontándola.

—Tú no pudiste plantar el iPhone en la habitación de Dan —dijo lentamente—. No sabías dónde se encontraba.

La cabeza no paraba de darle vueltas. Intentaba centrarse, entender lo que había ocurrido, pero ahora la respuesta se le antojaba de lo más evidente.

—No pudiste ser tú.

—Exactamente, Wendy. —Sonrió y su rostro recuperó un aspecto apacible—. Por eso estoy aquí, ¿recuerdas? Te he dicho que he venido por ti, no por mí. Este es el último regalo que te hago.

—¿De qué regalo hablas? No lo entiendo. ¿Cómo llegó ese iPhone al cuarto de Dan?

—Ya sabes la respuesta, Wendy. Estás preocupada por haber hundido a un

hombre inocente. Pero no lo hiciste. Solo hay una explicación posible de la presencia de ese teléfono en la habitación del hotel: siempre había estado en poder de Dan.

Wendy se limitó a mirarle.

—¿Dan mató a Haley?

—Por supuesto —dijo Phil.

Wendy no podía moverse, no podía respirar.

—Y ahora ya lo sabes todo, Wendy. Eres libre. Lo siento todo mucho. No sé si te compenso por lo que te hice, pero no tengo nada más que ofrecerte. Como te he dicho al principio, he venido para eso: para ayudarte.

Acto seguido, Phil Turnball levantó el arma. Cerró los ojos y ofreció un aspecto de lo más apacible.

—Dile a Sherry que lo siento —dijo.

Wendy alzó las manos, le gritó que parara y corrió hacia él. Pero estaba demasiado lejos. Phil se puso el cañón de la pistola bajo la barbilla, apuntando hacia arriba, y apretó el gatillo.

La policía se hizo cargo del estropicio.

Tanto Walker como Tremont pasaron a ver cómo estaba Wendy y a escuchar su historia. Ella intentó explicársela con todo detalle. Los medios de comunicación también mostraron gran interés. Farley Parks lanzó un comunicado en el que condenaba a aquellos que «se habían apresurado a juzgarle», pero no reemprendió su carrera política. El doctor Steve Miciano se negó a conceder entrevistas y anunció que dejaba de ejercer la medicina para «dedicarse a otros asuntos».

Phil Turnball tenía razón respecto a ellos.

La vida recuperó cierta normalidad con bastante rapidez. Wendy fue exonerada por la NTC de cualquier tipo de acusación de índole sexual, pero el trabajo se había convertido para ella en un sitio imposible. Vic Garrett era incapaz de mirarla a los ojos. Se lo encargaba todo a través de su ayudante personal, Mavis. Y hasta ahora, esos encargos habían sido un asco. Si las cosas no cambiaban, Wendy no tendría más remedio que ponerse un poco más agresiva.

Pero aún no había llegado el momento.

Pops anunció que pillaría el montante hacia el fin de semana. Se había quedado para cerciorarse de que Wendy y Charlie estaban bien, pero, como él mismo dijo, era «un trotamundos, un holandés errante». Quedarse en un sitio no iba con él. Wendy lo entendía perfectamente, pero le iba a echar mucho de menos.

Sorprendentemente, mientras en su lugar de trabajo se había aceptado que los rumores que corrían por la red sobre ella eran falsos, la mayoría de sus conciudadanos no había adoptado esa actitud. En el supermercado la ignoraban. Las madres se mantenían a una prudente distancia de ella a la hora de recoger a sus hijos. El quinto día, dos horas antes de que Wendy acudiera a la reunión del comité del proyecto de graduación, recibió una llamada de Millie Hanover.

—Por el bien de los niños, te sugiero que te des de baja del comité.

—Por el bien de los niños —repuso Wendy—, te sugiero que te vayas al carajo.

Y le colgó el teléfono. Oyó aplausos a su espalda. Era Charlie.

—Bien dicho, mamá.

—Esa mujer es una mojigata.

Charlie se echó a reír.

—¿Recuerdas que te comenté que quería saltarme la clase de salud porque promueve la promiscuidad?

—Sí.

—Cassie Hanover se la salta porque su madre teme que le corrompa la moral. Lo curioso es que se la conoce por Paja Hanover. O sea, que la tía es un zorrón.

Wendy se volvió y vio como el larguirucho de su hijo se acercaba al ordenador.

Se sentó y empezó a teclear, manteniendo los ojos clavados en la pantalla.

—Hablando de zorrones... —dijo Wendy.

Charlie levantó la vista hacia ella.

—¿Sí?

—Corren ciertos rumores sobre mí. Los colgaron en un blog.

—¿Mamá?

—¿Sí?

—¿Tú crees que vivo en una cueva?

—¿Los has visto?

—Pues claro.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

Charlie se encogió de hombros y volvió a teclear.

—Quiero que sepas que no son ciertos.

—¿Quieres decir que no te dedicas a follar para medrar?

—No te hagas el gracioso.

Charlie suspiró.

—Ya sé que no son ciertos, mamá, ¿vale? No tienes que decírmelo.

Wendy combatía duramente las lágrimas.

—¿Tus amigos te lo están haciendo pasar mal al respecto?

—No —repuso Charlie—. Bueno, vale, a Clark y a James les gustaría saber si te molan los hombres más jóvenes que tú.

Wendy frunció el ceño.

—Es broma —le dijo Charlie.

—Muy gracioso.

—Alegra esa cara, mujer.

Y se puso a teclear.

Wendy emprendió el camino de salida para que Charlie tuviese un poco de vida privada. Si lo hubiese completado, todo habría terminado. Ya tenían las respuestas. Phil tendió trampas a sus amigos. Dan se zumbó y mató a Haley. El hecho de que no pudieran dar con un motivo resultaba molesto, pero así son las cosas a veces.

Pero Wendy no llegó a salir de la habitación. Se sentía sola y frágil, y por eso le preguntó a su hijo:

—¿Qué estás haciendo?

—Revisando mi Facebook.

Eso le recordó su falso perfil, el de Sharon Hait, el que había usado para «hacerse amiga» de Kirby Sennett.

—¿Qué es una fiesta Red Bull? —preguntó.

Charlie interrumpió el tecleo.

—¿Dónde has oído ese término?

Wendy le recordó lo del falso perfil que había utilizado para ponerse en contacto con Kirby Sennett.

—Kirby invitó a «Sharon» a una fiesta Red Bull.

—Enséñamelo —dijo el chico.

Charlie se desconectó y se apartó del ordenador. Wendy tomó asiento y se identificó como «Sharon Hait». Necesitó un segundo para recordar la contraseña (Charlie) y entrar. Recuperó la invitación y se la enseñó a su hijo.

—Más bien torpe —dijo Charlie.

—¿A qué te refieres?

—Vayamos por partes. Ya sabes que la escuela tiene unas normas estrictas de tolerancia cero, ¿no?

—Sí, lo sé.

—Y el director Zecher es muy nazi en según qué cosas. Si a un chaval lo pillan bebiendo, ya se puede olvidar de entrar en ningún equipo y de participar en los espectáculos de Nuevos Jugadores. Y además, Zecher lo denuncia al departamento de Admisiones Universitarias y toda la pesca.

—Ya veo.

—Tú ya sabes lo idiotas que pueden llegar a ser los adolescentes, que siempre están colgando fotos tuyas bebiendo en sitios como Facebook, ¿no?

—Pues sí.

—Bueno, pues el caso es que a alguien se le ocurrió la idea de Red Bullear las fotos.

—¿Red Bullear?

—Sí. Pongamos que has ido a una fiesta y te estás bebiendo una lata de cerveza, y como eres un pringado con serios problemas de autoestima, piensas, joder, qué enrollado que soy, quiero que todo el mundo vea lo enrollado que soy. Así que le pides a alguien que te saque una foto bebiendo cerveza para que puedas colgarla en la red y fardar ante tus patéticos amigos. Pero hay un problemilla: ¿qué pasa si el director Zecher o sus esbirros del Tercer Reich topan con tu foto? Pues que estás bien jodido. Por consiguiente, lo que haces es recurrir al Photoshop y convertir la lata de cerveza en una de Red Bull.

—No puede ser.

—¿Cómo que no? Si te paras a pensarlo, es de lo más lógico. Mira.

Se inclinó sobre su madre y le dio al ratón. Aparecieron un montón de fotos de Kirby Sennett. Empezó a clicar en ellas.

—¿Lo ves? Mira la de Red Bull que se están bebiendo él, sus colegas y las guarras que les acompañan.

—No las llames guarras.

—Lo que tú digas.

Wendy se puso a clicar en las fotos.

—¿Charlie?

—¿Sí?

—¿Has estado en alguna fiesta Red Bull?

—Destino: Pringolandia.

—¿Eso significa que no?

Wendy se le quedó mirando.

—¿Has estado en alguna fiesta en la que la gente bebiera alcohol?

Charlie se frotó el mentón.

—Sí.

—¿Y bebiste?

—Una vez.

Wendy se volvió hacia el ordenador y siguió clicando, contemplando a Kirby Sennett y sus congestionados amigos con los Red Bulls. En algunas imágenes, podías detectar fácilmente el Photoshop: la lata de Red Bull era demasiado grande o demasiado pequeña, o estaba fuera de sitio o se comía parte de los dedos.

—¿Cuándo fue? —preguntó Wendy.

—Mamá, no pasa nada. Solo fue una vez. En segundo.

Estaba pensando en si seguir adelante con la conversación o no cuando vio la fotografía que lo cambió todo. Kirby Sennett estaba sentado en el centro y en primera fila. Había dos chicas detrás de él, ambas de espaldas a la cámara. Kirby lucía una sonrisa de oreja a oreja. Sostenía el Red Bull en la mano derecha. Llevaba una camiseta de los New York Knicks y una gorra negra de béisbol. Pero lo que captó la atención de Wendy, lo que la hizo detenerse y echar otro vistazo, fue el sofá en el que estaba sentado.

Era amarillo brillante con flores azules.

Wendy ya había visto antes ese sofá.

Por sí misma, esa fotografía no habría significado nada para ella. Pero ahora recordaba las últimas palabras de Phil Turnball, lo de que le estaba haciendo un «regalo», lo de que no debería culparse por haberle tendido una trampa a un inocente. Phil Turnball se lo creía, y también Wendy había querido creérselo. Eso era lo importante. Le quitaba de encima la sombra de la culpa. Dan había sido un asesino. Ella no le había montado una encerrona a un hombre inocente. En realidad, había desenmascarado a un criminal.

Pero ¿cómo era posible que aún no acabara de creérselo?

La primera intuición, la que le decía que había sido injusta con Dan Mercer, la que le había estado remordiéndole la conciencia desde el momento en que él abrió esa puerta roja y entró en la casa trampa, Wendy la había mantenido en estado latente durante los últimos días.

Pero nunca había desaparecido del todo.



El camión de la mudanza estaba aparcado delante de casa de los Wheeler.

Había una pequeña rampa que conducía a la puerta de entrada, que estaba abierta. Dos operarios con guantes oscuros y cinturones de cuero de los de aguantar pesos empujaban una cajonera hacia abajo. Uno de ellos iba repitiendo las palabras «suave, suave» como si se tratara de un mantra. El cartel de «Se vende» seguía en el patio. Debajo de él no había ningún añadido modelo «solo particulares», o algo parecido.

Wendy dejó pasar el mueble y luego enfiló la rampa, asomó la cabeza por la puerta y dijo:

—¿Hay alguien en casa?

—Hola.

Jenna salió del salón. También llevaba guantes oscuros. Iba en tejanos. Una holgada camisa de franela le colgaba por encima de una camiseta blanca. Las mangas de la camisa estaban recogidas a la altura de las muñecas, pero prácticamente nadaba en tejido. Debía de ser de su marido, se dijo Wendy. De pequeña, puedes usar las camisas viejas de tu padre como vestidos. De adulta, utilizas las de tu marido para tareas domésticas o, en ocasiones, para sentirte más cerca de él. Wendy había hecho lo mismo, disfrutando del olor de su hombre.

—¿Habéis encontrado comprador? —preguntó.

—Todavía no —Jenna llevaba el pelo recogido, pero se le habían escapado algunas mechas. Se las puso detrás de la oreja—. Pero Noel empieza a trabajar en Cincinnati la semana que viene.

—Qué rápido.

—Pues sí.

—Debió de ponerse a buscar trabajo de inmediato.

Esta vez Jenna dudó unos instantes.

—Supongo.

—¿Por el estigma de defender a un pedófilo?

—Exacto. —Jenna se llevó las manos a las caderas—. ¿De qué vas, Wendy?

—¿Has estado alguna vez en las Suites Lujosas De Luxe de Freddy, en Newark?

—¿Las qué de Freddy?

—Es un motel muy discreto en mitad de Newark. ¿Has estado?

—No, claro que no.

—Qué curioso. Le enseñé al recepcionista una foto tuya y me dijo que te vio allí el día que mataron a Dan. De hecho, me dijo que pediste la llave de su habitación.

Wendy era consciente de que eso era una semitrola. El recepcionista reconoció a Jenna Wheeler y le dijo que había estado allí en algún momento de las últimas dos semanas, pero no sabía exactamente cuándo. También recordaba haberle entregado una llave sin hacer preguntas —si una mujer atractiva se presenta en lo de Freddy, no le pides el carné de identidad—, pero no recordaba exactamente el número de la

habitación.

—Debió de confundirse —dijo Jenna.

—No lo creo. Y lo que es más importante, cuando se lo cuente a la policía, tampoco lo creará.

Las dos mujeres se quedaron ahí de pie, cuerpo a cuerpo, estudiándose mutuamente.

—Ya ves, eso es lo que no pilló Phil Turnball —dijo Wendy—. Supongo que te has enterado de su suicidio, ¿no?

—Sí.

—Él creía que Dan había matado a Haley porque no se le ocurría ningún otro sospechoso. Dan se ocultaba en el motel. Nadie sabía dónde estaba, así que nadie pudo endilgarle el iPhone de Haley. Phil se olvidó de ti, Jenna. Y yo también.

Jenna se quitó los guantes de cuero.

—Eso no quiere decir nada.

—¿Y qué me dices de esto?

Wendy le pasó la fotografía de Kirby Sennett. El brillante sofá amarillo con flores azules estaba detrás de ellas, envuelto en plástico, listo para ser enviado a Cincinnati. Jenna le dedicó a la fotografía un interés algo excesivo.

—¿Te ha explicado tu hija de qué va lo de Red Buller?

Jenna le devolvió la foto.

—Esto sigue sin probar nada.

—Te aseguro que sí. Porque ahora sabemos la verdad, ¿no es cierto? Cuando le pase esta información a la policía, irán a por los chicos en serio. Encontrarán las fotos sin retocar. Sé que Kirby estuvo aquí. Haley y él tuvieron una buena pelea y rompieron. Cuando hablé con él a solas, me dijo que había habido una fiesta étlica aquí, en tu casa, la noche en que Haley desapareció. Me dijo que solo aparecieron cuatro chicos. Y ahora la policía les apretará las tuercas y hablarán.

Una vez más, eso no era del todo cierto. Walker y Tremont se habían encerrado a solas con Kirby en un cuarto. Le amenazaron con todo lo que se les ocurrió para hacerle hablar. Pero hasta que su abogado no les hizo firmar un documento de confidencialidad, además de dar su palabra de no llevarle a juicio, Kirby no les habló de la fiesta.

Jenna se cruzó de brazos.

—No sé de qué estás hablando.

—¿Sabes que fue lo que me chocó? Que ninguno de los chicos dijera nada después de la desaparición de Haley. Pero también es verdad que eran muy pocos. Kirby dijo que le preguntó a tu hijastra, Amanda, al respecto. Amanda le dijo que Haley se había ido en buen estado, justo después que él. Y con la tolerancia cero del director Zecher, nadie estaba dispuesto a admitir que había bebido a no ser que no hubiese más remedio. A Kirby le preocupaba que lo echaran del equipo de béisbol. Me dijo que había otra chica en la lista de espera para la Universidad de Boston, y

que nunca la aceptarían si Zecher les iba con el cuento. Así pues, se mantuvieron callados, como saben hacer los críos. Y la verdad es que tampoco había para tanto, ya que Amanda les había dicho que Haley se encontraba perfectamente cuando abandonó la fiesta. ¿Por qué deberían haberlo puesto en duda?

—Creo que deberías irte.

—Pienso hacerlo. Y también pienso acudir directamente a la policía. Sabes que ahora podrán reconstruir toda esa noche. Les darán inmunidad a los demás chicos de la fiesta. Descubrirán que estuviste en el motel, y hasta puede que revisen las cintas de vigilancia más próximas. Se darán cuenta de que fuiste tú quien plantó el teléfono. El examinador médico le echará otro vistazo al cadáver de Haley. Tu red de mentiras se desmoronará en el acto.

Wendy se dio la vuelta para marcharse.

—Espera —dijo Jenna, tragando saliva—. ¿Qué es lo que quieres?

—La verdad.

—¿Llevas un micro?

—¿Un micro? Tú ves mucho la tele.

—¿Llevas un micro? —volvió a preguntar Jenna.

—No. —Wendy extendió los brazos—. ¿Te apetece...? ¿Cuál es la terminología correcta? ¿Cachearme?

Los dos tíos de la mudanza entraron en la casa. Uno de ellos dijo:

—Señora Wheeler, ¿le parece bien que ahora nos pongamos con el cuarto de la chica?

—Perfecto —dijo Jenna. Volvió a mirar a Wendy. Tenía lágrimas en los ojos—. Salgamos fuera para hablar.

Jenna Wheeler lideraba la marcha. Abrió la puerta corredera de cristal. Había una piscina en la parte de atrás de la casa. Un flotador azul daba tumbos por el agua. Jenna se lo quedó mirando un momento. Alzó los ojos y los dejó viajar por el jardín, como si fuesen los de un posible comprador.

—Fue un accidente —dijo—. Cuando sepas lo que ocurrió, espero que lo entiendas. Tú también eres madre.

Wendy sintió que se le encogía el corazón.

—Amanda no es una cría popular. A veces da igual. Encuentras otros intereses o te haces amiga de otros chavales impopulares. Ya sabes de qué va. Pero Amanda no era así. Se metían mucho con ella. Nadie la invitaba a fiestas. Las cosas empeoraron después de que yo saliera en defensa de Dan, pero la verdad es que tampoco sé si eso influyó mucho. Amanda era de las que se preocupan demasiado. Se encerraba en su cuarto y se pasaba el día llorando. Noel y yo ya no sabíamos qué hacer.

Se interrumpió.

—Y por eso montasteis una fiesta —dijo Wendy.

—Sí. No voy a entrar en detalles, pero nos pareció lo más adecuado. ¿Sabías que, durante toda esa semana, los más mayores habían estado yendo al Bronx porque

habían encontrado un sitio en el que servían alcohol a menores? Pregúntaselo a Charlie y te lo confirmará.

—No metas a mi hijo en esto.

Jenna levantó las manos como si se rindiera, pero en tono burlón.

—Vale, lo que tú digas, pero es la verdad. Se iban todos a ese club, se cocían y luego volvían a casa en coche. Así pues, Noel y yo optamos por organizar algo en casa. Pensábamos quedarnos en la parte de arriba, para no molestar, y dejarles una nevera llena de cervezas fuera. No es que les obligáramos a beber, pero bueno, Wendy, tú también fuiste al instituto. Los chavales beben. Lo único que intentamos fue ofrecerles un entorno lo más seguro posible.

Wendy recordó aquel tenderete del proyecto de graduación dedicado a la campaña «En nuestra casa no», para combatir la tendencia paterna a organizar fiestas. «Exceso de seguridad», había dicho uno de los padres, y era posible que ella, en cierta medida, se hubiese mostrado de acuerdo con él.

—¿Debo asumir que Haley McWaid estaba allí? —preguntó Wendy.

Y Jenna asintió.

—La verdad es que Amanda no le caía bien. Solo había estado en casa una vez. Me temo que la estaba utilizando para acceder al alcohol. Vamos a ver, solo aparecieron unos cuantos chicos. Y Haley McWaid estaba enfadada. Estaba hecha polvo por no haber sido admitida en la Universidad de Virginia. Tuvo una buena bronca con Kirby. Por eso se fue pronto el muchacho.

Se estaba quedando sin voz. Volvió a contemplar el agua de la piscina.

—¿Y qué ocurrió? —inquirió Wendy.

—Que Haley murió.

Lo soltó tal cual.

Los de la mudanza bajaron la escalera a trompicones. Uno de ellos soltó un taco. Wendy y Jenna no se movieron de su sitio. El sol caía con ganas sobre ellas. Parecía que hasta los bichos del jardín contenían la respiración.

—Bebió demasiado —dijo Jenna—. Sobredosis de alcohol. Haley era pequeñita. Encontró una botella de whisky sin abrir en el mueble bar. Se la bebió entera. Amanda pensó que solo se había desmayado.

—¿No llamasteis a la policía?

Jenna dijo que no con la cabeza.

—Noel es médico. Hizo todo lo posible para revivir a esa pobre chica. Pero ya era demasiado tarde. —Finalmente, Jenna apartó la mirada de la piscina y contempló a Wendy con ojos suplicantes—. Quiero que te pongas un momento en nuestro lugar, ¿vale? La chica estaba muerta. No se podía hacer nada por ella.

—Los muertos, muertos están —dijo Wendy, haciéndose eco de lo que Jenna había dicho sobre su exmarido la última vez que se vieron.

—Estás siendo sarcástica, pero tienes razón, los muertos están muertos. Haley se había ido. Fue un accidente espantoso, pero no había forma de devolverle la vida.

Nos quedamos de pie junto a su cadáver. Noel insistía en reanimarla, pero era inútil. Piénsalo. Eres periodista. Has hecho reportajes sobre esas fiestas, ¿verdad?

—Pues sí.

—Sabes que hay padres que han acabado entre rejas, ¿no?

—Sí. Se llama homicidio involuntario.

—Pero fue un accidente, ¿no lo ves? Bebió demasiado. Estas cosas pasan.

—Cuatro mil veces al año —dijo Wendy, recordando que ese dato estadístico se lo había proporcionado el agente de seguridad Pécora.

—El caso es que Haley está ahí tirada. Muerta. Y no sabemos qué hacer. Si llamamos a la policía, acabaremos en prisión. El caso se cerrará de inmediato. Y nuestras vidas se desmoronarán.

—Siempre es mejor que estar muerto —apuntó Wendy.

—Pero ¿de qué iba a servir? ¿No lo entiendes? Haley ya había muerto, y destruir nuestras vidas no la iba a resucitar. Estábamos aterrorizados. No me malinterpretes: nos sentíamos fatal por lo que le había ocurrido. Pero no se puede hacer nada por los muertos. Estábamos asustados... Eso lo comprendes, ¿no?

Wendy asintió.

—Claro que lo comprendo.

—Vamos a ver, ponte en nuestro lugar. Toda tu familia está al borde de la destrucción. ¿Qué habrías hecho tú?

—¿Yo? Lo más probable es que hubiese enterrado el cadáver en un parque estatal. Silencio.

—Eso no ha tenido gracia —dijo Jenna.

—Pero es lo que hicisteis, ¿verdad?

—Imagínate que sucede en tu casa. Imagínate que Charlie se presenta en tu dormitorio y te hace bajar para que veas que uno de sus amigos acaba de morir. Tú no obligaste al chaval a beber. No le metiste la botella en la boca. Pero ahora puedes acabar en la cárcel. O tal vez Charlie. ¿Qué habrías hecho para proteger a tu familia?

Esta vez, Wendy no dijo nada.

—No sabíamos qué hacer. Y sí, nos dominó el pánico. Noel y yo metimos el cadáver en el maletero del coche. Ya sé que suena muy mal, pero insisto en que no encontramos ninguna alternativa. Si llamábamos a la policía, estábamos listos... Y la chica seguiría estando muerta. Eso era lo que yo no paraba de repetirme. Habría sacrificado mi propia vida para resucitarla, pero eso era imposible.

—Por consiguiente, la enterrasteis en el bosque, ¿no?

—No era ese el plan inicial. Pensábamos ir hasta Irvington o alguna otra población, para dejarla donde pudieran encontrarla fácilmente... Pero entonces reparamos en que la autopsia revelaría un envenenamiento por alcohol. La policía ataría cabos y daría con nosotros. O sea, que había que ocultarla. Me sentía fatal al respecto... Que Ted y Marcia no supiesen nada. Pero la verdad es que no sabía qué otra cosa hacer. Y luego la gente empezó a dar por sentado que Haley se había

escapado. ¿Acaso no era eso mejor que saber con seguridad que tu hija ha muerto?

Wendy no respondió.

—¿Wendy?

—Has dicho que me pusiera en tu lugar.

—Sí.

—Pues ahora me estoy poniendo en el de Ted y Marcia. ¿Confiabas en que nunca descubriesen la verdad? ¿Su hija había desaparecido de un día para otro y tú esperabas que se pasaran el resto de la vida pendientes de cada llamada telefónica y de cada golpe en la puerta?

—¿Es eso peor que saber que tu hija está muerta?

Wendy ni se molestó en contestarle.

—Y tienes que entender —continuó Jenna— que nosotros también vivíamos en una especie de infierno inminente. Cada vez que llamaban a la puerta o que sonaba el teléfono, pensábamos que podía tratarse de la policía.

—Caramba —dijo Wendy—. Cómo lo siento por vosotros.

—No te lo estoy diciendo para ganarme tu compasión. Solo intento explicarte lo que ocurrió a continuación.

—Creo que ya sé lo que ocurrió —dijo Wendy—. Tú eras el familiar más cercano de Dan. Cuando apareció la policía y te dijeron que estaba muerto... Pues te vino muy bien, ¿no?

Jenna bajó la vista. Se arrebujo un poco más en la enorme camisa de franela, como si así se sintiera más protegida. Ahora parecía aún más pequeña.

—Yo quería a ese hombre. Estaba destrozada.

—Pero, como tú misma has dicho, los muertos, muertos están. A Dan ya le había caído el sambenito de pedófilo, y ya me dijiste que le habría importado un rábano que lo rehabilitaran, pues no creía en la otra vida.

—Todo eso es cierto.

—Según los registros telefónicos las únicas personas a las que Dan llamó fuisteis tú y su abogado, Flair Hickory. Tú eras la única en quien confiaba. Sabías dónde estaba. Y aún conservabas el iPhone de Haley. Así pues, ¿por qué no endilgárselo a un muerto?

—Ya no podía afectarle. ¿No lo ves?

De manera especialmente horrible, esa parte del asunto tenía su lógica. No puedes dañar a un muerto.

—Metiste el parque estatal de Ringwood en el Google Earth del iPhone de Haley. Eso fue otra pista. Si Dan la había matado y enterrado allí, ¿para qué habría buscado ella ese parque? No tenía ningún motivo. La única conclusión a la que llegué fue que el asesino quería que encontraran su cadáver.

—Nadie la mató —dijo Jenna—. Fue un accidente.

—No estoy de humor para sutilezas gramaticales, Jenna. Pero ¿por qué introdujiste el parque estatal de Ringwood en el Google Earth?

—Porque, a pesar de lo que tú creas, no soy un monstruo. Vi a Ted y a Marcia, vi el tormento por el que estaban pasando, vi lo que les estaba haciendo el no saber nada.

—¿Lo hiciste por ellos?

Jenna se volvió hacia ella.

—Quería proporcionarles algo de paz. Quería que su hija tuviese un entierro auténtico.

—Cuánta bondad.

—Tú y tus sarcasmos —repuso Jenna.

—¿Qué pasa con ellos?

—Son para protegerte. Lo que hicimos estuvo mal, muy mal. Pero tú lo entiendes, aunque solo sea en cierta medida. Eres madre. Hacemos lo que hay que hacer para proteger a nuestros hijos.

—Pero no enterramos a chicas muertas en los bosques.

—¿No? ¿Seguro que no lo harías, si no te quedara más remedio? Imagínate que la vida de Charlie estuviese en peligro. Sé que perdiste a tu marido. Pero imagínate que sigue entre nosotros y que está a punto de ir a la cárcel por culpa de un accidente. ¿Qué habrías hecho en un caso así?

—Cualquier cosa menos enterrar a una chica en el bosque.

—Lo que quiero saber es qué habrías hecho en concreto.

Wendy no dijo nada. Por un instante, consideró esa posibilidad. John sigue vivo. Charlie sube a la planta de arriba. La chica está muerta en el suelo. No necesitaba preguntarse qué habría hecho. No había por qué llevar las cosas tan lejos.

—Su muerte fue un accidente —volvió a decir Jenna, en voz baja.

Wendy asintió.

—Ya lo sé.

—¿Entiendes por qué hicimos lo que hicimos? No te estoy pidiendo que lo bendigas, pero ¿lo entiendes o no?

—Supongo que, en cierta medida, sí.

Jenna la contempló con el rostro bañado en lágrimas.

—¿Y ahora qué piensas hacer?

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—Lo dejaría correr. —Jenna cogió a Wendy de la mano—. Por favor. Te lo suplico. Déjalo estar.

Wendy se lo pensó. Había llegado aquí pensando de una determinada manera. ¿Había cambiado de opinión? Una vez más, imaginó que John vivía. Pensó en Charlie subiendo las escaleras. Y en la chica muerta, tirada en el suelo.

—¿Wendy?

—No voy a ejercer ni de juez ni de jurado —dijo esta, pensando ahora en Ed Grayson y en lo que había hecho—. No me corresponde a mí castigarte. Pero tampoco absolverte.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Lo siento, Jenna.

Jenna se echó hacia atrás.

—No puedes probar nada. Negaré que esta conversación haya tenido lugar.

—Inténtalo si quieres, pero no creo que te sea de mucha utilidad.

—Será tu palabra contra la mía.

—No, no será así —dijo Wendy.

Y señaló hacia la verja. Frank Tremont y otros dos inspectores de policía aparecieron por la esquina.

—Antes te he mentado —dijo Wendy, desabrochándose la camisa—. Llevo un micro.



Esa noche, cuando ya todo había pasado, Wendy se encontraba sentada en el porche de su casa, a solas. Charlie estaba arriba, enganchado al ordenador. Pops salió y se quedó de pie junto a su silla. Ambos se quedaron mirando fijamente las estrellas. Wendy bebía un vino blanco y turbio. Pops sostenía una botella de cerveza.

—Estoy listo para largarme —anunció.

—No lo harás mientras quede cerveza.

—Solo me voy a acabar esta.

—Lo dudo.

Pops tomó asiento.

—En cualquier caso, antes tendríamos que hablar un poco.

Wendy tomó otro sorbo de vino. Curioso. El alcohol había matado a su marido. El alcohol había matado a Haley McWaid. Pero ahí estaban ellos dos, bebiendo en una noche de primavera fresca y clara. En cualquier otro momento, tal vez cuando estuviese totalmente sobria, buscaría el profundo significado de esa paradoja.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—No volví a Nueva Jersey únicamente para visitaros a ti y a Charlie.

Wendy se volvió hacia él.

—¿Y por qué fue, entonces?

—Vine porque me llegó una carta de Ariana Nasbro.

Wendy se limitó a mirarle fijamente.

—La he visto esta semana. Más de una vez.

—¿Y?

—Y la estoy perdonando, Wendy. No quiero seguir agarrándome a eso. No creo que John lo deseara. Si no tenemos compasión, ¿qué nos queda?

Wendy no dijo nada. Volvió a pensar en Christa Stockwell, en cómo había perdonado a los estudiantes que le habían amargado la vida. Dijo que si te agarrabas al odio, te tenías que deshacer de muchas otras cosas. Phil Turnball había aprendido esa lección a lo bestia, ¿verdad? La venganza, el odio... Si solo piensas en eso, puedes perder lo que realmente importa.

Por otra parte, Ariana Nasbro no era una estudiante universitaria aficionada a los bromazos inofensivos. Había sido una conductora borracha, una metepatas reincidente que se había cargado a su marido. De todos modos, Wendy no podía dejar de preguntarse: si Dan Mercer estuviera vivo, ¿sería capaz de perdonar? ¿Se podían comparar ambas situaciones? Y si se podían comparar, ¿qué más daba?

—Lo siento, Pops —dijo—. No puedo perdonarla.

—No te pido que lo hagas. Respeto tu decisión. Pero quiero que tú respetes la mía. ¿Te ves capaz de hacerlo?

Se lo pensó unos instantes.

—Sí, creo que sí.

Se mantuvieron en un cómodo silencio.

—Estoy esperando —dijo finalmente Wendy.

—¿Esperando qué?

—A que me hables de Charlie.

—¿Qué quieres que te diga de él?

—¿Le has dicho por qué volviste?

—No me corresponde hacerlo —dijo Pops.

Se levantó y acabó de hacer el equipaje. Se fue al cabo de una hora. Wendy y Charlie estuvieron un rato zapeando en el televisor. Wendy se quedó unos momentos como ausente, mientras las imágenes centelleaban ante ella. Luego se levantó y fue hasta la cocina. Cuando regresó, llevaba un sobre en la mano. Se lo entregó a Charlie.

—¿Qué es? —preguntó este.

—Una carta para ti. De Ariana Nasbro. Léela. Si luego te apetece comentarla, estaré arriba.

Wendy se preparó para acostarse y dejó abierta la puerta de su dormitorio. Esperó hasta que acabó oyendo los pasos de Charlie en las escaleras. Se abrazó a sí misma. Charlie asomó la cabeza por el umbral y dijo:

—Me voy a la cama.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. Pero ahora no tengo ganas de hablar, ¿vale? Solo quiero pensar un poquito por mi cuenta.

—De acuerdo.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, Charlie.

Dos días después, inmediatamente antes de que las chicas del instituto de Kasselton se enfrentaran a las de Ringwood en el campeonato de *lacrosse* del condado, se celebró un memorial justo en mitad del campo. En el marcador se colocó un gran cartel que ponía «Parque Haley McWaid» y se guardó un minuto de silencio.

Wendy estaba presente y lo observaba todo a distancia. Ted y Marcia estaban allí, claro está. Los hijos que les quedaban, Patricia y Ryan, se mantenían de pie a su lado. Wendy les miró y sintió que se le volvía a romper el corazón. Estaban poniendo otro letrero bajo el nombre de Haley. Este rezaba «En nuestra casa no», y les recordaba a los padres que no debían montar fiestas domésticas. Marcia McWaid miró hacia otro lado mientras colocaban el cartel. Acto seguido, se dedicó a contemplar a la muchedumbre hasta que sus ojos se posaron sobre Wendy. Le dirigió un pequeño gesto con la cabeza y Wendy se lo devolvió. Eso fue todo.

Cuando empezó el partido, Wendy inició el camino de vuelta. El investigador Frank Tremont, ya jubilado, también estaba allí, muy atrás, vistiendo el mismo traje arrugado que se había puesto para el funeral. Le había sido muy útil saber que Haley

McWaid había muerto antes de que él se hiciera cargo del caso. Pero en esos momentos, la verdad es que no parecía haberle ayudado mucho.

Walker lucía su uniforme de gala para la ceremonia, incluyendo pistola y cartuchera. Estaba de pie, hablando con Michele Feisler, que cubría el acontecimiento para la NTC. La reportera se apartó cuando vio acercarse a Wendy y les dejó solos. Walker empezó a mover los pies de forma nerviosa.

—¿Está usted bien? —le dijo a Wendy.

—Lo estoy. Dan Mercer era inocente, ¿sabe?

—Sí, lo sé.

—Eso significa que Ed Grayson mató a un hombre inocente.

—Pues sí.

—No puede dejar que se vaya de rositas. También él tiene que ser llevado ante la justicia.

—¿Aunque creyera que Mercer era un pedófilo?

—Aun así.

Walker no dijo nada.

—¿Ha oído lo que he dicho?

—Sí —dijo Walker—. Y haré lo que pueda.

No añadió «pero». No tenía por qué hacerlo. Wendy estaba haciendo cuanto estaba en su mano para lavar el buen nombre de Dan, pero a nadie le importaba gran cosa. A fin de cuentas, los muertos, muertos están. Se volvió hacia Michele Feisler, que había vuelto a sacar su cuaderno y, mientras observaba a la muchedumbre, tomaba notas como la última vez que se habían visto.

Eso le hizo pensar en algo.

—Oye —le dijo—. ¿Qué era aquello que me dijiste de la cronología?

—Tenías el orden al revés —dijo Michele.

—Ah, sí, es verdad. Ed Grayson le disparó a su cuñado Lemaine antes que a Mercer.

—Exacto. Pero no creo que eso cambie nada, ¿no?

Wendy se lo pensó, le dio unas cuantas vueltas en la cabeza ahora que disponía de tiempo.

La verdad es que lo cambiaba todo.

Se volvió hacia Walker y vio el arma en la cartuchera. Se la quedó mirando fijamente unos momentos.

Walker reparó en ello.

—¿Pasa algo?

—¿Cuántos casquillos encontró en el parque de caravanas?

—¿Perdón?

—Los técnicos revisaron el parque en el que dispararon a Mercer, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Y cuántos casquillos encontraron?

—Solo uno.

—¿El que hizo un agujero en la caravana?

—Sí. ¿Por qué?

Wendy empezó a dirigirse hacia el coche.

—Un momento —le dijo Walker—. ¿Se puede saber qué pasa?

No le contestó. Se plantó junto a su coche y le echó un vistazo. Nada. Ni una marca, ni una raya. Se llevó la mano a la boca para no soltar un berrido.

Wendy subió al coche y condujo hasta la casa de Ed Grayson. Le encontró en la parte de atrás, arrancando hierbajos. El hombre se mostró sorprendido ante tan repentina aparición.

—¿Wendy?

—El que se cargó a Dan, le dio a mi coche —declaró esta.

—¿Cómo?

—Usted es un tirador experimentado. Todo el mundo lo dice. Le vi apuntar a mi coche y disparar varias veces. Pero no ha quedado ni una sola marca. De hecho, el único casquillo que se encontró en todo el parque es el que atravesó la pared... El primer tiro que usted pegó. En el lugar más evidente.

Ed Grayson levantó la vista del polvo.

—¿De qué me está hablando?

—¿Cómo pudo un tirador tan experimentado como usted no darle a Dan a tan poca distancia? ¿Cómo pudo no darle a mi coche? ¿Cómo pudo no darle ni al suelo? Respuesta: no podía darle a nada porque todo era una pantomima.

—¿Wendy?

—¿Qué?

—Déjelo correr.

Se quedaron mirándose fijamente por un instante.

—Ni hablar. Sigo sintiéndome culpable de la muerte de Dan.

Grayson no dijo nada.

—Y resulta irónico, si te paras a pensarlo. Cuando llegué a la caravana, Dan estaba hecho polvo a consecuencia de una paliza. Los polis creyeron que Hester Crimstein había estado genial. Utilizó mi testimonio para sostener que usted le pegó, y que así es como la sangre llegó a su vehículo. Lo que los polis no vieron es que ella estaba diciendo la verdad. Usted encontró a Dan. Usted le zurró porque quería que confesara. Pero él no lo hizo, ¿verdad?

—No —dijo Ed Grayson—. No lo hizo.

—Y de hecho, usted empezó a creerle. Se dio cuenta de que igual era inocente.

—Puede ser.

—Ahora necesito su ayuda: volvió a casa, ¿y qué hizo? ¿Acorraló a E. J. hasta que le dijo la verdad?

—Déjelo estar, Wendy.

—Venga, hombre, ya sabe que no puedo. ¿Acabó reconociendo E. J. que fue su

tío el que hizo las fotos?

—No.

—¿Y quién se lo dijo, entonces?

—Mi mujer, ¿vale? Me vio cubierto de sangre. Me dijo que debía parar. Me contó lo que había ocurrido, que era su hermano el que había tomado esas imágenes. Me suplicó que me olvidara del asunto, me aseguró que E. J. ya lo estaba superando, que su hermano iba a pedir ayuda médica.

—Pero usted no pensaba dejarlo correr.

—No, no iba a hacerlo. Pero tampoco iba a obligar a E. J. a testificar contra su propio tío.

—Así pues, le voló las rótulas, ¿verdad?

—No soy tan tonto para responder a eso.

—Da igual. Ambos sabemos que lo hizo. Y luego, ¿qué? ¿Llamó a Dan para disculparse, o algo parecido?

No contestó.

—Le daba lo mismo que el juez hubiera desestimado el caso —continuó Wendy—. Mi programa le había destruido la vida a Dan. Incluso ahora, después de haber dado la cara y de exonerarlo públicamente, la gente sigue considerándolo un pedófilo. Cuando el río suena, agua lleva, ¿verdad? En su momento, el hombre no tuvo la menor posibilidad. Su vida se había acabado. Lo más probable es que usted también se culpara, por la manera en que había ido a por él. Por consiguiente, intentó arreglar las cosas.

—Déjelo, Wendy.

—Y aún mejor: usted era un agente federal. Esos son los tíos que llevan el programa de protección de testigos, ¿verdad? Ustedes saben cómo hacer desaparecer a la gente.

No hubo respuesta.

—Vamos, que la solución estaba al alcance de la mano. Bastaba con fingir su muerte. Usted no podía hacerse con otro cadáver ni falsificar un informe policial, como hacía en sus casos federales. Y sin un cadáver, necesitaba un testigo fiable, alguien que nunca fuese capaz de ponerse de parte de Dan Mercer. Yo. Dejé las pruebas suficientes para que la policía diera crédito a mi historia (la bala, la sangre, el testigo que le vio cargando una alfombra, su coche en la escena del crimen, el GPS en el mío, y hasta lo de acudir a un campo de tiro), pero no las necesarias para involucrarle. En la pistola solo había una bala de verdad: la que incrustó en la pared. El resto eran de fogueo. Lo más probable es que Dan le entregara una muestra de sangre o que se hiciera un corte a sí mismo: eso explicaría la sangre que se encontró. Ah, y lo que resulta aún más brillante es que usted encontró un parque de caravanas en el que sabía que no había cobertura. Su testigo tendría que largarse en coche. Y eso le concedería el tiempo suficiente para sacar a Dan de extranjería. Cuando encontraron el iPhone en su habitación del motel, digo yo que usted se puso un poco

nervioso, ¿no? Por eso vino al parque. Por eso buscaba información. Tuvo miedo durante unos momentos; miedo, tal vez, de haber ayudado a escapar a un asesino auténtico.

Wendy esperaba que Grayson dijera algo. Por unos instantes, este se limitó a estudiar atentamente su rostro.

—Tienes una gran imaginación, Wendy.

—Vale, no puedo probar nada de esto...

—Ya lo sé —dijo él—. Porque no son más que chorradas.

Casi sonreía en ese momento.

—¿O esperas que yo también diga cosas para tu micro?

—No llevo ningún micro.

Ed meneó la cabeza y echó a andar hacia su casa. Ella fue tras él.

—¿No te das cuenta? No quiero probar nada.

—Entonces, ¿por qué has venido?

A Wendy se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Porque soy responsable de lo que le ocurrió. Soy la que le tendió una trampa en un programa de televisión. Soy la causa de que la gente le considere un pedófilo.

—Me temo que eso es cierto.

—Y si tú lo mataste, la culpa es mía. Para siempre. Sin posibilidad de redención. La culpa es mía y solo mía. Pero si le ayudaste a escapar, tal vez, puede que tal vez ahora esté bien. Puede que haya llegado a comprenderlo y...

Se interrumpió. Ambos estaban dentro de la casa.

—¿Y qué?

Le costaba encontrar las palabras adecuadas. Cada vez lloraba con más intensidad.

—¿Y qué, Wendy?

—Y puede que hasta haya sido capaz de perdonarme —dijo ella.

En ese momento, Ed Grayson levantó el auricular del teléfono. Marcó un número larguísimo. Pronunció una especie de código. Se quedó a la espera de un clic. Y entonces le pasó el teléfono a Wendy.

## EPÍLOGO

—¿Señor Dan?

Estoy en una tienda de campaña que hace las veces de escuela, enseñando a leer a esos críos a través de un programa llamado LitWorld.

—¿Sí?

—La radio. Es para usted.

En la aldea no hay teléfono. Solo puedes acceder a esta zona de la provincia angoleña de Cabinda por radio. Yo había servido cerca de ahí hace años, tras licenciarme en Princeton y entrar en el Cuerpo de Paz. Como se dice vulgarmente, cuando Dios te cierra una puerta, te abre otra. O algo parecido. Así pues, cuando abrí aquella puerta roja, no tenía ni idea de que otra se me abriría después.

Ed Grayson es quien me salvó la vida. Tiene una amiga, una mujer llamada Terese Collins, que trabaja en un poblado como este al otro lado de la montaña. Ella y Ed son los únicos que conocen la verdad. Para los demás, Dan Mercer está muerto y bien muerto.

Lo cual no es del todo falso.

Os dije antes que la vida de Dan Mercer se había acabado. Pero la de Dan Meyer —no es un gran cambio de nombre, pero resulta suficiente— acaba de empezar. Es curioso. La verdad es que no echo de menos mi antigua existencia. Algo me había ocurrido por el camino —puede que se tratara de una familia de adopción un tanto cruel, puede que fuese lo que le había hecho a Christa Stockwell, o tal vez el hecho de que había permitido que Phil Turnball cargara con toda la culpa— que me había llevado a este tipo de trabajo. Supongo que se le podría llamar expiación. Es posible que se trate de eso. Pero creo que la cosa funciona a un nivel genético, como los que nacen para ser médicos, o que les gusta la pesca, o que encestan que da gusto verlos.

Pasé mucho tiempo combatiendo esa tendencia. Me casé con Jenna. Pero, como ya os he dicho al principio, mi destino es estar solo. Y ahora lo acepto encantado. Porque —ya sé que suena cursi— cuando ves la sonrisa en los rostros de esos críos, no puedes decir que estés realmente solo.

No miro hacia atrás. Si el mundo cree que Dan Mercer es una especie de pedófilo, qué se le va a hacer. Aquí no tenemos Internet, así que no puedo enterarme de lo que pasa en casa. Tampoco creo que tuviera muchas ganas de hacerlo. Echo de menos a Jenna, a Noel y a los chicos, pero no pasa nada. A veces tengo la tentación de decirle la verdad a Jenna, pues es la única persona que me llorará sinceramente.

No sé. Puede que lo haga algún día.

Me hago con el receptor de la radio. En el poco tiempo que llevo aquí, nunca he recibido una llamada. Los únicos que tienen este número son Terese Collins y Ed Grayson, por lo que me llevo una sorpresa al escuchar esa voz familiar que me dice: «Lo siento».

Supongo que debería detestar el sonido de su voz. Debería estar enfadado con

ella, pero no lo estoy. Sonrío. Al final, en cierta medida, me ha hecho más feliz de lo que nunca había sido.

Habla muy rápido, y llora mientras se explica. La escucho sin mucho interés. No necesito saber nada de eso. Wendy solo ha llamado para escuchar dos palabras. Espero. Y cuando por fin me da la oportunidad de hablar, me satisface poder decirle:

—Te perdono.





HARLAN COBEN. (4 de enero de 1962 en Newark, New Jersey). Nació en el seno de una familia judía en Newark, Nueva Jersey, pero fue criado y educado en Livingston, New Jersey con su amigo de infancia y futuro político Chris Christie. Mientras estudiaba ciencias políticas en Amherst College, fue miembro de la fraternidad Psi Upsilon con el autor Dan Brown. Tras Amherst, Coben trabajó en una empresa familiar del sector de los viajes. Ahora vive en Ridgewood, Nueva Jersey con su esposa, Anne Armstrong-Coben, pediatra, y sus cuatro hijos.

Coben estaba en su último año en la universidad cuando se dio cuenta de que quería escribir. Su primer libro fue aceptado cuando tenía veintiséis años, pero después de la publicación de dos novelas independientes a los veinte años (*Play Dead* en 1990 y *Cura milagrosa* en 1991) se decidió por un cambio de rumbo y comenzó una serie de novelas con su personaje Myron Bolitar, un exjugador de baloncesto profesional que se ha convertido en agente deportivo que acaba investigando muertes relacionadas con sus clientes. El mundo de Myron Bolitar, a diferencia de otros investigadores de novela negra, se centra en la clase medio-alta, en ambientes idílicos donde se destapan terribles misterios y crímenes atroces.

Coben ha ganado un Premio Edgar, un premio Shamus y un premio Anthony, y es el primer escritor que ha recibido los tres. También es el primer escritor en más de una década que ha sido invitado a escribir ficción para la página de opinión del New York Times. Escribió un cuento titulado *La llave de mi Padre*, que apareció 15 de junio, 2003.

En 2001 lanzó su primera novela de suspense desde la creación de la serie Myron Bolitar en 1995, *No se lo digas a nadie*, que pasó a ser su novela más vendida hasta la fecha y de la cual ya existe una adaptación al cine realizada por el director francés Guillaume Canet.

En septiembre de 2010 ganó el IV Premio Internacional de Novela Negra de RBA considerado el mejor dotado en su categoría (125.000 euros) por su novela *Alta tensión*, la décima protagonizada por Bolitar.